

Salley Vickers

La bibliotecaria

Un homenaje a
los bibliotecarios y
a los libros que marcaron
nuestra infancia



Lectulandia

En 1958, la joven Sylvia Blackwell se muda a un pequeño pueblo del centro de Inglaterra para empezar su nuevo trabajo como bibliotecaria. Pero en este pueblo aparentemente acogedor, las apariencias engañan. Sylvia se enamora del médico del lugar, pero es su conexión con su precoz hija y con el hijo de sus vecinos lo que cambiará su vida y pondrá en peligro a la biblioteca y a su trabajo. ¿Cómo altera la biblioteca la vida de los niños y qué consecuencias tendrán en sus vidas los libros que Sylvia escoge para ellos?

Salley Vickers

La bibliotecaria

ePub r1.0

Titivillus 15.05.2020

Título original: *The Librarian*
Salley Vickers, 2018
Traducción: María José Díez Pérez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Philip Pullman y Jacqueline Wilson
—dos grandes escritores— y para Rowan Brown,
que comprende la importancia de las historias

La gente puede perder su vida en las bibliotecas. Deberían ser
advertidos.

SAUL BELLOW

1

Sylvia Blackwell solo tenía veinticuatro años cuando, en 1958, aceptó el empleo de bibliotecaria de la sección infantil en East Mole.

Era apenas su segundo trabajo de verdad. Tras pasar un tiempo echando una mano en la biblioteca ambulante Boots de su barrio, aceptó un puesto de ayudante de bibliotecaria en Swindon. Allí, como entusiasta licenciada salida de una de las nuevas escuelas de biblioteconomía de Gran Bretaña, incorporó a algunos de sus escritores preferidos y se sintió desalentada cuando *Los buscadores de tesoros* y *La llegada del cometa* se quedaron en los estantes, la cubierta tan intacta como el día en que los desembaló.

—Eso podría habérselo dicho yo —afirmó Clive Henderson, el bibliotecario jefe.

Llevaba años trabajando en la biblioteca Swindon y creía que la experiencia que había acumulado le proporcionaba un conocimiento acerca de los gustos culturales de Swindon que la nueva bibliotecaria de la sección infantil se había tomado la libertad de ignorar.

Sylvia aguantó en Swindon dieciocho meses antes de solicitar y conseguir el empleo en East Mole. Se trasladó de una habitación alquilada en Swindon a una casita en Field Row, a las afueras de East Mole, una calle de casas adosadas de ladrillo que destacaba entre el verde de las praderas circundantes y terminaba en el número 5.

El alquiler de la casita era tan bajo que resultaba casi alarmante, aunque con su sueldo de bibliotecaria Sylvia no se sentía inclinada a discutir a ese respecto con su casera, la señora Bird.

—Era de mi abuela —le explicó esta—. Vivió y murió allí. Por aquel entonces no había excusado dentro, ni cuarto de baño ni agua caliente, y crio a cinco chiquillos ella sola, más o menos.

La escasa estatura de la señora Bird, unida al alegre sombrerito con plumas negras que llevaba, hacía que su apellido —Pájaro— resultara asombrosamente apropiado.

Sylvia dijo que parecía justo lo que estaba buscando y la señora Bird le dio las señas y le indicó que se reuniría con ella en esa dirección para enseñarle el nidito y ponerla al tanto de todo. Llegó con algo de retraso a la cita, abrió enérgicamente la cancela del jardín y agachó la cabeza para pasar por debajo de una rama que colgaba sobre el camino.

—Dichoso árbol. El vecino de al lado no se ocupa de él. Bueno, pues ya hemos llegado. Este es el número 5.

El tejado de tejas de la casita, al que daba sombra un alto fresno, estaba recubierto de musgo verde, lo cual lo dotaba de un atractivo tanto mayor a los inocentes ojos de Sylvia. Dentro, las paredes de la cocina tenían manchas anaranjadas de humedad, pero la ventana daba al jardín y las losas que transpiraban y la pintura al temple descascarillada se le antojaron rústicas y pintorescas a Sylvia, que había nacido y crecido en Ruislip. La salita, poco mayor que la cocina, se caldeaba con una chimenea abierta. En el piso de arriba, al que se accedía por una pronunciada escalera, que probablemente no cumplía la moderna normativa de construcción, había dos dormitorios.

La casera le señaló el más pequeño.

—Ahí dormían mi madre, que Dios la tenga en su gloria, y sus hermanas. Solo había un chico. Enfermizo, el pobre. Murió de pleuresía. Probablemente fuera lo mejor.

El cuarto de baño, pintado a brochazos de un amarillo desvaído, contaba con un lavabo agrietado y con manchas de agua. A su lado, en un extraño ángulo diagonal, habían embutido una bañera diminuta.

—El retrete está abajo, al lado de la cocina. La casa no tenía cuarto de baño pero lo añadimos como buenamente pudimos al decidir alquilarla. Si le entran ganas por la noche, siempre puede utilizar eso. —La señora Bird señaló un orinal de porcelana blanca—. Usted es joven y seguro que aún tiene la vejiga en forma. Las solteras no saben la suerte que tienen.

Sylvia se ruborizó, pues su madre nunca le había hablado abiertamente de la menstruación y se había referido a las cosas de la vida de una forma tan enrevesada que durante años ella creyó que los niños se concebían mediante una dolorosa operación en un hospital.

El jardín del número 5 lindaba con un campo lleno de cardos en el que habían jubilado a dos burros decrepitos para que vivieran allí hasta el final de sus días. El jardín en sí estaba invadido de zarzas impenetrables y ortigas exuberantes pero la señora Bird aseguró a Sylvia que «volvería a ser el que era en un abrir y cerrar de ojos». Señaló un vetusto ciruelo:

—La fruta es buena para hacer compota, pero yo no la probaría sin cocerla: de críos la comíamos verde y nos zurraban cuando nos daba indigestión.

Se detuvo para inspeccionar unos densos racimos de ortigas en concreto.

—Aquí es donde mi abuelo cultivaba ruibarbos. Solo lo hacía para fastidiar a los conejos. Es lo único que no comen. Me figuro que no sabrá manejar usted un arma, ¿no? Mi abuela hacía una empanada de conejo soberbia.

Sylvia se planteó mencionar que el padre del conejo Peter Rabbit acabó en una empanada a manos del señor McGregor pero se lo pensó mejor.

—No hay teléfono, pero dos casas más allá le dejarán utilizar el suyo en caso de emergencia.

La señora Bird le entregó un manajo de llaves y, tras dejar claro que tenía que pagar el alquiler el primer día de cada mes, se marchó apresurada para ir a buscar a una nieta a la escuela.

Las pertenencias de Sylvia cupieron con facilidad en el reducido espacio de la casita. En las minúsculas habitaciones habían metido gran cantidad de lo que parecían muebles que nadie quería. Un tresillo que daba la impresión de estar lleno de bultos, calzado con un ladrillo allí donde le faltaba una pata y cubierto con una colcha de chenilla rosa, y dos sillas tapizadas con una cretona de un rojo brillante dominaban la salita. En un cenicero con forma de concha ponía: «Bienvenidos a Cromer». En conjunto, a Sylvia, que pasaba las vacaciones con su familia en las frías playas de Norfolk, aquello le pareció acogedor.

El dormitorio de mayor tamaño lo ocupaba casi por completo una cama de madera maciza sobre la que descansaba un colchón altísimo. En la pared de enfrente del cabecero, un texto con letras góticas de colores transmitía un mensaje ambiguo: «Sin duda, la bondad y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida».

No había ninguna estantería para depositar las posesiones más preciadas de Sylvia, quien tras abarrotar las repisas de las ventanas apiló todos los libros que pudo en las baldas inclinadas del armario que había en el dormitorio más pequeño. Los restantes, por de pronto, tuvieron que quedarse en las cajas de cartón de la biblioteca Swindon, regalo de despedida de Clive Henderson.

Sin embargo, a pesar de sus aparentes deficiencias, su nueva morada prometía.

Hasta ese momento, la vida de Sylvia había sido normal y corriente, en la medida en que se puede decir tal cosa de cualquier vida. Su padre tenía un

empleo de encargado de poca monta en una empresa de venta de refrescos establecida en Londres, en Great West Road. Su madre era hija de uno de los viajantes de la empresa, y así era como ambos se habían conocido. Al nacer Sylvia su madre renunció a su empleo de recepcionista. No hubo más hijos. Sylvia nunca había querido preguntar, ni siquiera a sí misma, a qué se debía, pero desde que su padre volvió a casa después de la guerra él y la madre durmieron en habitaciones separadas, lo cual, en cierto modo, era una respuesta.

Las notas que sacaba Sylvia en la escuela eran regulares. «Sylvia tiene que aprender a hincar los codos» y «Tiende a soñar» eran comentarios habituales. Solo la señorita Jessica Jenkins, la bibliotecaria de la sección infantil de la biblioteca del barrio, intuía que la niña tenía más cualidades de las que se percibían a simple vista.

Tras pasarse muchas horas a solas en su cuarto, Sylvia había adquirido la costumbre de leer, con frecuencia a la luz de una linterna y debajo de la sábana hasta bien entrada la noche. Los sábados por la mañana, mientras su padre leía los periódicos y su madre se hacía la mártir con las tareas del hogar, Sylvia comenzó a ir sola a la biblioteca —puesto que el peligro que entrañaban las bombas alemanas hasta no hacía mucho ya no suponía amenaza alguna, nadie concebía que un niño pudiese arrostrar otros peligros—, donde la señorita Jenkins apartaba libros que pensaba que podrían gustarle a la niña.

Los bibliotecarios no son los únicos que tienen favoritos entre su clientela, pero el amor compartido por la lectura constituye un vínculo especialmente poderoso. Gracias a Jessica Jenkins, Sylvia conoció esas versiones de la realidad, los personajes de ficción, que pueden llegar a ser más importantes que la vida o cuando menos una influencia moldeadora y una guía interior.

Tener que lidiar desde temprana edad con el cambiante humor de su madre había hecho que en apariencia Sylvia fuese de trato fácil, y no le faltaban amigos. Sin embargo, los libros se convirtieron en sus aliados mudos y, en ocasiones, en más que amigos.

Pese a esa tendencia a la ensoñación que irritaba a sus profesores, Sylvia se las arregló para entrar en la nueva escuela universitaria de biblioteconomía de Londres, que estaba lo bastante cerca para poder seguir viviendo en su casa y así ahorrarse un dinero. «Un trabajo con futuro», fueron las palabras de aprobación de la madre cuando su hija dio a conocer lo que quería estudiar. En el fondo, Hilda Blackwell se sintió aliviada de que el sorprendente éxito que había cosechado su hija con el papel de Fondón en *El sueño de una noche*

de verano no la animara, como durante un tiempo se temió, a solicitar su ingreso en una escuela de arte dramático.

Aparte de la lectura, la otra gran pasión de la familia Blackwell era el ajedrez.

Al padre de Sylvia le había enseñado a jugar un joven oficial checo de cuya tripulación formó parte durante los años que sirvió en la RAF durante la guerra. El oficial participó en el ataque a Bremen y no regresó de esa misión. Norman Blackwell, al que habían herido en un brazo, no pudo subir a ese avión y albergaba el inevitable sentimiento de culpa del superviviente. La muerte del joven oficial, que había perdido a su familia a manos de los nazis, afectó a su artillero de cola de un modo para el que no tenía palabras conscientes. El fallecido había sabido ver en Norman Blackwell un inesperado don para el ajedrez, y cuando se declaró a Pavel Prager muerto en combate no había ningún pariente vivo al que poder entregar sus escasas pertenencias.

—Quédese con esto si quiere, Blackwell —propuso el sargento que se ocupaba del rancho, y le dio a Norman el ajedrez con el que había aprendido a jugar.

Quizá por respeto a su difunto comandante o quizá a falta de otra cosa que ofrecerle, Norman Blackwell intentó transmitir su interés a su única hija. Por las tardes, cuando Sylvia terminaba de hacer los deberes y mientras su madre escuchaba la emisora Light Programme en la radio, Sylvia y su padre se sentaban frente a frente a la mesa de la cocina y jugaban con el ajedrez heredado.

Sylvia no tenía un talento innato para el ajedrez, pero era una niña sensible que adivinaba una necesidad insatisfecha en su padre y, por lealtad a él, hacía lo que podía para dominar el juego. Los jugadores de ajedrez, por pacíficos que puedan ser en otros aspectos de su vida, son despiadados cuando se trata del ajedrez, y a pesar de que lo intentó con todas sus fuerzas durante años, a su padre le resultaba imposible no ganar a su protegida. Un momento definitorio para ambos, y que Sylvia no olvidó jamás, fue la tarde en que consiguió dar jaque mate a su padre.

—Quédate con esto si quieres —dijo su padre, sin ser consciente de que estaba repitiendo las palabras con las que le habían hecho entrega de la modesta caja de madera en la que aún se podían ver las iniciales grabadas del compañero al que había perdido—. Cuando te vayas, no tendré a nadie con quien jugar.

2

East Mole —si alguna vez existió un West Mole, había caído en el olvido hacía tiempo— era una de esas pequeñas poblaciones rurales conservadoras cuya reputación se basa en el hecho de haber conocido tiempos mejores. A finales del siglo XIX la localidad tuvo la suerte de contar con el mecenazgo de las hermanas Tillotson, unas solteronas abstemias descendientes de una familia del lugar que amasó su fortuna con la ginebra. Las hermanas decidieron limpiar cualquier mancha de alcohol que corriera por la sangre de la familia entregando un sustancial legado a East Mole, un acto de caridad gracias al cual se erigieron el ayuntamiento, el salón de actos y la biblioteca.

Esos edificios de ladrillo feos de solemnidad, con torrecitas que no obedecían a ningún propósito evidente y exhibían recargadas placas que informaban de las fechas en las que fueron inaugurados con ceremonia por dignatarios de la localidad que habían muerto hacía tiempo, eran ejemplos mordaces del gusto de las autoridades civiles de las postrimerías de la época victoriana. Las hermanas dejaron asimismo fondos destinados al mantenimiento de los edificios, pero con el tiempo, dos guerras mundiales y una serie de inversiones inadecuadas, además de un incremento de los gastos de mantenimiento, habían hecho que la gestión económica de los edificios se convirtiese en una fuente de quebraderos de cabeza recurrentes para el concejo. A las sobrias hermanas Tillotson, que vivieron una vida de frugalidad autoimpuesta, les habría horrorizado ver la velocidad a la que al parecer había desaparecido el dinero de la familia.

Las casitas de Field Row también tenían un vínculo con las hermanas Tillotson. Su hermano había levantado una fundición junto al canal para construir una aventadora que él mismo diseñó y patentó para obtener pingües beneficios, y las casitas estaban destinadas a los obreros de la fundición. Neville Tillotson no era tan perspicaz como sus hermanas; la maquinaria agrícola fue por otros derroteros y la fundición fracasó. En la época en que Sylvia se trasladó a East Mole, las ruinas de este edificio eran el peligroso lugar donde jugaban los niños de la localidad.

Sylvia se encontraba en el descuidado jardín del número 5 cuando conoció a uno de los niños de Field Row. A decir verdad eran tres, pero dos se escondían detrás de las zarzas.

—Soy Sam —se presentó el niño.

Llevaba un jersey de lana de la isla Fair como los que lucía el príncipe Carlos en las fotografías de los periódicos y daba la impresión de tener unos diez años, la edad del joven príncipe. A diferencia de este, al menos en las fotos de la prensa, el niño tenía las rodillas manchadas de barro y llenas de postillas. Sin embargo, su tono de voz dejaba traslucir ese autocontrol propio de la casa de Windsor.

—Hola, Sam, yo soy Sylvia —repuso ella.

—Vivimos en el número 3 —aclaró el niño—. Mi madre se encargaba de limpiar esto cuando se alquilaba.

Eso explicaba sus aires de propietario. La señora Bird le había confiado que no habían logrado sacarle partido al número 5 como negocio vacacional.

—¿Tu madre limpiaba la casa cuando la ocupaban durante las vacaciones? —quiso saber Sylvia.

—Nos dejaban jugar aquí. —Los ojos grises la escudriñaban fijamente.

Un movimiento en las zarzas puso sobre aviso a Sylvia.

—¿Has venido acompañado?

—Jem y Pam están ahí, escondidas.

—Diles que pueden salir. No hace falta que se escondan.

El niño se dirigió a las zarzas:

—Eh, vosotras dos, salid.

Aparecieron dos niñas de menor estatura, idénticas y con sendos vestidos de guinga. Las únicas marcas distintivas que percibió Sylvia eran los lazos de distinto color que adornaban sus coletas.

El niño siguió la mirada de Sylvia.

—Jem es la de rojo; Pam, la de verde. Aunque se los cambian para liarnos, así que la mayoría de las veces no se sabe.

El hermano se asemejaba un tanto a un jefe de pista a cargo de un par de animales de circo temperamentales.

—Y hoy, ¿quién es quién? —se interesó Sylvia.

Al parecer, si creía lo que le decían, las gemelas se habían ceñido al color que tenían asignado.

—Esa es Pamela y esa, Jemima.

—¿Como Jemima Puddleduck? —preguntó Sylvia, y lo lamentó al ver cómo el niño fruncía el ceño—. Es de un libro —explicó—. Soy la nueva

bibliotecaria de la biblioteca infantil.

—No vamos por allí... muy a menudo —admitió Sam. Era evidente que el «muy a menudo» lo había añadido por tacto.

—Bueno, si queréis podéis ir a verme. ¿Qué os gusta leer?

El niño se paró a pensar.

—Me gustan las historietas de *Beano* y de *Dandy*. La tira de *Topper* no está mal. El que no me gusta es el mariposón de Dan Dare.

Las gemelas se relajaron lo suficiente para afirmar que les gustaba el cómic *Playbox*.

—No saben leer —aseguró su hermano—. Solo lo miran en el recreo.

—¡Sí que sabemos leer! —gritó una de las pequeñas—. Solo que no lo decimos.

Era evidente que los niños del número 3 no estaban familiarizados con ningún libro de verdad. Sylvia, que esperaba que aquel lugar no fuese otro Swindon, sugirió:

—¿Qué os parece Enid Blyton?

—Noddy es solo para parvulitos —espetó Sam con desdén—. Ese enano bobo...

—La señora Stewart nos lo lee —replicó Jem—. Me gustó cuando lo cogieron los duendes y le quitaron toda la ropa.

A la mañana siguiente, subida a su bicicleta, Sylvia se encontró con la madre de los niños, que tendía ropa en un tendedero giratorio.

—Si mis hijos la molestan, díales que vuelvan aquí inmediatamente. Solían jugar en el número 5 cuando yo limpiaba la casa.

Sylvia repuso que no pasaba nada y que quizá los niños quisieran ganarse un dinerillo ayudándola a quitar las zarzas.

—La ayudarán de balde o sabrán lo que es bueno. Yo soy June y mi marido es Ray; Ray y June Hedges. Si necesita cualquier cosa, llamar por teléfono o lo que sea, venga a casa. El vecino de al lado es un bicho raro. Ya lo verá.

June le contó que en los números 1 y 2 de Field Row no había nadie y que habían entablado ambas casas. Aunque hasta el momento Sylvia no había visto ninguna señal de vida en el número 4, aparte del viejo manzano cuyas ramas pendían sin orden ni concierto sobre el camino de su propio jardín, la hilera de arriates del jardín delantero contiguo indicaba meticulosidad. Pedaleó por el asfalto lleno de baches de Field Row, haciendo conjeturas sobre sus vecinos.

Hasta el pueblo había más de un kilómetro y medio por el camino de sirga que discurría junto al canal que en su día abastecía la malhadada fundición de Neville Tillotson. Sylvia dejó atrás una esclusa, con una casa para el esclusero, y la fábrica de galletas en las afueras de la población que daba empleo a la mayoría de las mujeres de East Mole. La carretera principal la llevó más allá del pequeño hospital y las piscinas. Llegó a la escalera de la biblioteca media hora antes de que abriese.

Su superior, el señor Booth, el bibliotecario jefe, la recibió en el vestíbulo.
—Bienvenida a East Mole. Espero que sea tan feliz aquí como lo soy yo.

Ashley Booth formaba parte del grupo que había entrevistado a Sylvia al solicitar el empleo. En ese momento el hombre, mofletudo, con una pajarita y una generosa cantidad de crema Brylcreem en el cabello, no había dado la impresión de sentirse muy satisfecho con su suerte.

«Señorita Blackwell, en su opinión, ¿qué característica es más importante en un bibliotecario de la sección infantil?», le preguntó.

Sylvia contestó que, a su juicio, tal vez fuese la imaginación. Lo que le respondió el señor Booth no fue muy halagüeño: «La imaginación es la imaginación, señorita Blackwell», lo cual, si uno se paraba a pensarlo, se dijo Sylvia, no tenía ningún sentido.

Deseosa de olvidar cualquier resentimiento, sonrió y afirmó que estaba segura de que sería feliz en East Mole. La expresión del señor Booth dejó entrever que quizá fuese poco probable. La acompañó hasta un cuartito helado con forma de L, amueblado con un par de sillones desvencijados y una mesa de formica en la que había una botella de sirope de café Camp, varias tazas y platos, y un cenicero con publicidad de la cerveza Bass.

—Esta es la sala del personal. Hay un hornillo de gas al fondo del pasillo, por si quiere preparar té o café. No sé si fuma, pero si es así, este es el sitio. Evidentemente, en la biblioteca no está permitido.

Los años que había pasado ocultándose a sus padres habían dado al traste con la franqueza natural de Sylvia.

—No, no fumo.

La expresión del señor Booth indicó que no se dejaba engañar por sus palabras.

—Nuestra empleada a media jornada fuma. Como un carretero.

—¿Qué empleada?

—La señora Harris —repuso con aire enigmático el señor Booth.

El legado de las Tillotson había permitido erigir un edificio amplio y la biblioteca infantil, al final del pasillo y después de la sala de lectura, contaba

con un gran espacio propio.

La breve inspección que había llevado a cabo Sylvia el día que acudió a la entrevista había revelado una colección anticuada, gran parte de la cual difícilmente pasaría por lecturas para niños en el siglo xx. *Sir Walter Scott*, por ejemplo, ocupaba varios estantes, además de Dickens, Shakespeare y John Ruskin, incluidos algunos ejemplares de sus tres tomos de *Las piedras de Venecia*, una obra que incluso pocos de los lectores adultos más entusiastas conseguían terminar. Charles Kingsley, la señora Molesworth y otros escritores victorianos que en su día estuvieron en boga, famosos por su preocupación por la superioridad moral, también contaban con una nutrida representación.

El resto de los libros, ahora lo veía, eran clásicos de sobra conocidos: *Mujercitas*, *Heidi*, *Biggles*, *Las aventuras de Guillermo*, Billy Bunter, varios ejemplares de *Los robinsones suizos*, todo mezclado con una popular serie sobre un internado femenino en Suiza y montones de Enid Blyton.

El hecho de que la biblioteca infantil tuviera asignado un presupuesto mucho más elevado del que Sylvia tenía a su disposición en Swindon había hecho que el puesto le resultara especialmente atractivo, pero para empezar era preciso ordenar debidamente los libros con los que ya contaba. Sea cual fuere el sistema de catalogación que se utilizaba, al parecer se había abandonado hacía tiempo. Aparte de las sólidas hileras de Dickens y Walter Scott y los elevados moralistas victorianos, daba la impresión de que a los demás autores los habían colocado de cualquier manera en los estantes.

A la hora de comer el señor Booth apareció en la sala del personal, donde Sylvia comía unos sándwiches.

—¿Qué tal ha ido su primera mañana? Espero que se las haya arreglado sin problemas.

—Creo que tal vez sea necesario volver a catalogar la biblioteca entera, señor Booth; me refiero únicamente a la sección infantil, claro está. —La expresión de su jefe le indicó que si decidía actuar como una demente era cosa suya—. Me preguntaba si quizá su empleada, la señora Harris, a la que ha mencionado usted, me podría echar una mano.

—¿He oído pronunciar mi nombre en vano?

Una mujer fornida de mediana edad estaba en la puerta. Su olor a gardenia o algo igualmente penetrante inundó la estancia.

—Dee Harris, a su servicio. Me bautizaron Diana pero mis amigos me llaman Dee.

El señor Booth frunció el ceño.

—Buenas tardes, señora Harris.

Puesto que su jefe no se molestó en hacer las presentaciones, Sylvia se presentó ella misma.

—Es usted valiente viniendo aquí —dijo la señora Harris—. No consiguieron convencer a nadie más. A él no le gustará que le diga esto —el aludido frunció aún más el ceño—, pero en el amor y en la guerra todo vale.

Sylvia, que había leído algo de Freud, presintió que bajo esa aparente irreverencia había algo más. Pero al menos la señora Harris parecía bien dispuesta hacia ella.

—Me preguntaba si podría ayudarme a reorganizar la sección infantil.

Al parecer a la señora Harris la frase le resultó hilarante.

—Tardará una eternidad, sin lugar a dudas. Nadie se ha ocupado de ello desde Dios sabe cuándo. —Miró al señor Booth, que le lanzó una mirada furibunda y se fue de la habitación. La señora Harris volvió a reírse—. Como verá, su señoría y servidora no estamos a partir un piñón.

3

A Sylvia le sorprendió un poco enterarse de que, en el caso de Dee, «media jornada» quería decir voluntaria.

—¿Quiere decir que no le pagan?

—No me importa. Eso significa que su señoría no me puede despedir.

—Pero ¿por qué iba a querer despedirla? Sin duda cualquier ayuda debería ser bienvenida.

—Tiene usted muchas cosas que aprender de Ashley Booth.

La tarea de reorganizar los libros de la biblioteca infantil era, como había dado a entender Dee, una empresa monumental, y esta se ofreció a ir algunas tardes a echar una mano.

—Así tengo una excusa para salir de casa cuando él está con los muchachos. —Su marido, le contó, dirigía un club llamado Woodlanders para los jóvenes varones de East Mole.

Para facilitar la tarea, Dee llevó algunas cajas de cartón del colmado de la localidad.

—Osborne's reparte los martes y los jueves —aclaró—. Lo que significa que puedo volver a casa sin nada que pese más que un paquete de tabaco Senior Service. Sabe Dios a quién le vamos a endosar algunas de estas cosas.

Sylvia sugirió que, para ganar espacio, quizá pudieran liquidar a *sir* Walter Scott y Ruskin.

—No son lo que se dice lecturas para niños. Y el único libro de Ruskin que se podría considerar adecuado, *El rey del río de oro o los hermanos negros*, no está aquí.

—Creo que descubrirá usted que todos ellos forman parte del legado de las Tillotson, que tenemos que mantener conforme al fideicomiso.

Sylvia había oído mencionar a una fideicomisaria en la entrevista.

—¿Y quién es exactamente esta fideicomisaria?

Dee se encogió de hombros.

—Una pariente talludita de los Tillotson. Su señoría echa mano de ella cuando se quiere salir con la suya.

Sylvia había centrado su atención en Charles Kingsley.

—Supongo que la gente todavía lee *Los niños del agua*, pero no estoy tan segura en el caso de la señora Molesworth.

Las guardas de la señora Molesworth y sus compañeros moralistas estaban llenas de mensajes edificantes escritos con tinta desvaída.

Sylvia abrió *Historia ilustrada de Palestina para niños* y leyó en voz alta:

—«A la pequeña y querida Edith; que sigas siempre el camino de los justos. De su prima Win que la quiere». Dios santo. Pero está claro que *El rastro del ciervo* y todos los libros de animales del amigo Ernest Thompson Seton se pueden quedar.

Dee, subida a una silla, examinaba un estante alto.

—Podríamos deshacernos tranquilamente de casi todos estos: hace siglos que no los saca nadie. *Cuentos de los patriarcas*, *Jugando con Jesús*; ¡no me fastidies! —Cogió *Cuentos de los patriarcas* y lo abrió. Cayó una polilla muerta—. ¡Dios Todopoderoso! Me gustaría saber cuánto hace que está aquí. *Cómo cuidar de su conejillo de Indias*. ¿Qué le parece este? *La dicha de la obediencia*. No creo que les haga tilín a los críos de hoy.

—*La dicha de la obediencia* es posible que no —convino Sylvia—, pero hay quien podría agradecer mucho un libro sobre conejillos de Indias. ¿Qué hay de los Woodlanders de su marido?

Dee soltó una carcajada.

—A esos lo único que les interesa son las pechugas, y no me refiero a las del pollo.

Con los libros un tanto mejor organizados, a Sylvia le pareció que había llegado el momento de ocuparse de la información relativa a los usuarios. Las fichas estaban en un archivador de roble de aspecto macizo, pero al intentar abrir los cajones no fue capaz de mover ni uno.

El señor Booth pareció irritado cuando le preguntó qué hacer al respecto.

—Qué sé yo, señorita Blackwell.

—Pero ¿cómo llevamos un control de los libros? Si le soy sincera, señor Booth, no está nada claro quién tiene qué exactamente.

—A decir verdad no le puedo decir qué sistema se seguía. La señorita Smith se ocupaba de ello.

La señorita Smith, le confió Dee, había dejado el empleo después de que se rumoreara que había sufrido una crisis nerviosa.

Esa misma tarde Sylvia fue a ver a los Hedges.

El señor Hedges estaba arreglando la cancilla del jardín delantero.

—Buenas tardes. Las gemelas se suben a ella para balancearse y se desgozna. Usted es la nueva vecina.

Sylvia contestó que así era.

—Pase, haga el favor. La puerta está abierta, si no le dan miedo los perros. Mi mujer está dentro.

—Lo cierto es que era usted a quien quería ver, señor Hedges. —Le contó el problema del archivador—. Me preguntaba si podría prestarme alguna herramienta.

El señor Hedges le pidió que lo llamara Ray y le dijo que, si entraba, se reuniría con ella en cuanto hubiera arreglado la condenada cancilla.

Unos ladridos histéricos recibieron a Sylvia en cuanto abrió la puerta y dos nerviosos terriers escoceses se precipitaron sobre sus tobillos. Desde la cocina una voz gritó:

—¡*Melanie, Misty*, abajo!

Con *Melanie* y *Misty* soltando aún pequeños ladridos a sus pies, Sylvia se dirigió hacia la cocina, donde June Harris colgaba ropa en un tendedero de madera.

—Disculpe las molestias. ¿Le gustan los perros?

Sylvia, que le había dado en vano la murga a su madre para que le permitiera tener una mascota, respondió que sí.

—A mí no es que me hagan mucha gracia, pero Ray siempre ha tenido perros y a los críos les gustan.

Los niños Hedges, a los que llamaron para la cena, se presentaron de nuevo. O mejor dicho, fue Sam quien se encargó de hacer las presentaciones:

—Esa es Jam y esa es Pem. —Las niñas permanecieron serias mientras su hermano se moría de la risa—. Apuesto a que ahora ya sabe cuál es cuál.

—Samuel, compórtate —lo reconvino su madre con indulgencia.

Sylvia contó a qué había ido. Pese al aparente poco caso que sus hijos hacían a los libros, daba la impresión de que June Hedges estaba al tanto de lo que sucedía en la biblioteca.

—La señorita Smith, su predecesora, se marchó de repente. Era un tanto peculiar. Dicen que el jefe de usted y ella estaban..., ya sabe. —June adoptó una expresión insinuante.

Aunque estaba familiarizada con el adulterio en la literatura, hasta ese momento Sylvia no se había topado con él en la vida real, que ella supiera.

—¿El señor Booth? Pero ¿no está casado?

—Apenas vemos a su mujer. La tiene encerrada, a menos que se la haya cargado.

«¿Como Barbazul?», se preguntó Sylvia.

Tanto el aspecto como los modales del señor Booth le repelían, y no sabía si esa alusión a un lado oscuro de la personalidad de su jefe la asustaba o la intrigaba.

Ray entró, pidió té y acto seguido echó a *Melanie* y *Misty*, que habían estado masturbándose como posesas contra las piernas de Sylvia.

—Condenados perros. Y dígame, ¿para qué necesita exactamente las herramientas?

Su esposa le había contado que, al ser Ray electricista, era un manitas. Acordaron que iría a la biblioteca para ver qué podía hacer con el archivador.

—¿Puedo ir yo? —Sam estaba tumbado debajo de la mesa, dando patadas a la tabla. Las gemelas se habían ido a su habitación.

—La señorita Blackwell no quiere que le des la lata, Samuel.

Sin embargo, Sylvia se mostró encantada ante la posibilidad de conseguir un nuevo socio.

—Será un placer enseñarle la biblioteca a Sam. Y llámeme Sylvia, por favor.

—Pero no cuando la señorita Blackwell esté trabajando, ojito —advirtió June.

Al día siguiente por la tarde, Ray fue en bicicleta a la biblioteca con Sam acomodado en el manillar. Sylvia estaba sentada fuera en la escalera, esperándolos.

—Una tarde estupenda. Hace que uno se alegre de estar vivo.

Al parecer, Ray poseía el feliz don de la disposición al disfrute.

Una bandada de pájaros con las alas dentadas trazaba elipses en descenso en un cielo casi sin nubes. Sylvia los señaló con el dedo:

—Da la sensación de que los pájaros opinan lo mismo.

Ray se había quitado la gorra como si quisiera mostrar sus respetos a las revoltosas aves.

—Grajos. Mi anciano padre, que en paz descanse, solía dispararles con la escopeta para hacer empanada, pero yo prefiero verlos así.

—¡Empanada de grajo! —exclamó Sam—. El abuelo nos obligaba a comerla cuando íbamos a verlo los sábados. —Hizo como si le dieran arcadas.

—A ver esos modales —lo regañó su padre.

Resultó que el archivador no estaba cerrado con llave, sino solo atascado debido a las fichas. Ray abrió los cajones con ayuda del destornillador.

Era como si en algún momento se hubiera colado un ratón: la mayoría de las fichas estaban roídas por los bordes. También debía de haber entrado agua, haciendo que se pegaran en montones que no había forma de separar. Sylvia los extendió sobre la mesa de la biblioteca.

—Podría probar a ponerlos al sol para que se sequen —sugirió Ray.

Sam miraba los estantes de libros.

—¿Hay anuarios de cómic?

—No —repuso Sylvia—, aunque hay otros libros que tal vez te gusten.

Trató de despertar su interés por Biggles, pero el niño apartó el libro con un gesto de desdén y cogió un ejemplar de *La isla de coral*.

—¿De qué va este?

—Ha estado en la isla de Wight —explicó su padre.

—Pues la verdad es que no lo sé, Sam. Se supone que es un clásico, aunque si te soy sincera no lo he leído.

Sam abrió el libro, echó una vistazo a una página y lo devolvió a su sitio.

—¿Tiene alguno de piratas?

—Está este. —Sylvia sacó *La isla del tesoro* de la caja que Dee había etiquetado con la palabra: «Regalar»—. Por lo visto tenemos varios ejemplares, así que te puedes quedar con este, si quieres.

—¿Qué dices? —Ray lanzó una mirada significativa a su hijo, que lo estaba hojeando.

—¿Condenan a alguien a muerte? —quiso saber Sam.

Sylvia se llevó las fichas de la biblioteca al número 5, donde separó todas las que pudo antes de decidir renunciar a ellas. Hacía una tarde magnífica, así que se llevó afuera la cena a base de galletitas con queso. Uno de los burros del campo se aproximó a la cerca y se quedó mirándola con sus grandes ojos marrones.

Lo más cerca que había estado Sylvia de un burro había sido en la obra de teatro que representaron en la escuela, *El sueño de una noche de verano*, en la que con una cabeza de asno de papel maché era cortejada por Rita Shepherd, que hacía de Titania. Un tanto nerviosa, le ofreció al animal una galletita salada. Los negros y bigotudos belfos se retrajeron, dejando a la vista unas brillantes encías moteadas y unos grandes dientes amarillos. Sin embargo, el burro tomó el regalo de su mano con suma delicadeza.

—Esa es *Doris*. Es bastante inofensiva. Pero tenga cuidado con *Boris*: a veces muerde.

Un hombre de unos sesenta y muchos años miraba hacia su jardín. El sol vespertino, que se colaba por la pelusilla que recubría un cuero cabelludo rosado y salpicado de pecas, le confería un aura rojiza.

—Jeremy Collins, del número 4, su vecino de al lado mismo.

—Yo soy Sylvia Blackwell —se presentó ella, tomando nota de lo de «al lado mismo».

—Soy el presidente del comité de la biblioteca —informó su vecino—. He leído sus referencias.

—Ah —contestó Sylvia, preguntándose si debía darle las gracias por su apoyo, aunque su expresión no dejaba claro en absoluto que se lo hubiese prestado—. Me alegré mucho de conseguir el puesto.

El hombre pasó por alto la observación y fijó la mirada detrás de ella, en las ortigas de aspecto feroz que señalaban el lugar donde el abuelo de la señora Bird había sembrado ruibarbos.

—Va a sudar tinta para domar este jardín.

—Si le soy sincera, me siento un poco superada.

Los apagados ojos del señor Collins se centraron entonces en un arbusto alto que crecía junto al muro de la cocina.

—Tendrá que ocuparse de ese lilo, de lo contrario echará abajo los ladrillos.

—Dios mío.

—Proliferan de mala manera.

Su pequeña boca, un irascible y rosáceo botón de rosa, le recordó a Sylvia a un retrato de Enrique VIII que había visto en una ocasión.

—Me temo que la jardinería no es lo mío —confesó. Tal vez de esa forma pudiera forjar un vínculo con su vecino «de al lado mismo»—. Quizá pueda aconsejarme qué hacer, señor Collins.

—Veneno —respondió el hombre, y echó a andar por su jardín, donde no crecía un solo lilo de verano.

Boris, el compañero supuestamente más agresivo de *Doris*, se aproximó a la cerca y se quedó allí plantado, robusto y expectante. Desoyendo la advertencia del vecino, Sylvia le ofreció también una galletita. El burro la miró tranquilamente y acto seguido la engulló con delicadeza.

Sylvia le puso la mano en el pescuezo peludo y caliente.

—No eres un peligro, ¿a que no, *Boris*? Eres manso como un corderito.

Sylvia había sacado un libro junto con la cena, pero lo dejó a un lado para contemplar a los pajarillos que se abrían paso diestramente por el laberinto de zarzas y se atrevían a bajar a picotear las migas del suelo de cuando en cuando, no demasiado cerca de sus pies. Un pájaro minúsculo, encaramado a una zarza exuberante a modo de centinela, empezó a alzar su fina voz a un cielo que poco a poco se teñía de amarillo. No era un sonido especialmente melodioso, pensó Sylvia; más bien parecían las sílabas sincopadas de una lengua antigua —posiblemente de Oriente, con una escritura jeroglífica— que si estudiaba diligentemente quizá también ella lograra aprender.

Más allá de los campos, el reloj del ayuntamiento de East Mole dio la hora. Había salido la luna, que estaba suspendida en el claro cielo como un farolillo redondo de papel de seda. La paz pareció instalarse a su alrededor junto con el rocío cuando se sentó a planificar su nueva vida y todo lo que tenía intención de hacer en la biblioteca.

4

—¿Se le ocurre dónde podría poner avisos, Dee? Quiero que vengan más niños a la biblioteca.

Era uno de los días que Dee acudía al local.

—Podría probar en la cooperativa de mujeres Guild o en el IM, ya sabe, el Instituto de la Mujer.

Junto al armario de los artículos de papelería había una multicopista, que funcionaba haciendo girar laboriosamente un voluminoso cilindro rotatorio para sacar copias en tinta púrpura. Sylvia descubrió que era imposible utilizarla sin ponerse los dedos perdidos.

Había preparado lo que confiaba fuese un anuncio genérico:

BIBLIOTECA INFANTIL DE EAST MOLE

LUNES-VIERNES 9.00-17.30

SÁBADO 9.00-12.45

BIENVENIDOS TODOS LOS LECTORES DE CUALQUIER EDAD

SYLVIA BLACKWELL

BIBLIOTECARIA DE LA SECCIÓN INFANTIL (POR DESIGNACIÓN).

Lo de «por designación» había sido cosa del último momento, algo posiblemente innecesario.

Estaba ocupada haciendo copias del anuncio cuando el señor Booth dio con ella. Dee había aconsejado a Sylvia que no lo informara de esa iniciativa.

—Encontrará algún motivo para poner peros.

—¿Por qué iba a poner peros a que le dé más visibilidad a la biblioteca?

—Encontrará alguno, ya lo verá, me juego la cabeza.

El señor Booth cogió una de las copias y chasqueó la lengua en señal de desaprobación.

—¿Dónde tiene intención de ponerlas, señorita Blackwell?

Por lo visto Dee conservaría su cabeza.

Sylvia le contó que tenía pensado preguntar en la cooperativa de mujeres y en el IM.

—Me figuro que lo de la cooperativa fue idea de la señora Harris.

—Lo he hablado con la señora Harris, desde luego, señor Booth. Ha sido de gran ayuda escribiendo los nombres en las nuevas fichas de los socios.

—No creo que podamos decir que «todos» son «bienvenidos». Están, por ejemplo, los gitanos.

Lo de «gitanos» sonaba romántico.

—¿Qué me dice? ¿Hay gitanos en East Mole?

—Había. Algunos de nuestros valiosos Ruskin desaparecieron. Y creo que también una primera edición de Carlyle.

—Sin duda no de la biblioteca infantil, ¿verdad, señor Booth?

El color ciruela de las venitas de las mejillas del aludido se intensificó.

—En tiempos de nuestras benefactoras los niños leían a Carlyle. Teníamos unos cuantos volúmenes espléndidos.

—Gitanos, ¡lo que hay que oír! Lo más probable es que los vendiera él — comentó Dee cuando Sylvia le relató la conversación que habían mantenido —. Se los vende a un tipo de Salisbury que se dedica a la compraventa de antigüedades. Se habrá inventado lo de los gitanos para explicar su desaparición.

—¿En serio, Dee? —Hasta Clive Henderson, de Swindon, habría mostrado más respeto por los libros.

—Como ya le dije, tiene usted muchas cosas que aprender de Ashley Booth.

Sylvia estaba sentada en el jardín, disfrutando de los últimos rayos de sol y del canto de los pájaros, cuando June Hedges fue a verla con una cestita de alhelíes.

—Pensé que le gustarían para disimular el olor a humedad de dentro.

Era cierto: el número 5 olía a humedad. Sylvia aspiró el aroma que desprendían las flores, de un aterciopelado color dorado y ámbar.

—Gracias, June. Son preciosas.

—Las cultiva Ray entre las judías. Le traeré algunas cada vez que crezcan. Las habichuelas nos salen por las orejas.

June se quedó a tomar una taza de té.

—¿Conoce a alguien de la cooperativa de mujeres o del IM, June? Estoy intentando hacer que vayan más niños a la biblioteca y Dee me sugirió que le

pidiera ayuda a usted.

—El IM es fácil: mi madre es miembro, aunque está pachucha y últimamente no ha podido ir. Creo que para ingresar en la cooperativa hay que ser laborista.

—¿No es usted laborista? —Sylvia estaba sorprendida.

—Ray vota a los conservadores. Dice que a Macmillan lo educaron para saber gobernar el país. Ojo, que el vecino de al lado es un concejal conservador y Ray no lo puede ni ver. Mi padre es concejal laborista. Creció en el East End. La verdad es que a mí me da lo mismo.

—¿No vota usted?

—¿De qué sirve un voto?

Sylvia, que había cumplido veintiún años justo antes de que se celebrasen las últimas elecciones generales y había votado por primera vez con entusiasmo, se sintió un tanto mortificada.

—Me figuro que si todo el mundo pensara lo mismo...

—Sé lo que está pensando. «Personas mejores que tú fueron a la cárcel para que tú pudieras votar», dice siempre mi padre.

June se estiró y sonrió tranquilamente a la vista de sus defectos. El sol que le daba en los grandes brazos desnudos hizo que por un instante pareciera una diosa pagana. «Yo no sé nada —pensó Sylvia—. Todo este lío de la biblioteca me hace parecer boba».

—Sam no suelta el libro que le dio usted —comentó June de repente—. No lo había visto nunca leer un libro. La otra noche nos morimos de risa cuando se puso a dar vueltas a la mesa con mi paraguas, haciendo de un personaje ciego. A Ray casi le da algo.

Al día siguiente Sylvia pasó por delante del número 3 en su bicicleta y June se asomó para decirle que su madre había hablado con la presidenta y que podía asistir a la próxima reunión del IM, que se celebraría esa tarde.

Para hacer tiempo al terminar de trabajar y antes de que llegara la hora de su cita, Sylvia decidió darse el gusto de cenar fuera. Con lo que ganaba eso era un lujo, de manera que estudió cuidadosamente las opciones que tenía. Descartó el Patsy's Tea Shoppe —demasiadas vigas oscuras— y se decidió por el ABC, que estaba vivamente iluminado y prometía buena comida a buen precio.

El único comensal aparte de ella era una señora corpulenta y entrada en años que estaba sentada sola, si no se contaba a un galgo inglés tendido

elegantemente a sus pies. La mujer levantó la vista cuando entró Sylvia e inclinó levemente la cabeza a modo de saludo.

Sylvia, a la que habían prohibido tener un perro de verdad, había convivido durante años con un galgo imaginario llamado *Malt*, de manera que se detuvo a acariciar el claro lomo de ese lebel de verdad.

—Hola, bonito. —El animal miró con sus dulces ojos color avellana a aquella nueva amiga—. ¿Cómo se llama?

La dueña del galgo, que estaba comiendo un *scone*, se tomó su tiempo para masticar antes de contestar.

—Se llama *Sylvia*.

—Vaya, como yo. Soy Sylvia Blackwell.

La señora asintió.

—Ya, me he figurado que era usted.

La corpulenta dama no parecía dispuesta a seguir conversando, de manera que Sylvia escogió una mesa y pidió sopa de tomate con un bollito de pan.

El Instituto de la Mujer se reunía en el salón de actos, muy cerca de la biblioteca. Cuando Sylvia llegó estaban sirviendo un refrigerio. Aceptó una taza de café instantáneo y una galleta de manos de una mujer menuda que se presentó como la tesorera.

—Me han encomendado que me ocupe de usted. Soy Ivy, Ivy Roberts, pero no tardará en aprenderse los demás nombres. —Bajó la voz—: A la presidenta, la señora Brent, le gusta que se siga el protocolo. —Llevó a Sylvia hasta la primera fila de sillas—. Estamos encantadas de contar con un posible miembro tan joven. Hablará usted en Ruegos y Preguntas.

El orden del día eran las contribuciones que efectuaría el centro para el Año Mundial del Refugiado y la invitación a la nueva secretaria general, la señorita Alison King, para que visitara East Mole.

Ivy le dio un toque con el codo a Sylvia.

—La anterior secretaria general, la señorita Frances, dimitió. No conseguimos convencerla de que viniera, pero tenemos muchas esperanzas con la señorita King.

La moción de que el centro efectuase una colecta para el Año Mundial del Refugiado se aprobó sin objeciones, pero la propuesta de invitar a la nueva secretaria general a visitar el centro puso a prueba el genio de algunos miembros.

La competencia para participar en dicho evento fue reñida. Una mujer afirmó estar vinculada con la familia de la señorita King.

—No es una relación consanguínea, no —admitió cuando la sometieron a un interrogatorio—, pero un amigo de mi primo fue a la escuela con su primo durante la guerra.

Otra mujer que lucía un elegante sombrero y una buena cantidad de joyas de fantasía hizo una intentona:

—Mi esposo estará encantado de ir a buscar a la secretaria general y traerla en coche desde el pueblo.

—Su marido conduce un Packard —confió Ivy a Sylvia.

La presidenta puso fin a la creciente discordia anunciando que ese punto se aplazaría hasta la siguiente reunión para «permitir que la señorita Blackwell, nuestra nueva bibliotecaria de la sección infantil que ha tenido la amabilidad de venir hoy, pueda hablar». Dedicó una sonrisa regia a Sylvia y le indicó que se adelantara para dirigirse a las allí reunidas.

Al ver frustrada su hostilidad mutua, los miembros del IM se prepararon para dirigirla a la intrusa. Recelosas, las mujeres estaban resueltas a rechazar cualquier cosa que propusiera, que a juzgar por su edad y su aspecto sin duda sería alguna modernez.

Sylvia recordó el consejo que le había dado su padre cuando le enseñaba a jugar al ajedrez: «No lo olvides, vale la pena sacrificar un peón si con ello puedes hacerte con la reina», y desechó el discurso que se había preparado.

—Para ser sincera, señora Brent, lo cierto es que he venido a pedir su consejo. —El ambiente del salón se relajó palpablemente—. Me gustaría que más niños se animaran a hacerse socios de la biblioteca y sería de gran ayuda que ustedes tuvieran la amabilidad de hacer correr la voz entre sus hijos o nietos.

—Ha ido bien —observó Ivy mientras la reunión se disolvía—. Venga a casa algún día a tomar el té —añadió, adelantándose a la señora «Packard», que andaba cerca.

Esta sacó una tarjeta del bolso:

—Llámenos por teléfono, se lo ruego. A Geoffrey y a mí nos encantaría verla en una de nuestras veladas. —Sonrió a Ivy y se alejó.

—Se cree el puñetero Dios Todopoderoso, con sus dichosas veladas —espetó Ivy—. Perdone mi lenguaje.

Por instinto, las simpatías de Sylvia siempre estaban con el más desamparado.

—Lo cierto es que no la podré llamar, Ivy. No tengo teléfono.

Con el aparente apoyo del IM, Sylvia decidió que su siguiente objetivo sería la escuela. Los niños Hedges iban a la escuela de East Mole, de manera

que se pasó por el número 3 para pedir consejo.

—En su opinión, ¿cuál sería la mejor forma de abordar a la escuela, June?

—El director es el señor Arnold. Puede usar nuestro teléfono, si lo desea.

—Creo que será mejor que le escriba.

—Sam le llevará la carta. Llevarás al señor Arnold una carta de la señorita Blackwell, ¿verdad, Sam?

—Me dijo que podía llamarla Sylvia.

—En la escuela no, Sam, te lo pido por favor, o la señorita Blackwell no te dejará sacar más libros de la biblioteca.

A Sylvia le desilusionó saber que el éxito inicial de *La isla del tesoro* no había durado mucho. Sam bajó la mirada cuando ella le preguntó qué tal iba.

—¿Es que no te ha gustado, Sam?

—El ciego Pew estaba bien. No me gustaba el niño ese, como se llame.

—¿Jim Hawkins?

—Ese. Es un mariposón.

—¿Qué hay de Long John Silver? —Silver era uno de los preferidos de Sylvia cuando era pequeña.

—No entendí lo del señor ese, el Squire como se llame.

—Pensaré en otro libro que pueda gustarte —prometió Sylvia.

Pero si Sam era, al menos por el momento, un lector reacio, en cambio se mostró encantado de ser el portador de una carta relacionada con la biblioteca al director de su escuela. El señor Arnold, le confió, se había ganado el respeto de los niños de la escuela por su habilidad con la palmeta.

Sylvia había ido a una refinada escuela para niñas, un lujo para el que sus padres habían tenido que apretarse el cinturón. Los logros académicos de la institución eran, en el mejor de los casos, modestos pero esta se enorgullecía de no recurrir a los castigos corporales. Aunque Sylvia, cuya madre le daba a menudo una manotada en las pantorrillas por faltas sin importancia, era vagamente consciente de que a los niños los castigaban con palizas, se sintió un tanto desconcertada al oírlo de primera mano.

—Mi amigo Mickey O'Malley se la cargó por escupir —le contó Sam con orgullo.

Con todo y con eso, Sylvia compró papel de cartas Basildon Bond y los correspondientes sobres para escribir al señor Arnold. Redactó la misiva con sumo cuidado.

Estimado señor Arnold:

Como nueva bibliotecaria de la sección infantil, quiero animar a los niños de la localidad a que frecuenten más la biblioteca. Estaré encantada si alguno de sus profesores desea llevar a su clase, para que les pueda poner al corriente de nuestra colección de libros.

Atentamente,
Sylvia Blackwell
Bibliotecaria de la sección infantil

Releyó despacio la carta y añadió:

P. D.: Adjunto sobre franqueado para su comodidad.

Siguiendo el consejo de Dee, Sylvia no había informado a su jefe de su reunión con el IM pero difícilmente podía ocultarle que quizá acudieran a la biblioteca grupos de escolares. En esta ocasión se preparó para recibir una negativa.

—No estoy muy seguro, señorita Blackwell. Creo recordar que le pedí que me comunicase primero a mí cualquier futuro plan. Tendremos que estar muy pendientes de los libros.

—¿Por qué, señor Booth?

—Como es natural, los robarán o arrancarán páginas. Dejar a una clase entera campar a sus anchas por la biblioteca es, sencillamente, buscarse problemas. Tendré que comentarlo con el comité.

Con la excepción del señor Collins, el vecino de Sylvia, el comité de la biblioteca estaba integrado por aquellos concejales de distrito electos de East Mole a los que podían engatusar para pasar las tardes debatiendo sobre los recursos de la biblioteca en lugar de dormitando al amor de la lumbre o jugando a los dardos en el *pub*. En términos de prestigio, el comité ocupaba los últimos puestos de la lista del concejo municipal, por debajo incluso del alcantarillado y la eliminación de residuos. Pero si el señor Booth presentó alguna objeción ante el comité, esta no debió de llegar a la escuela: dos días después el cartero entregó en mano a Sylvia un sobre dirigido a ella.

Estimada señorita Blackwell:

Estaré encantado de reunirme con usted para abordar su propuesta para los niños.

Atentamente,
Keith Arnold

5

El señor Arnold había incluido un número de teléfono para que Sylvia lo llamara y concertase una cita para visitar la escuela. Cuando esta fue a casa de los Hedges para preguntar si podía utilizar su teléfono, le enseñó la carta a June.

—Bonita letra. Insiste en que los niños tengan buena caligrafía. Sam vuelve a casa con los puños de la camisa manchados de negro azulado.

Sylvia se sintió aliviada por haberse tomado la molestia de escribir con su estilográfica.

—¿Cómo es el director, June?

—Estricto pero justo, diría yo. Sirvió en la armada durante la guerra. Lleva el timón del barco con disciplina.

Sylvia no mencionó el respeto que le imponían a Sam los palos. Prefirió ofrecerse a llevar a los tres niños Hedges a ver la biblioteca después de su reunión con el director, prevista para justo antes de que las gemelas salieran de clase.

Al llegar a la escuela, Sylvia vio a un grupo de niñas con camiseta interior y pantalón corto jugando a netball en el patio. Una de las profesoras las entrenaba con ayuda de un silbato.

—¡Encesta, Sheila, encesta! —la oyó gritar Sylvia, y después sonó un fuerte pitido—. Gaynor Richards, ¡estás en fuera de juego!

Subió una ruidosa escalera de piedra para llegar al despacho del director, donde su secretaria le ofreció una taza de té.

—No creo que tarde mucho. Está hablando con el funcionario de educación sobre el horario de los exámenes finales.

El señor Arnold colgó el teléfono y salió para hacer pasar a Sylvia a su despacho.

«No parece de los que dan azotes», pensó Sylvia, que dijo en voz alta:

—Gracias por invitarme. Lo cierto es que me encantaría animar a los niños a que utilizaran más la biblioteca.

—En eso estoy con usted. Es cuestión de organizarlo lo mejor posible. Desde que acabó la guerra incluso aquí, en East Mole, las clases son numerosas. Tenemos a más de cuarenta alumnos tanto en octavo A como en octavo B.

Sylvia había leído algo sobre la falta de profesores cualificados para hacer frente a la cantidad de alumnos que había en las aulas. Los británicos habían celebrado el final de la contienda procreando con ganas.

—Tal vez podríamos dividir a los niños para que fuesen por grupos. Ya he hablado al respecto con mi jefe, el señor Booth.

—Para serle sincero, señorita Blackwell, en su día intentamos conseguir la ayuda de la biblioteca para fomentar la lectura entre los niños (son muy pocos los que tienen libros en casa), pero nos informaron de que el comité de la biblioteca expresó sus reservas al respecto.

La llevó a un aula que hacía las veces de biblioteca de la escuela.

—Como puede ver, aquí no es que haya mucho donde elegir. De manera que si hay algo que pueda hacer usted para que los niños frecuenten la biblioteca, tiene todo mi apoyo.

Cuando sonó la campana que marcaba el final de las clases de párvulos, Sylvia estaba fuera esperando a las gemelas, que corrieron encantadas a su encuentro. Ninguna llevaba lazo.

—No sé quién es quién.

Una de las niñas señaló una estrella roja que le habían pegado al vestido:

—Yo soy Jem.

La otra soltó una risita.

—No es verdad, yo soy Jem. —Le enseñó una estrella idéntica que lucía en el cuello del vestido.

—¿Por qué tenéis las dos una estrella roja?

—La señora Steward se ha hecho un lío —repuso una de las gemelas, partiéndose de risa.

Sylvia, que recordaba su propia infancia, repuso:

—Como si me importara saber quién es quién.

Y las niñas dejaron de reírse y la miraron con cara de sorpresa.

Por lo general a las niñas las llevaba a la escuela cada mañana su hermano, que se encargaba también de recogerlas. Los de primaria salían a las cuatro, media hora más tarde que los de párvulos.

—Gemelas, ¿qué soléis hacer mientras esperáis a Sam? —preguntó Sylvia.

—Vamos donde el conserje —contestó una de ellas.

—Nos da chokolatinas Rolos si nos sentamos en sus rodillas —le confió la otra.

Mientras esperaban a Sam, las gemelas se subieron a la verja que rodeaba el edificio de los mayores y metieron los pies enfundados en sandalias por los barrotes.

—A ver si se os quedan atascados —advirtió Sylvia, y comprendió su error al ver que empezaban a meterlos con más entusiasmo.

Estaba a punto de avisarlas de nuevo cuando apareció Sam.

—¿Le están dando guerra?

—La verdad es que no pero me alegro de verte, Sam.

Sam y Sylvia echaron a andar tranquilamente hacia la biblioteca mientras las gemelas se adelantaban haciendo ondear las chaquetas como si fuesen alas de hada.

Los jueves por la tarde el señor Booth libraba. Teniendo presente su petición de que lo avisara de cualquier nueva iniciativa, Sylvia le había dejado una nota en la mesa en la que le informaba de su reunión con el señor Arnold. De modo que cuando se toparon con él en la puerta se sintió pillada en falta.

Regañó a las gemelas, que daban saltos en las baldosas que adornaban el suelo de la entrada.

—Le voy a enseñar la biblioteca a unos escolares, señor Booth. La señora Harris ha tenido la amabilidad de quedarse a cargo del fuerte.

—Ya veo.

—Es un proyecto piloto —improvisó Sylvia—. Lo he hablado con el director.

Su jefe se ruborizó levemente.

—Creo haberle dicho, señorita Blackwell, que agradecería que en el futuro concertara esas reuniones después de consultarlo conmigo. Ahora no me puedo entretener, tengo que encontrarme con la fideicomisaria. —Salió a toda prisa y derribó a una de las gemelas.

—¡Oiga usted! —le gritó Sam—. A ver si mira por dónde va.

La gemela a la que había tirado al suelo se echó a llorar.

—Levanta, que no tienes nada. —Sam la agarró por los hombros y la zarandeó.

La niña dejó de llorar y se puso a mirar a su alrededor.

—¿Esto es un palacio?

—En cierto modo —contestó Sylvia—. Es un palacio lleno de historias.

Las gemelas echaron a correr por el pasillo y parecieron sinceramente impresionadas al entrar en la biblioteca infantil. Se quedaron quietas mirando

el «palacio». Ahora la biblioteca estaba mucho más ordenada. Las secciones estaban divididas por edades con rótulos escritos a mano, y había estantes especiales dedicados a deportes, naturaleza, ciencia, historia y un apartado que Dee había denominado sencillamente «General».

—Es para los libros que no sabíamos dónde colocar —explicó—. Bueno, pues si no me necesita me voy. Buena suerte con esas dos.

—¿Para qué son todos estos libros? —preguntó una de las gemelas con cara de asombro.

—Para leerlos —les informó su hermano—. Si os portáis bien, la señorita Blackwell os dejará llevaros alguno a casa.

—¡Dijo que podíamos llamarla Sylvia! —exclamó la otra gemela.

—Como no os calléis, os vais fuera —amenazó su hermano.

Sylvia llevó a las gemelas hasta los estantes para las edades comprendidas entre los tres y los cinco años y ellas empezaron a sacar los libros de la balda inferior para construir una casa.

—¡Basta! No son para que hagáis el tonto con ellos. —Sam le puso en la mano a cada una un libro ilustrado.

Las niñas, al parecer bastante satisfechas con el trato, se sentaron en el suelo chupándose el pulgar y pasando las hojas.

—¿Te apetecería mirar si hay algo que te pueda gustar más que *La isla del tesoro*? —preguntó Sylvia—. Mira a ver qué te parece este.

Cogió un libro del doctor Dolittle de los estantes de nueve a doce años, pero Sam estaba mirando los de la sección General.

—¿De qué va este?

Sylvia reconoció el libro de inmediato por la sobrecubierta: *Ajedrez para principiantes*, el primero que recordaba que le había regalado su padre tras volver a casa después de la guerra.

—De ajedrez, Sam. Es un juego.

—Eso lo sé.

—No te puedo decir mucho más —admitió Sylvia—. Yo empecé a jugar cuando tenía más o menos tu edad.

—¿Le gustaba?

Sylvia sopesó la pregunta.

—Sobre todo me fascinaban las piezas. Si quieres, te puedo enseñar. Tengo un juego en casa.

Sam dejó el libro en su sitio en el acto y sacó uno de nudos marineros. Se paseó por la biblioteca sacando libros y devolviéndolos a su lugar. Sylvia miró a las gemelas, que estaban embelesadas.

—¿Os gustaría llevaros el libro a casa? —preguntó, arrodillándose a su lado.

Sin embargo, la interrupción solo causó problemas.

—Yo quiero el que está leyendo ella —afirmó una de las gemelas.

—¡Es mío!

—No saben leer —se oyó decir a su hermano desde el otro lado de la estancia.

La niña que tenía el libro que quería la otra se levantó y gritó:

—¡Sí que sé leer!

Y salió corriendo de la estancia. Al verlo, la otra se tiró en el suelo cuanto larga era y empezó a berrear.

—Sam, ¿te importaría ir a por ella? —le pidió Sylvia—. ¿Qué leía tu hermana? —quiso saber.

—¡No lo sé! —exclamó la gemela que estaba en desventaja—. No sé leer. No sé lo que leía.

—A ver qué te parece esto —propuso Sylvia—: vamos a buscar otro libro para ti.

Echó un vistazo al estante inferior y sacó uno de *Cenicienta* ilustrado y de gran tamaño.

—Toma, mira este. Esta es el hada madrina con su varita mágica y estos los ratones y la calabaza que se convierte en una carroza.

La niña se sentó sin dejar de sollozar y miró con recelo la ilustración.

—Maureen Allan dice que las hadas no existen.

—Maureen Allan no sabe lo que dice —aseguró Sylvia con firmeza.

Sam trajo de vuelta a la gemela que había escapado, que forcejeaba entre sus brazos. Sylvia sacó unos sobres en los que escribió el nombre y la dirección de los tres niños y les enseñó cómo tenían que introducir la ficha en ellos.

—Esto es para que nosotros sepamos quién tiene los libros.

—¿Nos los podemos quedar? —La gemela que tenía *Cenicienta* sostenía el cuento apretado contra el pecho, para que no se lo quitara su hermana.

—Pues claro que no, boba —espetó Sam.

Temiéndose otro arranque de lágrimas, Sylvia dijo:

—Os los podéis quedar tres semanas. Y después, si os los queréis quedar más tiempo, podéis volver a la biblioteca para que os lo selle de nuevo.

Sam escogió un libro titulado *Principios básicos del código morse* y Sylvia le dejó que sellara los tres libros.

—¿Estáis seguros de que solo os queréis llevar esos? Podéis sacar tres libros a la vez cada uno.

Pero los niños tenían bastante con uno.

Volvieron a casa por el camino de sirga y pasaron por delante de la esclusa, donde las gemelas salieron disparadas hacia la puerta.

—¡No! —exclamó Sylvia.

Ellas se detuvieron y la miraron con cara de reproche.

—Nuestra madre nos deja.

Sylvia miró con cara de interrogación a Sam.

—No les haga caso —advirtió este—. Mienten más que hablan. — Levantó la voz para decirles a sus hermanas—: Dejad de darle guerra a la señorita Blackwell.

Pero las niñas tenían la respuesta lista.

—¡Dijo que podíamos llamarla Sylvia! —gritaron.

6

Un benigno abril dio paso a un cálido mayo, y los niños de la escuela de East Mole que pasarían al bachillerato empezaron a ponerse nerviosos o rebeldes ante los inminentes exámenes finales.

La sugerencia de Sylvia de que se permitiera a los escolares visitar la biblioteca todavía no se había presentado ante el comité pero el IM había hecho su trabajo. Un sábado por la mañana apareció la señora Bird, empujando un carrito y a una niña.

—No pude asistir a la reunión del instituto en la que habló usted aunque por lo que he oído estuvo muy bien. Esta es Lizzie, la hija de mi Dawn.

Dio un empujoncito a una niña de cara redonda con gafas que llevaba unos pantalones cortos demasiado largos.

—Hola, Lizzie.

La señora Bird le dio un golpecito en la espalda.

—¿Qué se dice?

La niña habló tan bajo que Sylvia intuyó más que oyó la respuesta:

—... la.

—Está hecha un manojo de nervios por culpa de esos dichosos exámenes. Le he dicho a su madre: «Quizá la señorita Blackwell le pueda echar una mano». Confío en que todo vaya bien en el número 5.

La señora Bird miró a Sylvia como para recordarle que la preparación para los exámenes estaba incluida en su contrato de alquiler.

—Sí, gracias —contestó Sylvia—. Aunque la verdad es que no he tenido tiempo de ocuparme del jardín.

—Mi marido le echará una mano. Le dejo aquí a Lizzie mientras voy a hacer la compra.

—Está bien, supongo. Pero tendré que encargarme de los otros socios.

—Lizzie no le causará ningún problema. No le darás problemas, ¿verdad, Lizzie?

Sin esperarse a comprobar si su nieta se proponía dar problemas, la señora Bird se alejó a buen paso, manejando con pericia el carro.

Sylvia llevó a Lizzie al estante de los nueve a doce años y siguió mirando el catálogo de un editor. Después de unas cuantas evasivas, el señor Booth por fin le había desvelado cuál era exactamente el presupuesto destinado a la biblioteca infantil.

—Parece una barbaridad de dinero —le comentó Sylvia a Dee.

—Smith, esa pobre infeliz, no tocó nunca el presupuesto, así que me figuro que habrá ido engordando.

Como resultado de la negligencia de la señorita Smith, Sylvia pudo darse el capricho de añadir una larga lista de títulos a la biblioteca. La industria editorial de la posguerra empezaba a ponerse en marcha y nuevos libros para niños iban llegando al mercado. Ella ya había pedido los preferidos de su infancia: Beatrix Potter, Mary Plain, el trol Mumin, *Los cuentos de así fue*, *Puck de la colina de Pook*, *Las aventuras de Huckleberry Finn*, *La princesa y Curdie*, *Más allá del viento del norte*, *Emilio y los detectives*, *El viento en la Luna*, todos los de E. Nesbit y, además, *Ferdinando, el toro*, los libros azul, marrón, verde y lila de los cuentos de hadas, *Vencejos y amazonas*, toda la serie de *Los incursores* y de *Mary Poppins*, *El pudding mágico*, *Las increíbles aventuras del profesor Branestawm*, *Confía en Chunky*, *Cuentos del pequeño Pete*, *El pececillo del río Say*, los libros de Katy y *Las crónicas de Narnia*.

Esta última elección se vio justificada al ver a Lizzie sentada con las piernas cruzadas a lo indio, absorta en *El león, la bruja y el armario*.

Gracias a la iniciativa de Sylvia, la señora Bird no era la única que experimentaba un renovado interés por la biblioteca infantil. Los sábados abrían media jornada y eran ahora eran los días más concurridos en la biblioteca, de modo que Sylvia no tuvo ocasión de hablar con Lizzie hasta poco antes de la hora del cierre. La señora Bird entró un momento y volvió a salir para ocuparse de un recado que no especificó.

—¿Te está gustando? —preguntó Sylvia.

Lizzie bajó el libro. Tras las gafas redondas, los ojos azules estaban abiertos de asombro.

—Es estupendo.

—¿Ya ha aparecido la Bruja Blanca?

—Y el fauno, Tumnus. Pero lo tiene la Bruja Blanca. ¿Le va a pasar algo?

Sylvia vaciló. Ella siempre disfrutaba más de un libro si sabía cómo terminaba.

—¿Quieres que te lo diga o prefieres averiguarlo tú?

—Por favor, señorita, lo quiero saber.

—Al final no le pasa nada. Estos libros son así.

Tranquilizada, Lizzie se puso a leer de nuevo, poco dispuesta a sufrir más distracciones.

Los socios del sábado escogieron sus lecturas y se fueron a casa a comer. Tras consultar el reloj, Sylvia vio que eran las doce y media: solo faltaba un cuarto de hora para el cierre. Confiaba en que la abuela de Lizzie volviera a tiempo. La señora Bird no era muy formal.

Sylvia había recogido todos los libros y archivado todos los sobres de los socios cuando la puerta se abrió y entró un hombre con una niña. Esta tendría la edad de Lizzie pero era más alta y de sumisa no tenía nada. Al contrario, la niña caminaba excepcionalmente erguida y era evidente que estaba evaluando los estantes de libros. Con su remilgado vestido de flores y dos relucientes trenzas, a Sylvia le pareció salida de la ilustración de un cuento.

El hombre empezó a disculparse.

—Espero no llegar tarde. Venimos a apuntar a Marigold.

—Llegan justo a tiempo.

Sylvia sacó un impreso para anotar el nombre de la niña y los datos de contacto de sus padres.

—Señor y señora Bell. Yo soy el nuevo médico de cabecera.

—Yo también soy relativamente nueva —repuso Sylvia.

El hombre, alto, de cabello oscuro y con gafas, le sonrió.

—Los recién llegados debemos apoyarnos. Tengo entendido que East Mole es una comunidad bastante cerrada.

—Conmigo ha sido muy cordial hasta el momento —observó ella.

—Bueno, está usted en el lugar idóneo para conocer a sus miembros más importantes. —Miró afectuosamente a su hija.

Al parecer Marigold, a diferencia de Lizzie o Sam, estaba familiarizada con los libros. Fue directa a la sección de doce a catorce años y se puso a escudriñar los estantes.

—Solo tiene diez años —precisó su padre—, pero es una lectora bastante avanzada. —Se encogió ligeramente de hombros para dar a entender que el mérito no era suyo.

—¿Y qué le gusta leer?

—De todo. Leyó mi *Anatomía de Gray* cuando estuvo en cama con bronquitis el invierno pasado. Probablemente haya avanzado más que yo.

—Por suerte tengo a mi disposición un generoso presupuesto para comprar nuevos títulos —se ofreció Sylvia—, de manera que si hay algo en concreto que quiera leer su hija, hágamelo saber.

Marigold se acercó a la mesa en la que estaban *Colmillo blanco*, *Las zapatillas de ballet* y *Merlín el encantador*, de T. H. White. Se quedó parada un instante, al parecer sopesando algo, y decidió dejar *Las zapatillas de ballet* y coger en su lugar *Las botas blancas*.

—Se te ve el plumero, bribona. —El doctor Bell le acarició el cobrizo cabello a su hija y esta le sonrió.

—Es una forma de elegir tan buena como cualquier otra —afirmó Sylvia, sin ser consciente de que sentía cierta envidia al ver ese ejemplo de concordia familiar.

Era la una menos cuarto pasada cuando volvió a aparecer la señora Bird, aduciendo un montón de excusas relacionadas con alguien que la había parado cuando se dirigía hacia allí y no la dejaba marchar.

Lizzie le llevó a Sylvia tres libros de Narnia para que se los sellara.

—Ya he leído más de la mitad de este, señorita.

—No te preocupes, me lo puedes traer en cuanto lo acabes y sacar más libros —la tranquilizó Sylvia.

Cuando se disponía a marcharse con su nieta, la señora Bird recordó de pronto para qué había ido allí.

—Habíamos venido a preguntarle lo de los exámenes; la próxima vez no sabré ni dónde tengo la cabeza. Bueno, Lizzie se puede pasar por el número 5 el sábado que viene. Puedes ir a casa de la señorita Blackwell, ¿verdad, Lizzie?

—Me gustaría ayudarla, naturalmente, señora Bird —repuso Sylvia con prudencia. Todavía no era inmune a la tendencia habitual a aplacar a la consumada tirana—. Pero, verá usted, yo no hice esos exámenes.

El método que utilizaba la señora Bird con las discrepancias era, sencillamente, hacer caso omiso de ellas.

—En su clase son demasiados y solo ayudan a los del grupo A, que en su opinión son los que pasarán al bachillerato.

Lizzie miraba al suelo sin decir nada y Sylvia, al reparar en las zapatillas de lona gastadas y los extraños calcetines que llevaba la niña, tomó una decisión sin ser consciente de ello.

—Si quiere, Lizzie se puede pasar el sábado que viene cuando yo haya terminado aquí.

—Le dije a mi Dawn que usted nos ayudaría —declaró la señora Bird—. «La señorita Blackwell es la indicada para ayudar a nuestra Lizzie», le dije. Pregúnteselo a mi marido cuando vaya a ocuparse del jardín.

Al sábado siguiente el señor Bird llevó a Lizzie a casa de Sylvia, que estaba sentada en el jardín terminando de comer. Aparcó la camioneta junto a los burros y agachó la cabeza al pasar por debajo del manzano del señor Collins.

—Casi me saco un ojo con esa rama. —Vio el plato de Sylvia—. Me ha dicho la parienta que le dijera que no la ha podido llamar porque no tiene usted teléfono.

Como si el hecho de que no tuviese teléfono fuera el resultado de su propia negligencia, observó Sylvia con regocijo.

A decir verdad, había olvidado que se había dejado convencer para renunciar a las tardes del sábado a cambio de que el señor Bird le echara una mano con el jardín, y su primera reacción fue de resentimiento. Sin embargo se ablandó al ver la carita de entusiasmo de Lizzie.

—Señorita, ahora estoy con *El príncipe Caspian*. Vuelven a Narnia, Lucy y los demás.

—¿Sabes qué, Lizzie? —contestó Sylvia—. Yo solo he leído el primero. Tendrás que contarme lo que pasa después. Y me puedes llamar Sylvia. No hace falta que me llames «señorita».

Sacó el hordiate con limón en una jarra de cristal que encontró al fondo de un armario de la cocina y le ofreció una galleta a Lizzie.

—La abuela me dijo que no cogiera nada.

—Seguro que no le importará que comas una galleta, Lizzie.

Esta sacó con cautela del paquete una Digestive rota y un pajarillo con la cabeza de color azul pizarra bajó volando para picotear las migas que cayeron al suelo.

—Es un pinzón —explicó Sylvia, que había sacado un libro de la biblioteca para aprender a identificar los pájaros del jardín.

Sin embargo, Lizzie se limitó a poner cara de susto ante la repentina muestra de información adicional. Tras rebuscar en el bolsillo del pantalón corto, sacó un papel arrugado.

—Esto es lo que no entiendo, señorita. La profesora ha dicho que entró en la prueba de comprensión de los exámenes del año pasado.

Sylvia leyó la tinta púrpura. Era un poema, uno que conocía de sobra, aunque estaba muy mal escrito, con todos los versos seguidos.

—De todas formas el último verso está mal —apuntó.

Lizzie se animó.

—¿Por qué?

Sylvia leyó una estrofa en voz alta:

En mi juventud —replicó el anciano
sacudiendo sus blancos cabellos—,
mantuve la agilidad de mis miembros
con este unguento.
¡A un chelín la caja!
¿Me permitís que os tienda unas cuantas?

—Debería decir: «¿Me permitís que os venda unas cuantas?». Así no es ni la mitad de divertido. La gracia está en que el padre Guillermo le está ofreciendo a su hijo venderle el unguento, que no es lo que cabría esperar entre un padre y un hijo.

Lizzie parecía desconcertada, de manera que Sylvia continuó:

—Veo que no te han dado el poema entero. Es de *Alicia*. La *Alicia* de Lewis Carroll, ¿conoces el libro?

Lizzie repuso que creía haber oído hablar de él, pero que seguía sin entender las preguntas.

—No me extraña, Lizzie. Son bastante triviales; absurdas, vamos. «El padre Guillermo parecer ser un anciano raro. ¿Cuáles son las cosas raras que hace?». Qué condescendencia. Pero esa la sabrías contestar, ¿no? ¿Cuáles son las rarezas que nos dicen que hace?

Lizzie, el rostro inexpresivo, jugueteaba con un crucifijo de oro que llevaba al cuello.

—No me acuerdo.

—Prueba a leerlo en voz alta.

Con cara de más susto aún, Lizzie empezó a leer, se trabó y enmudeció.

—No han sido de mucha ayuda uniendo los versos de esa forma tan irritante —adujo amablemente Sylvia—. Escucha.

Se sabía el poema de memoria, y lo recitó entero, añadiendo las estrofas que faltaban:

Sois viejo, padre Guillermo —dijo el joven—,
y vuestro pelo se ha vuelto ya muy cano.
Sin embargo, ¡estáis siempre boca abajo!
¡Decidme! ¿Os parece bien a vuestra edad?
En mi juventud —replicó Guillermo a su hijo—,
temí que eso mis sesos dañara.
¡Vaya! ¡Lo hago cuando me viene en gana!
Sois viejo —dijo el joven—,

como antes observé,
y habéis engordado de manera descomunal.
Pero al cruzar el umbral
¡disteis una voltereta hacia atrás!
Os ruego me respondáis:
¿cómo explicáis el portento?
En mi juventud —replicó el anciano
sacudiendo sus blancos cabellos—,
mantuve la agilidad de mis miembros
con este unguento.
¡A un chelín la caja!
¿Me permitís que os venda unas cuantas?
Sois viejo —dijo el joven—,
y vuestras mandíbulas, ya débiles,
no pueden mascar más que manteca.
Y, sin embargo,
¡os habéis comido un ganso sin dejar ni un hueso!
¿Cómo, os lo pido, habéis logrado hacerlo?
En mi juventud —dijo el padre—,
estudié leyes y en todo discutí con mi mujer.
Así desarrollé tal fuerza muscular en la mandíbula
¡que me ha durado para el resto de mis días!
Sois viejo —dijo el joven—,
y nadie diría que conserváis aún la vista de antaño.
Y, sin embargo,
¡hacéis equilibrios con una anguila sobre la nariz!
¿Cómo habéis podido desarrollar
talento tan desmesurado?
A tres preguntas he respondido ¡y basta!
—dijo el padre—.
¿Acaso he de aguantar todas esas necedades?
¡Menos humos y fuera de aquí!
No vaya a ser que de una patada
te eche a rodar escaleras abajo.

Una gran carcajada anunció la llegada de Sam.

—«¡Fuera de aquí! No vaya a ser que de una patada te eche a rodar escaleras abajo» —repitió eufórico.

—Me imagino que os conocéis —dijo Sylvia, aliviada por no tener que continuar con el ejercicio de comprensión.

—Ella está en octavo B. Son los que pasarán a formación profesional. — Sam se balanceó en la cancilla con la despreocupación del que pertenece a la élite.

—Bueno, eso es lo que tú crees —replicó Sylvia—. Lizzie y yo estamos practicando para los exámenes. Cuento con que le vaya de maravilla.

Sam se bajó de la cancilla y se acercó a echar un vistazo al poema.

—¿De qué trata?

—Léelo y dímelo tú.

El niño lo hizo y al terminar entrecerró los ojos y dijo:

—Va de un vejestorio y su hijo.

—¿Y...?

—El vejestorio le toma el pelo a su hijo. El hijo parece idiota. Me ha gustado eso que ha dicho de que el padre lo empuja por la escalera.

—Estoy de acuerdo contigo, las últimas estrofas son las más divertidas. No sé por qué no las han puesto.

Sylvia volvió a recitar las dos últimas estrofas y se alegró al ver que Lizzie se reía.

—Me gusta lo de la anguila, señorita.

Sylvia había abandonado la infancia hacía poco, de modo que era consciente de que cualquier tarea educativa resulta menos abrumadora si se aborda en común.

—A ver si somos capaces de contestar las preguntas todos juntos.

Leyó el resto de las preguntas que había al final del poema:

b) ¿Qué bufonada temió el padre Guillermo que le hiciera daño cuando era joven y por qué cambió de opinión?

c) ¿Qué significa «cano»? ¿Qué es una voltereta del revés?

d) ¿Cómo conserva su agilidad el padre Guillermo? ¿Y tú, la conservas de la misma forma?

e) ¿Qué señales de envejecimiento presenta el padre Guillermo?

Los tres coincidieron en que cuando uno sabía lo que significaba «bufonada», la pregunta b estaba chupada.

—¿Por qué utilizan palabras que nosotros no usamos? —preguntó Sam.

—Creo que forma parte del examen. Por eso es buena idea leer —apuntó astutamente Sylvia, aunque, acto seguido, al ver abatidos a los niños, se arrepintió. Lo último que quería era que considerasen la lectura un medio para aprobar aburridos exámenes—. Casi siempre se puede averiguar lo que significan las palabras que uno no conoce a través del contexto, del resto de la frase. Por ejemplo ¿«cano» significa...?

—¿Gris? —sugirió Lizzie.

—Blanco —se apresuró a decir Sam para no quedarse atrás.

—Exacto —aplaudió Sylvia—. Ya veis que no es tan difícil. Gran parte de este examen consiste en deducir las cosas.

Se mostraron unánimes en que la pregunta de la voltereta del revés no podía ser más tonta. Sam en especial estaba indignado.

—¿Cómo se supone que vamos a explicar esto? —Se agachó, dio una voltereta hacia atrás y se puso en pie enseñando las manos en un gesto teatral.

Lizzie se quedó medio paralizada y Sylvia dijo con admiración:

—Lo has hecho muy bien, Sam. Y estoy de acuerdo, es una pregunta ridícula. El truco consiste en no atascarse con preguntas como esta. Poned algo como «una voltereta hacia atrás», o algo por el estilo.

—Es tonta —insistió Sam.

—Intuyo que muchas de las preguntas parecerán tontas —apuntó Sylvia—. Los adultos hacen estas preguntas y por lo general los niños son demasiado prácticos para entender el sentido del disparate en cuestión.

Le indignaba que hubiesen convertido la irónica y divertida parodia de Lewis Carroll en un torpe escollo pedagógico.

—«¿Tú conservas la agilidad de la misma manera?». —Sam se dobló sobre sí mismo, asomó la cara entre las piernas, les dirigió una mirada maliciosa e imitó ruidosamente un pedo con el antebrazo. Luego se tiró al suelo riéndose de su propia gracia.

El señor Bird, que había estado cortando con ahínco las zarzas, saltó por encima de Sam, que seguía en el suelo, anunció que tenía una sed espantosa y preguntó si había algo para aplacarla. Al ver la jarra de cristal tallado, observó:

—Era de mi tía Val, cuando aún vivía con nosotros.

—Ah, en ese caso llévesela —dijo enseguida Sylvia—. La encontré en un armario de la cocina.

El señor Bird repuso que su esposa se ocupaba del número 5 y que a él más le valía no entrometerse. Apuró un vaso de hordiate y dirigió una mirada crítica al manzano del señor Collins.

—¿Quiere que corte esa rama? Podría hacerse daño con ella.

Sylvia miró el árbol, repleto de preciosos capullos y de flores rosa claro. En la base de la rebelde rama que pendía sobre el camino de su jardín se veían unos tallos de muérdago.

—La ley dice que la puede quitar si invade su propiedad —la informó el señor Bird, secándose la frente—. La parienta ha ido al ayuntamiento a preguntar.

—Es bonita —decidió Sylvia—. Quizá podamos dejarla por el momento, ¿le parece, señor Bird?

El aludido repuso que hiciese lo que le pareciera y que había una camada de zorros al fondo del jardín, así que allí no había tocado las zarzas.

Dejaron al padre Guillermo y echaron a correr todos por el despejado jardín para ver a los cachorros. Sin embargo, la maraña de zarzas que seguía en pie solo les permitió vislumbrar el rojizo pelaje de la raposa y sus orejas negras en alto.

Lizzie dijo que le gustaría quedarse un cachorro.

—Creo que tu abuela tendría unas cuantas cosas que decir al respecto. — El abuelo le guiñó un ojo a Sylvia.

—De todas formas lo matarían cuando empiece la temporada de caza — aseguró Sam.

Sylvia vio que a Lizzie se le saltaban las lágrimas ante aquel ambiguo consuelo.

—No los cazan a todos, Sam. Puedes venir a ver cómo crecen los cachorros, Lizzie.

—¿De verdad, señorita?

—Pues claro, Lizzie. Y si quieres, podemos hacer alguna prueba más de comprensión.

—Yo también vendré a verlos —terció Sam.

Estaba preocupado por proteger la posición que había adquirido con la nueva bibliotecaria y no iba a permitir que una niña del grupo B lo aventajara en su territorio.

Aunque Sylvia había saludado al señor Collins un día que pasó por delante de su jardín y lo vio ocupándose de él, no habían vuelto a hablar. Una tarde estaba sentada junto al barril que hacía las veces de mesa, observando a los cachorros de zorro que retozaban en lo que —después del duro trabajo realizado por el señor Bird— pasaba por un jardín, cuando en la cancilla apareció la figura pelirroja de su «vecino de al lado mismo». Los cachorros, con una osadía creciente, se iban acercando cada vez más a la casa y ella se sentía halagada por la confianza y encantada con los alegres juegos de las pequeñas criaturas rojizas. Así que le molestó que, con la llegada del señor Collins, estas dieran media vuelta y corrieran a refugiarse en el fondo del jardín.

Sylvia le dedicó lo que esperaba fuese una sonrisa cordial.

—Señor Collins.

—Señorita Blackwell. —Su tono distaba mucho de ser cordial.

—¿Le apetece una taza de té? También tengo hordiate pero me temo que no hay nada más fuerte.

—No será necesario. —Sus apagados ojos recorrieron el jardín y después se centraron en la casa—. Veo que conserva el lilo.

Sylvia se había informado en la biblioteca y había averiguado que el lilo de verano era uno de los arbustos preferidos de las mariposas.

—Me daba pena arrancarlo.

Pero el lilo se salvó por el momento.

—En realidad he venido por esos zorros.

—Ya.

—Son alimañas.

La sorpresa de Sylvia dio paso a la indignación.

—Desde luego que no. No son ratas.

—Creo que descubrirá que entran dentro de la categoría de alimañas. —Frunció el rosáceo botón de rosa que tenía por boca.

«Lo comprobaré», decidió Sylvia. Y en voz alta respondió:

—No sé muy bien qué hacer con ellos, señor Collins.

Por toda respuesta, su vecino dejó un paquete en el barril:

—Disuélvalo en agua y sumerja en él un trozo de carne.

Sylvia tardó un instante en entender lo que le proponía.

—El problema es, señor Collins, que los zorros forman parte de un proyecto en el que participo conjuntamente con la escuela —replicó ella, inspirada por el acceso de rabia que experimentó—. Los niños efectúan observaciones y las documentan con ayuda de nuestros manuales de consulta de la biblioteca. Creo que si les pasara algo a esos animales, habría intensas protestas.

—¿Está Ashley Booth al tanto de este proyecto?

«No me sorprende que el señor Booth y él sean uña y carne —pensó Sylvia—. Son compinches: hasta hablan igual». Logró esbozar una sonrisilla y su vecino se retiró, dejando el paquete junto a su taza de té sobre el barril.

«PRECAUCIÓN. VENENO. Elimina ratones, ratas y otras alimañas. Manejar con cuidado», ponía en el paquete. Sylvia tiró el té que le quedaba.

La puerta de la casa número 3 siempre estaba entornada y Sylvia encontró a Ray y June en la salita, viendo las noticias. Sam estaba tumbado boca abajo en el suelo con un ejemplar del *East Mole Echo*. Se puso de lado y miró a Sylvia.

—¿Quién fue presidente de Estados Unidos después de Abraham Lincoln?

—Ya ha resuelto el crucigrama —comentó con orgullo su madre.

—No estoy segura, Sam. ¿Ulysses S. Grant?

—¡Mal! ¡Andrew Johnson! Y no fue a la escuela.

—No le hace falta buscarlo. Lo tiene todo ahí. —Ray se dio unos golpecitos en la frente.

—¿Quién fue primer ministro antes del señor Churchill? —preguntó Sam.

—Esa me la sé: Neville Chamberlain.

Sam, al parecer decepcionado, empezó:

—¿Quién...?

—La señorita Blackwell no ha venido a ver cómo presumes —dijo June.

—¡Es Sylvia! —gritó una de las gemelas.

Sylvia se percató de que ambas llevaban el lazo, una rojo y la otra verde.

—Tú debes de ser Jam y tú, Pem —bromeó, y las niñas se echaron a reír, encantadas.

Sylvia les explicó por qué estaba ahí.

—Me puse tan furiosa que me inventé lo del proyecto escolar. Pero ahora hará sus averiguaciones y por lo visto es el presidente del comité de la

biblioteca (aunque Dios sabe por qué, no me da que sea de los que leen) y se lleva muy bien con mi jefe.

—No es solo por el comité de la biblioteca —señaló Ray—. Corre el rumor de que su jefe y él son... —Se subió una pernera del pantalón y guiñó un ojo, y al ver la cara de perplejidad de Sylvia aclaró—: Masones, los dos.

—Que hombres hechos y derechos vayan por ahí haciéndose señas secretas y subiéndose el pantalón..., ¡por el amor de Dios! —opinó June—. Yo no me preocuparía por él. Samuel, ¿no dijiste que en clase estabais estudiando el campo?

—La campaña de Wiltshire, nuestro patrimonio.

—¿Podrías dejarle caer a tu profesora que estás observando los zorros de la señorita Blackwell para ese ejercicio?

—¡Es Sylvia! —exclamaron las gemelas, no del todo al unísono.

Su madre no les hizo caso.

—¿Por qué no pasas por casa de... —vaciló— de Sylvia ahora para ver lo que puedes hacer por esos zorritos?

—¿Quiere oír todas mis respuestas al crucigrama?

—Me encantaría. ¿Por qué no te traes el periódico a mi casa, Sam?

Sylvia se quedó impresionada de verdad al ver las soluciones de Sam al crucigrama del *Echo*.

—¿Cómo demonios sabes cuál es la montaña más alta de Europa? Y no tengo ni idea de cuál es el río más largo de África. No habría sabido responder la mitad de las preguntas.

—Mi abuelo tiene la *Enciclopedia Británica*. La leo cuando vamos a verlo.

—¿Tu abuelo el que caza grajos?

—Ese era el de mi padre y ya murió. Este es el de mi madre. No aprueba la caza.

—Me alegra oír eso. Sam, escucha, de verdad necesito tu ayuda si queremos proteger a los zorros. ¿Crees que tu profesora podría echarnos una mano? ¿Cómo se llama?

—Señorita Williams.

—¿Cuántos años tiene la señorita Williams?

Con aire distraído Sam repuso que quizá tuviera cincuenta, no estaba seguro.

Sylvia confiaba en que fuese más joven, lo que la convertiría en una aliada más probable.

—¿Crees que nos ayudará con los zorros?

Sam contestó que en clase tenían una mesa con elementos de la naturaleza en la que había renacuajos y Micky O'Malley había llevado un tarro con peces espinosos, así que tal vez sí.

—Sería divertido observarlos, ¿no? Podríamos pedirle a Lizzie que se uniera a nosotros. —Sin embargo, al oír eso Sam pareció dudar—. ¿Tienes algo en contra, Sam?

—Es una chica.

—Yo también soy una chica. Y te caigo bien, ¿no?

—Es distinto. Usted es mayor. Y además, ella es católica.

—¿Qué tiene que ver el tocino con la velocidad?

—¿Qué significa eso?

—Es un dicho. Pero vamos, Sam. ¿Católica? ¿Se puede saber qué importa eso, por el amor de Dios?

Lo cierto es que a Sylvia también le sorprendió un tanto enterarse de que Lizzie era católica. Sin embargo, la objeción de Sam, según dedujo Sylvia tras tantearlo un poco, tenía menos que ver con los prejuicios religiosos que con cómo podría afectar a su reputación en el patio de la escuela el hecho de relacionarse con Lizzie.

—Está en octavo B —adujo.

—No puedo evitar pensar que separar a los alumnos por grupos es un error, ¿sabes? —respondió Sylvia.

—Nosotros no nos juntamos con los del grupo B.

—Pues quizá deberíais. Podrías aprender algo.

Este comentario compasivo no fue recibido con mucha consideración.

—Sí, tal vez aprenda lo que se siente cuando a uno lo meten en el lavabo de las chicas.

—¿Eso es lo que pasa?

—Si no vas con cuidado, sí.

—¿Quieres decir que si te hicieras amigo de Lizzie Bird te arriesgarías a que te metieran en el lavabo de las chicas?

—No se llama Bird. Se llama Smith.

—Bueno, pues si te hicieras amigo de Lizzie Smith.

—Sí. Si no voy con cuidado.

—Qué infantil —aseveró Sylvia, y después se rio de sí misma—. Claro que solo sois niños.

Sin embargo, ese golpe al orgullo de Sam tuvo como resultado un sorprendente y radical cambio de opinión.

—Yo solo lo digo. Pero si usted quiere, Lizzie puede mirar a los zorros conmigo cuando vaya a su casa.

8

En virtud de una especie de acuerdo tácito, los jueves Sylvia dejaba la bicicleta e iba a pie hacia la escuela con los tres niños Hedges. Al día siguiente por la mañana, al separarse en la biblioteca, Sam se llevó una nota para la señorita Williams.

Cuando llegó Sylvia, Dee estaba subida a una escalera de mano limpiando el polvo a unos bustos de escayola que había en los estantes superiores.

—Eso es extralimitarse, Dee.

—Ha llegado un paquete de la editorial para usted. Es increíble la suciedad que se acumula aquí arriba. No sé quiénes son, pero a estos muchachos no les iría nada mal que alguien los lavara y los arreglara un poco.

—Ese es Gladstone —apuntó Sylvia—. Me gustaría saber qué hace. Pero ¿quién es el otro? Se lo ve muy serio.

—Solo Dios lo sabe, pero sea quien sea le hace falta un buen repaso.

Dee había empezado a bajar el busto de escayola cuando las puertas se abrieron de par en par y entró el señor Booth, que se la quedó mirando y le espetó:

—¿Le importaría decirme qué hace con el corregidor Coot?

—Ah, el corregidor Coot. —Dee adoptó una mirada maliciosa y se dirigió al busto—: Encantada de conocerlo, señor alcalde.

El señor Booth la miró con frialdad.

—El corregidor Coot fue un mecenas de la biblioteca.

Dee se puso a lanzar besos a la efigie de escayola, se tambaleó, dio un gritito y resbaló sobre los peldaños de la escalera. El busto se estrelló contra el suelo de parqué y se abrió en dos mitades limpias.

—¿Dee, se encuentra bien? —Sylvia corrió hacia su compañera, que estaba tendida boca arriba y profería quejidos lastimosos.

Por su parte el señor Booth cogió los pedazos fracturados y se fue.

—Por los clavos de Cristo —exclamó Dee, que intentó levantarse, gritó y se desplomó de nuevo—. Creo que me he roto el espinazo.

—Dios mío —exclamó Sylvia—. ¿Quiere que pida ayuda?

—Será lo mejor, sí. Usted no es lo bastante fuerte para levantarme y yo no tengo la menor intención de doblar la cerviz y pedirle que llame a su señoría.

—Creo que debería venir un médico —afirmó Sylvia.

Dee repuso que su médico de cabecera era un tal doctor Monk y que el número estaba en el listín. Sylvia llamó y le respondió una anciana que dijo que pondría a Dee en la lista de visitas del médico.

—Es urgente —la apremió Sylvia—. La señora Harris se ha caído y no se puede levantar.

—Dígale que no estoy borracha —gritó Dee desde el suelo—. Esa bruja le irá contando a todo el mundo que estaba borracha —explicó a Sylvia después de que colgara.

—¿Quién es? ¿Su mujer?

—La señora Eames, su ama de llaves. No tiene esposa, al menos que se sepa. Ella hace las veces de recepcionista. Es una chismosa. Sé de buena tinta que lee los historiales médicos.

Sylvia, cuyo médico también era el señor Monk, se prometió que no enfermaría.

Por suerte en la biblioteca no había mucho movimiento por las mañanas. Entraron un par de madres con niños pequeños, lo cual supuso una distracción para Dee, pues le permitió regañar a los pequeños. Una de las madres sacó del bolso una aspirina infantil. Y Mary «la Majara», la tonta del pueblo, que por un acuerdo tácito generalizado podía ir prácticamente a donde le diera la gana por todo East Mole, se dejó caer por allí y compartió un donut de mermelada con Dee, quien más tarde aseguró que le había hecho más bien que la aspirina.

Poco después de las once las puertas se abrieron y entró un hombre con un maletín de médico. No era el doctor Monk, sino el nuevo médico de cabecera, quien no hacía mucho había apuntado a su hija a la biblioteca. Saludó a Sylvia con una inclinación de cabeza y se agachó junto a Dee.

—Soy el doctor Bell y usted debe de ser la señora Harris, la soldado herida.

Dee, que estaba esparrancada, se arregló la falda.

—Me he caído de esa condenada escalera.

El doctor Bell se mostró compasivo.

—Qué mala suerte. ¿Le duele?

Dee repuso con sinceridad que no le iría mal un *whisky* triple.

El doctor Bell se rio.

—Sé cómo se siente. Bueno, voy a tener que examinarla. —Miró a Sylvia—. Tal vez necesite su ayuda para mover a la señora Harris, si a usted le parece bien, señora Harris.

—Por mí no se preocupe.

—Haremos todo lo posible por ir con cuidado. Lo siento —le dijo a Sylvia—, no tengo memoria para los nombres.

—Sylvia —repuso esta, y se ruborizó—. Sylvia Blackwell.

El doctor Bell enarcó las cejas y observó:

—¿Blackwell? Es un buen apellido para un ratón de biblioteca. Veamos, tenemos que darle la vuelta a la señora Harris con mucho cuidado para que le pueda examinar la espalda. Écheme usted una mano para que no haga movimientos bruscos o le dolerá más.

Juntos empezaron a volver a Dee, que dijo:

—Me siento como una condenada ballena varada. —Y se rio, haciendo reír a su vez a Sylvia—. ¡Qué boba! —añadió. Una vez estuvo de costado, les espetó—: Espero que se estén divirtiendo. —Con lo que también el doctor Bell sonrió.

Este palpó la columna de Dee.

—¿Está usted tocando el piano conmigo? —preguntó ella con coquetería.

Al parecer el doctor Bell no la oyó. Pidió a Dee que moviera las piernas y al cabo dictaminó que la enviaría al hospital para que le hiciesen una radiografía.

—No me hace ninguna gracia —dijo Dee con tono infantil—. ¿Es necesario?

Durante un instante, tanto Sylvia como el médico supusieron que bromeaba. Luego el doctor Bell contestó:

—Es mejor que nos aseguremos de que no tiene nada roto.

—No duele... —dijo Sylvia al mismo tiempo.

Dee no parecía muy convencida.

—Es radiación, ¿no? No me agrada la idea de que me pasen por el cuerpo esos rayos, después de lo que hemos leído de Hiroshima.

El doctor Bell, que se había puesto de pie, se acuclilló de nuevo a su lado.

—Lo sé —admitió—. Lo de esas bombas fue lamentable. Y preocupante. —Se quitó las gafas y las limpió con aire pensativo. Después añadió—: Pero lo cierto es que los rayos X, pese a ser una forma de radiación, son algo bastante distinto.

—Pero sigue siendo radiación, ¿no? Vi las imágenes.

Se hizo entre ellos un silencio revelador. Todos habían visto en los noticiarios las consecuencias de las dos grandes atrocidades cometidas en nombre de la paz mundial.

—Dee —terció Sylvia—, el doctor Bell está cualificado. No le recomendaría nada que fuese perjudicial para usted.

—A ver qué le parece esto —propuso el médico dando unas palmaditas a Dee en la espalda—. Llamaré a una ambulancia, la acompañaré y la llevaré yo mismo a hacerse esa radiografía. He sustituido al doctor Monk porque él tenía la agenda llena, así que esta mañana es usted mi único paciente. ¿Cree que eso la ayudaría?

Irguió su largo cuerpo de nuevo y se dirigió al teléfono para llamar a una ambulancia.

—Casi vale la pena haberme cascado los lomos —musitó Dee a Sylvia—. Me tiene loquita.

Después de que se llevaran a Dee en una camilla, acompañada por el doctor Bell, Sylvia empezó a sacar los libros que había pedido. Sin embargo, sus pensamientos siguieron dando vueltas en torno a ese médico alto de manos delicadas. Aunque su sonrisa era afectuosa, su expresión natural tenía un aire melancólico.

En una ocasión, en el metro a Ruislip, camino de su casa en plena ola de calor, acercó el acalorado rostro a la ventanilla abierta del último vagón y vio a un hombre que le resultó extrañamente familiar, aunque no lo conocía, en la ventanilla abierta del vagón contiguo. Durante unos minutos, mientras el tren traqueteaba, se miraron a los ojos y ella creyó ver en los de él que también la reconocía. En la siguiente parada se acercó a las puertas confiando en que él se bajara allí, dispuesta a hacer lo mismo para ir a su encuentro. Pero si él abandonó el tren ella no lo vio, y al regresar junto a la ventanilla su rostro había desaparecido.

A veces, no muy a menudo, Sylvia pensaba en ese hombre. Se sorprendió recordándolo mientras sacaba *El águila de la novena legión*.

Era un libro que había fracasado estrepitosamente en Swindon, pero que confiaba ejerciese más influencia en East Mole. Sus clases de historia en la escuela, áridas a más no poder, se le hacían tan aburridas que en más de una ocasión, después de haber estado leyendo la noche anterior, se quedaba dormida en clase, así que la habían castigado numerosas veces. Los personajes de Rosemary Sutcliff se enamoraban. En cierto modo la historia resultaba mucho más convincente si había amor de por medio.

Esa tarde June pasó por el número 5 y encontró a Sylvia fuera, leyendo *El guerrero escarlata*.

—¿Tiene que leerse todos los libros?

—No es que tenga que hacerlo, pero me gusta estar al día con las novedades.

—¿De qué va ese?

—De un niño en la Edad del Bronce que tiene un brazo atrofiado.

—Pobre. —June hizo una mueca.

—Sobre todo porque tiene que matar a un lobo sin ayuda de nadie para poder ser miembro de su tribu.

June hizo otra mueca.

—Hace que uno se alegre de no vivir en esa época, ¿no? En clase de Samuel hay un niño que tuvo polio. Timmy Sutcliff, pobre criatura. Tiene que caminar con unos hierros en la pierna.

—Vaya, este libro lo ha escrito una autora llamada Rosemary Sutcliff. Pasó la mayor parte de su vida en una silla de ruedas. Puede que a Timmy le interese.

June puso cara de escepticismo.

—Está en el grupo C. Creo que apenas saben leer. Por cierto, tome; la señorita Williams, la profesora de Sam, le ha enviado una nota. Y le he traído unas judías de Ray.

—¿Está segura, June? Hay un montón.

—Si le soy sincera, nos hace usted un favor. Las gemelas ni las prueban y a Ray no le gustan mucho. Ojo, que a mí me pasaba lo mismo hasta que me quedé embarazada de Sam y me obligué a comerlas.

—Seguro que por eso el niño es tan listo —apuntó Sylvia. Y después le contó a June lo de la caída de Dee.

—Pobre. Y además está de buen año. ¿Se ha roto algo?

—No lo sé. He hablado con su marido, pero no se ha mostrado muy comunicativo.

June le dijo en confianza:

—Corren rumores sobre él y los muchachos de su club.

—Confío en que no sean ciertos.

—Vaya usted a saber —respondió June—. A la gente le encanta hablar. Yo lo único que sé es que Samuel no se quiso apuntar.

La nota de la señorita Williams proponía a Sylvia que pasara por la sala de profesores a la hora de comer. Al día siguiente Sylvia llegó a la escuela a la hora del recreo. Los niños dibujaban una rayuela con tiza, saltaban a la comba, jugaban con la pelota o a los cantillos y chillaban alegremente. Vio a Sam y lo saludó con la mano, pero este o no la vio o las normas del lugar le impidieron devolverle el saludo. Lizzie, en cambio, sí lo hizo.

—Hola, señorita —dijo, y movió la mano con brío en respuesta al saludo de Sylvia.

Esta llamó a la puerta de la sala de profesores y esperó. Dentro alguien decía:

—Daré las matemáticas nuevas hasta que termine el año.

Alguien contestó:

—Lo volverán a cambiar todo si echan al gobierno de Macmillan.

Abrió la puerta una mujer un tanto pechugona.

—Usted debe de ser Sylvia. Soy Gwen Williams.

—Ah, hola.

Sylvia se quedó desconcertada un instante. Según Sam, la mujer pasaba de los cuarenta.

—Encantada de conocerla por fin. He oído hablar mucho de usted. — Sylvia pensó con nerviosismo en el señor Booth—. No tiene de qué preocuparse. A decir verdad son todo elogios. Se ha ganado usted el corazón del pequeño Sam Hedges.

—Yo no he hecho nada...

—Ese niño es un lince, pero yo ya no sabía qué hacer para motivarlo, y usted ha conseguido despertar su interés en cuestión de semanas. —Gwen le propuso que salieran—. Ahí dentro huele a cerrado. Yo fumo, así que no me puedo quejar, pero al final de la jornada la ropa apesta.

Sylvia aceptó un cigarrillo y comentó que ojalá no se tropezaran con el señor Booth. Al parecer la profesora de Sam lo sabía todo sobre el jefe de Sylvia y le hizo mucha gracia cuando esta le habló de los zorros y la amenaza de su vecino.

—El tal señor Collins se cree alguien porque es concejal y trabajaba en Birmingham antes de jubilarse.

—¿A qué se dedicaba? No entiendo por qué es el presidente del comité de la biblioteca.

—Ni idea. Yo diría que fue el único al que lograron convencer de que aceptara el cargo, y su jefe y él son amigos. ¿No juegan a los bolos juntos?

Sylvia refirió la alusión de los Hedges a la masonería.

—Podría ser. Están todos chalados, ¿no cree? En cualquier caso, es un plan estupendo que los niños se impliquen con esos zorros, esas cosas les encantan. Pero ¿está segura de que quiere que invadan su espacio?

—Si así protegemos a los zorros, sí. Además es una oportunidad para conocer a socios potenciales.

Gwen le dio una palmadita en la espalda y la llamó «amiga».

—Le debo una copa por esto. Venga al Troubadour una tarde de estas.

Sylvia acordó con Gwen que el proyecto de observación de los zorros se limitaría a los alumnos de séptimo A, aunque hicieron una excepción con Lizzie. Al sábado siguiente por la tarde la niña fue sola al número 5 con una Brownie 127.

—Me la regaló mi abuelo por mi cumpleaños. Sacaré fotos de los zorritos para mi álbum.

Sam, que se había unido a ellas, observaba la cámara con envidia.

—¿Me la dejas?

—Mi abuela dice que no se la deje a nadie porque se puede romper.

Sam la miró con desdén.

—Mi abuelo tenía una Leica que le quitó a un alemán en la guerra.

Los zorritos posaron servicialmente en cautivadores grupos por todo el jardín mientras Lizzie les sacaba fotos con la Brownie. Sylvia entró a preparar un refresco para los niños. Al salir oyó voces procedentes del fondo del jardín que le indicaron que los niños estaban allí, de manera que se sentó a leer algunos ejercicios de los exámenes finales que Gwen le había dejado.

Completa los siguientes refranes y dichos:

Piedra movediza...

Un médico cura...

Del dicho al hecho...

Le dio la vuelta a la hoja y vio el pasaje escogido para la comprensión lectora: un pesado relato de unos convictos a los que enviaban a Australia.

«¿Qué delitos cometieron los convictos para que los enviaran a Australia? ¿Cómo crees que te sentirías si te encadenaran?». Muy probablemente como un niño que tuviera que hacer esos exámenes finales.

Los niños no volvían, así que se dirigió al fondo del jardín.

Lizzie estaba sentada con las piernas cruzadas, dibujando en su cuaderno de ejercicios. Detrás de ella, Sam efectuaba observaciones críticas.

Sylvia echó un vistazo y vio un dibujo de la hembra tumbada al sol.

—Es muy bueno, Lizzie.

—El tamaño no está muy bien —observó Sam.

—Pero la cara y las orejas en alto son perfectas.

Sam ya se había hartado.

—Creía que íbamos a hacer ejercicios de comprensión lectora.

Sylvia decidió abandonar a su suerte a los convictos y poner a prueba a los niños con los refranes.

—¿«Piedra movediza...»?

Lizzie puso cara de abatimiento.

—Podría darte en la pija —contestó Sam, y soltó una carcajada.

—Es muy probable, Sam, pero por desgracia no es la respuesta que quieren.

Les dijo cuál era el refrán: «Piedra movediza nunca moho la cobija».

—¿Qué significa? —quiso saber Sam—. No lo entiendo.

—Significa que si vas de un lado a otro y no echas raíces... —Pero al llegar a ese punto no supo seguir explicándose. A decir verdad, ¿qué significaba? ¿Y eran las piedras un buen símil de los seres humanos, con toda su complejidad?

—¿Qué tiene que ver con eso el moho?

—Si quieres que te diga la verdad, Sam, yo tampoco lo sé. Es lo que se llama una imagen.

Lizzie se había acercado al peldaño de la puerta trasera y escudriñaba una piedra de gran tamaño bajo la cual, según había señalado la señora Bird, estaba la llave de reserva.

—Esta tiene moho.

—Sí. Y, como ves, la piedra está quieta. No es, por ejemplo —Sylvia tuvo una idea afortunada—, como las piedras a las que das puntapiés para tirarlas al canal, Sam.

—¿Y?

Sylvia se rindió.

—Y puede que sea mejor que os aprendáis los refranes de memoria y listo.

Sam le dijo a Lizzie que si quería podía ir a su casa a ver el fútbol. Los dos se fueron canturreando: «Un médico cura, dos dudan, tres, muerte segura. Del dicho al hecho hay un buen trecho».

El sol dorado seguía alto en el cielo y Sylvia decidió estirar las piernas. Hasta entonces otros asuntos le habían impedido explorar la desierta fundición, pero ahora enfiló el camino que llevaba al edificio en ruinas.

Un derroche de flores rosas, blancas y azules engalanaba la hierba alta que crecía en los bordes del accidentado camino, y Sylvia se detuvo a coger unas cuantas, deseando saber sus nombres. Pasó por delante de un campo donde pastaban vacas y de otro en el que había un solitario caballo blanco que miraba filosóficamente a lo lejos.

—Buena suerte para ti, buena suerte para mí, buena suerte para ese caballo blanco de ahí. —Lo dijo en voz alta, tocándose el cuello de la blusa al hacerlo.

La verja de la fundición estaba cerrada con un candado herrumbroso, así que Sylvia decidió saltarla.

Las golondrinas perseguían insectos y gorjeaban alrededor de las ruinas y ella se detuvo a contemplarlas haciendo visera con la mano para que el sol no la cegase, mientras disfrutaba del calor sobre sus hombros y brazos desnudos.

De detrás de lo que quedaba de la fundición apareció un hombre con pantalones cortos color caqui y un spaniel de pelaje dorado.

—¿Señorita Blackwell?

—Ah, doctor Bell. —En un primer momento no lo había reconocido.

—Marigold y yo hemos venido en misión de reconocimiento.

Su hija apareció con un hierro oxidado en la mano.

—¿Qué es esto, papá?

Su padre lo examinó.

—No estoy seguro, cielo. Podría ser una pieza de la malograda aventadora.

—Usted es la bibliotecaria —afirmó Marigold. El perro miraba expectante—. Esta es *Plush*.

Los tres pasearon a orillas del canal mientras *Plush* olisqueaba madrigueras de ratas de agua. Marigold cogía flores y le decía el nombre a Sylvia.

—Esta es una borbonesa y esa, una colleja. Esta entre azulada y púrpura es una clase de algarroba, no sé cuál exactamente, hay muchas distintas, y esa es una viborera.

—Está muy bien informada —comentó Sylvia a su padre.

—Tanto que da miedo.

Era demasiado educado para expresar el orgullo que sentía. «Pero es prácticamente imposible —pensó Sylvia— que la gente oculte lo que siente por sus hijos».

—¿Marigold tiene hermanos? —quiso saber.

El rostro del doctor Bell se ensombreció.

—No, es hija única. Procuro no mimarla...

—Supongo que mimar es mejor que descuidar. —En realidad eso no expresaba los verdaderos sentimientos de Sylvia, pero sintió la necesidad de tranquilizarlo—. ¿A qué escuela va?

—Va a primaria aquí, en el pueblo, pero en otoño la llevaremos a una escuela privada. Ya va un curso por delante de los de su edad, y muy avanzada respecto del resto de su clase.

Puso tal cara de disculpa que Sylvia se sintió obligada a preguntar:

—¿Acaso no es razón para alegrarse?

—Preferiría que se mezclara con personas de toda clase. Las niñas del Saint Catherine son muy suyas, no sé si sabe a qué me refiero.

Marigold se acercó para señalarle a Sylvia unas flores altas de color púrpura que crecían en la ribera del lado opuesto del canal.

—Eso de allí es arroyuela. Sale en *Hamlet*; lo dice la reina («altas púrpuras»), y eso que parece perifollo verde es cicuta. Sócrates la bebió cuando lo condenaron a muerte. Era...

—Sí, sé quién era —la interrumpió Sylvia, sintiendo la necesidad de estar a la altura—. Vaya, mira.

Algo azul celeste había llamado su atención. Se agachó y cogió una pluma que estaba enredada en un pegajoso abrojo.

—¿Qué es?

El doctor Bell la cogió.

—Es una pluma de arrendajo. —La examinó, haciéndola girar entre sus largos dedos, y después la depositó delicadamente en la palma de Sylvia.

Tapó con la otra mano esa obra de arte en miniatura de la naturaleza.

—Es preciosa.

Al levantar la cabeza, vio que él le sonreía.

—Sí. Preciosa.

Llegaron al camino de sirga. Había empezado a llover. Grandes gotas caían sobre su cabeza y Marigold sacó la lengua para atraparlas.

—Yo los dejo aquí —dijo Sylvia—. Pero Marigold, si necesitas un libro sobre —trató de pensar qué podría tentar a la niña— la Grecia antigua o cualquier otro tema, ven a verme.

Al pasar de nuevo por delante del caballo blanco, volvió a tocarse el cuello de la blusa.

—Buena suerte para mí, buena suerte para ti, buena suerte para ese caballo blanco de ahí.

Quién sabía, quizá le diera suerte, tanto si uno creía en ello como si no.

9

No había sabido nada de Dee desde el accidente y, tras unos días sin noticias, Sylvia decidió ir a casa de su compañera después del trabajo.

Dee abrió la puerta en bata. Su rostro, sin la habitual pátina de polvos de tocador, parecía extrañamente vulnerable.

—Lo siento, estoy hecha un espantajo, pero no tengo energía para ponerme las pinturas de guerra. —Hizo pasar a Sylvia a una estancia donde había multitud de figuritas de porcelana—. Le ofrecería una taza de té, pero casi no puedo levantar el hervidor.

Sylvia se ofreció a prepararlo ella.

—¿Cómo se encuentra, Dee?

—Es una vértebra. He tenido que guardar cama. Estoy más aburrida que una mona.

Sylvia le dijo que ni se le ocurriera volver a la biblioteca hasta que no se hubiese recuperado.

—¿Qué ha dicho el médico? —No fue capaz de referirse al doctor Bell por su nombre.

—¿Ese condenado médico? Es un inútil.

—Parecía muy eficiente. —Sylvia se indignó en nombre del alto médico que con tanta amabilidad se había ocupado de Dee.

—No me refiero al doctor Bell. Ese está bien. Muy bien, incluso. —Dee soltó una risotada ordinaria—. Me obligaron a volver con el doctor Condenado Inútil. A mi vecina le diagnosticó un divieso cuando lo que tenía era el brazo roto. ¿Qué tal su señoría?

—Como siempre, más o menos.

—Estará como unas castañuelas, conmigo enferma.

—¿Por qué se la tiene jurada, Dee?

—Él es así.

Era muy cierto. Sylvia fue a la cocina a poner el agua a hervir. Cuando volvió con una bandeja con el té, Dee estaba tendida en el tresillo. Se incorporó con esfuerzo para tomarse el té.

—Qué amable por su parte. Cyril hace lo que puede, pero lo cierto es que se muere de ganas de que vuelva al trabajo.

En cierto modo, el accidente de Dee había hecho que la confianza entre ambas fuera mayor.

—Le estoy muy agradecida por su ayuda, Dee, pero no puedo evitar preguntarme por qué se molesta usted, teniendo en cuenta cómo se comporta el señor Booth —comentó Sylvia.

Dee dejó la taza sobre la mesa.

—Así son las cosas. Cuando empezó a trabajar en la biblioteca, yo era su ayudante. A decir verdad llevaba la biblioteca infantil.

—Vaya.

—No tengo formación pero me gustan los libros y me gusta salir de casa, así que solicité el empleo y él me aceptó.

—¿Qué pasó?

—Un fin de semana se celebraba un congreso en Birmingham. Me sugirió que fuese para hacerme una mejor idea del «intrínquilis del oficio», según dijo. El caso es que una noche bebimos un poco de más y, en fin, una cosa llevó a la otra.

Sylvia, demasiado atónita para hablar, guardó silencio.

—Así que nos dimos unos cuantos revolcones —concluyó Dee.

—Dios.

—Dios no tuvo mucho que ver. El caso es que su mujer se enteró y él le dijo que yo me había lanzado sobre él. Menuda desfachatez. Ya le gustaría.

—Entiendo.

—No, no lo entiende. Yo iba a dejar a Cyril por él. Fue idea suya, no mía. Cyril y yo..., en fin, dormimos cada uno en su cama, siempre lo hemos hecho (fue idea suya, no mía), y Ashley dijo que lo mismo le pasaba a él con su media naranja.

—¿Y la dejó a usted sin más?

—Me despidió. Obligó al comité de la biblioteca a declarar que era debido a mi falta de formación, y desde entonces no ha tenido una palabra amable conmigo. Me ofrecí voluntaria solo para sacarle los colores. No puede negarse, porque tiene a Len Salmon, que es un poco..., ya sabe, débil mental y no consigue trabajo remunerado, para que lo ayude por amor al arte cuando él se va de parranda. Explotación pura y dura.

—Pero a usted debe de dolerle que él sea así —apuntó Sylvia, que había visto a su jefe intimidar a un hombre que mantenía la cabeza gacha y llevaba

unos pantalones demasiado cortos. Estaba indignada con aquel relato de pérdida y traición—. Y debe de ser espantoso verme a mí ocupando su lugar.

—Ay, bendita sea, eso lo superé hace tiempo. Eso y a su señoría. Lo que me gusta ahora es ser una mosca cojonera. También probó suerte con su predecesora, esa pobre infeliz de Smith. Me la encontré llorando a moco tendido en el aseo, así que le conté lo que me había pasado a mí. Por eso se fue.

Era lo que había insinuado June. Esa confirmación de que el señor Booth era una especie de Lotario moderno resultaba inquietante.

—No se apure, con usted no intentará nada —aseguró Dee, como si le leyera el pensamiento—. Es demasiado joven y demasiado guapa. La pobre Smith era el espíritu de la golosina y en mis buenos tiempos yo tampoco era un pimpollo que se diga.

Al volver al número 5, Sylvia vio a Sam en el jardín con un grupo de niños a los que no conocía.

—Han venido a ver los zorros —aclaró él—. Pero no han traído el cuaderno. —Disfrutaba del desconocimiento que tenían sus compañeros de lo que había que hacer.

—Tengo papel de sobra. Os lo traeré —se ofreció Sylvia—. ¿Cómo os llamáis?

—Es la señorita Blackwell —explicó Sam a los otros niños—. Pero yo puedo llamarla Sylvia.

Los compañeros de clase de Sam anotaron con aplicación lo que Sam les indicó que escribieran en el papel Basildon Bond de Sylvia, bebieron hordiate con limón, comieron galletas Digestive y se fueron a sus respectivas casas. Sam, sin embargo, se quedó balanceándose en la cancilla.

—¿Quiere hacerme preguntas de cálculo mental?

—Pues la verdad es que ahora mismo no, Sam.

—Venga.

—Está bien. Multiplica 7.296 por 479.

Sam entornó un instante los ojos.

—Esa es fácil: 3.494.784.

—Dios mío, Sam. Si es correcto, eres un genio.

—Soy el primero en aritmética desde hace tres años seguidos.

—Bien hecho. Yo siempre era de las peores.

Sam se compadeció de ella.

—A las chicas no se les da bien la aritmética. Los cinco primeros de los exámenes finales somos chicos: Micky O'Malley, yo y otros tres; la primera

chica viene después.

—Supongo que a las chicas se nos da mejor la lectura, ¿no?

Sam se encaramó al listón superior de la cancilla, se balanceó un instante y bajó de un salto.

—Leer no es difícil. Solo es aburrido.

10

Pese a objetar que leer era «aburrido», Sylvia había observado que Sam consultaba de tapadillo algunos de los sobados ejemplares de Ernest Thompson Seton que había en la biblioteca. Quizá influyera en ello su papel oficioso de guardián de los zorros. Sin duda era puntilloso cuando se trataba de organizar a sus compañeros de clase en el número 5, decretar cuál era la manera adecuada de observar a los animales y corregir equívocos sobre las costumbres de los cachorros.

Lizzie también acudía religiosamente a prepararse para los exámenes finales. Su capacidad para entender las preguntas de comprensión lectora había mejorado de forma considerable, y a Sam y a ella, que había decidido sumarse a las sesiones, ahora se los oía canturreando los «refranes y dichos» en letanía.

—Un médico cura... —empezaba Lizzie.

—Dos dudan, tres, muerte segura —exclamaba Sam.

—Más vale prevenir...

—Que curar.

Sam les enseñaba aritmética a las dos. Explicaba cómo hacer una división larga, algo que Sylvia nunca había llegado a dominar, y suplicaba que le pusieran multiplicaciones difíciles, que él resolvía mentalmente.

La señora Bird decidió que Lizzie fuera al número 5 para calmar sus nervios haciendo un último repaso antes del primer examen final. Dejaron a la niña en la biblioteca y Sam se reunió con ellas y las llevó a Osborne's, donde, en vista de la difícil prueba que le esperaba a Lizzie, Sylvia había prometido a los niños que podrían pedir lo que quisieran para disfrutar de una merienda especial previa a los exámenes.

—Su refresco preferido es el Cherryade, de cereza. —Sam señaló a una muda Lizzie.

—¿Estás segura de que quieres eso, Lizzie? Tiene un color espantoso.

—Le gusta. A mí me gusta el Tizer, que es de limón, pero puedo tomar Cherryade.

Los tres echaron a andar juntos por el camino de sirga. Al pasar por la casa del esclusero, Lizzie comentó:

—Mi primo vive ahí.

—¿De veras? —Sylvia estaba intrigada—. Siempre he fantaseado con la idea de ser esclusera.

—No es su primo de verdad —puntualizó Sam—. La abuela de Lizzie es la tía abuela de él. La señorita Williams dice que la precisión es importante.

Lizzie se quedó chafada y Sylvia repuso:

—También es importante no ser un sabelotodo, Sam.

Sam salió corriendo y Sylvia y Lizzie siguieron caminando detrás, más despacio. Sylvia estaba dirigiendo a Lizzie lo que confiaba fuesen unas palabras de ánimo cuando Sam volvió a la carrera.

—¡Señorita!

Al parecer el miedo había desterrado la familiaridad.

—¿Qué, Sam? ¿Qué pasa?

Pero por una vez Sam se había quedado sin palabras. Le cogió la mano y empezó a tirar de ella. Fueron corriendo el resto del camino hasta el número 5.

—¡Mire! —señaló Sam.

La zorra estaba tendida en el jardín, inmóvil. Sylvia se dio cuenta de que estaba muerta.

Lizzie comenzó a gimotear y Sam, con el rostro blanco, decidió:

—Tenemos que llevarla al veterinario.

Sylvia se acercó hasta donde estaba el animal y se arrodilló. Ya había moscas revoloteando alrededor del cadáver.

—Me temo que es demasiado tarde para eso, Sam.

Apoyó la mano en el cuerpecillo rígido. Tras ella, Lizzie lanzó un alarido. Sam, afligido, gritó de nuevo:

—No es demasiado tarde. Dese prisa, tenemos que llevarla al veterinario.

—Mira, Sam. —Le puso la mano en el flanco del animal—. No respira.

Las lágrimas se agolparon en los ojos del niño y corrieron libremente por sus mejillas. Se tiró al suelo. Sin saber a quién consolar primero, o cómo, Sylvia se quedó donde estaba, de rodillas.

Al cabo de un rato dijo:

—Estas cosas pasan. Debemos enterrarla como Dios manda.

—¿Dónde están los cachorros? —Los dos niños corrieron al fondo del jardín: la zorrera estaba vacía—. ¿Qué les ha pasado a los cachorros? —chilló Sam.

—Me figuro que se habrán escondido —apuntó Sylvia—. Casi eran adultos. —No esperaba que aquello fuese un consuelo.

Después de acompañar a casa a una llorosa Lizzie, agradeció que Ray llamara a su puerta.

—June dijo que me encargara de enterrar al animalito.

—Ray, ¿le importa?

Ray llevó a la zorra al extremo del jardín, cavó un agujero y la depositó dentro. Los dos se quedaron mirando el cuerpo, que parecía muy menudo sobre la gravilla arcillosa.

Sylvia no había dicho nada delante de los dos niños pero estaba convencida de que aquello era obra de su «vecino de al lado mismo», el señor Collins.

—Lo peor, Ray, es que creo que esto es cosa de mi vecino.

Ray asintió.

—Eso mismo ha dicho June. Es un canalla.

—Me sugirió que los envenenase. ¿Sigue Sam disgustado?

Ray asintió.

—El chico es como yo, se toma las cosas muy a pecho. Cuando murió el labrador negro de mi abuelo, se quedó desconsolado.

—¿Cree que averiguará que ha sido el vecino?

—Nosotros no le diremos nada, pero es un chico listo y atará cabos.

A la mañana siguiente quedó claro que Sam había atado esos cabos. Llegó cuando Sylvia aún estaba desayunando.

—Le he entregado la mancha negra.

—¿Qué?

—La mancha negra. Como el ciego Pew.

—¿A quién has entregado la mancha negra? —preguntó Sylvia, aunque lo sabía de sobra.

—Al de al lado. Será mejor que se ande con cuidado, solo digo eso.

El día del examen de aritmética de Lizzie, Sam la llevó a la biblioteca después de la escuela.

—Le he echado un vistazo a su examen y yo diría que ha acertado el setenta y cinco por ciento de las respuestas. Mañana tiene el de comprensión lectora, así que hoy se vendrá con nosotros cuando termine usted de trabajar.

Sylvia se sintió halagada.

—Mañana te irá bien, Lizzie. Tú mantén la calma.

—Y no pierdas los nervios —aconsejó Sam.

El señor Booth había salido a hacer uno de sus misteriosos recados y había dejado a cargo a Len, de modo que Sylvia lo mandó pronto a casa y cerró. Ella y los niños fueron al número 5 recitando «El padre Guillermo».

—Parece que te lo sabes, Lizzie. —Sylvia estaba gratamente sorprendida.

—Se lo ha aprendido para el examen —explicó Sam—. Cree que volverá a caer.

Lizzie se puso roja y repuso:

—No es verdad. Me lo he aprendido porque me gusta, señorita.

Bebieron Cherryade y Tizer y comieron palitos de chocolate mientras intercambiaban versos subidos de tono, de los cuales Lizzie tenía un repertorio sorprendentemente amplio.

Estaban balanceándose en la cancilla cantando: «Rebota, rebota, y en tu culo explota» cuando Sylvia levantó la mano.

—¡Chist! Mirad.

Un morro negro asomaba entre los espinos. Los niños se quedaron quietos.

Sylvia fue adentro y regresó con una rodaja de ternera en conserva. La tiró a la parte del jardín más cercana al espino. Al cabo de unos minutos un cachorro salió con recelo. Se quedó en el jardín, las orejas negras de punta, alerta, los dorados ojos entornados. Después se abalanzó sobre la carne.

—¡Ay, señorita! —Lizzie no podía disimular su alegría.

El cachorro se sobresaltó, miró hacia la cancilla un segundo y salió corriendo por el jardín.

—¡Nos ha reconocido! —Sam estaba seguro.

—¿Tú crees? —preguntó Lizzie, los ojos rebosantes de entusiasmo.

—Estoy segura —afirmó Sylvia—. Ha venido a desearte buena suerte, Lizzie.

—No es cierto, ¿verdad, señorita?

—Ninguno de los demás niños tendrá la bendición de un zorro —le garantizó Sylvia—. Así que te irá bien.

—Mientras el cerdo de al lado no le ponga encima sus condenadas manos —espetó Sam.

—No lo hará —contestó Lizzie. Sonreía—. Esta vez, no.

11

Una vez terminados los exámenes finales, la escuela entera pudo empezar a relajarse. Gwen Williams le dio una nota a Sam para que se la llevara a Sylvia. El niño se la encontró leyendo en el jardín.

—Es para saber si nuestra clase puede ir a la biblioteca para buscar información sobre Stonehenge.

—No habrás abierto el sobre, ¿verdad, Sam?

El niño pareció dolido.

—Ha sido idea mía que vayamos a la biblioteca. Iremos a Stonehenge para la excursión de fin de año.

—Bien hecho —felicitó Gwen a Sylvia al llegar con una fila de alumnos de séptimo A que parloteaban entusiasmados—. Ha conseguido usted mover la montaña. Traer a los niños hasta aquí ha sido como entrar en Fort Knox. Pero hará que las clases sean mucho más divertidas.

Como vecino de Sylvia, Sam adoptó con ella una actitud colaborativa. Enseñó la biblioteca a sus compañeros, señalando las estanterías donde se encontraban los libros de historia antigua de Gran Bretaña y arqueología y aconsejándoles cómo leer un mapa y utilizar un índice.

Gwen lo observaba risueña.

—Le tengo cariño a ese niño. Llegará lejos. Quería preguntarle si por casualidad le gustaría venir con nosotros a Stonehenge. Sue Bunce, la tutora de octavo A, se marea en el coche, así que me ha preguntado si podía convencer a alguien para que haga de perro guardián conmigo. El resto de los profesores no puede dejar las clases.

—Coincide con mis horas de trabajo —adujo Sylvia.

—¿No podría decir que es uno de sus proyectos?

—Me encantaría —contestó Sylvia—. No he ido nunca a Stonehenge. Pero tendríamos que cerrar la biblioteca infantil. No hay nadie que pueda hacerse cargo.

Sin embargo, tras toparse con Dee en la cooperativa, Sylvia decidió arriesgarse. Localizó al señor Booth en la sala de lectura.

—¿Tendría inconveniente en que me tomara el miércoles que viene libre, señor Booth? Es que la escuela me ha pedido ayuda con una excursión a Stonehenge. La señora Harris se ha recuperado de la hernia discal y me preguntaba si podríamos convencerla de que viniese ese día. —Sabía que no era buena idea pedirle prestado a Len.

Su jefe infló las mejillas en lo que parecía un amago de negativa pero se limitó a decir:

—Alguien se ha llevado *The Listener*.

—Bueno, sea quien sea el ladrón, por lo menos es culto.

Era arriesgado pero, para su sorpresa, su jefe se enderezó la pajarita y repuso afablemente:

—Si la señora Harris está dispuesta... Naturalmente, tendré que descontárselo de las vacaciones estipuladas en su contrato.

—Naturalmente, señor Booth. No esperaba otra cosa —contestó ella, pero él ni siquiera pareció recelar y se alejó silbando.

El nerviosismo de Lizzie ante los exámenes finales había resultado ser contagioso. Sylvia fue consciente de que se sentía más relajada en el momento en que el autocar puso rumbo a Stonehenge. Gwen y ella iban sentadas juntas delante, al lado del conductor. Los niños, libres de miradas adultas, se pellizcaban y se hacían cosquillas, presumían de las comidas que les habían preparado sus madres, identificaban los coches que pasaban y no hacían caso de las maravillas de la naturaleza que Gwen les señalaba de cuando en cuando desde su asiento en la parte delantera.

—No me extraña. Han crecido en el campo. Yo me crié en una granja en Gales y a su edad me moría de ganas de respirar el esmog de la ciudad.

—A mí me ha pasado justo lo contrario —replicó Sylvia—. Vivía en las afueras de Londres y ahora estoy encantada descubriendo pájaros y flores.

Se oía a Sam al fondo del autocar, instruyendo a los demás sobre las distintas teorías acerca de quién había construido Stonehenge. Alguien mencionó a los druidas pero Sam se mostró desdeñoso.

—Eso es pura invención.

Fuera quien fuese el que había diseñado y construido Stonehenge, no cabía la menor duda de que el lugar era impresionante. A su llegada, los niños se quedaron prácticamente mudos de admiración al contemplar los enormes obeliscos que rodeaban los anillos más pequeños de piedras verticales.

—¿Cómo subieron ahí arriba esos pedruscos? —preguntó un niño al tiempo que señalaba una piedra gigantesca que se apoyaba sobre dos enormes pilares.

—Es un trilito —informó Sam—. Pesa unas cincuenta toneladas. Las piedras las subieron con poleas y cuerdas.

Tras mantener un debate un tanto unilateral sobre la tecnología de la Antigüedad, en el que Sam llevó la voz cantante («Si le soy sincera —confió Gwen a Sylvia—, ni yo misma entiendo cómo se supone que hicieron todo esto»), los niños se pasearon por el lugar jugando a ser antiguos britanos e inspeccionando las pintadas modernas en algunas de las piedras. Gwen pidió a Sylvia que la ayudara a no perderlos de vista.

—No descarto que alguno se haya traído una navaja.

Comieron lo que llevaban de casa, cascando los huevos duros en las antiguas y sagradas superficies. Sam dejó a un lado su labor pedagógica y se tumbó con los brazos y las piernas abiertos sobre la gran piedra horizontal del centro.

—Mire, señorita, soy un sacrificio humano.

Ponía buen cuidado, se percató Sylvia, en no llamarla por su nombre de pila.

Gwen y Sylvia se apoyaron en uno de los bloques de arenisca, fumando y deleitándose con el calor del sol de julio.

—Es agradable ver disfrutar a esos granujillas —comentó Gwen—. Ya solo quedan el día de los deportes y el de la obra de teatro. ¿Qué hará en las vacaciones de verano?

A ese respecto Sylvia tenía un dilema. Cada semana recibía una carta de sus padres en la que le relataban con todos los pormenores sus actividades, pero de un tiempo a esa parte las misivas incluían indirectas sobre las vacaciones para tantearla.

—Mis padres van a Cromer y yo siempre voy con ellos.

—Ya. Los míos son iguales. Pero a veces quien bien te quiere te hace llorar.

Sylvia, que dudaba que eso fuera cierto, respondió que suponía que sí.

—¿No le apetecería ir a Francia? Me voy de acampada con una amiga, pero hay sitio para una persona más.

—¿Está segura?

—Mi amiga tiene un viejo Morris Traveller; hay espacio más que de sobra y nos vendría bien contar con alguien más para compartir los gastos de gasolina, así que sería usted bienvenida.

—Nunca he estado en el extranjero.

—El que no se arriesga no gana. —Sin ser consciente, tal vez Gwen hubiese hecho suya la fijación de los exámenes finales con los dichos y refranes.

Sylvia había olvidado que Marigold, la hija del señor Bell, estaría con los alumnos de octavo A, pero en ese momento la vio hablando con Sam. Este gesticulaba con agitación y parecía acalorado, de modo que Sylvia se acercó para ver qué pasaba.

Al parecer Sam se había topado con cierta resistencia en lo tocante a los druidas.

—Sí que existieron —aseguraba Marigold—, lo que pasa es que en la época victoriana se divulgaron un montón de falsedades.

Sam no estaba dispuesto a aceptar tal cosa.

—Mi abuelo dice que eso son chorradas.

—Puede que algunas lo sean pero eso no significa que los druidas no existieran.

Marigold sonrió y Sam se mostró aún más beligerante.

—Creo que probablemente los dos tengáis razón. —Sylvia trató de limar asperezas, pero Sam musitó algo ininteligible y se fue.

Marigold sonrió a Sylvia.

—A los chicos no les gusta que les lleven la contraria.

—No creo que a nadie le guste mucho —apuntó Sylvia.

Después de comer, Sylvia y Gwen llevaron a los niños a dar un paseo por la naturaleza subiendo la ladera de la escarpadura. Las alondras trinaban en el cielo y sobre la hierba caliente, posándose con suavidad en las flores, revoloteaban mariposas niña coridón y espejitos naranja, que Marigold identificó. Marigold también señaló los nombres de las flores.

—Esa es una orquídea moteada y esa de ahí, una orquídea abeja, porque se parece a una abeja. Esas florecitas amarillas son lotos de los prados (algunas personas las llaman cuernecillos) y esas azul clarito son campánulas, aunque también las llaman campanillas.

—Si no fuese una niña tan encantadora, a uno le entrarían ganas de retorcerle el pescuezo —observó Gwen.

El padre de Marigold estaba esperando cuando el autocar llegó a la escuela. Saludó a Sylvia al verla bajar.

—¿Qué tal ha ido la excursión?

—Creo que todo el mundo se lo ha pasado bien —contestó ella. Le dio la impresión de que su voz sonaba extrañamente chillona.

—Espero que mi hija se haya portado bien.

—Les he hablado de los druidas. —Marigold saltó del último escalón a los brazos de su padre.

—Confío en que no hayas sido muy pesada, cielo.

—Vaya si lo ha sido —afirmó Sam mientras iba con Sylvia a la biblioteca—. Y a base de bien. Se cree que por estar en el último curso puede ir por ahí haciéndose la chula.

Sylvia, que había olvidado que Marigold era un año menor que el resto de su clase, respondió:

—Es mayor que tú.

—No es verdad —espetó él, indignado—. Tiene la misma edad que yo. Solo la adelantaron porque su padre es médico y su madre armó un buen jaleo.

Llegaron a la biblioteca y vieron que Dee estaba sacando una nueva remesa de libros. Sylvia cogió uno.

—Este podría gustarte, Sam, es nuevo. Va de un niño llamado Tom.

Sam abrió el libro y le echó un vistazo.

—¡Es una niña! —Le enseñó una ilustración de una niña con un vestido de estilo eduardiano.

—Trata de un niño y una niña. Pero toma, este va de dos niños. —Le dio uno de Geoffrey Trease.

—Es de historia. —La disputa con Marigold lo había puesto de mal humor.

Cogió del estante de General un tomo sobre cetrería, que Sylvia se había planteado reubicar en la biblioteca de adultos, y fue a sentarse en un rincón.

—¿Qué tal ha ido el día? —le preguntó Sylvia a Dee.

—Bastante tranquilo en general.

—¿Algún problema con...?

—*La clave de la traición*. ¿De qué va? —Dee había cogido el libro que había rechazado Sam y daba la impresión de estar hojeándolo.

—Va de unos niños que se hacen amigos de Shakespeare e impiden una conjura contra la vida de Isabel I —explicó Sylvia, un tanto sorprendida.

No tenía a Dee por alguien a quien le interesara especialmente la ficción histórica. A decir verdad, el gusto de Dee parecía decantarse más por las novelas de suspense sensacionalistas o los libros románticos populares subidos de tono.

Dee dejó el libro.

—Ya termino yo con esto —dijo—. Usted váyase a casa.

—¿Seguro que no le importa cerrar? Ya sabe lo quisquilloso que...

—Sí, sí. Sé lo que hay que hacer.

En el camino de sirga de vuelta a casa, Sam comentó:

—El hombre ese de la pajarita, ¿sabe quién le digo?

—¿Te refieres al señor Booth?

—Se estaba escondiendo de nosotros en la entrada. Pensaba que yo no lo veía.

—¿De veras, Sam? ¿Se estaba escondiendo?

—Sí. —Sam le dio un puntapié a la piedra, que acabó limpiamente en el canal—. Es un idiota. ¿Sabía usted que un halcón peregrino desciende en picado a unos trescientos kilómetros por hora? Es más rápido que Stirling Moss.

12

La semana siguiente a la excursión a Stonehenge era la última de clases y June invitó a Sylvia a asistir a la obra de teatro que montaba la escuela para celebrar el final del año académico. Las gemelas representaban el papel de las niñas que vivían en el zapato de la anciana Hubbard. De camino a la representación iban dando saltos y cantando:

—Les horneó un poco de caldo sin pan y les dio una vaina...

—Es «azotaina» —corrigió Sam, pero a las gemelas la idea de que les dieran una azotaina les parecía un disparate.

Sam ya le había contado a Sylvia que a él le habían obligado a interpretar a uno de los caballeros de la mesa redonda del rey Arturo.

—¿Cuál? —se interesó ella.

—No sé.

—¿Galahad?

—No. Ese es un mariposón.

—¿Perceval?

—No. Ese es un memo.

—¿Kay?

—Sí.

—¿Y qué le pasa a Kay? Es el hermanastro de Arturo.

—Tiene nombre de chica.

Tal vez porque eso le resultaba humillante, la actuación de Sam en el papel de *sir Kay* fue poco expresiva. Cuando le llegó el turno de actuar a la clase de séptimo A, blandió su espada de cartón sin ganas y farfulló las frases que le correspondían.

Las gemelas no se habían mostrado así de inhibidas. Se movieron con agilidad alrededor de la silueta de cartón de un zapato enorme y chillaron encantadas cuando les dio unos azotes una de sus compañeras de clase que, ataviada con una cofia, blandía la escoba del conserje de la escuela.

A los de párvulos les permitieron sumarse al público después de su actuación. Las gemelas se sentaron entre Sylvia y June, susurrando y

chupando caramelos Spangles, que se enseñaban mutuamente sobre la lengua.

La clase de octavo A cerraría las actuaciones. Puesto que se trataba del último curso, a punto de dar el importante salto al bachillerato, imponía respeto, e incluso las gemelas guardaron silencio mientras el público esperaba a que se levantase el telón. Una bombillita en el desvaído terciopelo anunció la aparición de una niña que lucía lazos rojos, blancos y azules en las trenzas.

—La clase de octavo A presenta *La coronación de la reina Isabel II* — dijo en un intento de emular el acento de la BBC. Hizo una reverencia y desapareció tras las cortinas.

La húmeda mañana de junio de la coronación, los padres de Sylvia la habían despertado temprano. En medio de la agitada y animada multitud ella intentaba hacer ondear valientemente la banderita del Reino Unido que le había comprado su padre, temblando de emoción con un espectáculo que su escasa estatura no le permitía ver. Un tiempo después vio en un noticiario del cine a la nueva reina con una capa dorada, sentada en el antiguo trono, la expresión solemne, la cabeza que sustentaba el esbelto cuello erguida para recibir la corona, una figura menuda, de aspecto solitario, no mucho mayor de lo que Sylvia era ahora, sin duda demasiado joven para hacer frente al sinfín de obligaciones que le esperaban.

A diferencia de ella, Marigold Bell parecía sumamente preparada para desempeñar dicho cometido. La seguridad personificada en una silla cubierta con una cortina y ataviada con unas recargadas enaguas de encaje, sostenía el cetro de cartón en alto con aire de autoridad.

Un chico con una bata le colocó en la cabeza una corona pintada. Acto seguido pronunció unas palabras sacadas de la ceremonia real, tras las cuales la recién coronada soberana se levantó del trono.

—Vosotros, mis súbditos —empezó, dedicando una sonrisa radiante al resto de los actores y al público.

Siguió un largo discurso, durante el cual la joven reina derogó algunas leyes aprobadas por el Parlamento y aprobó una ley que reducía la edad para ejercer el derecho al voto a los doce años. Se crearía una dotación especial para aquellos que tuviesen mascotas y en adelante los libros, anunció la monarca para concluir, serían gratuitos para los niños.

El reparto se subió los calcetines y cuchicheó mientras se promulgaba esta renovación de las leyes del país. Parte del público miró con cara de desaprobación y un valiente se rio, gesto que le valió una mirada iracunda de la reina.

—Ha sido algo largo —comentó June a Sylvia—. Empezaba a preocuparme que las gemelas no pudieran aguantar y se hicieran pis.

—¡No nos hemos hecho pis! —gritaron las niñas, furiosas al oír semejante calumnia.

—Será mejor que vayáis ahora mismo al baño u os lo haréis encima —advirtió su madre mientras las empujaba hacia los aseos.

Fuera de la sala la gente felicitaba a Marigold.

—Lo escribí yo sola —explicaba ella a sus admiradores.

Para sorpresa de Sylvia, Sam parecía haberse unido a ellos. Al verla, este dijo con tono de respeto:

—¿Ha oído usted lo que ha dicho sobre prohibir la caza del zorro?

—Lo he oído, sí.

—Y lo del sufragio, que significa cuándo puedes votar.

—Sí, lo sé.

—¿Le importa si le pido que vaya a su casa?

—¿No preferirías pedirle que fuera a la tuya?

Sam frunció el ceño.

—Las gemelas darán guerra si viene a la nuestra.

Gwen la detuvo cuando salía de la escuela.

—¿No ha sido para partirse de risa lo de la coronación? ¿Le apetecería venir al Troubadour el sábado a la hora de comer?

El Troubadour, situado junto al canal, era el más animado de los dos *pubs* de East Mole. Presumía de tener su jardincito, que en verano se llenaba de bombillas de colores. Dentro, vitrinas con peces barnizados, supuestamente procedentes de los ríos de la localidad, adornaban las paredes.

—«Menos mal que no era un lucio» —observó Sylvia al ver un pez alargado con dientes puntiagudos.

—Creo que sí que es un lucio —la corrigió Gwen—. ¿Qué quiere tomar?

Sylvia repuso que tomaría una cerveza con limón. Salieron fuera a sentarse a orillas del canal.

—¿Se ha pensado lo de las vacaciones? —quiso saber Gwen.

—No estaba muy segura de que lo dijese usted en serio.

—No se lo habría preguntado si no fuera así. Como le comenté, necesitamos ayuda con la gasolina, así que nos hará un favor.

A decir verdad, Sylvia había escrito mentalmente varias cartas a sus padres con mucho tacto, pero no había logrado reunir el valor suficiente para

pasar al papel sus excusas para faltar a las tradicionales vacaciones familiares. Desde hacía ya unos años le resultaban deprimentes las frías playas de Norfolk, la triste pensión con su insulsa comida, la moqueta con arabescos y las colchas de algodón afelpado. Sin embargo, era consciente de lo mucho que representaba su presencia para su padre.

Al llegar a casa, animada por la bebida de la comida, cogió su bloc de Basildon Bond y salió afuera.

Queridos madre y padre:

Gracias por escribir contándome vuestras novedades. Me alegro de que por fin hayáis solucionado el problema de la lavadora de doble tambor. Yo paso la mayoría de las tardes en el jardín, como sin duda haréis vosotros (si la alergia al polen de madre lo permite).

Era espantosa. Arrugó el papel y, con intención de despejarse, decidió dar un paseo.

Pasó por delante de su vecino de al lado mismo, que estaba cortando el césped del jardín delantero con agresividad, y de las gemelas, que cantaban subidas a la cancilla del número 3.

—Hola, Jam; hola, Pem.

—No somos Jam y Pem.

Se paró a mirar el caballo blanco, recordando la vez que fue a la fundición y se tropezó con Marigold y su padre. De manera que no se sorprendió mucho al ver al doctor Bell tras saltar la verja.

—Precisamente me estaba acordando de usted... y de Marigold.

—¿De veras? Como le digo a Marigold, el pensamiento es real.

En ese momento apareció el spaniel dorado y se restregó contra las piernas de Sylvia.

—Hola, *Plush*. Es una King Charles, ¿no?

—Son muy buenos pero no tienen muchas luces. En realidad es de Marigold, pero al final suelo ser yo el que la saca de paseo.

—A mí nunca me dejaron tener un perro. ¿Cómo está Marigold?

—Aliviada, ahora que han acabado los exámenes.

—No creo que tuviera mucho motivo de preocupación.

—No.

Sylvia intentó decir algo más pero no se le ocurrió nada. Mirando a su alrededor, el doctor Bell comentó:

—Me gusta esto.

—¿Sí?

—Me gustan estas ruinas industriales.

—A mí también.

—Me recuerdan a una canción de Ewan MacColl, el cantante de folk.
¿Sabe quién es?

—No.

De repente él se puso a cantar.

*I found my love where the gaslight falls
Dreamed a dream by the old canal
Kissed my girl by the factory wall
Dirty old town, dirty old town.^[1]*

Sylvia sintió que a sus huesos les pasaba algo.

—MacColl lo hace mucho mejor.

—No. Es preciosa.

—Tengo el disco. Si quiere, se lo puedo prestar.

Sylvia, que no tenía tocadiscos, respondió:

—Gracias. Me encantaría.

El spaniel se acercó corriendo jadeante y permaneció al lado del médico, alerta.

—¿Qué tal la espalda de la señora Harris?

—Creo que bien.

—Debería usted cuidar de la suya, con todas esas cajas que levanta.

—Son gajes del oficio. Soy bastante fuerte.

—Ya —convino él—. Me acuerdo.

De pronto se instaló entre ellos una timidez que los envolvió en sus espectrales redes.

Sylvia empezó a decir:

—Si Marigold...

Pero él ya estaba hablando:

—Creo que será mejor que me vaya.

—Yo también.

Se quedaron parados. El sol se reflejaba en las gafas del médico, impidiendo ver la expresión de sus ojos.

—En fin, me figuro que la veré en la biblioteca, cuando Marigold vaya a cambiar los libros —añadió.

Sylvia intentó de nuevo pensar en algo inteligente que decir.

—Supongo que sí, si es sábado. Bueno, yo estoy todo el tiempo si usted..., pero solo tiene libres los sábados, claro.

—Eso me temo. No hay descanso para los malvados.

Sylvia trató de reírse alegremente.

—No creo que se pueda decir que lo que hace usted sea malvado.

—No —admitió él—. No. O no si lo puedo evitar.

—Estoy segura de que no —aseveró ella, pensando que ojalá no hubiera hecho el último comentario. El doctor debía de pensar que era muy torpe.

—Bueno, pues hasta pronto —se despidió él al cabo—. Me alegro de volver a verla.

—Yo también a usted. Gracias por la canción.

—Tengo una voz pésima.

—Qué va —afirmó ella, y se ruborizó. Era espantoso. A la desesperada, soltó—: Marigold estuvo magnífica haciendo de reina, doctor Bell.

Él esbozó una sonrisa de orgullo y pesar propia de los padres.

—Me temo que mi hija ha nacido para mandar. Y llámeme Hugh, se lo ruego.

Dos días después, mientras desayunaban, el padre de Sylvia leyó en voz alta:

Queridos madre y padre:

Soy consciente de que esto quizá os pille por sorpresa, pero confío en que podáis perdonarme. Una nueva amiga que he hecho, una profesora de la escuela del pueblo, me ha invitado a ir Francia con ella y una amiga suya en verano. Tienen un Morris Traveller y planean acampar en Bretaña o Dordoña. Como sabéis, nunca he estado en el extranjero y me gustaría aceptar su invitación. Pero sería estupendo si pudierais venir a verme aquí.

—Supongo que tenía que pasar. —El padre dejó la carta en la mesa y comenzó a untar su tostada con mantequilla.

—Norman, con la pala de la mantequilla. Será mejor que cancelemos su habitación en la pensión de la señora Banham.

—Nosotros también podríamos probar a ir al extranjero, Hilda, ¿qué dices?

—La señora Banham se sentiría profundamente ofendida.

Desde que terminara la guerra, Norman Blackwell albergaba el deseo de visitar el país que había ayudado a liberar.

—Me gustaría ver París.

Sin embargo, la postura de la señora Banham era inamovible.

—Otro año, Norman, cuando tengamos más tiempo para planificarlo.

13

—¿Qué te han parecido los gabachos? —preguntó su padre antes de cruzar la cancilla y de que Sylvia tuviese tiempo de saludar a sus padres—. *Parlez-vous français?*

Sylvia, que quería y compadecía a su padre y era consciente de que intentaba quitar importancia al hecho de que no hubiera ido con ellos de vacaciones como de costumbre, intentó pasar por alto el comentario.

Su madre le dio un pellizquito en la mejilla.

—Nosotros pasamos unos días muy agradables con la señora Banham. Te envía saludos.

—¿Recuperasteis la fianza? —Sylvia no pudo evitar preguntarlo. Su madre había hecho referencia en sus cartas a la cuestión de la «fianza» por la habitación que ya no era necesaria.

Su padre comenzó a proferir ruiditos tranquilizadores, pero la madre lo interrumpió:

—Recibimos tu postal. Solo una.

—Solo mandé una, madre. Lo siento.

—Me figuro que estabais demasiado ocupadas disfrutando de *la belle France*. ¿Hubo *grands amours*? —Su padre se retorció un bigote imaginario.

—No seas bobo, papá —contestó Sylvia, procurando mostrarse afectuosa—. No hubo nada de eso.

(A decir verdad las vacaciones en Francia no habían sido del todo satisfactorias. Gwen y su amiga Chris, aunque eran bastante afables, tendían a estar juntas todo el rato y hacían que Sylvia se sintiese como una suerte de carabina. Las dos compartían tienda de campaña y ella las oía charlar y reír por la noche mientras no podía evitar sentirse excluida en la tiendecita estrecha, minúscula, que Chris utilizaba cuando era exploradora).

Su padre llevó dentro el equipaje mientras la madre inspeccionaba el jardín.

—Será mejor que tu padre se ocupe de esas malas hierbas.

Una vez dentro, sus críticas se centraron en la salita:

—Huele a humedad. Espero que tu casera no te esté cobrando mucho.

—El alquiler es muy razonable, madre. Es normal que haya algo de humedad, estamos en el campo. Ven conmigo y te enseñaré la parte de arriba.

—Esa escalera parece peligrosa. —Respirando laboriosamente, su madre logró subir la escalera y entró en el dormitorio de Sylvia—. La cama no es lo bastante amplia para dos.

—Está bien, mamá. —El padre guiñó un ojo a la madre, un gesto exagerado—. Es bonita y acogedora.

La madre cerró los ojos.

—Papá se puede quedar en la otra habitación y yo puedo dormir abajo, en el tresillo —se apresuró a ofrecer Sylvia. ¿Cómo podía haber olvidado que sus padres dormían en camas separadas?—. Lo siento, debería...

—No, no —empezó a decir su padre mientras su madre aceptaba el ofrecimiento.

—Si no te importa, cariño, será lo mejor...

Sylvia preparó la cena con verduras del huerto que le habían dado los Hedges para la ocasión. A su madre los rábanos le parecieron «indigestos» y el jamón «grasiento», y Sylvia se quedó sin temas de conversación. La tarde era buena y, un tanto desesperada, propuso dar un paseo.

—No tengo calzado para caminar —dijo su madre—. Tu padre irá contigo.

—Yo me apunto —aceptó Norman Blackwell, y Sylvia y él estaban a punto de salir cuando Sam apareció en la cancilla del jardín.

Sylvia lo recibió con entusiasmo.

—Sam, estos son mis padres. Les he hablado mucho de ti.

Sam miró a Norman Blackwell.

—¿Luchó usted en la guerra?

Un observador agudo tal vez se hubiese percatado de que Norman Blackwell irguió un tanto la espalda.

—Fui artillero de cola en la RAF.

Hilda Blackwell había oído hacía tiempo todos los recuerdos de guerra de su esposo.

—¿Soy yo o empieza a hacer frío?

—Mi padre estuvo en el ejército. ¿Derribó usted a muchos nazis?

—Ya lo creo que sí. Fue la mejor época de mi vida.

Hilda Blackwell lanzó un suspiro.

—Creo que necesito la chaqueta. ¿Norman?

—Odio a los nazis —espetó Sam, mirándola indignado.

—Creo que todos los odiamos, pequeño.

—Mi abuelo es judío —contó Sam—. Yo no, porque mi madre no lo es. Su madre no lo era. Solo eres judío si lo es tu madre —explicó a Hilda Blackwell, que, nerviosa, puso cara de sorpresa y contestó:

—La verdad es que no lo sabía.

—El oficial con el que yo volaba era judío —aseveró Norman Blackwell—. Me enseñó a jugar al ajedrez.

—¿Un piloto de bombardero que jugaba al ajedrez?

—Y era una fiera.

—¿Qué le pasó?

—¡Norman! —advirtió Hilda Blackwell—. Sam no quiere oír esas cosas.

—Lo derribaron —contestó el padre de Sylvia, evitando la mirada de su mujer—. Era uno de los mejores, el bueno de Prager. También me enseñó a decir palabrotas en checo. *Jdi do píci!*

—¿Qué significa? —Había captado definitivamente el interés de Sam.

El padre de Sylvia lanzó una mirada furtiva y dijo que significaba «largo de aquí».

—Sam y tú podríais jugar una partida de ajedrez, papá —sugirió Sylvia.

Su padre solía soltar esa expresión cuando se exasperaba y Sylvia, que se había informado, había averiguado que la traducción literal era «vete al carajo».

—¿Te apetece intentarlo, compañero? —Su padre parecía entusiasmado.

Sam se lo pensó.

—No me importaría.

Sylvia sacó la caja de madera y su padre dispuso el tablero sobre el barril. A su madre la apaciguó con un número antiguo de *Woman's Own* con el que había forrado la cómoda, hasta que June se presentó aparentemente para asegurarse de que Sam «no estaba molestando» aunque en realidad, adivinó Sylvia, lo que quería era ver cómo eran sus padres.

La madre de Sylvia felicitó a June por las hortalizas, incidiendo especialmente en los rábanos, y se dejó convencer para ir a casa de los Hedges a ver la televisión.

—¿Lo ves, Norman? Los Hedges tienen televisor —apuntó Hilda Blackwell.

—Solo es uno que iban a tirar a la basura y mi padre rescató —se disculpó June—. Es electricista, así que consiguió que volviera a funcionar.

—A veces se ve mal —precisó Sam.

Norman Blackwell comenzó a enseñar a Sam distintos movimientos de ajedrez, de manera que Sylvia entró a fregar los platos y encendió la radio.

«Y ahora, de la famosa pareja de cantantes folk Peggy Seeger y Ewan MacColl, la canción que Ewan MacColl escribió al terminar la guerra».

Y en la radio sonaron dos voces...

*I found my love where the gaslight falls
Dreamed a dream by the old canal...*

Más tarde, tumbada en el tresillo lleno de bultos mientras escuchaba los ronquidos de sus padres, que reverberaban en las habitaciones arriba, Sylvia pensó que era como si Hugh Bell le hubiese enviado un mensaje codificado a través del éter.

La semana que pasó con sus padres transcurrió con asombrosa tranquilidad. La fueron a ver a la biblioteca, donde conocieron al señor Booth, que sorprendió a Sylvia con un comportamiento inusualmente cordial.

Hilda Blackwell se quedó encandilada con él.

—Es apuesto tu jefe, ¿no?

Sylvia asintió, pese a que no se explicaba el éxito que al parecer tenía el señor Booth con las mujeres y encontraba repulsivo su aire de vieja estrella de cine.

Invitó a sus padres a merendar al Patsy's Tea Shoppe, donde su madre admiró profusamente los calientaplatos y su padre flirteó con la camarera, entrada en años. Y con June haciéndose cargo de su madre y su padre enseñando a Sam a jugar al ajedrez, el tiempo pasó tan deprisa que casi se entristeció cuando llegó el momento de la partida.

—Jovencito —oyó Sylvia que su padre le decía a Sam—, tú y yo tenemos que cerrar filas con tanta mujer alrededor.

Antes de irse, le dio tímidamente un libro a Sam.

—Era suyo. —El padre de Sylvia señaló con la cabeza a su hija—. *Ajedrez para principiantes*. Lo traje de casa para ella, pero creo que tú le darás más uso.

—Pero yo ya no soy un principiante —objetó Sam, y June lo regañó.

—Da las gracias al señor Blackwell como es debido, Samuel, o se llevará el libro. Espero volver a verlos muy pronto.

Ofreció a Hilda Blackwell unos terrosos rábanos envueltos en papel de periódico.

—Ocúpese de que esta jovencita se porte bien, ¿quiere? —dijo el padre de Sylvia a June, mientras le daba unos golpecitos en la espalda a su hija.

Habían llamado a un taxi para que llevara a los Blackwell a la estación, y mientras este se alejaba y Sylvia se despedía con la mano, apareció la señora Bird. Agachó la cabeza al pasar por debajo del manzano y se sentó junto al barril.

—El jardín vuelve a estar en condiciones.

—Ha sido gracias a su marido. ¿Le apetece una taza de té, señora Bird?

Sylvia preparó té, preguntándose a qué se debería la visita de su casera. Era evidente que le tenía reservada una sorpresa. Se tomó el té y esbozó una sonrisa de esfinge antes de entregar a Sylvia una bolsa de papel con gran ceremonia.

—Bombones Black Magic. Personalmente prefiero los Milk Tray pero me dije: «La señorita Blackwell es más de Black Magic».

—Gracias —repuso Sylvia, sorprendida por el regalo.

La señora Bird ladeó la cabeza y sonrió aún más.

—Nuestra Lizzie ha conseguido pasar al bachillerato.

—¡Es estupendo! —exclamó ella, entusiasmada—. Me alegro por Lizzie.

—Como le dije a mi Dawn: «Seguro que la señorita Blackwell consigue que entre». Nosotras dejamos la escuela a los catorce años, pero la educación es importante si uno quiere prosperar en la vida. ¡Esa escuela! Nuestra Lizzie es como un ratoncito que no mete ruido, por eso no le dedicaron mucha atención, pero yo sabía que valía. Liz es un caballo ganador.

—Tenía razón, señora Bird —convino Sylvia—. Y estoy de acuerdo con usted. ¿Querría decirle a Lizzie que venga a verme? Tenemos que celebrarlo.

Al enterarse del triunfo de Lizzie, Sam observó:

—Yo la ayudé con la aritmética. Y la comprensión verbal.

—En efecto, Sam. No habría aprobado sin ti.

Parecía alegrarse genuinamente del éxito de Lizzie, y cuando esta apareció con expresión tímida, con una falda y una camiseta limpia, él le dio un golpecito en la espalda y la felicitó:

—Bien hecho, compañera —imitando a la perfección al padre de Sylvia.

Sam supervisó la compra para la merienda con la que celebrarían el triunfo de Lizzie. Los niños se dieron un atracón de bocaditos de trigo Twiglets y galletas Wagon Wheels y Playbox mientras Sam explicaba a grandes rasgos a Lizzie lo que podía esperar de la nueva escuela.

—Puede que te encuentres con prejuicios.

Lizzie se asustó.

—¿A qué te refieres?

—Eres católica y la escuela es anglicana. Casi todas las chicas católicas van a Nuestra Señora de Sion.

—Estoy segura de que eso no pasará —intervino Sylvia—. ¿Cómo va a saberlo nadie?

Sam le lanzó una mirada fulminante.

—Los católicos no comen carne los viernes. Sé lo que son los prejuicios porque mi abuelo es judío. Y ella es del grupo B —añadió mientras amontonaba sin cesar carbones en la chimenea—, así que pensarán que no es tan buena como el resto.

—Sam, cállate —le pidió Sylvia—. Confío plenamente en Lizzie. Le ha ido extraordinariamente bien en los exámenes y va a demostrarles de qué pasta está hecha, ¿a que sí, Lizzie?

—Solo era un comentario —se disculpó Sam—. Yo también creo que te va a ir bien, Lizzie.

Les dieron galletitas saladas a los burros. Al principio Lizzie se mostraba nerviosa y Sylvia la tranquilizó asegurándole que a ella le había pasado lo mismo y le contó cómo en la escuela había tenido que hacer de burro en *El sueño de una noche de verano*.

—Es una obra de Shakespeare. Me figuro que la estudiaréis en la nueva escuela. A Fondón, uno de los personajes, lo convierte en asno un duende travieso llamado Puck, y la reina de las hadas se enamora de él.

—¡Fondón! —Sam no sabía si mostrarse desdeñoso o reírse—. ¿Como culo gordo?

Sin embargo había despertado el interés de Lizzie.

—¿Por qué se enamora de un burro?

—Porque su esposo, el rey de las hadas, la ha hechizado para que se enamore de la primera criatura fea a la que vea.

Lizzie parecía perpleja.

—¿Por qué hace eso?

—Para vengarse porque la reina de las hadas no le da lo que quiere. Pero verás, Shakespeare creía que valía la pena enamorarse del asno aunque pareciese feo, y que al final le haría bien a la reina de las hadas.

—Parece una memez —espetó Sam—. Hadas y culos gordos.

La merienda con Lizzie recordó a Sam la promesa de Sylvia de que podía invitar a su casa a Marigold, y le dio la tabarra con ello.

—Sam, pues claro que Marigold puede venir, pero tendrás que invitarla.

—No sé dónde vive.

—Yo tampoco.

—Usted sí que lo sabe —adujo Sam—. Está en su ficha de la biblioteca.

En realidad, Sylvia sabía que los Bell pasarían quince días en Cornualles porque antes de partir Marigold había solicitado doble ración de libros de la biblioteca y le había comunicado la fecha de vuelta.

Ese sábado por la mañana June pilló a Sylvia justo antes de ir al trabajo.

—He venido a preguntarle si le importaría quedarse esta tarde con las gemelas. Ray irá al fútbol y mi madre vuelve a estar pachucha, así que le dije que me pasaría a verla.

—Naturalmente —respondió Sylvia, deseosa de ponerse en marcha.

—Está usted guapa —le dijo June antes de que ella se alejara pedaleando.

—¿Va todo bien? —preguntó Dee cuando Sylvia volvió del aseo por tercera vez. La miró de arriba abajo—. Bonita barra de labios. ¿Y qué perfume lleva?

Sylvia se ruborizó.

—Coty L’Aimant.

—¿Ha quedado con alguien después del trabajo?

—La verdad es que no.

—No me venga con esas. Es usted joven, debería estar divirtiéndose. A vivir, que son dos días.

Marigold y su padre llegaron justo antes de la hora del cierre. Él parecía abrumado y la niña, enfurruñada. Esta dejó con un golpe los libros que quería devolver y se fue a mirar en los estantes sin decir palabra.

Su padre enarcó las cejas.

—Lo siento. Se ha alzado en armas porque hemos decidido enviarla a Saint Catherine el año que viene.

—¿Y eso?

—No quiere ir a una escuela privada.

—Ya veo.

—A decir verdad yo estoy con Marigold, pero Jeanette insiste y ya hemos pagado la matrícula del primer trimestre. No es reembolsable, así que...

Marigold apareció con unos libros.

—Para mis padres mi felicidad es menos importante que su cuenta bancaria.

Hugh Bell exhaló un suspiro y Sylvia preguntó:

—¿Por qué no quieres ir a esa escuela, Marigold?

—En Saint Catherine solo hay santurronas.

—Estoy seguro de que harás amigas allí —afirmó su padre.

Marigold le sacó la lengua y dejó caer en la mesa con fuerza tres libros con encuadernación antigua. Los tres eran historias de internados escritas para lectores de otra época.

Su padre leyó en alto los títulos:

—*La más pequeña de primero, La tarambana del internado*. Entiendo que es una especie de protesta.

—Si pretendes enviarme a esa clase de escuela, tendré que estar bien preparada. —Marigold abrió *El internado más divertido de todos*. De las páginas con manchas marrones se desprendió un olor a moho—: «Y digo yo, Megsie, mi querida compañera. ¿No crees que nos reiríamos de lo lindo si le birláramos a la buena de Greenie las viandas que le envían sus padres? En esa caja guarda unos bollitos que te hacen la boca agua».

Sylvia no pudo evitar soltar una carcajada y su padre preguntó:

—¿De verdad pone eso?

Su hija cerró el libro con fuerza. De las páginas salió despedido un polvo que hizo estornudar a Sylvia.

—Tendré que practicar mi léxico —anunció Marigold—. Vamos, papaíto querido. Volvamos a casa con la buena de mamaíta, que a buen seguro nos tendrá preparada una merendola de rechupete.

Cogió los libros y abrió las puertas batientes de un empujón, como si fuesen las de un bar del salvaje oeste y ella, la heroína de una película de indios y vaqueros.

Su padre se quedó dentro un instante.

—Tal vez la vea esta tarde en la fundición. *Plush* ha estado en una residencia canina y tendrá ganas de retomar sus paseos.

—Menudos humos tiene la mocosa, ¡cualquiera le tose! —Dee estaba echando un vistazo a los libros que había devuelto Marigold—. Un médico cualificado, y esa cría hace con él lo que le da la gana. Ojo, que en esa casa la que lleva los pantalones es la parienta.

Sylvia procuró no parecer interesada.

—¿Ah, sí?

—No es muy popular, la esposa del doctor.

—Pobre mujer. ¿Por qué no?

—Es una esnob —aseguró Dee—. Se cree superior.

Ocupada en pensar en Marigold y su padre, a Sylvia se le había olvidado que había quedado en cuidar de las gemelas, que la estaban esperando cuando

llegó a Field Row.

—¡Sylvia, Sylvia! —exclamaron, abrazándose a sus piernas.

—Niñas, tened cuidado, no vayáis a mancharle ese vestido tan bonito a la señorita Blackwell.

—¡Es Sylvia! —chillaron—. ¡Sylvia, te queremos!

Era imposible no sentirse reconfortada con semejante entusiasmo.

—No pasa nada, June. Usted vaya a ver a su madre.

—Ya han cenado.

—La cena estaba asquerosa —corearon las niñas—. Asquerosa, asquerosa, asquerosa. —Fueron dando saltos por el jardín, levantándose la falda y presumiendo de la braga con volantes que llevaban.

—No sé qué hacer con ellas —confesó June—. Se niegan a probar la verdura.

—Pues se las ve muy sanas. Vaya a ver a su madre, June.

Sylvia contaba con Sam para que le echase una mano con las gemelas, pero estas le informaron de que había ido al fútbol con su padre.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntaron, dejándose caer pesadamente en la hierba.

—¿Qué os gustaría hacer?

—Cocinar.

Las niñas se pusieron a corretear cogiendo dientes de león, cabezas de margarita y distintas hojas que machacaron con sendas cucharas de palo, pasaron por un tamiz y vertieron en una de las cacerolas de la señora Bird. Sylvia tuvo que impedir que añadieran unas bayas de aspecto sospechoso a la mezcla.

—Yo no las pondría, niñas.

—¿Por qué?

—Podrían ser venenosas.

—Son grosellas —insistió una de las gemelas.

—No lo creo.

—Nuestro papá las cultiva.

Sylvia echó un vistazo a las bayas que habían recogido, de un rojo translúcido.

—Me temo que son una especie de hierba mora.

—¿Son venenosas?

—Mucho.

—¿Si las comemos nos moriremos?

—Seguro que os pondríais muy enfermas.

—¿Tendríamos que ir al hospital?

Sylvia presintió que le estaban tendiendo una trampa.

—Yo solo sé que os pondríaís muy muy malitas y tendríais mucho dolor de barriga y no os volverían a dejar venir a jugar aquí nunca más.

—No las comeremos —decidió Pam—. Nos gusta jugar contigo.

Sylvia se dejó agasajar con un banquete de flores silvestres hasta que las gemelas se aburrieron.

—¿Queréis que os lea algo?

—¿Del detective Noddy?

Sylvia estaba aprendiendo que con los niños la sinceridad era un aliado.

—La verdad, niñas, es que no me gusta Noddy.

—Noddy no tiene colita —confesó Jem—. Lo vimos cuando los duendes le quitaron la ropa.

—¿Qué os parece Mary Plain? —sugirió Sylvia.

Les había leído a las pequeñas uno de los libros sobre la osita con dos hermanas gemelas y su amigo humano con gafas, el señor Búho.

—No, queremos disfrazarnos —declaró Pam.

Sylvia bajó unos pañuelos que le había dado su madre y los prendió a sus vestidos con imperdibles para que pareciesen alas.

—Soy la reina de las hadas —anunció Jem.

—No, soy yo.

—No.

Sylvia medió entre ambas:

—¿Y si una es Titania y la otra la reina Mab?

—¿Esas quiénes son? —Las gemelas parecían recelar.

—Dos reinas de las hadas muy importantes en obras de teatro muy importantes.

—¿Qué son obras de teatro?

—Obras de Shakespeare, que era lo que se llama un dramaturgo.

—Eso lo sabemos —aseguró con retintín Pam—. Lo dijo Sam.

Las gemelas recorrieron el jardín lanzando hechizos y liberando a prisioneros que había capturado el «viejo pelo zanahoria» de al lado.

Sylvia intentó hacerlas callar.

—Chist, gemelas, por favor. El señor Collins os podría oír.

—Nuestro hermano se la va a devolver —le aseguraron.

—Le entregó la mancha negra —dijo Jem—. Por lo que les hizo a los zorros.

—Eso significa que se va a morir —puntualizó Pam, satisfecha.

El reloj del ayuntamiento dio las cinco. Las gemelas se habían puesto a hacer carreras de caracoles, pero a las cinco y media Sylvia tomó una decisión.

—A ver, señoritas: vamos a dar un paseo.

—¿Por qué?

—Para ver la fundición —respondió ella.

—Nuestra mamá dice que no podemos ir ahí porque se ahogó un chico.

—Conmigo no os pasará nada.

—¿No nos ahogaremos?

—Uy, sí, creo que sí —contestó Sylvia—. Os meteré en un saco, lo llenaré de piedras y os tiraré al canal.

Las gemelas la miraron poco convencidas y acto seguido Pam se echó a reír a carcajadas.

—No lo vas a hacer, ¿a que no?

—La verdad es que no, pero por el camino hay unas flores muy bonitas. Podéis hacer un ramo para mamá.

Las gemelas fueron bailoteando por el camino, cogiendo flores que tiraban cuando se topaban con un insecto volador. Insistieron en saltar la herrumbrosa verja sin ayuda y treparon por las ruinas de ladrillo.

Sylvia se sentó en una tapia con una extraña sensación que le subía y le bajaba por el estómago, temiendo y deseando al mismo tiempo la aparición de Hugh Bell.

Al cabo este llegó con *Plush* y arqueó las cejas al ver a las gemelas.

—Veo que tiene compañía. La mía me ha abandonado. Sigue enfurruñada por lo de la escuela.

Se sentaron juntos en la tapia sin que sus brazos se tocaran.

—Me preguntaba... —dijo finalmente Hugh—. Me preguntaba..., pero me tiene que prometer que si le causa algún inconveniente dirá que no..., me preguntaba si podía pedirle que cuidara de Marigold una tarde. Cuidar no es la palabra —se corrigió—, quiero decir si mi hija podría quedarse esperando en la biblioteca con usted. Tengo consulta y su madre ha ido a ver a su hermana, y somos tan nuevos aquí que aún no conocemos lo suficiente a nadie para pedirle que Marigold vaya a su casa. En vacaciones es un problema.

Sylvia trató de adoptar un tono pragmático.

—¿Cuándo sería exactamente?

—El jueves que viene.

—Perfecto. Mi jefe se toma esa tarde libre.

—¿Está segura?

—De verdad, no hay ningún problema. —Miró hacia otro lado para ocultar su satisfacción—. Niñas, ¿dónde estáis? No os acerquéis al canal, por favor.

—No nos hemos acercado. —Una cabecita asomó por una gran tubería de barro—. Nos hemos escondido para espiarte.

—Creo que será mejor que salgáis de ahí —resolvió ella—. Eso parece una vieja tubería de desagüe. Se os van a poner perdidos esos vestidos tan bonitos que lleváis.

Jem se quedó mirando a Hugh Bell.

—¿Es usted el señor Búho?

—Es un personaje de un libro sobre una osita. El señor Búho es su amigo —aclaró Sylvia, que admiró el valor que mostraba Jem hablando con él.

—Un buen amigo, espero.

—¿Podemos ir a dar un paseíto con su perro? —preguntó Pam.

—Me temo que *Plush* y yo tenemos que irnos —anunció Hugh—. Si está segura de lo del próximo jueves, señorita Blackwell...

—¡Es Sylvia! —exclamó Pam, encantada.

—«Dime qué es, Silvia» —dijo Hugh, al parecer al aire.

Vieron cómo se alejaba.

—¿Por qué ha dicho eso ese señor? —quiso saber Pam.

—¿El qué?

—¿Por qué ha dicho: «Dime qué es, Sylvia»?

—Es una canción —repuso esta.

—¿La podemos cantar?

—Me temo que no me sé el resto. Es una canción de una obra de Shakespeare, ya sabéis, el que escribió sobre Titania y la reina Mab.

—Nosotras cantamos a veces —contó Jem—. Cuando tenemos ganas.

Cantaron.

—Vamos a ver cabras en mayo, cabras en mayo, cabras en mayo —cantaron de forma poco melodiosa durante todo el camino de vuelta desde la fundición, como si con su sabiduría infantil, pensó Sylvia, se hubiesen percatado de lo desorientada que estaba.

14

Sylvia, que por lo general dormía profundamente, no pegó ojo la noche previa a que dejasen a Marigold a su cuidado. Se despertó antes de las cinco, se probó cada uno de sus tres vestidos de verano y al final se decidió por una falda y una blusa. En el último momento se puso las perlas que su madre le había regalado por su vigesimoprimer cumpleaños.

Al salir se encontró a Sam en la cancilla.

—Parece la reina. Vi su foto en los periódicos. ¿Puedo ir a la biblioteca con usted?

—Tengo prisa, Sam.

—Puedo ir en el manillar.

Sam se comportó de forma modélica toda la mañana: cambió el agua de los floreros, fue a por la escalera cuando se lo pidió Dee.

—Puedes limpiar el polvo de arriba por mí, Sam. No quiero arriesgarme a sufrir otra caída indecorosa.

Sylvia estaba demasiado nerviosa para comer, así que Sam se zampó sus sándwiches. Se quedaron sentados fuera, en la escalera de la biblioteca, hasta que Sam se aburrió y fue a subirse a las verjas. Ella estaba enroscando la tapa del termo cuando padre e hija aparecieron cogidos de la mano.

—Ya hemos llegado. Le traigo el cargamento. —La voz de Hugh Bell sonaba repentinamente cordial.

—Sam Hedges también está aquí —repuso Sylvia por decir algo. Señaló la franja de hierba con las cerezas ornamentales, donde Sam se mecía sobre la verja.

Marigold corrió hacia él y su padre miró a Sylvia, que, paralizada por los nervios, parecía estar clavada a los peldaños de piedra.

—Es muy amable por su parte, Sylvia.

—De verdad que no es ninguna molestia. —No fue capaz de pronunciar su nombre.

—Está bastante bien educada. —El padre de Marigold se sentó a su lado en la escalera. A ella le llegó el olor que desprendía el *tweed* de su americana

bajo el sol. Él miró hacia donde Marigold y Sam hablaban y comentó—: Es una responsabilidad, tener hijos, ¿no cree usted?

—No sabría decirle.

—Pero es evidente que le gustan los niños. Y está más que claro que a ellos les gusta usted.

—Probablemente porque tampoco hace tanto que me quitaron los pañales —respondió Sylvia, intentando hacerse daño deliberadamente. Se levantó y comenzó a alisarse la falda—. Será mejor que entre, tengo mucho que hacer.

Él se puso en pie más despacio.

—Me aseguraré de terminar a tiempo la consulta para venir a buscarla.

Sylvia se estaba planteando si sugerirle llevar a Marigold a la consulta cuando Sam se plantó a su lado de un salto.

—¿Puede ir Marigold a su casa cuando usted termine aquí?

—Si su padre la deja...

—Bueno... —empezó Hugh Bell, pero Marigold lo interrumpió.

—Por favor, papá.

—Si a la señorita Blackwell no le importa...

—Seguro que a Sylvia no le importa —se adelantó Sam, dedicando una sonrisa tranquilizadora a Hugh.

Más tarde a Sylvia le dio la impresión de que quizá no fuese la única que se había enamorado. Sam le enseñó el jardín a Marigold con solemnidad, señalando varios puntos de interés: el mejor sitio para dar de comer a los burros, el nido abandonado de acentor común con los frágiles fragmentos de cáscara azul celeste y lo que quedaba de la zorrera donde se criaban los cachorros.

Marigold, que desconocía la historia de los zorros, escuchó su relato sobre la maldad del señor Collins.

—Es vergonzoso. Deberías haber llamado a la RSPCA.

Al ver que Sam fruncía levemente el ceño, Sylvia acudió en su ayuda:

—No estoy segura de que la Real Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales pudiera demostrar algo.

—No necesitamos pruebas —aseveró Sam en tono amenazante—. Sabemos quién lo hizo.

—Ese señor Collins parece un malnacido —observó Marigold.

Sam la miró con creciente respeto.

—Un auténtico malnacido.

Con la sensación de ser una intrusa en una versión moderna de cortejo, Sylvia se retiró a la cocina para preparar una jarra de hordiate con limón.

Cuando salió, Marigold presumía de cómo hacía el pino. Sus largas piernas estaban apoyadas sobre la pared de la casa mientras, con la falda por encima de la cara, hablaba largo y tendido de la cantidad de tiempo que podía mantenerse así. Sam, ni corto ni perezoso, hacía equilibrios a la pata coja en una de las estacas de la cerca que separaba el jardín del campo de los burros. Se bajó de un salto para demostrar que él también sabía hacer el pino. Los dos compitieron con sus diversas habilidades acrobáticas y después decidieron explorar el cobertizo. Fueron hasta el fondo del jardín para levantar una guarida con unas cajas de cerveza abandonadas y una lona que encontraron allí.

Sylvia estaba leyendo cuando un coche Hillman de color gris paró en la calle. Se enfrascó aún más en su libro y puso cara de sorpresa cuando Hugh Bell la llamó.

—¡Hola! ¿Va todo bien?

—Sí, gracias. Marigold y Sam están al fondo del jardín, construyendo una guarida.

Él cruzó la cancilla, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—¿Una guarida? Lo cierto es que hace una tarde magnífica para eso.

Sylvia reunió el valor necesario para socializar.

—¿Le apetece beber algo?

Antes de marcharse, su padre le había regalado una botella de jerez Harvey's Bristol Cream.

—Me encantaría.

Sylvia sacó la botella, que estaba sin abrir, y dos de los vasos de cerveza más pequeños de la señora Bird. Se sentaron junto al barril mientras las golondrinas revoloteaban recortadas contra un cielo de color campánula.

—Las golondrinas pondrán rumbo a África antes de que nos demos cuenta —comentó Hugh Bell—. Siempre me da pena cuando se marchan.

—Marigold nos ha enseñado la diferencia entre las golondrinas y los vencejos.

—Se le da bien identificar aves.

—Diría que se le da bien todo.

—Es por ser hija única. Tiene sus desventajas.

Minúsculas moscas daban vueltas alrededor de la maraña de madreSelva y, por encima de las golondrinas que se lanzaban en picado, un ave solitaria planeaba en el cielo.

—Un cernícalo —observó Hugh Bell.

Sylvia levantó la vista obedientemente, mientras su corazón, que parecía haber cobrado vida propia, latía con frenesí contra las costillas.

—¿Podemos sacar el ajedrez de su padre? —pidió Sam, que llegó sin aliento del fondo de jardín—. Marigold quiere aprender a jugar.

Entusiasmado por haber descubierto algo en lo que era superior a ella, Sam enseñó a Marigold los distintos movimientos de ajedrez hasta que June acudió a llamarlo para que fuese a cenar.

—Marigold es bienvenida, si quiere. Hay salchichas con alubias...

—¿Puedo? —preguntó la niña—. Tienen televisor.

Su padre contestó que claro que podía cenar con los Hedges y que era muy amable por parte de la señora Hedges, pero que él cenaría más tarde. Se quedó sentado con Sylvia en el jardín mientras el sol iniciaba su regio descenso hacia las lejanas colinas.

Sylvia empezó a darse golpecitos con la mano en el antebrazo.

—Tome. —Él le ofreció un cigarrillo—. Mantiene a los insectos a raya.

—Aún me siento culpable cuando hago esto —desveló, confiando en que ello justificase el temblor de su mano cuando él le encendió el cigarro—. Mis padres todavía no saben que fumo. Parece absurdo, pero no hace mucho vinieron a verme y me encontré fumando a escondidas.

—Me figuro que ellos fuman, ¿no? Contamos con que hay unas normas para nosotros y otras para nuestros hijos. Me horrorizaría que Marigold empezara a fumar y sin embargo ella me ve fumar a diario como un carretero.

—Puede que no lo haga. Parece muy independiente.

—A veces demasiado, según su madre.

Permanecieron sentados fumando, y Sylvia se sintió agradecida por ese cigarrillo que le permitía afrontar el silencio.

—Mi mujer ha ido a ver a su hermana porque no nos ponemos de acuerdo con Marigold —confesó de súbito Hugh Bell.

—Ah.

—A menudo pienso que los matrimonios deberían estar obligados a realizar una prueba antes de casarse para ver de antemano cuáles podrían ser las futuras incompatibilidades.

Sin saber cómo tratar esa confidencia, Sylvia sugirió:

—¿Como los exámenes finales?

—Quizá con más criterio que esos exámenes, cabría esperar. Y ahora que lo menciona, su nombre está en boca de todos por obra y gracia de una señora que se jacta de que, gracias a usted, su nieta aprobó los exámenes.

—Es mi casera. Ojalá no lo hiciese. El mérito debería llevarselo Lizzie, su nieta. Y Sam, que fue quien la ayudó con la aritmética.

—Parece un buen chico.

—La familia entera lo es. Me alegro de que Marigold se haya hecho amiga suya.

—Yo también me alegro. Me preocupa que no tenga ninguna amiga de verdad en su clase.

Sylvia intuía cuál era el motivo. A las demás niñas su hija les debía de parecer una sabelotodo. Pero Sam también lo era, a su manera.

—Sam es tremendamente inteligente, y tienen la misma edad.

—Marigold es un poco marimacho, así que es perfecto para ella. No le iría mal alguien que pudiera hacer las veces de hermano.

Temerosa de propasarse, Sylvia dijo:

—Yo soy hija única.

—Pues da la impresión de que ha salido usted muy bien.

—Me sentía sola —admitió.

Él pareció escrutar su rostro y ella consiguió no ruborizarse.

—¿Cómo lidiaba con ello?

—Leyendo. La biblioteca del barrio estaba al final de la calle en la que vivía y solía ir todos los sábados por la mañana a leer hasta que cerraba. Volvía a casa con tres libros y al sábado siguiente ya me los había terminado y me moría de ganas de volver a la biblioteca a sacar otros. Al final la bibliotecaria me dejaba coger más de tres.

—Eso explica por qué es usted como es. —Hugh, que se estaba limpiando las gafas, se interrumpió un instante—. Me refiero a por qué acabó siendo bibliotecaria.

—Lo cierto es que fue ella, la señorita Jenkins, la bibliotecaria, la que me educó; o los libros que me recomendaba. La escuela no se me daba muy bien.

—Pero sí lo bastante para llegar a ser bibliotecaria. —Miró el libro que ella leía antes—. ¿No le apetecía trabajar con libros de adultos?

—Me gustan los libros para niños. —Lo dijo un tanto a la defensiva—. Y la poesía —añadió. La poesía parecía más refinada—. Sigo leyendo libros para niños, sobre todo. Supongo... supongo que los prefiero.

—¿Por qué? Quiero decir que por qué los prefiere.

Puesto que no se lo había dicho nunca a nadie, Sylvia bajó la vista al libro que había estado leyendo. Era un libro extraño, uno que le había aconsejado la señorita Jenkins, pero esa extrañeza había apelado a algo que Sylvia tenía muy dentro de sí y el libro se había convertido en un viejo amigo.

—Tal vez —empezó, con aire vacilante—, tal vez sea porque los escritores de libros para niños pueden hablar de magia, de otros mundos, y que se los tome en serio. Me refiero a insinuar que en alguna parte, aunque esté oculta, existe otra realidad tan real como el mundo cotidiano que damos por sentado y que ensancha nuestro sentido de la realidad normal y corriente, la dota de mayor significado, no sé si me explico. —Era el discurso más largo que había pronunciado nunca.

—Nunca me lo había planteado. Claro que a los chicos no se los anima a leer sobre magia. O al menos a mí no me animaron a hacerlo. Me educaron en escuelas privadas.

—¿Y acaso eso no fue...? —Pero no quería presuponer nada.

—Conseguí estudiar en Oxford y después en la facultad de Medicina. La música era de primera, y eso es algo por lo que estoy agradecido. Pero era una cultura que no me gustaba. Por lo visto yo era muy reservado, aunque en el fondo supongo que podría decirse que era sensible, si es que eso no suena demasiado a ensimismado y comedido, ridículo, vaya. De ahí mis reservas por lo de la escuela de Marigold.

Los envolvió otro silencio. Sylvia intentó desesperadamente pensar en algo inteligente que decir. Estaba a punto de comentar: «Al menos Marigold tiene un perro», pero Hugh se le adelantó:

—Entonces ¿qué libro para niños me recomendaría?

—¿Para Marigold? Dudo que necesite mis recomendaciones.

—Me refería a mí. ¿Qué libro para niños me sugiere que lea?

—¿Lo dice en serio?

—Muy en serio, sí. ¿Qué le parece este? —propuso, mirando el libro de Sylvia.

—¿*Más allá del viento del norte*? No, este no —dijo ella.

—¿Por qué no? —Adoptó una expresión risueña y se echó a reír.

Sin embargo, Sylvia estaba seria.

—Los libros tienen que ser adecuados para cada uno. Y este no es para usted.

Agosto tocaba a su fin y los padres de East Mole comenzaron a hacer los preparativos para el nuevo año escolar. Sylvia se cruzó con la señora Bird y Lizzie, que se dirigían a la parada del autobús. Su casera llevaba el sombrerito de plumas, lo que significaba que iba a ocuparse de algo.

—Da los buenos días a la señorita Blackwell, Lizzie. Vamos a Salisbury a comprarle el uniforme. Hay una lista larga como su brazo, que incluye hasta unos pantalones verdes cortos para gimnasia.

Sam iba a empezar su último año de primaria. Sylvia se dejó caer por la casa de los Hedges una tarde y lo encontró en la salita, tumbado boca abajo en el suelo.

—¿Qué estás leyendo, Sam?

—*Historia de dos ciudades*.

—¡Cielos!

—Es de Charles Dickens —explicó él—. Marigold me dijo que lo leyera.

June y Ray estaban viendo las noticias. Multitud de jóvenes iracundos con el cabello peinado hacia atrás con brillantina gruñían y arrojaban botellas y latas a ventanas y propinaban patadas a puertas mientras hileras de policías con casco se esforzaban en contenerlos.

—Estos disturbios son terribles —comentó Ray—. No tengo nada en contra de la gente de color, pero si vienen aquí y los nuestros se quedan sin casa, eso es buscar bronca.

—No sé, me recuerda a Cable Street —reflexionó June, y al ver que Sylvia ponía cara de no saber a qué se refería, explicó—: La batalla que se libró en el East End. Aunque yo era un renacuajo recuerdo lo asustados que estábamos todos. ¡Esos vándalos fascistas! Por eso papá decidió venir aquí.

—El padre de June es socialista —aclaró Ray—. Yo le digo que a mí ya me parece bien pero que hay que mantener la ley y el orden.

Las gemelas aparecieron en pijama.

—¡Sylvia! —Corrieron hacia ella y se abrazaron a sus rodillas.

—Volved a la cama, vosotras dos —ordenó June—. La semana que viene empezáis el colegio y no creo que queráis que la señora Tate os vea con ojeras.

—No podemos dormir. Hay mucha luz.

—Hay un poema sobre eso —recordó Sylvia.

En invierno me levanto y es de noche

y me visto con una vela sin reproche.

En verano en cambio es un muermo:

aún es de día cuando me duermo.

—¡No es justo! —exclamaron—. ¡Tenemos que ir a la cama y aún es de día!

Sylvia había ido a ver a los Hedges de camino al Troubadour para reunirse con Gwen y algunos de sus compañeros antes de que diera comienzo el nuevo año escolar. Al llegar, descubrió que se había convertido en una suerte de celebridad.

—Jamás habría dicho que Lizzie Smith aprobaría —le confesó un señor de mediana edad y aspecto cansado que se presentó como el profesor de octavo B. Contempló la espuma de su cerveza como si pudiese revelarle el secreto del éxito de Lizzie—. Ni en un millón de años.

—No está bien, ¿no creen? —opinó Gwen—. Separarlos por grupos a esta edad. Pero qué se le va a hacer.

—Tal vez había más Lizzies Smith en octavo B —observó una mujer joven que había comentado que estaba en periodo de prácticas.

El profesor de octavo B empezó a ponerse a la defensiva y Sylvia preguntó:

—¿Qué hay del grupo C? ¿No podría haber ahí también talentos ocultos?

Los demás pusieron los ojos en blanco y una señora que aún no se había pronunciado dijo:

—Quíteselo de la cabeza. Los de octavo C son unos burros.

El éxito de Sylvia con Lizzie había fomentado un sentimiento de compañerismo entre los profesores de primaria de East Mole, que recibieron con entusiasmo sus planes de organizar un grupo de lectura después de las clases.

—Tengo la impresión de que los niños, o al menos algunos, disfrutaban leyendo libros de adultos —opinó, animada por esa muestra de apoyo—. Sam Hedges, por ejemplo, ha sacado de la biblioteca *Historia de dos ciudades*. Hace un rato lo he visto leyéndolo.

Era consciente de que esa novedad tenía más que ver con Marigold que

con cualquier influencia suya o de la biblioteca, pero le pareció que era una buena baza con la que jugar.

—Por Dios —replicó Sue Bunce—, si no lo he leído ni yo. ¿De qué va? Tengo a Sam en clase este año y seguro que me pone a prueba.

—De la Revolución francesa —contestó el profesor de octavo B. Tras su fracaso con Lizzie, estaba impaciente por recuperar su estatus intelectual.

—En realidad trata sobre la lealtad, la amistad y la nobleza —precisó Sylvia, y al ver la cara que ponía el hombre se apresuró a añadir—: Pero es cierto que la trama se desarrolla durante la Revolución francesa.

—No sé si quiero alentar una revolución —señaló Sue Bunce—. No hasta que nos hayamos librado de los exámenes finales.

Esa noche Sylvia se fue a la cama sintiéndose satisfecha. Sus planes estaban saliendo mejor de lo que podía haber deseado. El IM se había apuntado y al parecer ahora los profesores de la escuela eran sus aliados, y Sam, su Sam, como lo consideraba para sus adentros (pues, a diferencia de los padres, a las jóvenes solteras les está permitido tener favoritos), leía a Dickens. Menos mal que Dee y ella no los habían tirado. Se tumbó en el duro colchón, contenta. En la pared de enfrente, las letras de colores de la señora Bird prometían: «Sin duda, la bondad y la misericordia me acompañarán todos los días de mi vida».

Sylvia estaba esperando a la señora Bird en el andén de la estación cuando un tren expreso pasó a toda velocidad y la lanzó hacia atrás, contra el carrito de un vendedor ambulante de helados. Mientras pugnaba por quitarse el abrigo con el helado chorreándole por el cuello, el tren se puso a chillar. Incapaz de taparse los oídos con las manos para no oírlo, despertó en medio de una corriente de aire helado.

Un sonido le dijo que algo no iba bien. Agua. Sin duda se oía bien alto caer agua en alguna parte, y la luz de la mesilla de noche no funcionaba. Trató de recordar dónde había visto unas velas, se levantó de la cama y, tras darse un golpe en el dedo gordo con los libros apilados, se dirigió con cuidado hacia la escalera.

Bajó con cautela los pronunciados escalones y fue a la cocina. Allí la luz tampoco funcionaba.

Fuera se oían las ramas del fresno, que el vendaval sacudía y estrellaba contra el tejado, y el viento aullaba como un animal que hubiera caído en una trampa. Retumbó un trueno ensordecedor y casi en el acto cayó un rayo tan

luminoso que permitió ver a Sylvia que los cristales de las ventanas de la parte de abajo estaban rotos y el agua entraba a chorros por el techo.

Llamaron a la puerta; la abrió y vio a Ray con el faro de una bicicleta en la mano.

—Creo que se ha quedado sin tejado.

—Y por lo visto los cristales de las ventanas se han hecho añicos.

—Será mejor que se ponga las botas de goma y venga a casa. Traeré unos cubos del cobertizo para recoger lo más gordo.

Mientras avanzaba en medio de la oscuridad y la lluvia, otro rayo le permitió ver a Sam con una linterna en la mano haciéndole señales en el camino del jardín de los Hedges. A sus espaldas se oían unos gritos intensos. Al llegar a la cocina, iluminada por velas, se encontró a June con las agitadas gemelas.

—Que llueva, que llueva, la virgen de la cueva —cantaban, dando saltos por la cocina en pijama.

—¿Ha aguantado su tejado? —preguntó Sylvia—. Por lo visto el mío, no.

—Callaos, niñas, estáis poniendo nerviosos a los perros. Ray se encargó de que repararan el nuestro el año pasado. El suyo no lo han tocado desde que fallecieron los abuelos de la señora Bird.

Ray volvió para informar de que había colocado cubos en algunos puntos clave para que recogieran la lluvia en el número 5, pero que Sylvia no podría pasar la noche allí de ninguna manera. Metieron a los perros en el armario de la ropa de cama y les dieron unas galletas para que se tranquilizaran. Los humanos tomaron chocolate mientras decidían dónde dormiría Sylvia. Al final acomodaron a Sam en la pequeña habitación de las gemelas y a Sylvia le asignaron su cuarto, cuyo suelo estaba cubierto casi por completo por las vías de un tren.

—Es mi Hornby —dijo Sam—. Por la mañana le enseñaré cómo funciona.

—Ya es por la mañana —informó June—. Todo el mundo a la cama.

Nadie pudo dormir mucho y al día siguiente los niños intentaron que les dieran permiso para no ir a la escuela.

—Estamos cansadas —se quejaron las gemelas.

—¡Están cansadas! ¿Y yo qué? No he podido pegar ojo en toda la condenada noche porque no han parado de cascar.

—Samuel, esa boca. Ninguno de los tres está enfermo, y probablemente los demás niños también estén cansados.

Antes de desayunar, Sylvia y Ray fueron a ver cómo estaba el número 5.

—La mitad de las ramas del fresno han caído sobre el tejado; yo diría que se ha cargado casi todas las tejas. Y esas vigas están podridas, como que me llamo Raymond Hedges.

—Ay, no, el ciruelo. —Sylvia estaba mirando el tronco abierto.

Ray le echó un vistazo.

—Habrás que cortarlo. Qué pena. Lleva ahí desde que yo era un chaval.

—¿Vivía usted aquí de pequeño, Ray?

—Ya van tres generaciones de Hedges que viven en el número 3.

El tejado del señor Collins también había sufrido daños, aunque no tantos como el de Sylvia. Sin embargo, su vetusto manzano, a diferencia del ciruelo, había sobrevivido. De su vecino no había ni rastro.

—Apenas lo he visto desde que murió la zorra —comentó Sylvia—. ¿Cree usted que se habrá ido para siempre?

—No caerá esa breva. Pero suele ir a ver a su hermana a Hungerford. Lo más probable es que esté allí.

Sylvia fue al centro con los niños, esquivando ramas caídas por el camino de sirga. La gente había salido a inspeccionar los daños causados por la tormenta y predecía con pesimismo a cuánto ascenderían los gastos de las reparaciones. Los niños se separaron de Sylvia para ir a la escuela y, al llegar a la biblioteca, esta se encontró las cerezas de adorno aplastadas sobre la hierba, que estaba llena de escombros y tejas rotas.

El señor Booth la recibió con cara larga.

—Me temo que los daños son muy graves. El agua ha entrado en la biblioteca de adultos y se ha desprendido gran parte del enlucido. Por lo que he podido ver, la infantil no ha sufrido desperfectos. —Su tono parecía sugerir que Sylvia debía disculparse por ello.

Se decidió que se trasladaría a la biblioteca infantil todo lo que cupiera de la de adultos.

Exhausta tras pasarse el día empujando carritos cargados con libros, Sylvia fue a la casa de los Bird a preguntar qué había que hacer con el número 5.

Se encontró a la señora Bird en la puerta, a punto de ponerse en marcha con el sombrerito de plumas. Su casera se explayó en referirle detalles de los daños que había causado la tormenta.

—El invernadero de la señora Brent está hecho pedazos. Hay cristales por todas partes. Han tenido que cerrar las piscinas y en la fábrica de galletas se ha caído la mitad de las tejas del tejado.

—Me temo que el número 5 se ha quedado sin tejado, señora Bird, y casi todas las ventanas de la cara oeste están rotas.

—No se preocupe, le enviaré a Joe, que vive más abajo. Demos gracias al Señor de que no haya muerto nadie.

Se alejó a buen paso para ir a la casa de una de sus hijas, cuya chimenea se había desplomado.

No dijo nada de dónde se suponía que iba a dormir Sylvia mientras Joe se ocupaba del tejado. Sylvia era consciente de que no podía importunar a Sam ocupando su cuarto más de una noche. Sin embargo, en la cooperativa, adonde había ido a comprar galletas de mantequilla para darles las gracias a los Hedges, se encontró a Dee.

Estaba sumamente elegante, con un traje nuevo y zapatos de tacón de charol. Había ido a hacerse la permanente y depilarse las pobladas cejas, de manera que estas eran ahora dos finos semicírculos.

—Ojalá hubiera podido contar hoy con su ayuda, Dee. El señor Booth me ha tenido moviendo libros hasta que creí que se me caerían los brazos.

Dee parecía incómoda.

—Lo siento, he tenido que quedarme en casa. Me iban a cambiar las cerraduras.

—¿Y eso?

—He echado de casa a mi marido y no quería que se las arreglara para entrar cuando yo no estuviese. Se marchó ayer, así que tenía que ocuparme de las cerraduras cuanto antes.

Sin saber cómo abordar la noticia, Sylvia guardó silencio.

Dee vaciló y prosiguió:

—Se veía venir desde hacía algún tiempo..., es una larga historia. —Y se apresuró a añadir que, por lo que había oído en la radio, los daños en todo el sur de Inglaterra eran graves—. ¿Qué tal está su casa? —se interesó.

Sylvia, preocupada por no herir los sentimientos de Dee, se lanzó a relatar con todo lujo de detalles los desperfectos del número 5.

—No sé adónde voy a ir. La señora Bird ha evitado el tema.

—Thelma Bird es una oportunista. En justicia debería buscarle alojamiento y pagarlo de su propio bolsillo, pero mire, si quiere, puede venir a mi casa.

—Dee, ¿está segura? Sería estupendo.

—Me hará compañía. Hay un cuarto de invitados y ahora además está la habitación de él. Ni que decir tiene que cambiaré las sábanas.

Esa noche, mientras cenaban después de que Ray la ayudase a trasladar sus escasas pertenencias del número 5, Dee entró en detalles sobre la historia de su matrimonio.

—Dormimos en habitaciones separadas desde el primer momento. Fue idea suya. Yo estaba demasiado verde para saber leer entre líneas.

—¿Cuánto lleva casada, Dee?

—En octubre hará veinte años. Dios sabe lo que he aguantado. Ojo, que cuando Cyril me propuso matrimonio, me sentí tan agradecida que acepté sin pensarlo. Creí que nadie más me querría.

La bicicleta de Sylvia había sido una víctima más de la tormenta. Una mañana, de camino al trabajo desde casa de Dee, oyó pasos a su espalda.

—Vaya, está usted en forma —observó Hugh Bell tras darle alcance, casi sin aliento—. He venido corriendo detrás de usted. ¿Qué hace aquí?

Sylvia, cuyo corazón parecía a punto de salirse de su cuerpo, logró contarle lo que había sucedido durante la tormenta.

—La señora Harris ha tenido la amabilidad de acogerme.

—Confío en que su casa no haya sufrido daños muy graves.

—La cosa es mucho peor en la biblioteca. Hemos tenido que pasar la sección de adultos a la de infantil.

—Nosotros estábamos en Caernarfon, visitando el castillo; eran los últimos días de vacaciones de Marigold. La tormenta pasó de largo de Gales, así que no supimos nada hasta que volvimos.

Sylvia se devanó los sesos para dar con algo inteligente que decir.

—¿Ha empezado Marigold en la nueva escuela? —Se había dado cuenta de que Marigold era un tema al que su padre siempre estaba encantado de recurrir.

—Le hemos dicho que debe darle una oportunidad. Le pregunté cómo eran las otras niñas y contestó que «casi todas son unas pánfilas». Quiero agarrarme a ese «casi todas» con la esperanza de que al menos algunas de las poco instruidas alumnas del Saint Catherine se salven.

—Sam la echará de menos —aseguró Sylvia. Confiaba en no estar revelando nada personal con ese comentario.

—Sí, han hecho buenas migas. Esperamos que ahora haga nuevas amistades. No es que...

Pareció violento y Sylvia dijo:

—Está claro que necesita hacer otros amigos.

Se separaron en la calle Mayor, donde él se fue tras comentar que mientras Sylvia estuviese en casa de Dee serían «prácticamente vecinos» y que confiaba en «volver a disfrutar de su compañía».

Durante el resto del camino hasta la biblioteca Sylvia fue rumiando esos retazos de la conversación. Veía claro que Sam no se consideraba un amigo adecuado para la hija de la señora Bell. Era incluso menos probable que la consideraran a ella digna de codearse con los Bell. Y sin embargo algo le decía, estaba casi segura de que no eran imaginaciones suyas, que a Hugh Bell le gustaba su compañía, que la deseaba incluso.

Mientras determinaban los estragos que había ocasionado la tormenta, salieron a la luz años de deterioro en la estructura entera del edificio de la biblioteca.

—Según el informe, se ha encontrado una considerable cantidad de podredumbre seca —reveló el señor Booth—. Puede que incluso haya carcinoma. —Suspiró como un hombre que cargara con grandes responsabilidades—. Vamos a convocar una reunión extraordinaria del comité de la biblioteca. Me temo que su proyecto de lectura con la escuela tendrá que posponerse, señorita Blackwell.

Por de pronto, como dijo Dee, tendrían que ir tirando. Se hicieron con estanterías móviles provistas de ruedecillas y a la mayor cantidad posible de los libros para adultos les asignaron un lugar en ellas dentro de la biblioteca infantil. Con ayuda de Dee, Sylvia se ocupó de ambas bibliotecas mientras el señor Booth se enzarzaba en largas conversaciones con las distintas empresas con las que se había puesto en contacto para que le facilitasen un presupuesto de las reparaciones.

Todo apuntaba a que la tregua que habían firmado Dee y su jefe seguía en pie. En más de una ocasión Sylvia los vio charlando mano a mano. Aunque le picaba la curiosidad, no le gustaba meterse en la vida de los demás. Sin embargo fue Dee la que sacó el tema una noche mientras cenaban.

—Supongo que habrá estado haciendo usted conjeturas sobre Ashley Booth y yo.

Sylvia tenía la sensación de que al ser su invitada era mejor recurrir a la diplomacia, así que aunque no era cierto, repuso:

—No especialmente.

—Es lo que me empujó a enseñarle la puerta a Cyril, si lo quiere saber.

Sylvia, que en realidad no lo quería saber, no dijo nada.

—Ashley y yo hemos enterrado el hacha de guerra, por así decirlo. —Dee soltó una risotada—. Como ya le expliqué, el trato carnal entre Cyril y yo

desde el día que nos casamos ha sido más bien escaso. Nadie lo diría, pero Ashley es un toro en la cama.

Ante esa imagen tan poco agradable, Sylvia se puso muy roja.

—El caso es que pensé: qué demonios. Por eso le di la patada a Cyril. No se puede quejar, sabe de sobra que mis motivos tengo.

—Estoy segura —convino Sylvia—. ¿Quito la mesa?

Sin embargo, Dee estaba saboreando el peculiar placer de la confesión.

—Solía echarle un capote cuando la gente hacía preguntas. «Es porque no tiene hijos», decía yo cuando la gente empezó a preguntarse por qué tenía tanto interés en esos muchachos. «Solo es afectuoso». La gente se lo cree todo.

—¿Quiere que prepare un Nescafé? —preguntó Sylvia, deseosa de escapar a más revelaciones.

—A mi modo de ver, no les hacía ningún daño a esos chicos —aseguró Dee, que se había quitado los zapatos, como si estos representaran constricciones del pasado—. Yo no habría permitido que fuese demasiado lejos.

Sylvia, que empezaba a descubrir que la preocupación y la indiferencia no eran tan incompatibles como había supuesto hasta ese momento, sino que podían anidar juntas en el pecho de una misma persona aparentemente decente, se preguntó cómo sabría Dee si las cosas habían ido «demasiado lejos». El hilo de sus pensamientos se vio interrumpido cuando Dee dijo de pronto:

—Solo para que lo sepa usted, Ashley podría dejarse caer alguna que otra noche. He creído que sería mejor prevenirla.

—No pensará venir cuando esté yo, ¿no? —Ahora Sylvia estaba genuinamente asustada.

—Más bien confiaba en que usted lo entendiese si le pido que pase alguna noche fuera. No será muy a menudo. Tiene que buscar una excusa para que su mujer no sospeche. ¿Qué hay de su vida amorosa?

Para consternación de Sylvia, empezó a ruborizarse de nuevo.

—No tengo vida amorosa.

Dee enarcó sus recién depiladas cejas.

—¡Me toma usted el pelo!

Cuando los días se convirtieron en semanas, Sylvia empezó a echar muy en falta el número 5. La hospitalidad de Dee apenas compensaba sus prolijas

confesiones nocturnas, la habitación mal ventilada y el terror de tropezarse con el señor Booth desnudo. La proximidad de Hugh Bell tampoco la compensaba. Si acaso, había llegado a temer encontrarse con él por las mañanas, cuando él se mostraba tan amable y cordial y ella enmudecía. También descubrió que, por mucho que practicara cuando estaba sola y pese a que él la había instado a hacerlo, era incapaz de llamarlo en voz alta por su nombre. «Hugh» se le antojaba alarmantemente íntimo y «doctor Bell» ya no resultaba adecuado.

Durante uno de sus encuentros matutinos, él preguntó por el libro infantil que le había pedido que le recomendase.

—¿Ya se le ha ocurrido qué libro podría leer? Necesito que me reeduquen.

—Bueno, todavía sigo pensando. —Como si no se pasara la mitad del tiempo rumiando dicha cuestión.

—No pretendía que fuese una carga para usted, Sylvia.

El mero hecho de oír su nombre de pila de su boca hacía que le entraran ganas de doblarse en dos, consumida de deseo.

Una mañana vio su cuerpo anguloso dando zancadas delante de ella más deprisa de lo habitual y Sylvia percibió que algo en él era distinto. Puede que fueran sus hombros caídos. Armándose de valor, pues seguía temiendo parecer tonta, apretó el paso y le dio alcance cuando él estaba a punto de cruzar una calle.

La miró y la saludó inclinando levemente la cabeza.

Cruzaron la calle juntos, en silencio. Esforzándose por no perder los crispados nervios, Sylvia comentó:

—Bonita mañana.

Ya estaban en octubre y los agoreros de East Mole, ante la profusión de bayas que había en los setos, predecían que se avecinaba un invierno frío. Pero ahora que parecía que había llegado el veranillo de San Martín, Sylvia había renunciado al abrigo.

Hugh Bell recibió la observación con una mirada inexpresiva y acto seguido dijo:

—Sí, supongo que sí.

Avergonzada, Sylvia hizo ademán de seguir caminando, pero él la detuvo agarrándola del brazo.

—Lo siento, en casa tenemos armada una buena.

—Ah —repuso ella, y esperó a que él siguiera hablando.

—La madre de una de las compañeras de clase de Marigold nos llamó anoche para informarnos de que Marigold no podría asistir a la merienda a la que la habían invitado en casa de la niña. No es más que una pelea sin importancia entre colegialas, pero cuando le preguntamos al respecto, o le pregunté yo, mejor dicho, Marigold me gritó y salió corriendo de casa. Jeanette cree que es culpa de la otra niña, pero yo opino que deberíamos intentar llegar al fondo del asunto. —Frunció el ceño y añadió—: Por lo visto saca de quicio a sus compañeras.

—A Sam le cae bien —observó Sylvia—. Le cae muy bien.

—Sí, sí, lo sé.

—Cuando por fin esté listo el número 5, si es que llega a estarlo, me gustaría que Marigold volviera a ir por allí —propuso Sylvia con firmeza.

Las reparaciones en la biblioteca se habían interrumpido y, si bien la sala de lectura había sido objeto de reformas para que albergara parte del excedente, de cuya supervisión se ocupaba de cuando en cuando Len, daba la impresión de que la fusión de las bibliotecas de adultos e infantil se prolongaría durante algunos meses.

—¿Meses? Más bien años —fue la opinión de Dee.

Esta llegó una mañana empujando un carrito con un armario alargado dentro.

—La colección de Acceso Restringido. ¿Dónde la dejo? No queremos que los niños le echen mano.

La sección de Acceso Restringido de la biblioteca estaba integrada por aquellos libros que, si bien no habían sido prohibidos expresamente por el censor, no se consideraban adecuados para ocupar los estantes que se hallaban a disposición del público y había que presentar una solicitud por escrito para pedirlos. Los libros solo se podían leer bajo supervisión en la biblioteca, lo que en el caso de East Mole implicaba dar a conocer al señor Booth los gustos literarios de uno.

—En cualquier caso, ¿qué libros son? —Sylvia no podía por menos de sentirse intrigada.

—Vaya usted a saber. El único que logré entrever fue *El mundo de Suzie Wong*. —Dee colocó el armario en un hueco junto a Pasatiempos—. Ahí deberían estar a buen recaudo. Los niños nunca cogen esos libros.

—Sí, ya me he dado cuenta. Me pregunto por qué.

—¿Los ha observado usted últimamente? Los niños de hoy en día no quieren construir maquetas de trenes con botes de hojalata ni confeccionar

acericos. Quieren *rock and roll*. —Dee comenzó a menear las caderas—. «Rock Around the Clock», de Bill Haley and His Comets.

—¿Quiere que le pida al padre de June que le eche un vistazo a su tejado? —preguntó Ray a Sylvia cuando, en una nueva visita a Field Row, quedó patente que las reparaciones del número 5 todavía no habían empezado—. A este paso cuando Thelma Bird avise a Joe ya habrán pasado las navidades.

—Mi padre ha tenido que sustituir la mitad de esas vigas —explicó June mientras tomaban una taza de té en la cocina del número 3, la siguiente vez que Sylvia fue a ver su casa—. Estaban completamente podridas. A mi modo de ver, puede dar gracias a esa tormenta. El tejado habría podido caérsele encima en cualquier momento.

Al cabo, el viernes antes de las vacaciones de mitad del trimestre escolar de otoño, Sam pasó a verla después de clase para informarla de que el tejado del número 5 estaba reparado y que su madre le había dicho que le preguntara si quería que la ayudara con el traslado.

—Es una noticia estupenda, Sam. Preguntaré al señor Booth si puedo salir antes.

Sin embargo, Dee afirmó que no era preciso molestarlo.

—Yo me quedaré al timón. Usted vaya a por sus cosas. Deje la llave en la mesa de la cocina al salir.

A Sylvia le sorprendió la oleada de afecto que le inspiró el número 5 cuando, con Sam cargando valientemente con su maleta, vio la casa de ladrillo. Al abrir la puerta principal se llevó una sorpresa mayor incluso: la cocina y la salita estaban recién pintadas. Las raídas alfombras de la salita y la chenilla rosa del tresillo habían desaparecido, y el tufo a humedad había sido sustituido por un agradable olor a pintura al temple.

—Santo cielo, ¿quién ha hecho todo esto, Sam?

—Mi abuelo y yo. Mamá colgó las alfombras y eso fuera: dijo que olían que apestaban. Y el abuelo le ha arreglado la bici.

—Qué buenos sois todos. —Durante un instante Sylvia se sintió abrumada—. Da gusto estar de vuelta, Sam. No era consciente de lo mucho que lo echaba de menos, y también a vosotros, mis vecinos.

—A sus vecinos de dos casas más allá —la corrigió Sam, que sin embargo parecía encantado.

June pasó para invitarla a cenar.

—Es viernes, así que toca pescado con patatas fritas. ¿Cazón o merluza? Ray está a punto de ir a por él. —Entró y echó una ojeada a la salita—. Está mucho mejor sin esas alfombras viejas.

—No sabe cuánto se lo agradezco, June. Y también debo darle las gracias a su padre, es... —Durante un instante se emocionó, pero al ver que June miraba con tacto hacia otro lado logró decir—: Solo espero que la señora Bird pague a su padre lo que corresponde.

—Más le vale. Mi padre está en la comisión de Vivienda y la hija mayor de la señora Bird ha solicitado una vivienda de protección oficial.

—Es una lástima que su padre no esté en el comité de la biblioteca.

June dijo que si había algo que Sylvia quisiera saber, su padre se encargaría de averiguarlo.

—Me preguntaba cuándo terminarán las reparaciones de la biblioteca. Da la impresión de que el señor Booth no nos lo quiere decir.

—Creía que la señora Harris podría averiguarlo —insinuó June—. Se la ha visto bastante con él desde que puso a su marido de patitas en la calle.

16

El otoño estaba en todo su esplendor: los árboles lucían magníficos tonos cobre, rubí y dorado, y a los niños de East Mole les ponían una fuente esmaltada en la mano y los mandaban a coger moras para preparar tartas y manzanas caídas de los árboles para elaborar *crumble*. Sam birlaba castañas del árbol que crecía en la casa entablada del número 2, y las gemelas y él iban a coger moras con Sylvia, además de espino por sus frutos color carmesí y ramitas de escaramujo por sus bayas escarlata y naranja.

—Mi madre hacía jarabe de escaramujo con ellas —le contó June—. Cuando nos trasladamos aquí nos lo daba los inviernos para prevenir los resfriados. Pero ahora se consigue en el servicio de asistencia sanitaria.

Un otoño benigno dio paso a un noviembre neblinoso. Sam y las gemelas sacaron a pasear en el viejo cochecito de las niñas a un muñeco con la efigie de Guy Fawkes vestido con un pijama viejo de Ray, e iban pidiendo peniques. A Sylvia la invitaron al número 3 mientras quemaban el muñeco en una hoguera de la que salió una satisfactoria descarga de sonoras explosiones gracias a los petardos estratégicamente situados entre el relleno de papel de periódico.

Tras una explosión especialmente ruidosa, el señor Collins asomó la cabeza por encima de la cerca y June le ofreció una palada de castañas asadas en las brasas, que él rehusó.

—Cascarrabias —dijo June, demasiado alto.

—¡Cascarrabias, cascarrabias, cascarrabias! —repitieron a voz en grito las gemelas.

—Vosotras dos, chitón. No seáis maleducadas.

—¡Pero si lo has dicho tú!

—El que está ardiendo es él —susurró Sam a Sylvia en confianza.

Pronto sería diciembre. Por las mañanas la escarcha tapizaba el esqueleto de los árboles, los días eran cada vez más cortos y los cielos se fueron volviendo más blancos y después más oscuros. A los niños de East Mole los enviaban a la escuela enfundados en gorros y bufandas de lana, con mitones

afianzados con elásticos a las mangas del abrigo, las rodillas y los labios agrietados brillantes con vaselina. A Sylvia le salieron sabañones. Y nadie decía ni hacía nada respecto de las reparaciones de la biblioteca.

Tras su regreso al número 5, la semana de Sylvia seguía un patrón. Con los nervios de punta esperaba, en compañía de Sam, que había empezado a ir con ella a la biblioteca los sábados por la mañana, la habitual aparición de Hugh y Marigold Bell.

Un sábado Marigold le llevó un libro para que se lo sellara, en cuya cubierta se veía un castillo.

—Me encanta este libro —dijo Sylvia—. En realidad no sé si debería estar en la sección de adultos.

—¿Qué es? —Hugh Bell lo cogió y leyó el título—: *El castillo soñado*. ¿Es de aventuras?

—No. En absoluto. Bueno, quizá en cierto sentido. Trata de una niña que se hace mayor. Una niña bastante especial en circunstancias poco comunes. Vive en el castillo con su excéntrica familia. ¿Recuerda que me pidió que le recomendase un libro?

—He esperado con una paciencia ejemplar.

—¿Qué le parece este?

Él hojeó las primeras páginas.

—Me parece muy bien. Lo leeré y le daré a conocer mi veredicto.

—No tiene por qué gustarle —advirtió Sylvia, sintiéndose de pronto cohibida—. Es un libro más para chicas.

—¿Un «libro para chicas»? Lo puedes leer tú primero si quieres, papá. —Marigold se fue a hablar con Sam.

Hugh le guiñó un ojo a Sylvia.

—No se lo tome a mal. Forma parte de su actual campaña en contra de todo lo que tenga que ver con Saint Catherine y con las cosas de chicas. Lo leeré y le daré mi sincera opinión. Y quería decirle que dentro de unas semanas, si está usted libre, invitaremos a algunas personas para celebrar la Navidad.

—¿Cuándo exactamente? —quiso saber Sylvia, como si su agenda estuviese repleta de citas. Le sorprendió que la incluyesen en el círculo social de los Bell.

—El sábado 13.

Confiado en parecer ecuánime, Sylvia respondió:

—¿Le importa que se lo confirme más adelante?

—En absoluto. Pero venga, se lo ruego. Jeanette ha invitado a unos auténticos pelmas y necesitamos aligerar la reunión. Vamos, cabecita loca. La señorita Blackwell querrá cerrar.

—¿Puedo volver con Sylvia y Sam, papá?

—«Señorita Blackwell», haz el favor, y no puedes invitarte sin más a su casa.

Sam lanzó una mirada de súplica a Sylvia, que se apresuró a decir:

—Marigold puede venir cuando quiera y, sinceramente, me parece perfecto que me llame Sylvia.

—Pero ojo, solo cuando no esté en el trabajo —advirtió Sam. Incluso Marigold debía ser aleccionada para que guardase las formas.

El padre de la niña dijo que iría a buscarla alrededor de las cuatro, si a Sylvia le parecía bien, y los niños salieron corriendo delante de ella por el camino de sirga. Cuando Sylvia llegó al número 5, ellos estaban balanceándose en la cancilla, hablando del muérdago que crecía en el manzano del señor Collins.

—Es un parásito —defendía Sam.

—Lo sé. ¿Sabías que el nombre científico del zorzal charlo hace referencia a esta planta? —inquirió Marigold.

Sylvia, que adivinó por la cara que puso Sam que desconocía ese pormenor ornitológico, terció:

—La verdad, Marigold, no reconocería a un zorzal charlo aunque lo tuviera delante.

—Son más grandes que los zorzales comunes —explicó la niña—. Con manchas más oscuras en el pecho. ¿Sabía que para los druidas el muérdago era sagrado?

Sam iba a decir algo pero, temiéndose que volvieran a revivir la pelea infantil de Stonehenge, Sylvia se adelantó:

—Yo lo único que sé del muérdago es que se supone que hay que besarse debajo. Y ahora decidme, ¿qué os apetece comer?

Sam preguntó si podían llevar la comida al fondo del jardín, a su guarida.

—Sí, pero primero diles a tus padres que estás aquí.

El chico volvió del número 3 con unos dados de jalea en un plato esmaltado y dos tarros de mermelada llenos de leche.

—Mi padre ha dicho que vale. He traído un poco de jalea.

—Yo nunca la he comido así. —Marigold parecía impresionada.

—La tomamos cuando no hay postre. ¿Podemos coger el ajedrez, Sylvia?

—No los he visto en toda la tarde —reconoció Sylvia cuando Hugh llegó en el Hillman poco después de las cuatro—. A esta hora seguro que empiezan a tener frío.

Pero aparte de los dos tarros de mermelada vacíos y el ajedrez de Pavel Prager, la guarida estaba desierta.

June había llevado a las gemelas a ver a su madre y Ray estaba viendo el programa de deportes *Grandstand* cuando pasaron por allí Sylvia y Hugh Bell. Ray tampoco había visto a los niños en toda la tarde.

Sylvia empezó a angustiarse.

—Cuánto lo siento. Me siento fatal. Creí que estaban jugando al ajedrez o a alguna otra cosa.

Hugh repuso con aire tranquilizador:

—Yo no me preocuparía. Probablemente hayan ido a la fundición.

A Ray se le demudó el rostro.

—Nuestros hijos tienen prohibido ir allí sin un adulto desde que se ahogó un muchacho. Vamos, cogeré una linterna. Está oscureciendo.

Sin embargo, en la fundición tampoco había nadie. Hugh y Sylvia peinaron las ruinas y Ray barrió el canal con la linterna. Gritaron hasta enronquecer y Sylvia sucumbió a las lágrimas.

—Cuánto lo siento —repetía sin cesar.

Hugh le puso una mano en el hombro.

—Cálmese. Creo que si a Marigold le hubiese pasado algo malo lo presentaría.

—Lo que le pasará a mi hijo cuando lo encontremos será que le caerá una buena tunda —aseveró Ray.

—No, se lo ruego —suplicó Sylvia—. Esto es culpa mía. No debí perderlos de vista.

Sin embargo, en ese momento oyeron a alguien que corría y dos figuras pasaron por delante de ellos a toda velocidad al final del camino.

—¡Samuel! —bramó Ray.

Las figuras se detuvieron.

—¿Papá?

—Samuel, ¡ven aquí ahora mismo!

—Solo hemos ido al centro —se justificó Sam. A la tenue luz se lo veía asustado.

Marigold dijo con afectación:

—Ha sido culpa mía, señor Hedges. De verdad. Yo he convencido a Sam. Queríamos comprarle algo a Sylvia..., a la señorita Blackwell, así que no

queríamos decírselo. Pensamos que estaríamos de vuelta antes de que viniera mi padre. —El rostro vivo y de expresión segura de la niña brillaba a la luz de la linterna.

—Samuel sabe de sobra que no puede ir al centro sin avisar —contestó Ray, si bien parecía aliviado.

—No era necesario que me compraseis nada —observó Sylvia, conmovida por el gesto de los niños.

—No le hemos comprado nada —aclaró Marigold—. No encontramos nada lo bastante bonito, ¿a que no, Sam?

Sam dijo que no. Parecía enfurruñado.

—Siento que la cabecita loca de mi hija le haya dado semejante susto —se disculpó Hugh Bell tras meter a Marigold en el Hillman—. Es un poco dada a ausentarse sin permiso. La regañaré.

—Se lo ruego, no lo haga —le pidió Sylvia. Todavía sentía el roce de su mano en el hombro.

El sábado siguiente Marigold y su padre no fueron a la biblioteca como acostumbraban. Sylvia se entretuvo en el proceso de cerrar por si tan solo se habían retrasado. Sam tampoco había ido. Le preocupó que lo sucedido la semana anterior hubiese causado problemas, en particular en el hogar de los Bell.

Sylvia tenía previsto ir a Salisbury al salir del trabajo para comprarse algo que ponerse en el cóctel de los Bell: nada de lo que tenía serviría. Mientras esperaba el autobús, vio un coche gris que se aproximaba. El vehículo se detuvo junto a la parada y Hugh Bell bajó la ventanilla.

—¿Adónde va?

—A Salisbury.

—Suba. Yo también voy ahí.

Sylvia no dijo ni mu hasta que él comentó:

—Sentimos no haberla visto hoy. Marigold está enferma.

El alivio le devolvió el habla.

—Pobre, espero que no sea nada grave.

—Vino a casa con una tos fea. El pecho es su punto débil, así que la hemos obligado a guardar cama.

—Confío en que se recupere pronto.

La carretera a Salisbury era tortuosa y la luz de media tarde, escasa. Una niebla baja se cernía sobre el camino. Durante algunos kilómetros el médico

no dijo nada más que: «¿Tiene frío?» y «¿No le dará mucho el aire?», pero cuando se incorporaron a la carretera principal comenzó a hablar de *El castillo soñado*.

—Aunque no es el libro que yo habría elegido me ha resultado agradable. Y entretenido. Mucho.

—¿Sí? —Sylvia procuró no parecer demasiado satisfecha.

—¿Cuál es el *bestseller* que escribe el padre de la joven y que es una mezcla de filosofía y poesía? Eso me hizo reír a carcajadas.

Sylvia contestó:

—Se titula *Jacob lucha*. Me alegro de que le hiciera reír.

Durante un momento se preguntó si habría terminado el libro. El final, en el que la lealtad no se ve recompensada, a ella le había dejado un regusto melancólico.

—Cassandra, la joven, es encantadora. ¿Cuántos años tiene? ¿Diecisiete? Le sugerí a Marigold que lo leyera. A pesar de lo que fanfarronea, el libro está un poco por encima del rango de edad en el que suele moverse, pero es...

Agradecida de que su elección hubiese sido un éxito, Sylvia lo interrumpió:

—Marigold está perfectamente capacitada. Yo tenía quince años cuando lo leí, y no era una lectora ni la mitad de refinada.

—¿Cuántos años tiene ahora, si no es impertinente preguntárselo?

—En modo alguno —contestó Sylvia, poniéndose roja como un tomate—. En abril cumpliré veinticinco.

—Una niña de pecho.

A eso no había nada que pudiera decir.

—Y dígame, ¿a qué va a Salisbury?

—A hacer unas compras navideñas.

Pasaban por un pueblo y una pareja de ancianos empezó a cruzar la calle, vaciló y volvió atrás. Hugh paró el coche para que pudieran cruzar.

—No es buena idea que un médico de por aquí atropelle a los ancianos de Wiltshire —comentó mientras el hombre le daba las gracias moviendo una trémula mano. El coche arrancó de nuevo y él continuó—: No sé si le interesará, pero tengo entradas para un concierto en la catedral esta tarde. Jeanette no ha podido venir por causa de Marigold y no creo que a estas alturas pueda vender la entrada. Es *El sueño de Geroncio*, de Elgar, como naturalmente sabrá, uno de mis favoritos.

Tratando de ocultar su ignorancia, Sylvia contestó:

—Lo cierto es que no sabía que era de Elgar. En lo tocante a la música soy una auténtica novata, pero sí, claro que me gustaría ir.

—Pues entonces, decidido. Empieza a las siete y cuarto, así que, si me lo permite, me gustaría invitarla a una cena temprana. Pasaremos por delante del George and Dragon cuando la deje en el centro. ¿Las cinco y media es demasiado pronto?

Sylvia pasó las dos horas siguientes hecha un manojo de nervios. Fue de tienda en tienda buscando desesperadamente el vestido adecuado para el cóctel y otro para lucir en el concierto. Gracias a Dios había retirado suficiente dinero para poder comprar ambas cosas. Pero ¿qué elegir? ¿Algo elegante para el cóctel? ¿Algo con un toque artístico para el concierto? Había varias opciones, ninguna demasiado atractiva en un principio, pero su agitación mental las volvía imposibles.

Tras ponerse y quitarse penosamente diversas prendas, se decidió por un ligero vestido verde para el cóctel y uno más atrevido, de color coral y con falda de vuelo, para el concierto. Este último no pegaba nada con sus cómodos zapatos de bibliotecaria, de modo que con los últimos diez chelines que le quedaban se compró un par de zapatos de tacón de charol negro en Freeman, Hardy and Willis.

La dependienta dio su aprobación:

—Son el último grito en Estados Unidos. ¿Va usted a bailar?

Sylvia explicó que iba a un concierto y la dependienta dijo que seguro que también era agradable. Envolvió amablemente en un paquete los zapatos que traía Sylvia junto con la falda y la blusa, y dejó que se retocara el pintalabios en el aseo de los empleados. Su práctico abrigo azul marino no pegaba en absoluto con la ropa nueva pero, por desgracia, no podía hacer nada al respecto.

A continuación se enfrentó al problema de encontrar el George and Dragon. Con la confusión generada por las compras se había desorientado por completo y llegó diez minutos tarde, sudando y presa del pánico.

Se colgó el abrigo del brazo y encontró a Hugh sentado a la barra.

—Bien hecho, lo ha conseguido —la felicitó él—. No hay prisa, de hecho el concierto no empieza hasta las siete y media. Leí mal la hora.

La llevó hasta una mesa y la ayudó con la carta. Siguiendo su consejo, Sylvia pidió empanada de carne de ternera con riñones, pero rehusó la cerveza.

—La verdad es que no me gusta mucho.

—¿Un *gin-tonic*, entonces?

Pero ella también lo rechazó.

Mientras cenaban, él le contó que había ido a visitar a un viejo amigo del ejército.

—No se encuentra muy bien, el pobre. Padece una enfermedad neurológica y no precisamente agradable. Procuero levantarle la moral. Los dos estuvimos en el cuerpo médico durante la guerra y acabamos siendo prisioneros hacia el final.

—¿Fue usted prisionero de guerra?

—Cuatro años. A mi amigo lo capturaron en Dunquerque. Él y yo escapamos juntos en las últimas semanas.

—Santo cielo, ¿cómo?

—No fue nada glamuroso. Salimos corriendo de la fila en la que nos llevaban por orden de las SS y, francamente, creímos que nos matarían, pero conseguimos huir.

—¿Fue muy terrible ser prisionero?

A su rostro asomó la expresión melancólica que ella había percibido cuando Dee habló de Hiroshima.

—Bastante, en algunos momentos. Pero sobre todo por lo que oíamos sobre lo que sucedía en los campos de concentración. Durante un tiempo estuve con algunos miembros de la Brigada Judía (los alemanes nos trasladaban de un sitio a otro), y esos hombres sabían las atrocidades que se estaban cometiendo. Eran extraordinarios.

—¿Prisioneros de guerra judíos?

—En efecto.

—Pero ¿no los llevaban a campos de concentración?

—A los soldados, no. Pero eran conscientes, claro está, de todo lo que sucedía en los campos. ¿Seguro que no quiere beber nada?

—No bebo mucho; alcohol, me refiero.

—Pues creo que yo me tomaré otra. —Pidió una cerveza; cuando se la sirvieron sonrió y añadió—: Tenía sus cosas malas, por supuesto, el hecho de estar encerrados como condenadas gallinas, pero también buenas. Disfrutábamos tomándoles el pelo a los alemanes. No entendían por qué cuando nos portábamos mal y ellos nos aplicaban lo que consideraban castigos degradantes los recibíamos riendo a carcajada limpia. Y nos divertíamos representando obras de teatro y cosas por el estilo. Según dijeron, interpreté a un Bruto bastante aceptable.

—Me gusta Shakespeare —observó Sylvia, y quiso que se la tragara la tierra. Menuda banalidad, menuda estupidez.

Él le sonrió.

—A mí también. ¿Qué me dice de un brandi para entrar en calor antes de ir a la catedral? Fuera hace fresco, y en las catedrales suele hacer un frío que pela.

Sylvia creía que no se había percatado de su cambio de ropa, pero cuando llegó el brandi él comentó:

—Bonito color. Le favorece. ¿Cómo lo llamaría? ¿Flamenco?

—La chica de la tienda lo llamó rosa.

—Soy un negado para la ropa femenina. Eso es lo que dice siempre Jeanette.

La mención de su esposa anuló definitivamente la capacidad de conversación de Sylvia.

Y al parecer también la de él, así que caminaron hasta la catedral sumidos en el silencio. La tarde era gélida y, tras la silueta de la altísima aguja, las estrellas eran esquirlas luminosas en el vasto tejido del firmamento. Sylvia, un tanto achispada después de beber ese brandi al que no estaba acostumbrada, resbaló con los zapatos nuevos y él la cogió del brazo.

—Mejor así. No me gustaría tener que llevarla al hospital con una pierna rota. —A la puerta de la catedral le dijo—: Espere aquí un momento, si no le importa. —Y se dirigió hacia el hombre que se ocupaba de las entradas.

En el vestíbulo de la gran estructura gótica, el corazón de Sylvia latía desbocado. Era como si estuviese de puntillas en el borde de un abismo que intuía trascendental. Salió y alzó la vista a la elevada silueta de la aguja, que se erguía hacia la inconmensurable oscuridad.

—Tendrá que ponerse el abrigo —aconsejó Hugh de repente detrás de ella.

Las sillas de madera se hallaban dispuestas en filas sin numerar y él tardó un rato en decidir dónde se sentarían.

—Iré a por el programa. Con suerte estará el libreto. Sé que es una tontería, pero debo confesar que siento debilidad por Newman.

Sylvia tampoco sabía nada del cardenal Newman y así lo dijo.

—Causó una gran conmoción cuando dejó la Iglesia anglicana y se convirtió al catolicismo.

Volvió con dos programas, y Sylvia leyó los primeros versos:

*¡Jesús, María!
Cerca estoy de la muerte,
y Tú me estás llamando,
ahora lo sé.*

*No por el anuncio
del respirar incierto,
del frío en el corazón,
de esta mi frente humedecida.
(Jesús, ¡ten compasión!
María, ¡ruega por mí!)
No; es una sensación nueva,
jamás antes experimentada
(¡asísteme, Señor, en mi fallecimiento!).*

El brandi que le corría por las venas le calentó el cuerpo mientras permanecía sentada en la dura silla al lado de Hugh Bell en la solemne penumbra de la catedral tenuemente iluminada. Aunque no estaba familiarizada con el anciano Geroncio, compartía su «es una sensación nueva». Sabía lo que era abrigar esos sentimientos y rezaba por haber sido capaz de disimularlos debidamente.

Después empezó la música.

Sylvia no olvidó nunca esa tarde en que oyó por primera vez al moribundo Geroncio, que sufría las penas del Purgatorio y se reunía con el sacerdote, cuya potente voz de bajo le hablaba de una sabiduría incomparable, y con el ángel, cuyas sumamente acertadas advertencias parecieron embelesarla y abrirle el corazón. Cuando finalmente el anciano llegó a las inmediaciones del Paraíso y la orquesta se unió en un glorioso, inimitable estribillo, Sylvia se volvió hacia su acompañante con el rostro humedecido por las lágrimas.

Él le tendió un pañuelo en silencio.

—Lo siento mucho —se disculpó ella al terminar la obra, y se sonó la nariz.

—Cielo santo, no se disculpe. Me alegro de que haya sido un éxito.

«Éxito» se quedaba corto.

—Sí.

La guio a través de la parlanchina multitud y salieron a una noche fría y oscura.

—¿Le apetece otro brandi para sosegararse?

—No sé si quiero sosegarme.

—Ese es el espíritu. ¿Volvemos a casa, entonces?

Atravesaron el recinto y él la cogió del brazo para cruzar la carretera. En el cielo, un frágil gajo de luz blanquecina surgió de detrás de una nube

pasajera.

—Mire. —Ella la señaló—. Es casi luna nueva. Deberíamos pedir un deseo.

—¿Cuál sería el suyo, Sylvia?

Pero el médico ya se había inclinado sobre ella y la estaba envolviendo con su cuerpo, de manera que no contestó.

—He querido hacer esto desde que te conocí en la fundición.

Estaban en el coche de Hugh, donde se habían producido más abrazos ardientes.

—No lo sabía —contestó ella.

—¿De veras? Yo creía que era evidente.

—No para mí. —Sylvia enterró el rostro en su hombro. El áspero *tweed* olía al frío aire nocturno.

—Supongo que será mejor que nos vayamos. —Suspiró y arrancó—. Si llego más tarde de la cuenta...

Sylvia no dijo nada y él apagó el motor.

Al cabo de un rato le contó:

—Jeanette y yo nos casamos antes de que yo partiera a Francia, en 1940. Parecía lo correcto. Me refiero a que era lo que ella quería. Eran tiempos... inciertos, todo estaba en el aire, ¿sabes? No, claro, cómo lo vas a saber.

—Un poco sí. Me acuerdo de cuando mi padre se fue al frente.

Tenía lágrimas en los ojos al despedirse de ella: «No te olvides de mí, ¿vale, princesa?». Ella solo tenía cinco años, pero no lo había olvidado.

—Yo iba a luchar en Francia —continuó el hombre que tenía sentado a su lado en el coche—, no sabía si volvería. Quería dejarla con cierta estabilidad, cierto consuelo, aunque fuera solo el de poder cobrar una pensión de viudedad. Casi no nos conocíamos aunque nos engañábamos pensando que sí. Debió de pasarle a miles de personas como nosotros. Me temo que es un tópico.

—¿Cómo os conocisteis? ¿Era enfermera?

—No, era amiga de mi hermana, de la escuela. De hecho (esta es una suerte de capricho del destino) yo estaba loco por otra muchacha, que era enfermera. Me dejó por un compañero con más experiencia y unas navidades invité a salir a Jeanette para que ocupase su lugar, para..., lo cierto es que ni lo sé..., vengarme de esa otra muchacha, aunque ella ni se habría dado cuenta porque había perdido la cabeza por mi compañero; para animarme, por

despecho, sabe Dios por qué, yo ya no lo sé. Sabía por mi hermana que Jeanette estaba interesada en mí, y eso me levantó la maltrecha autoestima. Nos pusimos, o al menos yo me puse como una cuba, y en fin, una cosa llevó a la otra. Ella era virgen. Yo no lo sabía.

—Ah.

—O eso me dijo, es algo que siempre me he preguntado.

—Ah.

—Y los años que pasé como prisionero de guerra más bien cimentaron nuestras diferencias. Volví confiando en que todo iría bien y me encontré con que nos habíamos distanciado más. Siento cargarte con toda esta sordidez.

—No pasa nada, no importa.

—Lo cierto es que sí, ¿sabes?, porque no te puedo dar gran cosa. No la puedo dejar. Está Marigold.

—No pasa nada. Lo sé.

—Así que si me quieres abofetear o bajarte del coche y que te pida un taxi para volver a casa...

—No.

—Y esto, lo que ha pasado hoy, puede acabar ahora mismo y no volveré a tocarte.

—No, te lo ruego.

—En serio, lo prometo.

—No, por favor.

—¿Estás segura? No puedo darte gran cosa.

—Lo sé. Te lo ruego, deja de decir eso.

En el camino de vuelta, con la mano de él en la rodilla de Sylvia, no hablaron mucho. A medida que se acercaban a East Mole, Sylvia advirtió:

—No me puedes llevar a casa, alguien te verá. Déjame en el camino de sirga.

Él paró el coche cerca del canal y se bajó para abrirle la puerta.

—No puedo permitir que vayas andando sola a casa.

—No pasa nada, es seguro.

—No seas tonta. Te acompañaré, por lo menos hasta que estemos cerca de tu casa.

Fueron junto al canal, cogidos de la mano. De pronto él empezó a cantar, como ya hiciera en su día:

I found my love where the gaslight falls

Dreamed a dream by the old canal

Kissed my girl by the factory wall.

«Mis zapatos, la ropa —recordó de pronto Sylvia—. Debo de haberme dejado el paquete en el George and Dragon, o en la catedral». Sin embargo, no lo interrumpió.

Aunque habría jurado que no había pegado ojo en toda la noche, a Sylvia la despertaron de un sueño delicioso unos golpes en la puerta. Se puso la bata y bajó corriendo. Se encontró al señor Collins, el rostro sonrosado.

Desde el episodio de la zorra muerta, las conversaciones con su vecino habían sido triviales pero corteses. Sin embargo ahora la mirada de sus apagados ojos era torva. Instintivamente, Sylvia adoptó un tono apaciguador.

—Buenos días, señor Collins. ¿Sucede algo?

—Me temo que sí.

—¿De qué se trata?

—Mi manzano. Ha sufrido daños.

—Pobre.

—Me gustaría que viniera usted a verlo.

—¿Le importa que suba a vestirme? Hace un poco de frío.

Se vistió deprisa y corriendo y al ir a buscar sus zapatos recordó que se los había dejado en Salisbury. Se calzó las botas de goma y salió fuera, donde su vecino la esperaba junto a la cerca.

—Mire eso. —Señaló el punto en el que habían arrancado una rama del manzano que colgaba sobre el camino del jardín de Sylvia, dejando un tocón irregular.

—Lo veo, sí.

—¿Y bien?

—Solo le puedo decir que no he sido yo, señor Collins.

—Eso me figuraba, pero esos niños Hedges se pasan las horas muertas jugando en su jardín y subidos a su cancilla.

—Debió de verse afectado por la tormenta. Quizá la rama se cayera sin más.

La expresión de su vecino se volvió más hosca.

—Si se hubiera «caído», como dice usted, la rama estaría aquí. No soy tonto, señorita Blackwell, y conozco mis derechos. En este acto hay dolo. Debo advertirle que como no vigile a esos niños cuando vienen a visitarla y se produzca otro incidente, informaré a la policía.

Salió y cerró la cancilla de un portazo. Sylvia entró en casa para prepararse una taza de té con una tostada.

En la casa hacía tanto frío que se llevó el desayuno arriba y se metió en la cama, intentando recuperar el sueño del que la habían arrancado. Presentía que soñaba con Hugh, pero la grosera interrupción había relegado al olvido los nebulosos placeres. Sin embargo había muchos acontecimientos reales emocionantes en los que regodearse.

Se recostó en la cama para revivir lo sucedido.

Aunque había ido a una escuela solo para chicas, se había librado de enamorarse de una muchacha de más edad o de una profesora, como solía pasar. No obstante, durante una breve fase religiosa, hubo un muchacho que cantaba en el coro de la iglesia que la besó en una ocasión, y durante un tiempo estuvo enredada con un estudiante de la escuela de biblioteconomía. Se manosearon con incomodidad en varios cines, pero las incursiones no fueron más allá de la mano inexperta de él dentro de su sostén. La proposición de ir a su casa mientras sus padres estaban en el extranjero, en Malta, quedó en nada. Tampoco es que se llevara una gran desilusión. Sylvia era lo bastante perspicaz para saber que lo que sentía por él era fruto de sus ganas de experiencias, más que algo nacido de un deseo genuino.

Recordó de nuevo la curiosa experiencia que había vivido en el metro de Londres. El desconocido del vagón contiguo, cuyo rostro asomado a la ventanilla abierta esa calurosa tarde de julio creyó reconocer misteriosamente. Desde el principio, Hugh había despertado en ella esa misma sensación de familiaridad. Era como si ya tuviese una imagen de él grabada en el alma, a la espera únicamente de materializarse en carne y hueso. Había leído algo sobre las afinidades elegidas. Eso expresaba lo que sentía por Hugh Bell. Y lo maravilloso, lo más maravilloso, era que al parecer él sentía lo mismo.

Antes de separarse, él había apoyado las dos manos en sus hombros y había dicho con gravedad:

—Sylvia, esto no es algo que haya hecho antes, te lo prometo. Por insatisfactoria que haya sido mi relación con Jeanette, le he sido fiel, al menos en la práctica. Pero tengo la sensación de que mi lealtad hacia ti viene de antes. Es muy extraño, querida mía. Extraño pero, he de admitir, maravilloso.

Extraño pero maravilloso. Las palabras, tan estimulantes en su momento, daban la impresión de ofrecerle menos posibilidades ahora que las repetía. ¿Qué podía hacer Hugh? ¿Qué podían hacer? Como ya había dejado claro, estaba Marigold. Y él era médico, tenía una reputación que mantener. Sus encuentros por fuerza habrían de ser infrecuentes. Pero por el momento ello no restaba valor a la extraordinaria, asombrosa y absolutamente inesperada

sensación de que incluso así él pensaba como pensaba ella, sentía lo mismo que sentía ella.

Deseosa de compartir el bien que se había cruzado en su camino, Sylvia se vistió y fue a casa de los Hedges para advertir a Sam que el señor Collins andaba buscando camorra. Pero su vecino se le había adelantado.

—Vino primero aquí, amenazándonos y lanzando acusaciones. —June estaba furiosa.

Sylvia, que estaba bastante segura de que había sido Sam el que había arrancado la rama, preguntó si podía hablar con el niño.

Las gemelas se encontraban en la salita, sentadas en el suelo con las piernas abiertas haciendo cadenas con tiras de papel de colores. Habían quitado la goma a fuerza de tanto pasarle la lengua y ahora tenían que pegar las cadenas con engrudo y se peleaban por la brocha.

—¿Quieres que te hagamos cadenas de papel, Sylvia?

—Claro, gemelas. Me encantaría.

—Hoy no somos gemelas —corrigió Jem—. Yo soy la reina Isabel y ella, la princesa Margarita.

—La princesa Margarita es la guapa —explicó Pam.

Sylvia esquivó el engrudo y se dirigió al minúsculo cuarto que hacía las veces de habitación de Sam. Este estaba enfrascado en el funicular que había construido con su mecano.

—Supongo que lo habrás oído todo, ¿no, Sam? El caso es que si vuelve a pasar algo así, es muy posible que el señor Collins llame a la policía.

—Como si me importara —espetó Sam con tono desafiante.

—Escucha, a mí ni me va ni me viene —contestó ella—. Siempre y cuando seas consciente de la situación.

Incapaz de leer o hacer nada, Sylvia decidió dar un paseo hasta la fundición. El barro de los baches del camino se había helado y estaba endurecido, y los arbustos que crecían en los bordes estaban salpicados de bayas de espino color escarlata y recubiertos de abundante clemátide. Mientras meditaba sobre el altercado provocado por el árbol del señor Collins, que suponía que Sam había birlado para coger el muérdago, recordó una vez más los besos de Hugh.

Había ido a la fundición con alguna esperanza de encontrarlo allí y confirmar que, como ella, él estaba pensando en su primer encuentro en aquel lugar, pero la única señal de vida aparte de ella misma con la que se encontró fue un gato de pelaje rojizo que le trajo a la memoria al señor Collins. El

pobre, patético señor Collins, con sus insignificantes preocupaciones de solterona. Dada su disposición de ánimo, se sentía benévola con él.

Como si le leyera el pensamiento, el gato se acercó y se le enroscó en las piernas, y ella se agachó para acariciarle el enmarañado pelo.

—Hola, gatito.

El animal inclinó la cabeza y dos lagos de un verde cristalino la miraron fijamente. Después el gato se sacudió y se alejó con la cola en alto.

—Soy el gato que camina solo y a quien no le importa estar aquí o allá — dijo ella en voz queda.

Aún inquieta, caminó a orillas del canal hasta la esclusa. La puerta de la casita del esclusero estaba abierta y delante había un joven que tendría su edad y que la advirtió:

—Tenga cuidado por dónde pisa. Ha llegado el invierno.

Entonces Sylvia se acordó:

—¿Conoce usted a Lizzie Smith?

—Da la casualidad de que la pequeña Liz está aquí.

La señora Bird se asomó a la puerta.

—Hace un frío de mil demonios. Acabo de preparar té y he traído a Ned, aquí presente, un trozo de mi pudín de Navidad.

Sylvia cruzó la cancilla de la casita y entró en un cuarto minúsculo, donde vio el pudín de frutas de aspecto denso. En un primer momento Lizzie se quedó sin habla al ver a Sylvia, pero recuperó la voz cuando su abuela siguió a Ned a la cocina.

Al otro lado del delgado tabique, oyeron que la mujer decía:

—No me digas que alguien va a pasar por esa esclusa el día de Navidad, porque si es así no me lo explico.

Sylvia, que se había abstenido de preguntar por los estudios delante de la señora Bird, se arriesgó a hacerlo ahora:

—¿Qué tal te va en la nueva escuela, Lizzie?

—Las matemáticas son difíciles, soy de las peores, pero en inglés estoy entre las primeras.

—Cuánto me alegro.

Cohibida, la niña añadió:

—Haré de Grano de Mostaza, señorita, en la obra de teatro de la escuela. Hice la prueba para la profesora de inglés y el trimestre que viene empezamos a ensayar.

—Es estupendo, Lizzie. ¿Recuerdas que hablamos de esa obra mientras Sam y tú le dabais de comer a los burros? Yo interpreté a Fondón en la

escuela.

—Ese lo hará Janine Gates. Su madre hace marionetas, así que se encargará de la cabeza de asno. ¿Vendrá a verla, señorita?

—Llámame Sylvia, Lizzie, insisto, y sí, me encantaría ir a verte. Llevaré a Sam.

—No querrá ir.

Sensibilizada con las susceptibilidades del mal de amores, Sylvia repuso:

—Estoy segura de que sí. Ven un día a casa durante las vacaciones. Le gustará verte.

—Podríamos practicar juntos para sus exámenes finales, como hizo usted conmigo.

—Podríamos, sí —convino ella, si bien supuso que Sam no se rebajaría a ello. Se esperaba que Sam aprobase sin problema esos exámenes.

La señora Bird volvió después de atosigar a Ned y empezó a meter prisa a Lizzie para que se pusiera el abrigo.

—Corre o tu abuelo volverá del *pub* esperando que el asado esté en la mesa.

—¿Le apetecería algo más fuerte? —preguntó Ned cuando se hubieron marchado—. ¿Ahora que no tengo encima a la tía Thelma?

A Sylvia le pareció buena idea.

—Gracias, me encantaría. ¿La señora Bird es su tía?

—Tía abuela. Su marido, el tío Jim, y el padre de mi padre son hermanos, pero a ella le gusta que la llame tía y, como solía decir mi madre, Thelma siempre se sale con la suya.

—¿Su madre...?

—Murió de gripe. Complicaciones.

—Lo lamento.

—La tía Thelma le echó una mano a mi padre con nosotros. No se las habría apañado sin ella, así que dejo que me dé la lata. No me molesta.

Sin saber que decir, Sylvia replicó:

—Parece muy amable.

Ned se rio. Tenía un rostro más bien corriente, pero se le iluminaba cuando se reía.

—No si no le cae usted en gracia. Entonces puede ser una verdadera arpía. Mi madre no se llevaba muy bien con ella, si le soy sincero. ¿Qué le apetece? Tengo *whisky*, *gin-tonic*, jerez, cerveza...

—Un *gin-tonic* sería estupendo. —Hugh le había ofrecido eso mismo la tarde anterior—. Está usted bien provisto.

—Me permito uno o dos lujos por Navidad. Con algo de beber y la radio esto resulta acogedor.

—¿No se siente usted solo?

—Me gusta estar solo. Aquí tiene. ¡Salud!

Sylvia bebió a sorbos la chispeante bebida, sintiéndose adulta y entusiasmada. El sol arrancaba destellos a la tracería de escarcha de los cristales y se refractaba en las danzarinas burbujas del vaso.

—Usted es la nueva bibliotecaria —observó Ned—. Me gustan los libros.

—¿Qué le gusta leer?

—Casi todo. Novelas policiacas, historia. Ahora mismo estoy leyendo esto. —Le enseñó *Los cañones de Navarone*—. Si hubiera tenido la edad, habría servido en la armada.

—Mi padre estuvo en la RAF —dijo Sylvia, y sus pensamientos volvieron a Hugh. Cuatro años prisionero de guerra en un campo. Para volver a casa y encontrarse con un matrimonio del que se había hartado.

—Eso tampoco me habría importado —aseguró Ned—. Habría dado cualquier cosa por servir en el ejército.

—Todavía recuerdo el alivio que sentimos cuando por fin terminó todo. —Los espantosos bombardeos nocturnos, la cabeza metida debajo de la colcha, la preocupación de que pudieran matar a su padre—. Y el racionamiento. ¿No fueron estupendos, esos primeros plátanos?

—Sí que me acuerdo de que el primer plátano que me comí fue muy especial.

Su nuevo amigo parecía encantado con su compañía y los recuerdos compartidos de la guerra. Le contó que había ido a Londres y se había quedado horrorizado al ver la devastación causada por las bombas.

—Ustedes, los londinenses, lo tuvieron difícil con el Blitz.

—Nosotros vivíamos en las afueras —precisó Sylvia—. Pero aun así estábamos cerca. Por la noche se oían los aviones que nos sobrevolaban.

Era la única persona de su edad a la que había conocido y con la que pudiera hablar en East Mole; incluso Gwen le sacaba algunos años. Y había algo reconfortante en ello. Era como si pudiese confiar en Ned Bird, si llegase a ser necesario.

18

Sylvia no sabía qué hacer respecto a los zapatos y la ropa que se había dejado en alguna parte de Salisbury. Había llamado al George and Dragon desde una cabina, pero lo cogió una mujer que parecía extranjera y no había logrado hacerse entender. Aunque estaba en ascuas con la esperanza de tener noticias de Hugh no lo volvió a ver hasta el día del cóctel.

Él llegó justo antes de que cerrara la biblioteca. Dee seguía ordenando afanosamente los estantes, así que no pudieron hablar claro.

—He venido a devolver estos libros de Marigold. Está mucho mejor, pero su respiración aún es sibilante, así que continúa arrestada en el cuartel.

—Cuánto lo siento. —El comentario se le antojó fatuo.

—Me ha mandado a que le elija unos libros. Al final no se ha leído este. Me temo que mi entusiasmo le quitó las ganas. —Le entregó *El castillo soñado* mientras clavaba la mirada en ella—. Comentó usted que quería volver a leerlo, ¿no es así?

—Voy un momento a coger unas fichas del armario y nos vamos — anunció Dee.

En cuanto se hubo ido, Sylvia susurró, temerosa de que volviera de repente:

—¿No pasa nada si voy esta noche?

—En absoluto. Por eso he venido, para asegurarme. —Le apretó la mano—. Será mejor que vuelva o me castigarán.

—Hugh —seguía pareciéndole raro pronunciar su nombre en voz alta—, siento tener que pedirte esto, pero tonta de mí me dejé la ropa y unos zapatos en Salisbury, quizá en el *pub*. Si vuelves a ir para ver a tu amigo, ¿te importaría ir a preguntar?

—Me alegro de que pensaras tanto en mí como para dejarte la ropa olvidada.

Una vez se hubo ido, Sylvia abrió *El castillo soñado* y vio que dentro había una nota escrita en el papel de la consulta.

La estaba leyendo cuando Dee entró por las puertas batientes.

—¿Se encuentra bien? Parece sofocada.

—Hace calor aquí, con los radiadores encendidos. ¿Cerramos?

Al salir, Dee observó:

—Con el tiempo que hace, necesita un calzado más robusto.

Sylvia le había dado vueltas al problema de los zapatos. Los de charol que había comprado difícilmente podían ser adecuados para montar en bicicleta o para andar por el mojado y fangoso camino de sirga, de modo que se veía obligada a utilizar las botas de goma y al llegar al trabajo se las quitaba y se ponía los zapatos de charol.

—En los otros zapatos me entra agua —improvisó—. Pero tengo las botas de goma para ir al trabajo y volver a casa.

—¿Qué número gasta? Yo diría que más o menos el mío. Si quiere venir a casa, tengo de sobra.

Sylvia fue a casa de Dee, se probó los zapatos y encontró un par que le iba bien. Dee insistió en que se quedara a comer y, mientras daban buena cuenta de la coliflor con queso, Sylvia mencionó el cóctel de los Bell.

—A mí no me han invitado. Jeanette Bell no invitaría a alguien como yo. No soy de la clase adecuada.

—Estoy segura de que no es eso, Dee.

—Ya lo creo que sí. Su señoría está invitado, y no es que me importe.

Antes de que Sylvia se fuera, Dee propuso:

—Si quiere, puede venir a ponerse las galas aquí. De ese modo no llegará a *chez* Bell llena de barro y aquí tiene una cama para después, si lo necesita.

Esa misma tarde Sylvia volvió pedaleando a casa de Dee, que le dio la bienvenida y la mandó al cuarto de invitados para que se cambiara.

—Muy elegante —aprobó cuando Sylvia salió, cohibida—. Dicen que el verde da mala suerte, pero me gusta cómo le queda. Claro que se le marca la braga. ¿No tiene una faja? Aunque está hecha un fideo, si hay un vestido que necesite una faja es ese.

—No me gustan las prendas que me aprietan.

—En ese caso será mejor que se quite la braga. Le echa a perder la figura.

Sylvia se resistió al ofrecimiento de Dee de cardarle el cabello y fijarlo con laca.

—No, Dee. No quiero parecer una cualquiera.

—Le falta una pizca de colorete o parecerá enferma.

Dee le dio la vuelta, la escudriñó y le enderezó la costura de las medias.

—Lista. —Dee le dio una palmadita en el trasero—. Ya puede ir aquí al lado a ver a la señora marquesa, con esos aires que se da.

La casa de los Bell, un adosado con enlucido rugoso y un cuidado jardín delantero, se hallaba al final de un callejón sin salida. Era la clase de barrio al que aspiraba su madre, pensó Sylvia, no el entorno en el que ella imaginaba a Hugh. Permaneció unos minutos en la entrada antes de armarse de valor para llamar. Abrió Marigold.

—Estoy leyendo *Gigi*. Ya voy por la mitad.

—Marigold, deja de hablar y haz pasar a nuestra invitada.

Una mujer alta, escultural, con el cabello cobrizo —el mismo de Marigold — recogido en una trenza francesa, salió a su encuentro.

—Encantada de conocerla. Jeanette Bell, la madre de Marigold. Y usted debe de ser nuestra bibliotecaria. Su reputación la precede. Marigold tiene una fe ciega en los libros que le recomienda.

—Lo cierto es que Marigold no necesita mis recomendaciones —repuso Sylvia—. Tiene unos gustos muy refinados para una niña de su edad.

—Eso nos han dicho. —La esposa de Hugh esbozó una sonrisa complaciente y se hizo cargo del abrigo de Sylvia—. Marigold, lleva el abrigo de la señorita Blackwood arriba, a nuestro dormitorio.

—Es Sylvia —corrigió la niña—. Todos la llamamos así.

—Aquí, no. —Jeanette Bell dirigió nuevamente su sonrisa a Sylvia—. Preferiría que nos atuviéramos a las formalidades, si no le importa. Tengo entendido que se ha puesto de moda tratar a los niños como si fueran adultos en miniatura, pero Hugh y yo preferimos mantener las formas. ¿Conoció a mi esposo en la biblioteca?

—Sí —repuso ella—. Se toma en serio lo de llevar a Marigold. A veces debe de ser un fastidio tener que llevarla todas las semanas después de pasar consulta —añadió, sorprendida de sus habilidades diplomáticas.

La sonrisa de Jeanette se volvió más complaciente.

—Es un padre abnegado —observó.

Hugh apareció por una puerta que llevaba a la cocina.

—¿Qué le apetece beber? —Sylvia se percató de que evitaba utilizar su nombre—. Tenemos prácticamente de todo: *whisky*, *gin-tonic*, jerez, vermú francés o zumo de naranja o de tomate, si prefiere algo suave.

—Tomaré un *gin-tonic*, por favor. Le estoy cogiendo el gusto de un tiempo a esta parte.

—Ponme uno a mí también, ¿quieres, Hugh? —pidió Jeanette Bell—. Me gustaría presentarle al vicario a la señorita Blackwood.

Acompañó a Sylvia hasta una habitación decorada con un gran árbol de Navidad. De los marcos de las puertas colgaban guirnaldas con lucecitas de

colores.

—Me gusta la decoración —alabó Sylvia.

La señora Bell hizo caso omiso del comentario.

—Padre Austin, me gustaría presentarle a nuestra nueva bibliotecaria, la señorita Blackwood. El padre Austin es un gran lector. Creemos que debe de estar emparentado con la famosa novelista.

El reverendo Austin era un hombre medio calvo y de aspecto afable que estrechó la mano de Sylvia con fuerza. Para alivio de esta, no le preguntó si iba a la iglesia, pero una vez Jeanette Bell se hubo ido negó tener cualquier vínculo con la famosa escritora.

—El apellido se escribe de manera distinta. Me encantaría disfrutar del reflejo de la gloria de la divina Jane, pero me temo que la idea es un auténtico disparate.

—A decir verdad mi apellido es Blackwell —corrigió Sylvia—. No Blackwood. Sylvia Blackwell.

El reverendo Austin sonrió.

—En East Mole de nada sirve dar coces contra el aguijón.

Durante un segundo Sylvia se preguntó si le había guiñado un ojo, pero el reverendo se había vuelto hacia una señora de cabello cano que sacudía la cabeza vigorosamente en señal de asentimiento a lo que decía una señora menuda:

—No es que no ganásemos dinero con la tómbola.

—Esa es mi esposa, Audrey, de palique con una de sus amigas del IM. Un organismo con mucha más influencia aquí que la Iglesia, ¿no es así, querida?

La esposa del vicario estaba acostumbrada a su marido.

—Señorita Blackwell, seguro que recuerda usted a Ivy Roberts, nuestra tesorera. Por desgracia, la señora Brent, nuestra presidenta, no ha podido venir, pero sin duda se acordará de la señora Wynston-Jones.

Señaló a una mujer con un vestido de fiesta azul marino que Sylvia identificó como la señora Packard.

—¿Está aquí mi casera, la señora Bird?

Audrey Austin pareció sentirse incómoda y el vicario arqueó una ceja y repuso:

—No tiene pedigrí, en opinión de nuestra anfitriona.

Con ello, Sylvia le perdonó lo de «la divina Jane».

En el transcurso de la noche a Sylvia le presentaron a distintas personalidades de East Mole, las cuales, dedujo, debían de tener el debido pedigrí. Evitó a la señora Packard, que por suerte parecía haber olvidado la

invitación a su «velada», y vio al director de la escuela, el señor Arnold, picando de una bandeja de aperitivos de queso.

—Tome uno antes de que me los acabe todos. No están nada mal.

Sylvia, que empezaba a notar los efectos del *gin-tonic*, el segundo que tomaba en su vida, siguió su ejemplo.

—Tengo entendido que hay que felicitarla por el éxito que ha tenido con Lizzie Smith.

—El éxito es de Lizzie, no mío.

—Seré sincero con usted, a uno le da que pensar. No tenemos suficiente en cuenta a los niños de determinadas procedencias sociales. Marigold Bell es excepcional pero, seamos honestos, cuenta con ventajas.

—Sin embargo la procedencia social no lo es todo, ¿no cree? —señaló Sylvia—. Sam Hedges, el hijo de mis vecinos, es más listo que el hambre y sus padres, al igual que los míos a decir verdad, a pesar de ser también muy inteligentes no... —vaciló, pues no quería ser desleal ni con sus padres ni con los Hedges— son especialmente cultos. Sin embargo, Sam pasará con toda seguridad al bachillerato.

—No, no, si eso lo sé. Y el bachillerato está para que chavales como Sam, procedentes de..., ¿cómo lo podríamos decir?..., estratos más modestos, consigan medrar en la vida.

Sylvia se preguntaba cómo podía hacer lo que le proponía Hugh en su nota y estar un instante a solas con él. Para alivio suyo, su esposa, tras su breve presentación, parecía estar ocupada al otro lado del salón y Sylvia, que había estado esperando el momento para hacer una seña a Hugh, pensó que había llegado la ocasión de dar el paso.

Mientras lo decidía, alguien llamó con energía a la puerta principal.

—Lamento llegar tarde, mi querida señora —se disculpó el señor Booth saludando a Jeanette Bell, que había acudido deprisa y corriendo al recibidor. El cabello le brillaba con una pomada pestilente a la luz de la lámpara—. Mi media naranja —señaló a una mujer con aspecto abatido y un pañuelo en la cabeza que estaba a su lado— me ha hecho esperar.

—Señora Booth. —Jeanette le tendió una cuidada mano.

La aludida entregó a la anfitriona una maceta con una planta con algo de moho.

—Es una violeta africana.

—Muy amable por su parte —repuso Jeanette, que dejó la maceta y se sacudió de las manos restos de tierra.

El señor Booth señalaba con aspavientos un arreglo de muérdago que colgaba de la lámpara.

—¿Me permite? —Se adelantó como si fuera a besar a su anfitriona, pero esta se apartó a tiempo para evitarlo.

—Hugh llevará sus abrigos arriba. ¡Hugh!

El señor Booth, que había visto que Sylvia era testigo de las calabazas que acababa de recibir, se sonrojó.

—¿Ya conoce usted a nuestra ayudante de biblioteca, doctor Bell?

Hugh, que estaba ayudando a la señora Booth a quitarse el abrigo, se volvió de manera que solo Sylvia pudiera verlo y dijo para que ella le leyera los labios: «Los filisteos han caído sobre nosotros». Luego añadió en voz alta:

—¿Qué me dice a una penúltima?

—No, gracias. Yo ya me iba —repuso Sylvia, rehusando la bebida y levantando la voz—. Encantada de conocerla, señora Booth.

Esta le tendió una mano nerviosa y acto seguido miró a su esposo para asegurarse de que no había metido la pata.

En la cocina se oían ladridos.

—Ya que vas a subir, trae el abrigo de la señorita Blackwood, Hugh —ordenó Jeanette Bell—. Será mejor que me ocupe de ese perro.

—¿Le importa que vaya un momento al cuarto de baño? —preguntó Sylvia.

—Está arriba. Hugh se lo indicará.

—¿Viste mi nota? Temía no tener ocasión de hacer esto —dijo Hugh, estrechándola contra sí—. Me he pasado la noche rondándote como un águila ratonera a su presa.

—No estoy segura de saber cómo es un águila ratonera, pero creo que preferiría que no fueras una.

—Muy bien, borra lo del águila ratonera. —La apartó de él para mirarla—. Pareces un tierno alerce con ese vestido. Ah, esto es otra cosa —añadió, abrazándola de nuevo—. Sylvia, niña querida...

»Será mejor que te deje marchar antes de que los filisteos suban aquí —dijo algo después.

—¿No ha sido un poco peligroso lo que has hecho ahí abajo? —Sylvia alisó la colcha—. ¿No lo es esto?

—Tú haces que quiera correr peligros. Por cierto, gracias por el muérdago. Me figuro que fuiste tú.

Por primera vez desde que se conocían Sylvia sintió cierta irritación.

—¿De qué estás hablando?

—Lo siento. —Parecía confuso—. Encontramos un ramillete de muérdago colgado en la puerta. Por pura presunción di por sentado que era cosa tuya. Perdóname si estoy siendo un necio.

—Santo cielo, jamás se me habría ocurrido semejante ridiculez.

Era como si, después de todo, él no la conociese.

—Lo siento —se disculpó de nuevo, con aire abatido—. ¿Cuándo podré verte?

—¿No sería más bien cuándo podré verte yo?

—¿Mañana? ¿En la fundición? ¿A las cinco y media? Puedo llevarme a *Plush* de tapadera.

—Vale.

—¿Vale? ¿Eso es todo? ¿Estás molesta conmigo por lo del muérdago? Lo lamento, me imaginaba besándote bajo él, Sylvia.

¿Acaso no había hecho ella lo mismo?

—Naturalmente que quiero verte, Hugh. Cuanto antes, mejor.

Al bajar al recibidor, consciente de su presencia a su espalda, Sylvia agradeció que su esposa no estuviera allí para acompañarla a la puerta. La oyó hablar en la habitación contigua con el señor Booth, que decía:

—Todavía es muy joven e inexperta, tiene mucho que aprender, pero la estoy formando poco a poco.

Dee la esperaba en bata.

—Vamos, desembuche, cuénteme cómo ha sido. Hay comida en el horno, si tiene hambre.

Tras los nervios de la fiesta y el encuentro con Hugh, de pronto Sylvia se sintió famélica.

—¿Sabe qué, Dee? Tengo tanta hambre que me comería un caballo.

—Tendrá que conformarse con el pastel de carne que ha quedado. Calentaré los guisantes.

En la cocina, Sylvia intentó ser diplomática.

—No ha sido muy divertido, Dee, más bien pretencioso. —Tuvo la sensación de ser ligeramente desleal a Hugh al decirlo.

—¿Qué llevaba la señora marquesa?

Sylvia hizo un esfuerzo por ser generosa con la esposa de su amante, pero solo lo consiguió en parte.

—Se daba un aire a Alma Cogan, pero menos formal.

—O sea, un vejestorio emperifollado. ¿Quién más había?

—Veamos —empezó Sylvia con cautela—, varias señoras del IM, a algunas de las cuales ya conocía, y el vicario, que me ha parecido muy agradable.

—No está mal —convino Dee—. Empina un poco el codo.

—Fue deferente con la señora Bird. Eso me gustó.

—Es lo suyo, ¿no cree? La caridad cristiana. ¿Qué me dice de su señoría? ¿Se presentó?

—¿El señor Booth? Llegó cuando yo ya me iba.

—¿Solo?

—Lo cierto es que no.

Dee dejó con un golpe la sartén con los guisantes en el escurridero.

—Maldita sea su estampa.

—Si le sirve de consuelo, Dee, su esposa parecía una mujer triste. —La sumisa señora Booth le había dado pena.

Sin embargo, una de las virtudes de Dee era su sorprendente sentido de la justicia.

—Apuesto a que él le hace la vida imposible a esa pobre infeliz.

—¿Para qué quiere tener usted cerca a un bravucón así, Dee?

—A mi edad cualquier cosa con pantalón es un extra.

—Sin duda, no si es un bravucón.

—Hay cosas peores —aseguró Dee con tristeza.

—¿Por ejemplo?

—Los que abusan de niños, como el condenado Cyril. ¿Quiere ketchup con el pastel de carne?

19

La inminente Navidad era una cuestión que Sylvia había intentado eludir mentalmente, lo que significaba que siempre estaba latente bajo la superficie de sus pensamientos. Su padre estaría deseando que fuese a casa y ella apenas podía soportar la idea de la baladronada con la que su progenitor recibiría otro abandono. Pero la idea de estar lejos de Hugh...

Se vieron el día siguiente al cóctel, en la fundición, pero Marigold decidió acompañar a su padre y el encuentro se celebró bajo una vigilancia que supuso un tormento. En un momento dado, Hugh le tocó la mano y Marigold se volvió; durante un espantoso instante dio la impresión de que la niña se había percatado del rápido gesto de intimidad, pero después se puso a hablar alegremente con Sylvia, de modo que parecía que no había visto nada.

Después, durante toda una larga semana, Sylvia ni lo vio ni supo nada de él.

La señora Bird se dejó caer por la biblioteca con un paquete que resultó ser un calendario con fotografías en color de la campiña y un refrán para cada mes. Sylvia, que había abierto el paquete para saber qué clase de regalo se esperaba que hiciese a su vez, leyó bajo la foto de unos ponis acurrucados en un paisaje nevado de Dartmoor: «Enero es el mes primero; si viene frío, es buen caballero».

Sylvia había calculado que tenía quince chelines y seis peniques para destinar a regalos navideños. Y parte de ese dinero era para el billete para ir a su casa. Pasó la tarde del sábado deambulando por el centro en busca de regalos económicos apropiados. Se decidió por una caja de sales de baño Black Rose de Coty para Dee, unos posavasos con monumentos de Londres para la señora Bird y sendos pasadores de pelo para las gemelas. June y Ray recibirían una caja de pastas con dos terriers escoceses en la tapa y dos paquetes de semillas de judía. Sabía que Sam ansiaba el último anuario de *Beano* y, tradicionalmente, Sylvia siempre le regalaba un libro a su padre. Por lo tanto solo quedaban su madre —un eterno problema— y Hugh.

El primero fue el problema que menos le costó resolver. Acabó eligiendo un pañuelo azul celeste, como los ojos de su madre. Gracias a ello tuvo tiempo para sopesar la compra más arriesgada porque quizá Hugh no le comprase nada a ella, en cuyo caso sería ridículo que ella le hiciese un regalo.

Mientras rumiaba sobre ello se tropezó con él en la calle Mayor.

Intercambiaron los saludos de rigor y unas palabras forzadas.

—Ah, hola.

—Hola.

—¿De compras navideñas?

—Casi he terminado.

—Me preguntaba —comenzó Hugh tras unas cuantas frases acartonadas más— si podrías echarme una mano con el regalo de Marigold. Me gustaría comprarle un libro —especificó, alzando un poco la voz para que la señora Packard, que pasaba por allí, lo oyese—, y no me vendría mal su experiencia literaria.

Procurando no parecer impaciente, Sylvia contestó:

—Yo también tengo que comprar unos libros.

—Si quiere, puedo llevarla a Salisbury a cambio de sus recomendaciones para Marigold.

—Uf —dijo después, de camino a Salisbury en el Hillman gris—. Me ha salido bien la improvisación.

En la librería, Sylvia dudó entre *Los grandes discursos de Churchill* o *El puente sobre el río Kwai* para su padre.

—¿Cuál escogerías tú? —preguntó a Hugh.

—Yo apostaría por Churchill, pero no soy imparcial. Esa voz fue uno de mis salvavidas mientras era prisionero de guerra.

—Para mi padre, también. No habla mucho de la guerra, pero tengo el ajedrez que heredó de un piloto checo al que derribaron.

—Estuve con algunos checos en uno de los campos. Uno me enseñó un poco el idioma.

—¿De veras?

—En los campos nos enseñábamos mutuamente muchas cosas. Casi todo lo que sé de Shakespeare es gracias a las obras de teatro que montaba allí un muchacho llamado Michael Langham. Ahora es director de teatro. Yo puse en escena un par de Gilbert y Sullivan. Todos contribuíamos aportando lo que sabíamos. Nos ayudaba a pasar el tiempo. —Se quedó pensando mientras le daba la vuelta al libro de Churchill entre las manos. Unas manos de dedos largos—. Fue un aprendizaje en más de un sentido.

Temerosa de traspasar una línea invisible, Sylvia cambió de tema.

—¿Crees que Marigold estará lista para leer a Jane Austen?

—Siento tener que decirte que soy un ignorante en lo que se refiere a Jane Austen.

—Mientras no la llames «la divina Jane» como el vicario...

Se decidieron por Churchill y *Orgullo y prejuicio*, y Sylvia compró además un libro infantil nuevo para las gemelas del que había leído buenas reseñas en la publicación del gremio.

Hugh le apretó el brazo.

—Y ahora, a comer.

—¿Y tu mujer? ¿No deberías volver a casa?

—Tenemos a una amiga suya en casa, una mujer espantosa que no me soporta. Sinceramente, el sentimiento es mutuo. Jeanette se alegrará de que no esté. A ver, ¿adónde vamos? Esta vez al George no.

Encontraron un restaurante italiano cerca de la catedral, decorado con redes de pesca en las que se entrelazaban de manera sorprendente parras de plástico con uvas de plástico rojas y botellas de Chianti. Comieron escalope de ternera y bebieron vino, y de postre Hugh pidió sabayón.

—Esto está delicioso —elogió Sylvia—, pero me está achispando. ¿Qué lleva?

—Mientras te achispe, no es preciso que lo sepas.

En el momento del café él se sacó una cajita del bolsillo.

—Esto me recordó a ti con el vestido verde.

—Uy, pero si yo no...

—No lo hagas; tendría que esconder lo que me regalaras. Esto te lo puedes poner y decir que es un regalo de tu madre.

—¿Mi madre? Lo dudo mucho —respondió Sylvia mientras se prendía en la blusa un delicado broche de plata con forma de hoja—. Nunca me ha regalado nada ni la mitad de bonito.

—Las personas bonitas deberían tener cosas bonitas.

—Hugh —dijo ella—, ¿qué va a pasar? Me refiero a... —Pero lo cierto era que ni ella misma sabía a qué se refería.

—¿Contigo y conmigo?

—Lo siento. No debería preguntar.

El médico se inclinó sobre la mesa para apretarle la mano.

—Apelaremos a *sir* Garnet Wolseley.

Por un momento Sylvia se quedó desconcertada.

—¿Se puede saber quién es ese señor?

Él se rio y repuso:

—Un famoso general que luchó en la guerra de Crimea. Significa que confíes en mí, todo irá bien.

Sylvia no pudo evitar pensar que la guerra de Crimea no era la analogía más tranquilizadora para una aventura amorosa, pero se lo calló.

En East Mole, la señora Packard contaba a la señora Brent:

—La vi irse con él en su coche. Con todo el descaro del mundo.

La señora Brent repuso con expresión grave:

—Parecía una muchacha respetable cuando fue a hablar con nosotras al IM.

La señora Packard se había percatado de que Sylvia la había evitado en la fiesta de los Bell.

—Sé por experiencia que las mosquitas muertas son las peores.

Aunque nevó antes de Navidad fue una nevada débil, con esa nieve que se derrite antes de llegar a cuajar, y frustró las esperanzas de los niños de East Mole de hacer muñecos de nieve y peleas de bolas. Las esperanzas que abrigaba Sylvia de que ello le imposibilitara ir a Ruislip también se vieron desbaratadas. Sin embargo, la conciencia le remordió al ver la dicha que sentía su padre por tenerla de nuevo en casa. Incluso su madre parecía alegrarse de verla.

Tras meterse entre las frías sábanas de la cama de su infancia, Sylvia recordó cuánto había deseado que su madre diera alguna muestra de disfrutar con su presencia, y cómo ahorra para comprarle pequeños regalos y ayudaba con los quehaceres del hogar para ganarse su aprobación. Pero ahora que llegaba era demasiado tarde.

¿Era amor o indolencia lo que había hecho que su padre renunciara a su vida por la versión de esta que había escogido su madre? ¿O acaso se compadecía de la estrechez de miras de su esposa, igual que ahora Sylvia, a su vez, se compadecía de su padre? Resultaba imposible no pensar en Hugh y Jeanette Bell. En años venideros, ¿pensaría Marigold igual de Hugh? Era terrible, esa lástima que le inspiraba su padre. «Debería haber tenido un hijo varón —pensó Sylvia mientras se levantaba de la cama para coger una chaqueta—. Y yo debería haber tenido un hermano».

En Nochebuena, la tradición mandaba que los Blackwell asistieran a la misa del gallo. De pie en la abarrotada iglesia, a Sylvia la asaltaban pensamientos de Hugh. «La primera Navidad que los ángeles cantaron fue a Hugh Bell», era el villancico que cantaba su cabeza, tan alto y claro que le parecía que la congregación entera debía de oírlo. Los días durante los que no habría posibilidad de verlo se extendían ante ella de manera insoportable.

El día de Navidad no fue tan malo como había temido. El discurso navideño de la reina sería televisado por segunda vez en la historia y el padre de Sylvia había capitulado ante el deseo de su esposa de no ser menos que los

Jones y había comprado un televisor a plazos. En su campaña ella había sacado a relucir el ejemplo de los Hedges.

—Pero en su caso un cliente se lo dio al padre de June y él lo arregló —objetó él.

Sin embargo, los Jones ganaron la partida y Sylvia y sus padres se apretujaron en el sofá para presenciar el milagro de tener en su salita a una soberana coronada.

—Muy solemne —fue el veredicto de su madre.

—De tal palo, tal astilla —decidió su padre—. Tenías razón, mamá, al hacerme comprar esto.

Los regalos que escogió Sylvia también fueron del agrado de todos: su padre leyó en alto fragmentos de los discursos de Churchill y, sorprendentemente, su madre se puso el pañuelo. A ella sus padres le hicieron entrega de un voluminoso paquete.

—¿Qué es? —Sylvia estaba desconcertada.

—Es una Teasmade —reveló su madre—. Para que no tengas que jugar te el tipo bajando esas escaleras espantosas por la mañana.

—Tu madre la encargó ex profeso —añadió con orgullo su padre.

Y Sylvia, que casi por encima de todas las cosas disfrutaba contemplando a los pájaros por la mañana a través de la ventana del número 5 mientras hervía el agua del té, sintió que se le saltaban las lágrimas. Su madre había intentado pensar en ella. «Entonces, ¿es preciso ausentarse para que te aprecien?», se preguntó. De ser así, quizá fuese buena idea hallarse lejos de Hugh.

La biblioteca no abriría hasta el año siguiente, pero Sylvia inventó una excusa para volver a East Mole antes. Le dieron la bienvenida unas gemelas exultantes.

—¡Sylvia! ¡Sylvia! ¡Nos encanta el Grinch!

—Qué bien. Me alegro mucho.

—El Grinch robó la Navidad —dijo Jem, satisfecha—. ¿Nos lo leerás? Por favor, por favor, Sylvia, por favor.

—Primero dejad que me organice.

Sam, justo detrás de sus hermanas, dijo:

—Le he hecho un regalo para darle las gracias.

—Es muy amable por tu parte, Sam.

—Nosotras también te hicimos un regalo —afirmó Pam—, pero nos lo tiraron.

Sylvia apenas había terminado de deshacer la maleta cuando Sam llamó a la puerta y le dio un pedazo de rama vaciada.

—Es del ciruelo al que alcanzó la tormenta.

—Es precioso. —Sylvia examinó las hojas talladas que subían en espiral por la madera—. ¿Quién te ha enseñado a hacer esto?

—Mi abuelo. Tengo algunas de sus herramientas.

Sylvia apoyó la rama tallada en la repisa de la ventana.

—Puedo ponerle hojas y plumas y cosas así. Gracias, Sam, significa mucho para mí.

—¿Qué es eso? —Sam estaba mirando la Teasmade.

—Un aparato que hace el té automáticamente. Te despierta por la mañana para que no tengas que levantarte a poner el agua a hervir.

—¿Por eso se llama Teasmade? —inquirió el niño, que estaba leyendo la caja—. ¿Porque hace el té?

—Pues no me había parado a pensarlo, ¿sabes?

—¿Podemos probarlo?

—Tendrás que leer las instrucciones. Para mí no tienen ni pies ni cabeza.

Sam llenó el aparato de agua y puso la alarma antes de ayudar a Sylvia a echar leña y encender el fuego. Se quedó sentado en la alfombrilla de delante de la chimenea y permaneció allí sin decir nada durante tanto tiempo que al cabo Sylvia le preguntó:

—¿Hay algo que me quieras contar, Sam?

El niño farfulló algo aunque lo único que ella logró entender fue:

—... lo del viejo pelo zanahoria.

Sylvia había resuelto el misterio de la sorprendente aparición del muérdago en casa de los Bell.

—Sam, ¿por casualidad robaste la rama de manzano al señor Collins para darle el muérdago a Marigold? —Al ver la cara inexpresiva que ponía el niño, ella añadió—: No estoy enfadada. Es solo que me gustaría saberlo.

—¿Se lo dijo ella?

—No, pero llegó a mis oídos que había aparecido un ramillete de muérdago en su puerta.

—No era para besarnos. —Sam parecía furioso—. Era un reto. Ella me retó a hacerlo. Solo que al bajarme me resbalé y la rama se rompió.

—Ah.

—La cosa es... —empezó Sam, y se interrumpió.

—¿Sí?

—Mi padre me preguntó, y como no quería que pensara que estaba mintiendo le dije... le dije que era para usted.

—¿Por qué para mí?

—Sabía que a papá no le importaría si lo hice para usted.

—«Había hecho», Sam, no «hice». —Sylvia vio que sus ojos grises se humedecían y se arrepintió. Solo los sádicos disfrutaban viendo a los orgullosos humillados—. Sam, escucha, es la alarma de la Teasmade. Probemos el té con una Digestive de chocolate y mientras me cuentas exactamente lo que dijiste que yo te dije que podías hacer.

Más adelante Sylvia comprendió que el altercado por el manzano del señor Collins fue el precursor de todos los problemas que siguieron.

Para empezar el señor Collins la hizo esperar un buen rato ante la puerta en medio del frío de media tarde. Después de oír por fin el arrastrar de zapatillas que se acercaba, el hombre abrió tan solo una rendija.

—Señor Collins, ¿podría pasar?

Su vecino retiró torpemente una cadena y se quedó con la espalda pegada a la pared, como si ella fuese la portadora de una enfermedad infecciosa.

La puerta del número 4 se abría directamente a una salita. No tenía muchos muebles, tan solo un par de sillones. Tampoco había cuadros, únicamente una fotografía enmarcada en la repisa de la chimenea, donde un aparato eléctrico de una resistencia desprendía un calor insuficiente.

En medio de la poco acogedora estancia, Sylvia no sabía qué hacer.

—He venido por lo de su manzano, señor Collins.

—¿Sí?

—Es posible que lo haya inducido a error sin querer.

—¿A qué se refiere usted?

La determinación que había sentido en un primer momento se desvanecía, así que Sylvia titubeó.

—Al parecer es posible que haya..., que le diera sin querer a Sam Hedges la idea de que me gustaría que la rama del árbol que cuelga sobre el camino de mi jardín desapareciera.

—Entiendo.

—Verá —continuó ella, intentando dar forma a su relato—, le dejé una nota a Sam pidiendo que se ocupara del jardín, sobre todo alrededor del camino, porque mi casero, me refiero al esposo de mi casera, el señor Bird...

—Sé quién es Jim Bird.

—Sí, pues bien, él, el señor Bird, me dijo un día que Sam estaba conmigo que esa rama de su árbol que rebasa...

—Que rebasaba.

—Sí, naturalmente, que rebasaba los límites de su jardín era por derecho mía, como inquilina suya que soy, inquilina de los Bird, y que podía cortarla puesto que técnicamente...

—Entonces ¿fue usted? —inquirió el señor Collins, los apagados ojos fijos en ella.

—No exactamente —corrigió Sylvia, a la que asaltó un fuerte deseo de echarse a reír.

—Entiendo. —La boquita de botón de rosa del señor Collins hizo un mohín—. El niño lo negó categóricamente. Y sus padres también.

—Sí —contestó ella, confiando en adoptar el tono apaciguador que requería el momento—, lo sé. Sus padres no lo sabían, no estaban al tanto. A Sam le preocupaba haber hecho algo malo sin querer y como yo no estaba, no pudo...

—Pero yo le pregunté a usted, señorita Blackwell. Se lo pregunté expresamente antes de que se fuese. Tengo la fecha anotada en mi diario.

—Sí —admitió Sylvia, buscando desesperadamente una idea genial—. Así fue, en efecto, y lo siento. Pero entonces Sam aún no había tenido ocasión, no habíamos tenido ocasión, mejor dicho, de hablar y...

—Señorita Blackwell —la interrumpió su vecino—. Es usted funcionaria. Y yo intervine en su nombramiento. No cabe duda de que este comportamiento es de lo más inusual.

Se rascó la pecosa calva y una nube de caspa cayó sobre los hombros de su jersey, una vieja prenda de estudiante que había encogido al lavarla, estaba apolillada y le quedaba demasiado tirante en la barriga. Afligida por la inadecuada estampa del anciano, Sylvia desvió la mirada y la fijó en una solitaria postal navideña que descansaba sobre el feo aparador del señor Collins. Aunque ella había enviado postales a los Hedges y a todas sus amistades de East Mole, ni se le había pasado por la cabeza mandar una a su vecino.

Mientras contemplaba la tosca imagen del niño Jesús en el pesebre adorado por un par de pastorcillos y un ángel que miraba altanero desde arriba, dijo:

—No sabe cuánto lo siento, señor Collins. Me gustaría poder compensárselo. —June le había regalado una lata de tartaletas de manzana—.

¿Le apetecería venir a tomar el té?

Como si le hubiese adivinado el pensamiento, el anciano se sacudió la caspa de los hombros con malhumor.

—No será necesario.

—Me gustaría que pudiésemos ser amigos. —Y en ese momento realmente pensaba que era posible.

Pero su vecino cerró los ojos como si la idea le resultase especialmente aborrecible.

—Tendré que considerar si informo de esto a su superior en la biblioteca.

De pronto, Sylvia se enfureció.

—Adelante, hágalo, señor Collins. Pero creo que descubrirá que tenía perfecto derecho a deshacerme de esa rama.

Eso había dicho la señora Bird. A ese respecto, al menos podía confiar en la señora Bird.

21

A Sylvia no le sorprendió demasiado que al día siguiente el señor Booth la llamara a capítulo.

—Quiere que vaya a su despacho —anunció Dee—. Algo relacionado con su vecino.

Su jefe estaba sentado a la mesa, al parecer revisando unos papeles, cuando ella llamó a la puerta abierta.

—Siéntese, por favor, señorita Blackwell. Esta mañana he recibido una queja de uno de sus vecinos.

—¿Ah, sí?

—El señor Collins —prosiguió su jefe—. Quien, estoy seguro de que no hace falta que le recuerde, es el presidente del comité de la biblioteca. Según me ha informado, se ha producido un incidente relacionado con su propiedad.

A Sylvia se le pasó por la cabeza decir: «¿Qué demonios tiene esto que ver con usted?».

—Me figuro que será por lo de su manzano, señor Booth.

—Insinúa que usted es la responsable de los daños que ha sufrido el árbol.

—No.

—¿Lo niega usted?

—Sí.

El señor Booth miró la página de un cuaderno de espiral que tenía abierto y leyó con voz ampulosa:

—«Me percaté de que alguien había arrancado una gran parte del árbol».

—Se aclaró la garganta—. Son palabras textuales del señor Collins.

—¿Ah, sí?

El señor Booth siguió leyendo las notas:

—«Al albergar la sospecha de que la señorita Blackwell pudiera conocer la identidad del responsable, la abordé y ella negó tener conocimiento de cómo se habían originado los daños. Posteriormente...».

Aquello era demasiado.

—Posteriormente —lo interrumpió Sylvia— le dije que yo había sido responsable sin querer. —El señor Booth fue a decir algo pero Sylvia continuó—: El hijo de mi vecino retiró una rama que colgaba sobre el sendero del jardín de la propiedad de la que soy inquilina. Al parecer, es legal eliminar la vegetación que invade la propiedad de uno. Mi casera lo consultó en el ayuntamiento.

Se hizo un silencio, durante el cual se midieron mutuamente. Luego el señor Booth dijo:

—Como es natural, el señor Collins se ha informado de sus derechos. —Tosió y empezó a leer en voz alta de nuevo—: «Es requisito que en primer lugar se invite al propietario del mencionado arbusto, mata o árbol a que sea él quien retire el brote externo».

La naturaleza en apariencia plácida de Sylvia estaba demostrando ocultar un temperamento que se volvía frío y firme si se encendía.

—Verá usted, señor Booth —repuso con dulzura—, la rama suponía un peligro.

—¿Un peligro?

—Un peligro para la salud. Sam tenía razón. Es cierto que yo tenía en mente eliminar esa rama. Él solo se adelantó. El esposo de mi casera, el señor Bird, se hizo un desagradable arañazo en el ojo cuando vino a echar una mano en el jardín. Yo tenía miedo de que alguno de los pequeños Hedges se diera contra él y se hiciese daño, en cuyo caso, como usted comprenderá, la responsable habría sido yo. El árbol sufrió daños durante la tormenta y la rama quedó a la altura de los ojos de los niños; en una ocasión supe de alguien —empezaba a divertirse con aquello— que se dio contra una rama, una rama que parecía absolutamente inocente, y se quedó ciego.

A los ojos saltones del señor Booth asomó una expresión de sorpresa.

—Ni que decir tiene que pedí disculpas al señor Collins —continuó Sylvia, ahora segura de su superioridad moral— en cuanto averigüé cuál había sido el origen de toda esta confusión. Y lo invité a tomar el té. Una ramita de olivo —se sintió inspirada— para compensar la rama del manzano, ¿sabe? Por desgracia él tenía otro compromiso.

Salió del despacho, así se lo transmitió a Hugh, sintiéndose como Daniel al salir del foso de los leones. Exceptuando el hecho de que Hugh no se encontraba allí más que en sus pensamientos.

No lo había vuelto a ver. Ni siquiera había recibido una carta suya, aunque mientras comían en Salisbury él había insinuado que le enviaría una para mitigar su ausencia en Navidad.

«Esto es un disparate —se dijo—. Tengo una relación con un hombre casado. Qué tópico».

Para distraerse intentó revivir los planes que tenía para la escuela.

—¿Y si el proyecto girara en torno a la provincia romana de Britania? —preguntó a Sam—. Por aquí hay bastantes restos romanos.

El interés de Sam por la lectura había disminuido con la partida de Marigold a su nueva escuela. Le costó lo suyo terminar *Historia de dos ciudades* y acudía fielmente a la biblioteca con la esperanza, Sylvia estaba segura, de poder hablar del libro con Marigold, pero ni esta ni su padre aparecieron. Sylvia no sabía si sentirse preocupada o enfadada, y se debatía peligrosamente entre ambos estados mentales.

Al cabo de dos deprimentes semanas, Sam ni siquiera se inventó una excusa para acompañarla a la biblioteca. Enfiló el camino de sirga arrastrando los pies, dando patadas a las piedras malhumorado y soltando imprecaciones que Sylvia oía perfectamente cuando erraba el blanco. A Sylvia le había salido un grano en la frente y se lo había rascado, de manera que ahora parecía un bindi hindú y trataba de fingir que no le importaba su aspecto ni quién lo viera.

Por tanto, a los dos les sorprendió encontrar a Marigold sentada en la escalera de la biblioteca.

—¡Hola, tortugas! —exclamó.

Marigold estaba cambiada. Su vestido de estilo eduardiano había sido reemplazado por un ceñido pantalón tejano, llevaba el cabello cobrizo recogido en una coleta alta y lucía un desaliñado jersey de mohair y un morral del ejército al hombro.

—Hola, Marigold —la saludó Sylvia—. Tienes pinta de haberte escapado de casa.

La muchacha sonrió.

—No caerá esa breva.

—¿Qué haces aquí? —Sam intentó parecer indiferente.

—Esperarte, memo. He venido a ver si te apetecía ir a Salisbury.

Sam adoptó un tono de suprema indiferencia:

—Sí, bueno, igual.

—Vale —repuso Marigold—. Pues andando.

—Al llegar me he encontrado a la hija de los Bell más fresca que una lechuga —contó Dee, que había empezado a ir los sábados, lo cual, supuso Sylvia,

guardaba relación con la aventura que tenía con el señor Booth—. Dijo que la estaba esperando y le enseñé la puerta. La muy descarada.

—Creo que estaba esperando a Sam —contestó Sylvia.

Con cara de desaprobación, Dee dijo:

—Yo no miré a un muchacho hasta bien cumplidos los quince.

Sylvia, que tenía sus dudas al respecto, adujo:

—Probablemente solo necesite un poco de compañía. —No mencionó la preocupación de Hugh porque Marigold no tuviera amigas.

Dee, que ya era perro viejo, objetó:

—Yo no estaría tan segura. Hoy en día empiezan pronto. Leí en el *Express* que lo achacan a la guerra.

La mañana se hizo pesada. Acudieron pocos niños a cambiar los libros y casi todos los que lo hicieron escogieron libros que a Sylvia no le gustaban. A las doce y cuarto estaba de muy mal humor. El grano que tenía en la frente le dolía y daba la impresión de que se había extendido, y además se le había hecho una fea carrera en la media.

—Maldición, era el único par que me quedaba.

—¿Quiere que le deje mi esmalte de uñas? —se ofreció Dee.

Sylvia estaba inclinada, aplicándose el esmalte en la media, cuando oyó decir a su espalda:

—Me preguntaba si por casualidad has visto a mi descarriada hija.

Se volvió en redondo, derramándose el esmalte en la falda.

—Ay, maldita sea, maldita sea.

—Eh —dijo Hugh, cogiéndole el brazo—, ¿te encuentras bien?

Sylvia echó un rápido vistazo a su alrededor: Dee había desaparecido y estaban solos.

—La verdad es que no.

—¿Qué sucede?

—Nada. La vida.

—Eres demasiado joven para decir «la vida».

Sylvia había vuelto la cara para que él no le viese el grano y no pudiera leer en sus ojos.

—Pues lo he dicho, ya lo has oído.

—Sylvia, ¿por casualidad estás enfadada por no haberme visto?

—No soy una niña. Sé que tu tiempo es muy valioso. —Presintió que él le escudriñaba el rostro que ella apartaba.

—Bueno, pues yo estoy muy enfadado por no haberte visto. Quiero que lo sepas.

—El doctor Bell está buscando a Marigold —informó Sylvia al ver entrar a Dee por las puertas batientes—. Le estaba diciendo que la había visto usted antes aquí.

—Creía que había dicho que la vio fuera.

—Ay, sí, se me había olvidado. Ha ido a Salisbury con Sam. Lo siento, Dee, he derramado su esmalte de uñas.

Dee miró con extrañeza a Sylvia y preguntó:

—¿Le parece que cerremos ya? Es que tengo cosas que hacer.

—Váyase usted, Dee. Yo me ocupo.

—Si está usted segura, me voy.

Una vez Dee se hubo marchado, Hugh le dijo:

—Te he echado de menos una barbaridad y, por cierto, ese grano no es para tanto.

—No suelen salirme granos.

—Naturalmente que no. —Le pasó una mano por el cabello—. Pero digamos que me gusta que en realidad sigas siendo una adolescente. Escucha, no he podido escaparme porque mi socio en la consulta, el doctor Monk, está enfermo, así que he tenido que trabajar el doble. Y Jeanette está que trina con Marigold...

—Creía que ya no te interesaba —admitió ella, tratando de disimular las lágrimas.

—Es más probable que sea yo, que soy un carcamal, el que te deje de interesar a ti.

Reconciliados momentáneamente, permanecieron cogidos de la mano bajo la mirada de escayola del señor Gladstone.

—Mira —dijo él—, esto de andar escondiéndonos por los rincones no me gusta nada. Me preguntaba..., por favor, dímelo si no quieres, pero un fin de semana del mes que viene se celebra un congreso sobre gestión de una consulta dirigido a médicos de cabecera del Servicio Nacional de Salud y mi asistencia estaría perfectamente justificada. He pensado que quizá querrías venir, aunque solo sea para que cenemos una noche o...

—¿Dónde es?

—En Londres. Nos dan alojamiento en un hotel que no está nada mal y podría reservarte una habitación allí si... Pero no tienes que decidirlo ahora. Te lo puedes pensar.

No hizo falta.

—Me encantaría ir, si estás seguro de que no pasa nada.

—No, claro que no pasa nada, nada de nada —aseguró Hugh, y la besó.

La idea del inminente viaje a Londres con Hugh trastocaba los días de Sylvia y se apoderaba de sus noches. Su descanso se veía socavado por oleadas de ansiedad, el miedo a que alguna catástrofe —otra tormenta, Marigold aquejada de una enfermedad grave, una huelga general— pudiera frustrar sus planes y la convicción de que esa aventura era imposible. Se debatía como una demente entre planificar un ajuar completo con ropa interior de seda incluida y redactar mentalmente una valerosa nota para Hugh en la que señalaba que su abnegación era el motivo de su partida de East Mole. En cierto modo, así no daba cabida a que él se sintiera culpable respecto a su esposa.

Sylvia no quiso tantear a Sam sobre la excursión con Marigold a Salisbury, pero a juzgar por los pocos comentarios que hizo el muchacho dedujo que había ido bien. Al parecer habían encontrado un café en el que había una gramola y Marigold introdujo unas monedas para escuchar los últimos éxitos. Por lo visto ahora Marigold era seguidora acérrima de Cliff Richard and The Drifters.

—¿Quiénes son, Sam?

El aludido la miró con desdén.

—«Move It» está en la lista de éxitos desde el verano pasado.

Desde que había ido a Salisbury, Sam ayudaba de manera casi ostentosa en la biblioteca. En un esfuerzo por conservar cierta cordura, Sylvia había intentado reflotar su proyecto de la Britania romana.

—No consigo despertar el interés de tu compañera Sue —se quejó una tarde a Gwen en el Troubadour.

—Sue es muy poquita cosa.

Sylvia, que había conocido a Sue Bunce, era escéptica con respecto a su supuesta fragilidad.

—Si te soy sincera, Gwen, eso no sería lo primero que me viene a la cabeza.

No obstante, había pedido todos los libros de Rosemary Sutcliff.

—¿De qué va este? —preguntó Sam, sosteniendo en alto un ejemplar de *El usurpador del Imperio*.

—Forma parte de una trilogía sobre la Britania romana. El héroe es un médico romano —explicó Sylvia, y el demonio que nos impele a pronunciar el nombre de aquellos de los que estamos locamente enamorados la hizo añadir—: como el padre de Marigold.

Sam compartía aquella afección.

—Marigold dice que quizá su padre nos lleve a ella y a mí a Bath a ver las termas romanas. Hay un restaurante Wimpy, y Marigold dice que su padre también nos llevará.

Las visitas de Marigold a la biblioteca se habían reanudado. Ahora iba sola, y Sam y ella hablaban en voz baja y se reían a carcajadas en los rincones, de manera que Sylvia tenía que echarlos para mantener la calma.

Estaba orgullosa de su biblioteca. El trabajo duro que había realizado al principio había dado sus frutos y los niños de East Mole y sus padres ahora acudían con regularidad, impacientes por sacar libros nuevos. En ocasiones sentía arrebatos de un amor abrumador hacia sus pequeños clientes, que examinaban los estantes en busca de nuevos hallazgos o se sentaban en el suelo esparrancados, explorando absortos los distintos reinos a los que habían abierto sus puertas los libros que ella había escogido para ellos. Entusiasmada con su aventura con Hugh, había creado un Rincón de Poesía en el que colocaba poemas que copiaba en la multicopista, y también formó un Club de Cuentos para los menores de cinco años.

Aunque echaba en falta las visitas de Hugh a la biblioteca, tenía las miras puestas en Londres y en general se alegraba de no tener que verlo con Dee al lado. Esta, que tenía una vista de lince, seguía haciendo alusión de cuando en cuando a la «vida amorosa» de Sylvia, que contaba con que la aventura que su compañera tenía con el señor Booth garantizara su discreción.

Por su parte, si bien el señor Booth había adoptado de nuevo una máscara de cortesía y no volvió a mencionar abiertamente el desagradable incidente con el señor Collins, de vez en cuando sacaba a relucir en un tono un tanto amenazador el comité de la biblioteca. Sylvia era consciente de que la antipatía que sentía su jefe hacia ella había aumentado al mismo ritmo que su popularidad. No podía decir nada del Rincón de Poesía, pero Sylvia sospechaba que estaba buscando motivos para cerrar su Club de Cuentos, que Mary «la Majara» se había aficionado a frecuentar y en el que las madres dejaban a sus hijos para poder hacer la compra sin que las molestaran.

Una mañana se topó con él en el pasillo y el señor Booth le dijo con expresión grave y gesto adusto:

—Señorita Blackwell, me gustaría hablar un momento con usted.

Sylvia lo siguió hasta su despacho dando por sentado que su jefe había encontrado un nuevo ángulo desde el que poder atacarla para intentar cerrar el club.

Sin embargo, no era ese el motivo por el que quería hablar con ella.

—Señorita Blackwell, me temo que se ha producido un incidente sumamente grave. Un robo.

—Santo cielo, ¿qué se han llevado, señor Booth?

Este frunció el entrecejo.

—Siento tener que decirle que alguien ha desvalijado el armario de Acceso Restringido.

—¡Cielos! ¿Qué falta?

Por un instante el señor Booth pareció incómodo.

—Eso es algo que no puedo revelar en este momento. Baste con decir que ha desaparecido una de nuestras adquisiciones más artísticas.

—¿Cómo?

—Eso precisamente es lo que quería preguntarle, señorita Blackwell.

Sus afilados ojos se clavaron en ella, que, para gran disgusto suyo, empezó a ruborizarse. ¡Maldita fuera esa condenada tendencia suya!

—De verdad, señor Booth, no sé nada al respecto.

Su jefe la acompañó por el pasillo hasta la biblioteca infantil. Dee ya estaba allí inspeccionando el armario de Acceso Restringido.

—Lo pusimos aquí, en este rincón, para que estuviese lejos del alcance de los niños. Estaba cerrado la última vez que miré y usted es el único que tiene llave, señor Booth.

Este le lanzó una mirada de advertencia.

—Da la impresión de que se ha accedido a la colección de Acceso Restringido de otra forma.

Quien había abierto el armario lo había hecho con habilidad. Habían forzado con cuidado la cerradura y a continuación se habían servido de un chicle para dar la impresión de que nadie la había tocado.

—¿Cómo lo descubrió usted? —quiso saber Sylvia.

Dee miró al suelo y el señor Booth repuso:

—Le pedí a la señora Harris que lo comprobara a modo de precaución, para asegurarnos de que todo estaba en orden, y entonces nos dimos cuenta del robo.

—¿Se han llevado muchos libros? —quiso saber Sylvia.

—Solo uno.

Sylvia miró a Dee, que se apresuró a bajar de nuevo la vista al suelo.

—Y me figuro que será irremplazable, ¿no es así?

Su jefe se ruborizó.

—Se publicó en París, es una edición especial. Es poco probable que podamos conseguir fácilmente otro ejemplar.

Dee guiñó un ojo a Sylvia, que supuso que su compañera se había servido de la nueva posición de que disfrutaba con el señor Booth para preguntar si podía echar un vistazo al contenido del armario.

El señor Booth llamó a la policía para dar parte del robo, pero el agente que acudió salió de prisa y corriendo de la estancia y les dijo:

—Ustedes dos, vuelvan al trabajo.

—No quiere que se entere usted de lo que se han llevado —confesó Dee cuando su jefe no podía oírlas.

—¿Qué libro es?

—*Trópico de Cáncer*, de Henry Miller. Más triste que un payaso de circo, a decir de todos. No culpo a quien que se lo haya llevado, pero ojalá hubiese tenido la amabilidad de dejarme echarle una ojeada primero.

—¿Quién cree usted que ha podido ser, Dee?

—Él no tiene necesidad: dispone de la llave.

—Y me figuro que, por así decirlo, ahora también la tiene usted, ¿no?

—Así fue como se enteró —repuso Dee, con cierta suficiencia—. Yo no paraba de darle la murga para que me dejara echar un vistazo. Ese hombre se siente muy orgulloso del poder que ostenta en este sitio, ya sabe, así que después de darle mucho jabón consintió y así es como averiguamos que alguien con una mente igual de pervertida se había adelantado.

—Dios mío —exclamó Sylvia, cayendo de pronto en la cuenta—: si no ha sido él y usted tampoco, por fuerza soy la principal sospechosa.

—No habrá sido usted, por casualidad, ¿no? —quiso saber Dee.

—¡Por supuesto que no!

—Se me pasó por la cabeza, si quiere que le diga la verdad.

—¡Dee! —Sylvia se sintió ofendida.

—No se rasgue las vestiduras. La curiosidad es algo de lo más normal. Si quiere que le dé mi opinión, guardar los libros bajo llave de ese modo no hace más que avivar la imaginación y que uno tenga más ganas de leerlos.

Ese fue el comienzo de un revuelo que se convertiría en el principal tema de conversación de East Mole durante muchas semanas. Sin embargo, en ese

momento Sylvia tenía en mente asuntos de carácter más personal. A medida que se acercaba el día de su viaje a Londres, parecía cada vez menos capaz de actuar con normalidad. Les pedía a los Hedges que le dejaran a *Misty* y *Melanie* y paseaba con ellos sin cesar por el camino de sirga. En un par de ocasiones se encontró con Ned, el primo de Lizzie, que reparaba las ventanas de la casita del esclusero.

El muchacho la saludó diciendo:

—Veo que se mantiene usted en forma.

—Me gusta andar.

—Ya lo creo, con este tiempesito. —Hacía un tiempo de mil demonios y el camino de sirga estaba embarrado—. El viento entra por las ventanas como un perro del infierno.

La segunda vez que la vio la invitó a entrar para tomar algo.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó al tiempo que le ofrecía un *whisky* con ginger ale.

A Sylvia le daba pavor que su rostro pudiera delatarla.

—Sí, gracias, Ned.

—Es un sitio curioso, East Mole.

—A mí me gusta.

—Sobre gustos no hay nada escrito. —Ned se levantó para echar más leña al fuego.

—Yo vivía en un barrio de las afueras de Londres que no tenía ninguna gracia. Me gusta... —¿Qué era lo que le gustaba?—. Me gustan el campo, los pájaros y las flores, y también la gente. Aquí he hecho buenos amigos. —Se dominó para no ruborizarse, pues de manera inevitable había pensado en Hugh—. Gwen Williams, la profesora de la escuela; mis vecinos, los Hedges, y sus hijos; y usted, Ned, y su prima Lizzie; y bueno, todos los niños que acuden a la biblioteca. Los... —Iba a decir «los quiero» pero era demasiado tímida—. Los tengo en gran estima. ¿Usted no?

—¿A qué se refiere, a los niños o a East Mole? No olvide usted que yo nací aquí. Los niños me caen bien, pero aquí hay algunas malas lenguas. Viejecitas cascarrabias que te ponen buena cara y luego por la espalda... —Hizo una mueca de disgusto.

A Sylvia le inquietó el comentario y repuso:

—Hace que todo suene bastante siniestro.

—No me haga caso. Al mal tiempo, buena cara.

—Supongo que sí —convino Sylvia, que por un instante se planteó contarle lo de Hugh.

—Usted no tiene de qué preocuparse —señaló Ned—. Le ha caído en gracia a la tía Thelma. La pone por las nubes desde que ayudó a nuestra Liz y su opinión tiene mucho peso aquí.

Sylvia renunció a la idea de compartir confidencias con él. Pese a que parecía alguien de absoluta confianza, Ned era sobrino nieto de la señora Bird, y Sylvia empezaba a darse cuenta de que si decidía sincerarse con alguien la señora Bird no era precisamente de fiar.

Hugh y Sylvia acordaron que ella iría a Londres para reunirse con él el sábado por la tarde, después de trabajar.

—Por desgracia estaré ocupado la mayor parte del día —había dicho Hugh.

Parecía nervioso, y uno de los motivos de inquietud de Sylvia era que él lamentara haberla invitado. Tenía edad suficiente para saber que las cosas que más deseamos a menudo resultan decepcionantes, igual que lo que tememos suele ser, en la práctica, menos terrible de lo que imaginábamos. Con esta cruda realidad en mente, intentó concentrar sus esfuerzos en temer el fin de semana, pero al subirse al tren en Swindon flaqueó y se vio embargada por una oleada de entusiasmo.

Hugh le había dado dinero para que cogiese un taxi («No lo puedo aceptar», objetó ella pero él insistió: «No quiero que te pierdas en Londres. Así me quedo más tranquilo»). Sylvia tuvo que admitir que se alegraba de haberlo aceptado, pues al bajar en Paddington las piernas habían empezado a temblarle de tal modo que no estaba segura de haber podido coger el metro.

El hotel, un edificio alto de estuco blanco en cuya puerta montaba guardia un hombre que lucía un uniforme verde con un galón dorado, se hallaba cerca de los museos de South Kensington. La acompañaron hasta una habitación de una planta alta que tenía una sola cama y unas ventanas sucias que daban a una calle ruidosa.

Sylvia deshizo la maleta, se probó el vestido color coral que se había puesto en el concierto de Elgar, se lo quitó, se examinó en ropa interior frente al espejo, se cambió primero el sostén y después las bragas y finalmente se puso de nuevo la falda y la blusa con las que había llegado. Por algún motivo, eso la hizo sentir más segura.

Hugh había dicho que no estaría libre hasta las seis, de manera que Sylvia pasó una hora en el museo de Historia Natural fingiendo mirar aves con el plumaje polvoriento y los ojos muertos, además de los huevos que les habían

arrebatado, y los elefantes disecados que, grandes e imperiosos, descollaban en la gran sala central. Después llegó el momento de ver a Hugh.

Se reunió con ella en la boca de la estación de metro de South Kensington.

—Hola.

—Hola.

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias.

—¿Has tenido algún problema con el taxi o con cualquier otra cosa?

—No, todo ha ido bien, gracias.

—¿La habitación del hotel está bien?

—Sí, gracias, es muy agradable.

—Siento que haga tan mal tiempo.

Aquello era espantoso. Echó a andar tras él hasta un pequeño restaurante italiano que había a la vuelta de la esquina.

—No sabía dónde..., pero si esto no te...

—No, de veras, es perfecto.

Se sentaron frente a frente a una mesa junto a una ventana, a merced de las miradas de los transeúntes. Sintiéndose expuesta, Sylvia dijo que no sabía qué pedir, de modo que Hugh pidió espaguetis a la boloñesa para los dos. Tomaron vino tinto de una botella revestida de rafia e intentaron recuperar la quimera que los había llevado hasta allí.

Hugh escudriñó la carta de postres durante más tiempo del que justificaba su contenido mientras Sylvia trataba de quitarse subrepticamente con una servilleta humedecida una mancha de tomate que le había caído en la falda.

—¿Helado o macedonia con nata? —preguntó él de sopetón—. Aunque me da en la nariz que puede que no sean caseros.

—No pasa nada porque no sean caseros —repuso ella—, y si quieres, me puedo ir a casa.

A partir de entonces todo mejoró.

Subieron por la calle que llevaba al parque cogidos de la mano y continuaron hasta el Albert Memorial, el templete en memoria de Alberto de Sajonia.

—Pobre Alberto —observó Hugh.

—¿Por qué pobre?

—Piensa en la vida que tuvo con ese monstruo por esposa.

—Creía que se suponía que estaban locamente enamorados. ¿No tuvieron una gran historia de amor?

—Esa fue la versión de ella. Para mí que él murió para escapar de esa mujer.

En el auditorio Albert Hall estaba a punto de empezar un concierto de *jazz*.

—¿Te apetece? —propuso Hugh.

—No sé nada de *jazz*.

—Eso no importa. No hace falta saber de *jazz*. Pero como tú quieras, querida mía. Tú decides.

La había llamado «querida mía» y eso bastó para que Sylvia quisiera aceptar cualquier plan. Compraron las entradas y se sentaron arriba, al fondo de la sala, con Hugh rodeándola con el brazo. En el escenario, hombres con chaleco de rayas y corbata fina tocaban saxos, trompetas y clarinetes. Un miembro de la banda, que lucía una cuidada barba y un bombín, comenzó a improvisar un solo de clarinete.

—Es Acker Bilk —susurró Hugh—. Escucha.

Ella obedeció. Sin embargo después fue incapaz de recordar nada salvo el efecto de la música, que la llevó, casi como si la hubiese despojado de su cuerpo, hasta las alturas de la grandiosa cúpula, donde su mente pareció liberarse y alejarse de ella flotando placenteramente.

Al terminar el concierto volvieron caminando al hotel y, en respuesta a la pregunta de él, Sylvia comentó:

—No sé muy bien si me ha gustado, pero ha sido... ha sido diferente y extraño, y eso sí me ha gustado.

—Eres una criatura curiosa.

A Sylvia no le hizo mucha gracia el comentario, pero procuró parecer adulta.

—Me gustaría saber más de música. ¿Cómo es que tú sabes tanto?

—Lo cierto es que no sé tanto. Pero me resulta reconfortante.

—¿Como me sucede a mí con los libros?

—La música es mi receta personal para mis ataques de melancolía. Me da la sensación de que tú no los tienes. —La estrechó contra él, de forma que los huesos de sus caderas se tocaron—. Somos un par de esqueletos andantes, tú y yo.

Sin embargo ella quería saber más de esos ataques de melancolía.

—Sin duda todo el mundo los tiene, ¿no crees?

—Es cuestión de grados. Me apostararía mi estetoscopio a que yo soy mucho más taciturno que tú.

—Un estetoscopio no es una gran apuesta, que digamos.

—Eso es lo que tú crees. Son condenadamente caros. Pero está bien, añadido mi tensiómetro. —Al llegar a la puerta del hotel, él dijo—: Escucha, mi querida Sylvia, de verdad que no me importa lo que me contestes, pero ahora has de decir si quieres ir directa a tu habitación.

—¿De verdad no te importaba lo que contestara a tu pregunta de anoche? — quiso saber ella a la mañana siguiente.

Habría apostado a que no había dormido nada, pero despertó con él apoyado en un codo, mirándola.

Hugh se inclinó y la besó en la frente.

—¿Tú qué crees?

—La verdad es que quiero pensar que te importaba.

—Doy gracias a Dios por tu sinceridad. Si me hubieras contestado con evasivas, te habría echado de la cama ahora mismo.

—Eso no me lo creo.

—Tienes razón. Lo habría considerado poco caballeroso. Pero probablemente sí te hubiese echado de mi cabeza, cosa que, permíteme que te diga, es mucho peor.

Sylvia se incorporó.

—Eso suena aterrador.

—¿El qué? Toma. —Encendió dos cigarrillos y le puso uno en la boca.

—La idea de que puedas echarme de tu cabeza así de golpe.

Él se rio y repuso:

—No me parece algo inminente.

—¿No es eso lo que pasó con Jeanette?

—Dios santo, ¿tenemos que meter en esto a Jeanette?

Se levantó de la cama y se puso el pantalón del pijama.

—Lo siento. —Él, ya en bata, se hallaba junto a la puerta—. ¿Adónde vas? —Ahora estaba asustada de verdad.

—A orinar. No está bien visto ir desnudo por el pasillo de un hotel inglés. —Al regresar encontró a Sylvia sentada a los pies de la cama, envuelta en la sábana—. ¿Por qué estás cubierta como una momia?

—No tengo bata.

—Ahora estás siendo tímida.

—¡Y tú condenadamente injusto! —Para su horror se le saltaron las lágrimas y tuvo que mirar hacia otro lado, intentando desesperadamente ocultarlas.

—Ay, mi querida Sylvia. Lo siento, soy un bruto. Ven aquí.

Poco después, al separar su cuerpo desnudo del de él, Sylvia comentó:

—Esta ha sido la tercera vez que hago el amor.

—¿Con quién fueron la primera y la segunda? No estoy celoso, te lo aseguro.

—¡Contigo, idiota! —Ahora ya no pasaba nada si lo llamaba idiota—. La otra noche. No había..., quiero decir que tú eres el primero.

—Cielos, soy un idiota. Un condenado idiota. Tendría que haberlo sabido. ¿Te hice daño? Deberías habérmelo dicho. ¿Sylvia?

—No quería. Y no, no me hiciste daño.

—¿Pensaste que te juzgaría si me lo contabas? Dios santo, cuánto lo siento. Mi querida niña, ¿estás segura de que no te hice daño?

—No, de veras. Estuvo... estuvo bien.

—¿Solo «bien»?

—Más que bien. Sobre todo, en fin... —en ese punto se sintió cohibida—, la segunda vez. No lo dije porque... porque pensé que quizá cambiaras de parecer.

—Dudo que hubiera sido capaz. Ven aquí.

Más tarde, Sylvia preguntó:

—¿De verdad no te habrías puesto celoso? Me refiero a si hubiese habido alguien antes.

—¿Tú qué crees?

—Lo cierto es que no lo sé. Tú has estado con otras mujeres. —Puso buen cuidado en no mencionar a Jeanette por su nombre.

—Eso es distinto.

—¿Por qué? ¿Por qué es distinto?

Esta vez fue él quien se incorporó.

—No lo sé. La tradición, supongo. Al hombre le está permitido tener experiencias y a la mujer...

—¿No se le permite? —lo interrumpió.

—No soy yo el que pone las normas.

Daba la impresión de que habían vuelto a caer en la aterradora tierra de nadie del restaurante en la noche anterior.

«¿Por qué habré venido? —pensó Sylvia—. No lo conozco. No sé quién es».

Al cabo de unos minutos él dijo:

—Escucha, será mejor que me vista. Creo que debería hacer acto de presencia en la conferencia. Hay un aseo al final del pasillo.

Sylvia comenzó a coger su ropa torpemente y, sin levantar la cabeza, él le ofreció:

—Coge mi bata, si quieres. —Y se puso los calcetines.

En el cuarto de baño, y con los grifos abiertos, Sylvia se sentó en la alfombrilla y rompió a llorar. Después se sumergió en unos centímetros de agua tibia en la bañera manchada hasta que alguien llamó a la puerta y una voz desconocida espetó con enfado:

—¿Le importaría darse prisa?

Al volver a la habitación Hugh ya estaba vestido. Sin mirarla, le preguntó:

—¿Quieres desayunar? Porque aquí no sirven desayunos.

Ella se enfundó con torpeza en su ropa, el cuerpo aún húmedo.

—¿Quieres que vaya a hacer la maleta?

—Sí, será lo mejor.

Fuera el cielo estaba blanco y amenazador. Echaron a andar uno al lado del otro cada uno con su maleta, evitando escrupulosamente el cuerpo del otro, y fueron a un café que había al lado del metro, donde una camarera con un moño alto cardado y los labios pintados de color claro les indicó un reservado.

—Me alegro de que no seas como esa mujer —observó Hugh.

Sylvia pensó en el atuendo a lo Alma Cogan de Jeanette Bell y preguntó:

—¿Qué aspecto te gusta que tengan las mujeres?

—No te puedo hablar de «las mujeres». Me gustaste tú con tu vestido de color flamenco. ¿Dónde está, dicho sea de paso?

—En la maleta. Lo traje, pero después no me apeteció ponérmelo.

Él se rio y dijo:

—Bobalicona.

Y de pronto todo volvió a estar bien.

Hugh dijo que, si no le importaba esperar, a la una habría terminado y después tendrían la tarde libre.

Se reunieron en Trafalgar Square; el tiempo había mejorado en consonancia con su humor y subieron a sentarse al lado de los leones y comieron sendos perritos calientes que compraron a un vendedor ambulante.

—No los había probado nunca —confesó Sylvia.

—Es cosa de yanquis —explicó él—. Les gusta pensar que gracias a ellos ganamos la guerra y ahora se creen que pueden apoderarse de nuestra cultura. Marigold ha sido su última víctima. No paró de darnos la lata para que le

compráramos un gramófono y ahora tenemos que sufrir ese espantoso *rock and roll*.

Era la primera vez que mencionaba a su hija desde que se habían reunido en Londres y un sexto sentido le indicó a Sylvia que no dijera nada.

Él adoptó una expresión de preocupación y por un instante ella temió que el agujero negro se abriese de nuevo entre ellos, pero mientras la ayudaba a saltar de la base de la estatua Hugh dijo:

—Te parecerá una locura, pero ¿querrías ponerte el vestido de color flamenco para mí? Me gustaría recordarte aquí, como un flamenco entre los leones.

Y puesto que daba la impresión de que, después de todo, se habían reencontrado, Sylvia fue a cambiarse a los aseos públicos que había en un rincón de la plaza.

Sylvia subió los escalones y él la agarró de la cintura y le dio una vuelta, de modo que la falda se le ahuecó y un marinero que pasaba lanzó un silbido de admiración.

—Ya ves, todos los muchachos de la ciudad te desean —observó, dejándola en el suelo—. ¿Acaso no soy afortunado? Y ahora, ¿qué prefieres? ¿La Galería Nacional o la de Retratos?

—No he estado en ninguna de las dos.

—Pues entonces, decide.

Incapaz de elegir, Sylvia entonó un infantil «pito, pito, gorgorito» cuyo resultado fue la Galería Nacional de Retratos.

Cogidos del brazo, sintiéndose a gusto juntos, hablaron de los retratos y comentaron a cuál de los personajes invitarían a cenar a casa. Hugh escogió a Händel.

—Es feísimo —objetó ella.

—No sabía que el aspecto físico fuese un criterio. Su música es divina.

—Muy bien. Pues serás tú el que se siente a su lado.

Sylvia eligió a Ricardo III.

—¿Por qué diantres? Era un monstruo.

—No lo era —afirmó ella—. Si tenía mala prensa fue por culpa de los Tudor. —Se alegraba de haber dado con un tema del que sabía más que él.

Hugh decidió que irían en taxi a la estación para poder ir cogidos de la mano. Mientras la ayudaba a bajar del taxi en Paddington, una voz saludó:

—Buenas tardes, Bell.

Y un hombre ataviado con un traje de raya diplomática pasó a su lado y entró en la estación.

—Maldición —exclamó Hugh—. Ese es Geoffrey Wynston-Jones.

—¿Quién es?

—Un vecino. Suele viajar en el coche de la empresa, del que está orgulloso a más no poder. ¿Por qué demonios tiene que aparecer aquí precisamente hoy?

—Oh, Dios —repuso Sylvia—. Recuerdo ese apellido. Es el señor Packard. —Le habló de la señora Packard y el IM—. Creo que la tiene tomada conmigo. La esquivé cuando intentó acorralarme para que acudiese a una de sus veladas.

—Ah, sí, es ella. Yo tuve que aguantar una de esas reuniones.

En el tren de vuelta a casa hablaron de cómo minimizar los daños.

—Puedo decir que eres una colega —sugirió Hugh—. Es imposible que te haya visto bien y llevas tu disfraz de flamenco.

—No se ve mucho. El abrigo lo tapa casi por completo.

—Está demasiado ocupado pensando en su propia imagen para enterarse de gran cosa —razonó él—. Me aseguraré de contarle a Jeanette que fui a Paddington en taxi con una colega. —Sylvia, que permanecía en silencio, recibió como recompensa una explicación—: Escucha, siento haber saltado como lo hice con ella. Es mi talón de Aquiles, ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no.

—La cosa es que Jeanette nunca estuvo tan metida en mi cabeza como para echarla de ella. Fueron..., en fin, ya te lo he contado, fueron las circunstancias, y después, cuando terminó la guerra y con todo lo que habíamos pasado, al llegar a casa y ver que me estaba esperando, o eso pensé yo, y al ser yo como era, demasiado débil para enmendar el error y..., bueno, me figuro que me siento culpable, y también por Marigold.

«Cómo no —pensó Sylvia—, siempre estará Marigold».

—Y por Jeanette —admitió Hugh—. Por ella también. Me siento culpable por ella. Es como es, no lo puede evitar.

—No.

—Y no es mala madre. Lo hace lo mejor que sabe.

—Ya.

—Condenados tópicos. Por el amor de Dios, ¿por qué la estoy defendiendo?

—Eres leal —comentó ella—. Está bien ser leal. —Estaba pensando en su padre.

23

La esposa de Hugh había ocupado gran parte de los pensamientos de Sylvia, de manera que al día siguiente por la tarde se sobresaltó al ver a Jeanette Bell cruzar las puertas de la biblioteca. Sylvia estaba ordenando los estantes del fondo de la sala y a la mesa se encontraba Dee, que saludó a Jeanette Bell con un: «Buenas tardes» menos que cordial.

—A decir verdad, señora Harris, es con la señorita Blackwell con quien deseaba hablar.

Dee miró con expresión interrogativa a Sylvia, que se acercó enseguida con el corazón desbocado.

—Señora Bell.

—Lamento importarla, señorita Blackwell, pero me preguntaba si Marigold ha estado aquí.

El alivio hizo que Sylvia respondiera con efusividad:

—Lo siento pero me temo que no, señora Bell. ¿No debería estar en la escuela?

Jeanette Bell frunció el ceño.

—Por lo visto esta mañana no ha ido. Yo estaba en la peluquería y me acaban de llamar.

—Ayayay. —Dee parecía encantada—. ¿Qué habrá pasado? Quizá se ha sentido indispuesta y ha ido a ver al médico.

La mirada ceñuda de Jeanette Bell se intensificó.

—Lógicamente he hablado con mi esposo. —Le dio la espalda a Dee y se dirigió a Sylvia—: Ni siquiera me habría enterado porque la escuela habría dado por sentado que estaba enferma, pero hoy Marigold tiene clase de violín y la profesora va expresamente, de modo que si no puede asistir nosotros siempre... —Dejó la frase a medias y puso tal cara de preocupación que Sylvia se quedó aflagada.

«Es humana —pensó—. No debería convertirla en un monstruo».

Como en respuesta a ese sentimiento no expresado, Jeanette Bell suavizó el ceño.

—Me preguntaba si podría estar aquí o con el hijo de sus vecinos.

—¿Sam?

—Sí.

—Estará en la escuela. Pero puedo llamar a su madre, si está usted preocupada.

En casa de los Hedges nadie cogió el teléfono. Sylvia prometió preguntar a June por Marigold en cuanto volviera a casa, pero poco después de las cuatro Ray también se presentó de improviso en la biblioteca con las gemelas.

—Hola, Sylvia —corearon las niñas, confiando en que su padre las corrigiese. Al ver que este no lo hacía, preguntaron intencionadamente—: ¿Podemos mirar los libros, por favor, SYLVIA? —Y corrieron a las estanterías sin esperar a que les dieran permiso.

—Por casualidad no habrá visto a mi hijo, ¿no? —preguntó Ray.

—¿A Sam? No. ¿Por qué?

—Se suponía que tenía que ir a la escuela a recoger a estas dos, que estaban con el conserje, y esperarme para que los llevara al dentista. Me figuro que se le habrá olvidado al muy bobo.

Sylvia empezó a inquietarse.

—No lo he visto, Ray, pero si aparece por aquí le diré que le está usted buscando.

Ray fue por las gemelas y las obligó a salir. Dee comentó:

—Habrà hecho novillos, la parejita. Menudos pillos.

A Sylvia se le había pasado eso mismo por la cabeza.

—Santo cielo, ¿eso cree, Dee?

—Es la muchacha la que lo incita. Las chicas son así. Lo he visto cientos de veces. Sam andará por ahí con la señorita Bell, puede estar segura.

Hugh había prometido a Sylvia que intentaría reunirse con ella en la fundición al salir del trabajo. Allí lo esperó pese al frío, fumando y pensando en lo que había dicho Dee. Era verdad, Sam estaba embelesado con Marigold, y quizá a esta, a la que al parecer le costaba hacer amigas en la escuela, ya le iba bien tener de acólito a Sam.

Hugh no fue a la fundición. Sylvia aguardó un buen rato, esperanzada, de modo que ya era tarde cuando pasó por delante del número 3 y Ray la llamó.

Desde la cocina se oía a las gemelas, que estaban en el cuarto de baño discutiendo con June sobre cuál era la mejor forma de cepillarse los dientes.

—Vamos, niñas, ya deberíais estar en la cama.

—El señor dentista dijo que teníamos que cepillarnos los dientes durante cinco minutos por lo menos, y todavía no ha pasado tanto tiempo.

—¿Qué sucede, Ray? —preguntó Sylvia.

—Es el chico. Ha desaparecido.

Sam no había vuelto a casa; habían llamado a su profesora, Sue Bunce, y esta les había dicho que ese día no había ido a la escuela.

—Al parecer Marigold también ha desaparecido. El médico y su mujer han pasado por aquí —explicó Ray, el ancho y bondadoso rostro surcado de arrugas debido a la preocupación—. Han llamado a la comisaría y la policía está en camino.

Nadie había visto al niño desde por la mañana temprano.

El relato de Ray, en particular la parte de la visita de Hugh y Jeanette Bell, resultaba inquietante. Además, a Sylvia la asaltó la terrible sensación de que si a los niños les había pasado algo era por su culpa.

—Estoy segura de que estarán bien, Ray. Sam es un muchacho sensato. — O lo era.

—Como sea una de sus condenadas bromitas, le zurraré la badana a base de bien.

June entró en la habitación con expresión abrumada.

—No consigo calmar a las gemelas. Saben que pasa algo. ¿Te importaría ir a ver si consigues que se callen, Ray?

Mientras este intentaba tranquilizar a las niñas, June dio más detalles a Sylvia. Según la madre de Marigold, los zapatos nuevos de charol y el jersey de mohair de su hija no estaban en su habitación. En un primer momento June había pensado que Sam no se había llevado nada, pero acababa de descubrir que del tendedero faltaban sus pantalones largos y su mejor camisa.

—Da la impresión de que tal vez se hayan fugado juntos o algo por el estilo. La señora Bell ha dejado bien claro que, a su juicio, todo es cosa de Sam.

Sylvia recordó la observación de Dee y contestó:

—No entiendo por qué Marigold no iba a tener cuando menos parte de la culpa por lo que sea que hayan tramado.

—Lo mismo da que da lo mismo —convino June—. Claro que eso es lo de menos, mientras vuelvan los dos sanos y salvos.

La policía fue y se marchó. En torno a la medianoche, Sylvia, incapaz de dormir por los nervios, oyó que se aproximaba un coche. Se levantó y se asomó a la puerta de su casa, y vio a Hugh y a un sombrero Sam pasar por la cancilla del jardín de los Hedges. Pegada a la ventanilla del Hillman distinguió una cara pálida, que supuso sería la de Marigold.

A la mañana siguiente June le relató la aventura de los sinvergüenzas. Marigold se había hecho con dos entradas para asistir a una grabación de estudio de Cliff Richard y su grupo, y los dos niños se habían ido a Londres a sumarse a la vociferante multitud de admiradores. Después se quedaron en la ciudad haciendo nadie sabía exactamente qué antes de coger un tren de vuelta a casa. Marigold había llamado a su padre desde la estación de Swindon para que los fuera a buscar.

Más tarde Sylvia le contó todo esto a Dee.

—Nadie sabe cómo consiguió Marigold esas entradas. Por lo visto tenía dinero para los billetes de tren.

—Será de uno de esos cómics de adolescentes que lee. La he visto metiéndoselos en la bolsa. Eso y que le dan demasiada paga. Ya le dije que la muchacha estaría detrás de todo esto.

—June dice que los padres de Marigold culpan de todo a Sam.

—No me sorprende. Creen que su precioso corderito es incapaz de hacer nada malo. Podría contarles una cosita o dos.

—¿Qué? —inquirió Sylvia, alarmada.

La respuesta de Dee no fue tranquilizadora:

—Por el momento me lo callaré.

El funcionario encargado de investigar el absentismo escolar fue a ver a Sam para leerle la cartilla, y se dispuso que el niño no saldría de la escuela durante los descansos hasta que finalizara el trimestre. Nadie sabía qué castigo había recibido Marigold, si es que lo había recibido.

Sam se mostró seco con Sylvia cuando esta trató de acercarse a él, pero al cabo de un par de días ella le propuso acompañarlo a la escuela y el muchacho aceptó a regañadientes. Lo sentía por su pequeño amigo, si bien también se moría de ganas de averiguar qué habían hecho Marigold y él. En lo tocante a los Bell, Sam y ella tenían una causa común.

—Debió de ser divertido —apuntó, recordando su propia escapada a Londres con el padre de Marigold.

Sam se mostró receloso.

—¿Qué?

—Hacer novillos para ir a Londres.

—Supongo.

—Sam, no se lo contaré a nadie. De veras.

El muchacho lanzó una piedra de un puntapié a la casita del esclusero.

—Estuvo bien.

—Espero que estuviese mejor que bien, teniendo en cuenta los problemas que te ha causado.

Ned salió de la casa y los saludó.

—Hola, Sam, Sylvia.

Les dedicó una sonrisa radiante desde el otro lado del canal y Sam se ablandó un tanto.

—Fuimos a The 2i's, el café donde empezó Tommy Steele. Cliff tocaba allí.

—¿Estaba Cliff Richard?

—Ahora ya no toca allí. —Sam hablaba dándose aires de superioridad—. Pero nos firmó un autógrafo cuando terminó la grabación. Bueno, a mí no.

—¿A Marigold?

—A mí me lo firmaron los Drifters, el grupo que lo acompaña. Voy a aprender a tocar la guitarra. —Sus claros ojos grises se iluminaron al sopesar las nuevas posibilidades que se abrían ante él.

—¿Y cómo sabíais todo esto, lo del concierto y el bar?

—The 2i's salió en el programa *Six-Five Special*. Lo vimos en la tele un día que Marigold estaba en casa. Y Marigold es miembro del club de fans de Cliff. Entró en el sorteo de *Valentine*, que es una revista, y ganó dos entradas, y me pidió que fuera con ella.

Sylvia no pudo evitar pensar que era una lástima que la aventura hubiese causado tantos problemas.

—Demostrasteis tener mucha iniciativa. Yo no me habría atrevido a hacer algo así a vuestra edad —aseguró, y se alegró de haberlo dicho, porque Sam la miró con expresión de gratitud—. ¿Qué tal está Marigold? —preguntó.

Pero él contestó con melancolía que no lo sabía.

Por su parte Sylvia no supo nada de Hugh hasta el sábado siguiente. Llegó cuando estaba cerrando la biblioteca, con unos libros en una bolsa de red.

Dee, que estaba a punto de irse a casa, de pronto encontró algo que requería su urgente atención, de modo que Sylvia y Hugh se mostraron reservados al hablar.

—Marigold está castigada, así que vengo a devolver esto por ella.

—Hay más de tres libros —observó Dee, señalando de manera significativa el montón que él había dejado en la mesa.

—Lo sé. Y lo siento mucho. Los encontramos en su habitación. Por lo visto... En fin, lamento decirlo pero por lo visto ha estado sacando más libros de lo que le están permitidos oficialmente.

Sylvia echó un vistazo a los títulos.

—Estos son de la biblioteca de adultos. —Puso en fila *Amor conyugal*, de Marie Stopes, y *El segundo sexo*, de Simone de Beauvoir, además de un libro nuevo de Ian Fleming.

—El *Doctor No* acaba de llegar. Yo misma lo coloqué en la estantería —dijo Dee—. Mire, no está fechado. —Cogió el libro de Marie Stopes—. Este va de..., ya sabe...

—Sí —repuso Hugh con sequedad—. Por supuesto sé que trata de la anticoncepción.

—¿Cuántos años tiene su hija, doctor Bell?

Sylvia era consciente de que la opinión favorable que Dee tenía de Hugh debido a su caída había ido menguando a medida que aumentaba la desaprobación que sentía por su hija.

—Dee, el doctor Bell ha devuelto los libros. Creo que lo indicado es poner una multa, pero como los ha devuelto...

—Será mejor que el señor Booth no se entere, solo digo eso.

—Gracias, Dee. Yo me encargaré.

—Muy bien —accedió Dee—. Si no me necesita, me voy.

—Por Dios —exclamó Hugh cuando por fin se fue Dee—. ¿Cómo aguantas trabajar con esa vieja arpía?

—Es agradable, de verdad.

—Jeanette dice que es una metomentodo. Escucha, siento lo de los libros. Curiosidad juvenil, me temo.

—Es lo que pasa por tener aquí la sección de adultos —dijo Sylvia, que quería sacar del apuro a Marigold—. Hugh, los Hedges están algo nerviosos por lo que ha pasado con Sam y Marigold.

—Lo sé. Eso también lo siento. No me cabe la menor duda de que fue Marigold la que lo incitó. Como ya he dicho, la hemos castigado hasta que acabe el trimestre y la hemos dejado sin paga. Todo es por ese condenado Clifford como se llame por el que parecen haber perdido la cabeza.

—Cliff, no Clifford —lo corrigió ella—. Cliff Richard. Pero yo diría que por quien de verdad ha perdido la cabeza Sam es por Marigold, no por Cliff. Seguro que la echa de menos.

—Lo entiendo —aseguró él—. ¿Crees que podemos disfrutar de intimidad en este sitio?

—Dee se habrá marchado. Y últimamente el señor Booth se va con ella.

—Comprendo. Así que tenemos la biblioteca para nosotros dos...

Sylvia nunca llegó a saber a ciencia cierta cuánto había visto el señor Booth, que entró de sopetón algo más tarde.

—Ah, señor Booth. —Sylvia se tiró discretamente de la falda—. El doctor Bell se preguntaba si su hija podría hacerse socia de la biblioteca de adultos...

—Es una lectora muy avanzada —precisó Hugh—. Va muy por delante de lo que la señorita Blackwell puede ofrecerle en la sección infantil. —Sylvia lo miró de soslayo: solo se le veía la camisa un poco arrugada.

—¿Ah, sí? —El señor Booth miró los estantes superiores, donde estaban las obras de Dickens.

—Ha leído casi todo lo de Dickens —explicó Sylvia—. Le he dicho al señor Bell que se lo consultaría a usted, pero creía que se había ido a casa.

Él la miró de arriba abajo con severidad.

—Lo consideraré meticulosamente. Y si tiene un momento, señorita Blackwell...

El señor Booth salió con prisas, y Hugh dijo:

—Uf, por poco. Pero ha valido la pena. No volveré a mirar un libro de Dickens de la misma manera. Lo podemos utilizar a modo de clave: *Nuestro amigo común*.

—Más bien *Tiempos difíciles* —sugirió Sylvia, y añadió—: Tengo que ir a que me suelte un sermón.

Sylvia avanzó por el pasillo dando saltitos; después del paréntesis con Hugh no le importaba qué jarro de agua fría le tenía preparado el señor Booth esa vez.

Este estaba sentado a su mesa, jugando como de costumbre con sus papeles.

—Ah, señorita Blackwell. Me he puesto en contacto con el comité de la biblioteca y este opina que, debido a los costes de reparación de los destrozos que ocasionó la tormenta, tenemos que tomar las medidas necesarias para evitar cualquier gasto innecesario.

Ella tardó un instante en desentrañar la información.

—¿Quiere decir que hay un problema con los costes de las reparaciones?

—Hay, digámoslo así, imperativos económicos acuciantes. Es preciso que le recalque, señorita Blackwell —el señor Booth se aclaró la garganta—, que el comité de la biblioteca se ve obligado a apretarse seriamente el cinturón. Estoy seguro —sonrió, dejando a la vista una dentadura inquietante— de que no quiere que nada amenace la continuidad de su empleo aquí.

Su mirada pareció detenerse en su estómago y, nerviosa, ella se recolocó la blusa.

—No sé muy bien a qué se refiere usted, señor Booth.

Su jefe la despachó con una sonrisa.

—Con el clima actual, no se puede descartar por completo la posibilidad de que el comité decida reducir su horario.

—No creo que lo sienta lo más mínimo —opinó Sylvia. Había ido a ver a los Hedges en busca de consuelo y ahora tomaba té con pastitas rellenas de crema en su cocina—. Creo que nunca me ha querido allí.

—¿Qué tal se lleva últimamente él con la señora Harris?

Sylvia se había mostrado reticente a hablar de Dee cada vez que June le hacía preguntas veladas. Ahora repuso con cautela:

—Parece que son amigos.

—A ella no le pagan, ¿no?

—¿Quiere decir que el señor Booth podría sugerir que ella ocupara mi lugar?

June estaba metiendo un estofado en el horno. Se detuvo con la fuente en las manos.

—Lo creo muy capaz.

—Dee no lo permitiría.

June arqueó las cejas.

—Yo no estaría tan segura.

—Es el señor Collins —decidió Sylvia—. Es él, no el comité al completo, no me cabe la menor duda.

No se lo dijo a June, pero lamentaba haberle recomendado a Sam *La isla del tesoro*.

Sylvia se encontró a la señora Bird, que llevaba su carro de la compra, en la calle Mayor.

—Tengo entendido que el muchacho de los Hedges ha causado problemas.

—Creo que ese asunto ya está olvidado, señora Bird.

Los agudos ojillos de su casera le dirigieron una mirada penetrante.

—No en lo que respecta a la esposa del doctor. Cualquiera diría que el muchacho ha desflorado a su bendita hija, a juzgar por cómo se comporta. ¿Usted sabe lo que pasó?

Con la esperanza de desviar el tema de conversación, Sylvia preguntó por Lizzie.

—Es curioso que la mencione usted. No para de hablar de no sé qué obra en la que participa y que quiere comentar con usted. La llevaré a su casa.

Lizzie había seguido acudiendo a la biblioteca con regularidad. Sylvia se la había encontrado leyendo los poemas que colgaba en el Rincón de Poesía y ambas habían hablado de *El camino que atravesaba el bosque*, uno de los libros preferidos de la infancia de Sylvia. Lizzie había dicho que le gustaban las nutrias y se había mostrado sorprendentemente elocuente al hablar de los espectrales caballeros y damas que atravesaban el oscuro bosque del pasado. Sin embargo, su timidez había a florado de nuevo, y Sylvia no había tenido tiempo de recuperar su antigua intimidad entablando una conversación de verdad. Pero no había forma de oponerse a la señora Bird, y quizá la niña lograra distraer a Sam. No se sabía nada de Marigold desde su escapada a Londres. Y desde su feliz encuentro en la biblioteca, Sylvia tampoco había vuelto a ver al padre de Marigold. Una vez más Sam y ella eran compañeros de fatigas en las pruebas del amor.

El sábado siguiente, Sylvia se disponía a cerrar la biblioteca cuando Lizzie se acercó y le comunicó que le habían dicho que esperase allí a su abuela.

—Lo siento, señorita.

—No pasa nada, Lizzie. ¿Te sello los libros?

Lizzie estaba leyendo la saga de Ana de las Tejas Verdes.

—Espero que se case con Gilbert. Se casa con él, ¿verdad, señorita? Solo que ella se ha ido y se ha comprometido con otro hombre.

Al recordar la aversión a la incertidumbre que ambas compartían, Sylvia la tranquilizó:

—Al final se casa con él, sí, Lizzie. Y sigo siendo Sylvia.

La señora Bird llegó poco antes de la una, empujando un carro rebosante de compras.

—¡Por fin! Había una cola de mil demonios en la carnicería y cuando ha llegado mi turno ya no les quedaba lengua. ¿Le importa que Lizzie se vaya con usted? Mi marido la recogerá por la tarde.

Se marchó apresuradamente antes de que Sylvia pudiera proponer un plan alternativo.

Sylvia y Lizzie fueron andando a Field Row mientras hablaban de lo necesarios que eran los tropiezos en la vida de los amantes en las novelas románticas.

—Este trimestre estamos leyendo *La abadía de Northanger* en la escuela, señorita.

—¿Y qué opinas?

—Me gusta pero creo que Catherine Morland es algo corta.

—Yo creo que Jane Austen se burla un poco de ella, ¿no te parece?

Lizzie se paró a pensar.

—Después leeré *Orgullo y prejuicio*.

El libro que Hugh y ella habían comprado juntos para Marigold. Sylvia no sabía si le había gustado.

—Me da la impresión de que disfrutas en la escuela, Lizzie.

—Uy, sí, es estupenda. Y actúo en *El sueño de una noche de verano*.

—Sí, ya me lo dijiste. Grano de Mostaza.

Por lo visto la niña había subido de categoría y ahora, además del hada que servía a Titania, representaba el papel de uno de los mecánicos.

—Es el que interpreta a la Pared. No me acuerdo de cómo se llama pero tengo que hacer esto. —Lizzie extendió la mano y separó los dedos, simulando una grieta.

—Estoy casi segura de que es Morros —respondió Sylvia—. Lo podemos mirar cuando lleguemos a casa.

Mientras comían, Lizzie se mostró muy locuaz.

—No me gusta que los amantes se rían de Fondón y los demás cuando actúan, ¿y a usted, señorita? Recuerdo que dijo que a Shakespeare le caía bien Fondón.

—Estoy segura de que es así, Lizzie. Yo diría que de quien se ríe es de la grandeza.

—Se refiere a la gente bien, ¿no, señorita?

Pese a haber recuperado su seguridad, Lizzie se puso nerviosa cuando Sylvia le propuso ir a casa de los Hedges.

—Seguro que Sam ni se acuerda de mí.

—No seas boba, Lizzie. Sam se alegrará de verte.

—Estuvo bien, ¿verdad, señorita? Practicar las comprensiones lectoras y observar a los zorros. Era divertido.

La expresión de súplica de los ojos azules tras las gafas de montura metálica redonda resultaba conmovedora.

«¿Por qué tiene que ser tan desgarrador el amor?», pensó Sylvia.

Sam no pareció alegrarse en absoluto al verlas en el número 3. Estaba en su habitación, y cuando June lo llamó y por fin apareció, se limitó a decir:

—Eh.

Y se quedó parado en la puerta, con cara inexpresiva.

Lizzie se miró los zapatos y June propuso:

—Sam, ¿por qué no llevas a Lizzie a tu habitación y le enseñas tu Hornby?

—Ya lo ha visto.

Lizzie bajó la cabeza más aún.

—Pues entonces el mecano. Estoy segura de que le gustaría ver el funicular.

Sam suspiró con fuerza e hizo una señal con la cabeza a Lizzie, que salió tras él de la cocina sin decir palabra.

June se sentó y suspiró también.

—No sé qué hacer con él. Lleva así desde el condenado embrollo de Londres. Mi madre dice que no me preocupe, que son las hormonas, pero es demasiado joven para estar así.

«Nadie es demasiado joven para amar», pensó Sylvia, que dijo, aunque no lo pensaba:

—Probablemente se sienta culpable por haberles dado ese susto. El sentimiento de culpa hace que la gente se comporte de manera indebida. Supongo que, en el fondo, lo siente de verdad.

—Pues cualquiera lo diría —aseveró June—. Creo que es la hija de los Bell. Lo ha cambiado.

Pese a sus propias reservas, Sylvia se sintió impelida a salir en defensa de la muchacha.

—Marigold es muy inteligente y ha sido una buena compañera para Sam.

—Si le soy sincera, me alegro de que sus padres hayan cortado toda relación. Ray dice que esa chica le mete ideas en la cabeza a Sam.

—¿De veras han hecho eso los Bell?

—Tengo entendido que han prohibido a su hija venir aquí.

—Me atrevería a decir que muy pronto este asunto quedará olvidado —contestó Sylvia, sin creérselo tampoco del todo.

Más tarde Lizzie salió del cuarto de Sam, y Sylvia se alegró de ver que este parecía más animado. Se despidió de la niña de una manera bastante cordial cuando el abuelo llegó a recogerla en la camioneta.

—Fue Thelma Bird la que me dijo que los Bell nos habían vetado —explicó June cuando el señor Bird y Lizzie se hubieron ido—. Una amiga de la esposa del doctor afirma que ella anda contando toda clase de disparates sobre Sam.

—Nadie los creerá —replicó Sylvia, confiando fervientemente en que así fuese.

Un par de semanas después, la señora Bird entró en la biblioteca con su sombrerito de plumas empujando su carro.

—Señorita Blackwell, ¿podría hablar un momento con usted?

Los rasgos por lo general expresivos de su casera parecían extrañamente rígidos, y de pronto Sylvia tuvo una premonición.

—¿Va todo bien, señora Bird?

La aludida se inclinó trabajosamente sobre el cesto y sacó una bolsa de papel de estraza, que entregó a Sylvia.

—Eche un vistazo a esto.

En la bolsa había un libro: *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller.

—¿Es esta su idea de un libro apropiado para los niños?

—No —replicó ella con cautela, al tiempo que los engranajes de su cerebro giraban a toda velocidad.

—Mire lo que pone dentro: «Biblioteca de East Mole». Ahí lo tiene, bien clarito.

—Sí —convino Sylvia—, ya lo veo. Pero este libro no es de la biblioteca infantil.

—Pues entonces explíqueme usted cómo ha llegado a manos de Lizzie. Ciertamente, eso era un enigma.

—Lo ignoro, señora Bird.

—Lo sacó de aquí, de eso no cabe la menor duda. Nos lo dijo ella misma.

—¿Y qué más dijo? —Sylvia empezaba a asustarse.

La señora Bird se cerró en banda.

—No nos ha dicho nada. Solo eso.

—En fin, lo único que puedo decir es que lo lamento mucho. Con toda esta reorganización, habrá acabado en la sección infantil. Esto ha estado muy revuelto desde la tormenta.

—Es obsceno. —La señora Bird pronunció las palabras con un vozarrón tal que un niño pequeño que había entrado en la biblioteca cogido de la mano de su madre se asustó y rompió a llorar.

Sylvia, a la que le entraron ganas de imitar al pequeño y dar rienda suelta a sus lágrimas, repuso:

—Me pregunto si podría hablar con Lizzie para que podamos llegar al fondo del asunto.

La señora Bird, con las plumas del sombrero moviéndose peligrosamente, se había inflado y parecía un pavo enfadado.

—Esa niña no pondrá un pie en este sitio hasta que tengamos algunas respuestas. En ese libro hay palabras... palabras que ningún ser humano decente, ya no un niño, debería ver en su vida. Tuve que preguntar a mi esposo qué significaban algunas y, verá usted, no quiso mirarme a la cara para decírmelo. ¿Y a esto lo llaman literatura? Es repugnante.

—Mira, Billy, *El osito carbonero* —le dijo la madre a su hijo—. Es un cuento sobre un osito listo.

La señora Bird levantó la voz:

—¡Es obsceno! —repitió.

El pequeño se echó a llorar de nuevo y la madre, tras lanzar una mirada de reproche a Sylvia, se lo llevó a toda prisa de la biblioteca.

«Esta espantosa mujer está disfrutando con esto», pensó Sylvia, que sintió náuseas. Sin duda alguna, el libro era el que habían sustraído del armario de Acceso Restringido y ahora estaba segura de quién había sido el responsable.

—Lo único que le puedo decir es que lo siento mucho, señora Bird. Ni que decir tiene que averiguaré lo que ha sucedido.

—Tendré unas palabritas con su jefe, descuide usted.

Sylvia empezó a protestar, pero la señora Bird cogió el libro e hizo ademán de irse.

—¿Le importaría dejarme el libro, señora Bird?

—De eso nada, jovencita. El libro me lo quedo yo. Es una prueba.

Salió empujando el carro, que estrelló contra Dee, que entraba en ese momento.

—¡Maldita sea! —espetó Dee, frotándose las espinillas—. ¿Se puede saber qué mosca le ha picado?

Sylvia hizo un resumen de la diatriba de la señora Bird.

Dee prestó atención, frunciendo la frente, y dijo:

—Jamás me convencerá de que Lizzie Smith cogiera ese libro. Esa muchacha es apocada a más no poder.

—Ojalá pudiera hablar con ella —se lamentó Sylvia por tercera vez.

—Será mejor que informe usted a su señoría antes de que ella lo pille por banda. Ahora no está, ha salido a ver a la fideicomisaria.

—¿Qué cree usted que tiene pensado hacer con el libro, Dee?

—Qué sé yo. ¿Llevarlo a la policía? Me gustaría ver al joven Tim Farmer leyendo a Henry Miller. —Dee soltó una carcajada.

—No se ría usted, Dee. Esto es serio.

—No creo que nadie nos pueda culpar a nosotras. A Dawn Smith le importa un bledo su hija y es demasiado gandula para causar problemas. Thelma Bird solo se las está dando de sargenta.

—La cuestión es... —Sylvia se interrumpió. En el fondo Dee tenía buen corazón, así que pensó que podía correr el riesgo—. La cuestión es que estoy casi segura de que fue Sam quien le dio el libro a Lizzie.

—Eso parece más probable. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Lizzie estuvo en casa de los Hedges hará una semana. Sam echa de menos a Marigold, usted misma comentó lo colado que está por ella, y Lizzie lo admira profundamente porque la ayudó a aprobar los exámenes finales. Pensé que si Sam la veía quizá se animase. Y me pareció que así era.

Pero tal vez solo fuera porque se las había ingeniado para endosarle a la pobre infeliz de Lizzie un libro cuestionable.

Dee estaba pensando.

—No ha sido él —anunció con énfasis—. Ha sido esa muchacha, la hija de los Bell. Seguro que está detrás de esto, lo que yo le diga.

—Pero si estoy en lo cierto sobre cómo se hizo Lizzie con él —reflexionó Sylvia—, ¿por qué el libro lo tenía Sam?

Dee se encogió de hombros.

—Puede haber un sinfín de razones. Para impresionarlo. O tal vez ella se lo diese para que no lo vieran sus padres. No olvide todos esos libros que su padre trajo la semana pasada y que ella tenía escondidos en su habitación. De lo más inapropiados. Traté de decirlo en su momento. —Dee adoptó la expresión del que no es profeta en su tierra.

—Es cierto que Marigold es una lectora avanzada.

—Yo no he leído ningún libro de Henry Miller —admitió Dee—, pero si quiere que le diga lo que opino, no lo birlaron por ser una obra literaria.

Por lo que Sylvia pudo colegir después, Lizzie había aguantado una tarde entera antes de capitular tras el interrogatorio al que la sometió su familia. Un llanto histérico acompañó a la confesión que finalmente lograron arrancarle de que el libro se lo había dado Sam Hedges. Al parecer, después de leerlo Lizzie estaba hecha «un manajo de nervios» y «conmocionada», pero en opinión de Sylvia probablemente fuese más bien el resultado de la inquisición de que fue víctima. Fueron los Hedges y Sam los que sufrieron las peores consecuencias.

Tras prever que solo era cuestión de tiempo que Lizzie se derrumbara, Sylvia intentó advertir a Sam la tarde que la señora Bird hizo su dramática aparición. Sam ya no estaba donde solía, subido a su cancilla, de modo que Sylvia se inventó una excusa y le pidió que la ayudara a colocar unos libros en una estantería que le había conseguido el padre de June.

—Se la dio uno de sus clientes distinguidos, que la iba a tirar. Dice que si la quiere usted es toda suya —la había informado June—. A mi padre también le gusta leer.

Sam bajó del cuarto de invitados las viejas cajas de Swindon y se quedó mirando mientras ella empezaba a sacar los libros.

—¿Es este el libro donde está el poema del padre Guillermo que nos leyó usted?

Había cogido su viejo ejemplar de *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, y Sylvia repuso:

—No, ese va sobre ajedrez, por si lo quieres leer. —Sam se apresuró a soltar el libro—. ¿Qué tal te va con el ajedrez? Nunca me acuerdo de preguntarte.

—Ya no juego.

—Qué pena. Mi padre cree que eres bueno. —Sam se encogió de hombros y, dado que no quería seguir fingiendo, ella dijo—: No sé si te habrás enterado, Sam, pero Lizzie se ha metido en un lío.

—No. ¿Qué ha pasado? —La expresión de alarma en sus ojos grises era genuina.

—Han encontrado en su poder el libro que se llevaron de la biblioteca. Del armario que estaba cerrado con llave.

Con la cara muy roja, Sam preguntó:

—¿Qué libro?

Sylvia estuvo a punto de decir: «Creo que lo sabes de sobra», pero se contuvo. Qué fácil era sumarse a las filas de los perseguidores. Lo que dijo fue:

—Por lo que me ha dicho su abuela, de momento Lizzie no ha contado nada. Pero al final no tendrá más remedio que explicar de dónde salió.

Se hizo el silencio.

—¿Te apetece una taza de chocolate? —propuso Sylvia.

Se sentaron a tomar el chocolate en la habitación que Sam y su abuelo habían decorado para ella. «Esto no está bien —pensó Sylvia—. Es un niño bueno y sin malicia. Y valiente. Esto es culpa del puñetero señor Booth y de la puñetera, la muy puñetera Marigold».

Durante un rato dejó que se quedara allí sentado y respetó su deseo de guardar silencio, pero al cabo dijo:

—Mira, Sam, no creo que quien se llevase el libro quisiera robarlo y pienso que probablemente esa persona tenía la intención de devolverlo. El problema es que lo han denunciado como un robo y estoy convencida de que no fue Lizzie quien se lo llevó.

Más silencio.

—Y la familia de Lizzie está armando un buen alboroto, porque el libro...

Farfullando, Sam admitió:

—Ya, lo sé, está lleno de palabras feas.

—¿Lo has leído? —Sylvia sentía curiosidad.

—Le echamos un vistazo.

—¿Quiénes?

Tras un breve titubeo Sam confesó:

—Lizzie y yo.

—¿Solo Lizzie y tú?

—Sí.

—Sam...

Hermético, el niño admitió:

—Yo lo cogí. Ahora ya lo sabe.

—Y nadie...

—Nadie más. —De manera que iba a ser noble.

—Sam, es importante no chivarse, pero esto va a causar un gran revuelo y...

—No hubo nadie más, ya se lo he dicho... ¡Lo cogí yo! —exclamó a voz en grito. Y volvió a gritar—: ¡Lo siento!

—¿Cómo? ¿Cómo lo cogiste?

—Un día que estaba con usted en la biblioteca.

—No creo que hubieras podido hacerlo: te habría visto. ¿Y cómo abriste el armario? La cerradura era bastante sólida.

—Tengo herramientas.

Eso era verdad. A modo de prueba ella tenía el jarroncito de madera de ciruelo donde había metido la pluma de arrendajo.

—Lo siento, Sam, pero no me lo creo. ¿Por qué ibas a querer coger ese libro?

El aludido se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Exacto. A ti no te interesa tanto la literatura. Y aunque pudiera picarte la curiosidad un libro que estaba bajo llave, forzar una cerradura no es propio de ti.

Sin embargo vio que presionarlo solo servía para que el muchacho se reafirmara en su resolución, algo propio tanto del mártir como del fanático. «Ciertamente —pensó ella—, ambos son muy parecidos».

—No hubo nadie más —insistió—. No pretendía meter en un lío a Lizzie.

—El que se ha metido en un lío eres tú, Sam, no Lizzie. ¿Por qué demonios le enseñaste el libro? Eso fue una tremenda tontería.

Sam volvió a encogerse de hombros y respondió:

—No se me ocurrió nada más que hacer con ella cuando vino con usted a casa.

De manera que todo era culpa suya.

—Pero ¿por qué se lo llevó a su casa?

Sam se encogió de hombros una vez más.

—¿Se lo diste porque no te gusta tanto como tú le gustas a ella? —Era la clase de concesión que al final suele causar más problemas a los que tienen buen corazón.

Sin embargo, si comprendió la verdad que encerraba este análisis psicológico, Sam no se molestó en decirlo.

En los días y semanas que siguieron a la recuperación de *Trópico de Cáncer*, el libro fue objeto de una encendida polémica en East Mole. Si el agente de Henry Miller hubiese organizado aquello como ardid publicitario, pensó con amargura Sylvia, difícilmente habría podido beneficiar más a su autor. Después de la adulación, sin duda la notoriedad debe de ser lo que más anhela un escritor.

Fiel a su palabra, la señora Bird llevó el libro a la comisaría de policía, donde quedó en custodia pese a las predicciones de Dee. Corría el rumor de que iban a enviar la novela a Londres, al censor oficial, para que este emitiera su dictamen.

El señor Booth había solicitado en vano su devolución. «Es una obra literaria», aseguraba el sargento jefe que había dicho el señor Booth. Estas palabras, repetidas hasta la saciedad, no hicieron sino avivar la indignación del grueso de la opinión pública, cuya desconfianza hacia todo lo intelectual era inherente a ella. La señora Bird apeló al diputado conservador y este accedió a escribir al comité de la biblioteca, de modo que ella, a la que se había oído jurar que «antes se rajaba el cuello que votar a los conservadores», declaró que el señor Ducannon era «un caballero» y que contaría con su apoyo en las próximas elecciones. Repitió a todo el mundo las palabras del parlamentario, que al parecer había dicho que todo aquello se debía a «la influencia de la izquierda socialista» y que en Estados Unidos habían prohibido el libro. «Allí todavía son temerosos de Dios», añadía de cuando en cuando la señora Bird.

El reverendo Austin se mostró más benévolo.

—Si quiere que le sea sincero —comentó a otro eclesiástico a cuyos oídos había llegado el escándalo—, me ha sorprendido bastante Booth. Lo tenía por un hombre más de *Peyton Place*.

Dee, que se sentía en su elemento, disfrutó con el embrollo. El hecho de que hubiese reanudado su aventura con el señor Booth no significaba que lo despreciase menos.

—Ashley no reconocería la literatura aunque esta se pusiera en cueros y bailara un cancan delante de él.

—Lo que no entiendo —reflexionó Sylvia— es por qué diantres adquirió el dichoso libro. No es una lectura apropiada para East Mole.

—Fue un tipo al que conoció en el congreso de Birmingham; le hablé del congreso, ¿se acuerda usted? Dijo que la novela empleaba un lenguaje bastante procaz. El hombre no podía incluirla en su biblioteca, ni siquiera en Acceso Restringido, porque su jefe se enteraría, y había pasado la novela a escondidas desde París. El tipo aseguraba que era una obra maestra de la literatura moderna, blablablá, y se lo pasó a su señoría. Si quiere que le diga lo que pienso, el señor Booth solo lo tenía en Acceso Restringido para que su mujer no lo viera.

Sylvia dijo que aunque llegase a cumplir noventa años no quería leer ni una palabra de Henry Miller. Estaba muy enfadada por lo que ese libro les había hecho a los Hedges. Sobre todo por lo que le había hecho a Sam.

Una vez hubo confesado, Lizzie fue acogida en el seno de su familia con todo el fervor que merecen quienes han sido víctimas de una injusticia. El pobre Sam, en cambio, pasó a ser un proscrito.

Habían llamado a June y Ray para que llevaran a su hijo a la comisaría, donde lo interrogó un agente del Grupo de Menores que le arrancó la ceñuda confesión de que «tenía intención de devolver el libro». A Sam le leyeron la cartilla y le advirtieron que si volvía a delinquir se las vería delante de un juez. A sus padres les informaron de que, en vista de la buena reputación de que gozaba su hijo hasta el momento, lo dejarían marchar con un simple aviso.

—Como si eso fuese un consuelo. Nunca ha habido una mancha en nuestra familia —dijo June afligida a su esposo al salir de la comisaría con un hosco Sam.

Ray se lo tomó peor que June, si cabe.

—La letra con sangre entra —dijo a Sylvia cuando esta fue a ver cómo había ido todo con la policía.

—No creo que pegar a Sam hubiese servido de algo, Ray.

—Mi padre nos zurraba a menudo de pequeños y no nos vino mal. He sido demasiado blando con Samuel.

Sylvia se quedó horrorizada al enterarse de que Ray había cumplido su palabra.

—Han pegado a Sam —le contó Pam con gesto adusto. Era domingo y las gemelas habían ido a jugar a su casa.

—Porque no dijo la verdad —aclaró Jem.

—No, es porque robó —la corrigió su hermana.

—Yo no creo que robara nada —lo defendió Sylvia.

—Sí que lo hizo. Y por eso papá le pegó.

—Sinceramente, creo que le dolió más a Ray que a Samuel —le confió June más tarde. Sylvia sentía que estaba demasiado implicada para expresar su preocupación, pero se percató de que a June le preocupaba esa poco habitual demostración de autoridad paterna en el por lo general pacífico Ray —. Confiaba en que el policía le hubiese pegado un susto de muerte. A mí me lo dio. Pero a Sam le ha entrado por un oído y le ha salido por el otro. Usted dice que tiene sus dudas, pero él insiste en que fue él. Y si no fue él, lo único que puedo decir es que está mintiendo y nosotros hemos educado a nuestros hijos para que digan la verdad.

Circularon rumores inquietantes de que a Sam podían expulsarlo de la escuela. Sylvia, que lo supo por Gwen, se quedó desolada. Señaló que Sam no había robado nada de la escuela. Aun así, Gwen contestó que creía que la política que se seguía ante cualquier acto delictivo era la expulsión. Habían empezado las vacaciones de Semana Santa y Sam y sus padres estaban en vilo.

Lizzie, a la que habían prohibido ver a Sam o acudir a la biblioteca, sorprendió a Sylvia un sábado a la hora de comer, cuando esta volvía a su casa.

—¿Podría darle esto a Sam de mi parte, señorita?

—Lizzie, ¿te encuentras bien?

—No quería contarle, señorita. Me obligaron. Dijeron que si no decía que no lo había hecho la escuela me expulsaría por robar.

Daba pena ver a la niña. El cabello castaño apagado estaba dividido en dos mitades grasientas, las gafas de montura metálica rosa se habían roto y las habían pegado con esparadrapo, sus ojos azules estaban empañados de tanto llorar y de la nariz le caía un hilillo de mocos que iba a parar a la sucia camiseta interior de Chilprufe, que asomaba por debajo del vestido que llevaba, que se veía que le habían estrechado.

Sylvia abrazó a la triste criatura.

—Lizzie, nadie esperaba que tú cargaras con la culpa. Lo único que hiciste fue decir la verdad.

—Sam debe de odiarme.

—Claro que no, Lizzie.

—No lo volveré a ver.

Sam arrugó la nota que le dio Sylvia y la tiró al suelo sin leerla.

—No es culpa de Lizzie, Sam. Está igual de triste que tú.

—¿Quién ha dicho que yo esté triste?

—Vale, disgustado.

—No estoy disgustado.

—Lo que tú digas. Pero Lizzie y yo estamos disgustadas por lo que te está pasando.

Sam se fue silbando ostentosamente la *Marcha del coronel Bogey*.

Sylvia cogió del suelo la nota arrugada.

Querido Sam:

No lo pude evitar. Me obligaron. Lo siento mucho, mucho.

Tu amiga que te quiere,

Lizzie Smith

Junto al nombre había dibujado en rojo un corazoncito sangrante.

Todo aquello sucedió sin que nadie hubiera visto a Marigold o a su padre ni supiera nada de ellos. Sylvia había llegado a la conclusión de que el análisis de Dee tenía sentido. Era mucho más probable que Marigold, con sus precoces gustos en materia de lectura y su aplastante seguridad en sí misma, hubiese sido la artífice de un acto de tamaña osadía. Se había limitado a endosarle la prueba a Sam y ahora el amor impelía a este a cargar con la culpa.

Sylvia se debatía frenéticamente entre la ira contra Hugh y un deseo de disculparlo que no podía evitar. Quizá él no supiera nada de la debacle que había desatado *Trópico de Cáncer*. Pero lo creía improbable, puesto que era la comidilla de la localidad. Había admitido que probablemente Marigold estuviera detrás de la escapada a Londres, pero tal vez, como apuntaba Dee, la idea de que su querida hija hubiese tenido algo que ver en un robo fuera demasiado para él. Aunque habían prohibido a Marigold ir a la biblioteca su padre había acudido allí en su lugar, y se había producido aquel encuentro peligroso, extático. El hecho de que no se pusiera en contacto con ella le resultaba doloroso y desconcertante. ¿Por qué no había hecho ningún esfuerzo para verla?

«Lo odio —gritaba una voz feroz en su cabeza—. Lo odio, maldito sea, malditos sean sus condenados ojos». Pero la voz extremadamente suave de su corazón musitaba: «No lo odias. Lo adoras».

De noche permanecía despierta, angustiada: ¿y si se dejaba caer por las inmediaciones de su casa con la esperanza de verlo? Sin embargo, el miedo a que Jeanette Bell pudiese descubrirla era demasiado grande y, además, ¿qué pasaría si él se negaba a hablar con ella? ¿Y si le escribía? Claro que una carta podía ignorarse o la podía leer quien no debía, y al menos por el momento no quería causar ningún problema.

Una noche, incapaz de conciliar el sueño una vez más, se levantó y salió fuera.

La luna no estaba completamente llena aún, no sabía si era menguante o creciente; sin embargo, en su actual estado de ánimo, se le antojaba un contrapunto a la joven luna creciente que, la noche de *El sueño de Geroncio*, la arrojó en brazos de Hugh Bell. «Será que me he convertido en una lunática —reflexionó—. Dime, luna, ¿qué puedo hacer?».

Al día siguiente, al salir del trabajo fue a la consulta del doctor Monk.

Con la implantación del Servicio Nacional de Salud el problema de los honorarios de los médicos había desaparecido, pero a Sylvia la habían educado para considerar que la buena salud era una virtud. La enfermedad era costosa y la digna cicatería de su madre había inculcado en su hija una escasa disposición a preocuparse por cosas sin importancia. De manera que, desde su llegada a East Mole, no se le había pasado por la cabeza acudir a un médico.

Por consiguiente no sabía muy bien cómo debía comportarse. Llamó a la puerta de la gran casa de estilo eduardiano, en cuya parte delantera florecían en verano codesos de corteza pardusca y donde los dos médicos de cabecera compartían consulta. Solo estaba segura de que esa era la tarde libre del doctor Monk y, por ende, solo Hugh se encontraría allí.

En la mayoría de las consultas de medicina general la recepcionista era la esposa del médico, abrumada por el trabajo, pues se daba por hecho que debía coger el teléfono, concertar las visitas a domicilio y determinar el grado de urgencia cuando se presentaba un paciente con síntomas. Sin embargo, allí la recepcionista era la señora Eames, de la que Sylvia había oído los preocupantes rumores que difundía Dee.

El ama de llaves, vestida con una bata de flores, la hizo pasar al embaldosado vestíbulo y le indicó dónde estaba la sala de espera.

—Hay cola. Si no es urgente, le aconsejo que vuelva mañana, cuando esté el doctor M. —Se acercó más a Sylvia y le dijo al oído—: Todas las mujeres quieren ver al doctor Bell.

Sylvia, procurando fingir indiferencia, repuso que se temía que era bastante urgente. Entró en una habitación donde las sillas se hallaban

dispuestas alrededor de una mesa de comedor ovalada en la que habían dejado números de *National Geographic*, *The Lady* y *The Field*, así como algunos cómics muy sobados, para amenizar la espera de los pacientes. También había un número de *Valentine*, que Sam había mencionado como el origen de las entradas para la grabación de Cliff Richard. Por ocuparse en algo, la cogió y se puso a leerla.

Sylvia era la última de los pacientes de la tarde. La señora Eames apareció y anunció:

—Voy por la cena del doctor, así que no podré acompañarla a la salida.

Para entonces la rebeldía de Sylvia había desaparecido y subió temblorosa la escalera hasta la consulta.

Hugh se hallaba tras una mesa, fumando y escrutando una ficha.

—Aquí consta su número de afiliada al Servicio Nacional de Salud y su fecha de nacimiento, pero por lo visto no hay nada más.

—Eso es porque nunca me pongo enferma.

—Tiene usted suerte, entonces.

Se miraron fijamente con el desierto de la mesa interponiéndose entre ambos. Hugh empezó a toquetear el estetoscopio.

—Me figuro que no se trata de ningún problema de salud, ¿es así?

—En efecto.

Hugh seguía sentado, pero de repente apagó el cigarrillo, se levantó y salió dejando allí a Sylvia, que se preguntó si sería una señal para que también ella se fuese.

Echó un vistazo a la habitación, que presentaba señales de haber sido el despacho del doctor Monk. Sobre la chimenea, colgados transversalmente, había dos pares de remos, y en una cómoda alta, bajo una campana de cristal, descansaban un halcón disecado que parecía cansado y, a su lado, un jarrón chino con un plumero seco. Un biombo bordado ocultaba en parte la camilla de reconocimiento, encima de la cual se veía una hilera de diplomas enmarcados que confirmaban el buen hacer de Geoffrey Monk en distintos exámenes de medicina. Un esqueleto amarillento de tamaño natural ocupaba un rincón.

—¿Es un esqueleto humano de verdad? —preguntó a Hugh cuando este volvió.

—Es un requisito estándar de nuestra formación. ¿En qué te puedo ayudar?

Su voz, desprovista hasta el momento de cualquier tono afectuoso de intimidad, hizo que la determinación de Sylvia se viera redoblada.

—He estado leyendo *Valentine* en la sala de espera. Me figuro que es la contribución de Marigold para alegrar al mundo.

—Mi querida niña, no tengo ni la más remota idea de lo que me hablas.

—Es un cómic para adolescentes pésimo, lleno de memeces.

Él arqueó las cejas y puso cara de no entender nada.

Furiosa, ella espetó:

—Por el amor de Dios, Hugh, ¿es que no te has enterado de lo que está pasando?

—Por favor, no grites. La señora Eames está justo debajo.

—No he gritado. A Sam Hedges le han echado la culpa del robo de un libro de la biblioteca. *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller. ¿No te has enterado?

—Recuerdo vagamente haber oído algo del libro.

Sylvia ahora sí levantó la voz:

—No me refiero al libro. El libro me importa un pimiento. ¿Te has enterado de lo que le ha pasado a Sam? Podrían expulsarlo.

—Siento oír eso.

Durante un instante vislumbró cierto arrepentimiento en sus ojos y Sylvia repuso, más calmada:

—Yo también lo siento, porque Sam insiste en que fue él quien se llevó el libro por su cuenta, aunque yo creo, a decir verdad estoy bastante segura, que Marigold tuvo algo que ver, cuando menos.

—¿Hay alguna prueba? —Todo asomo de arrepentimiento había desaparecido y esos ojos que con tanta ternura habían recorrido su cuerpo en el hotel de Kensington y que brillaban con una pasión tan encendida bajo las hileras de polvorientas novelas de Dickens, ahora carecían de expresión y resultaban aterradores.

—¿Hugh? No puedes permitir que a Sam le pase esto. Lo destrozará. Y a sus padres también. Ya la ha pifiado bastante en los exámenes de prueba.

Era este hecho lo que la había empujado a decidirse mientras pedía consejo a la silente luna. O, en honor a la verdad, lo que había conferido al doloroso deseo de ver a su amante la impulsiva dosis añadida de justificada indignación. Sam, del que se esperaba que saliera airoso de los exámenes finales, había suspendido todas las pruebas. Ray había ido a su casa para contárselo.

—Sin duda no el de aritmética, ¿verdad, Ray? —Sylvia estaba consternada.

El ancho y atractivo rostro de Ray se veía ojeroso y pálido.

—Por lo visto solo ha sacado un cuarenta por ciento, y eso es un suspenso.

—¿Ha ido a comprobarlo a la escuela?

—Si le soy sincero, no queremos hacerlo. No después de lo que pasó con las gemelas.

Para mayor vergüenza de los Hedges, a las gemelas las habían mandado a casa antes de que empezaran las vacaciones de Semana Santa por recitar un «poema grosero» en el recreo. Lo único que dijo June fue:

—Lo que me preocupa es que haya sido el lenguaje de ese libro lo que se lo haya inspirado.

Y ahora Hugh, por el que Sylvia habría dado la vida, la miraba con una cara que dejaba traslucir la misma preocupación por esa tragedia que el cráneo hueco del esqueleto que ocupaba el rincón.

—Lo lamento pero no entiendo qué tiene que ver mi hija en todo esto.

Cogió una estilográfica y anotó algo en la ficha.

—¡Esa es mi ficha médica! ¿Qué estás escribiendo?

Él levantó la vista.

—Mi diagnóstico: dermatitis, por si Monk quiere saber por qué has venido.

—¿Dermatitis?

—Es una afección de la piel.

—¿Qué?

—Una afección de la piel —repitió, y sonrió. Una sonrisa de un profesional de la medicina.

—Vete al carajo, Hugh —estalló Sylvia—. Al carajo tú y tu familia del carajo.

Con las prisas por salir de la estancia, se llevó por delante el plumero con el hombro y volcó el jarrón chino, que cayó al suelo con estrépito.

Era tarde cuando Sylvia salió de la consulta, demasiado enfadada para derramar ninguna lágrima. Tras pasar por delante de las grandes casas rodeadas de feos setos vivos amarillos y envueltas en una difusa aura de autocomplacencia, profirió imprecaciones en voz alta. Field Row y los Hedges, Sam y Lizzie y, sí, Marigold, por no hablar de Hugh, eran ahora su pequeño mundo, el primero del que podía decir con propiedad que era suyo.

Y era ella, o más bien su biblioteca, la que había originado toda esa devastación. Era la biblioteca la que había unido a Sam y Marigold, la que los

había unido a Hugh y a ella, ya puestos. Si no fuese bibliotecaria, ¿se le habría pasado por la cabeza a la señora Bird pedirle que ayudara a Lizzie? Sin ello, ¿se habría acercado Lizzie a Sam? Claro que al menos Lizzie había conseguido pasar al bachillerato. Era Sam, su aliado, el que la había ayudado, el que le había ofrecido su amistad y su confianza, quien sufría las consecuencias.

Las tardes empezaban a ser más luminosas. Dado que no quería volver a Field Row con los reproches mudos de los vecinos Hedges, Sylvia echó a andar sin rumbo fijo y acabó en la calle Mayor. El café ABC, donde había comido antes de acudir a la reunión del IM, cuando aún se veía como un ángel de la ilustración, estaba abierto y, sintiendo un hambre repentina y necesitada de consuelo físico, entró.

Había algunos comensales, y Sylvia se sentó a una mesa en un rincón, rezando para que nadie la reconociese. Ya había pedido cuando vio que una mujer con una chaqueta de *tweed* se acercaba a su mesa.

Sylvia se estremeció instintivamente. Tener que conversar se le antojaba insufrible. Reconoció vagamente el rostro de la mujer pero no supo ubicarla de inmediato. Después vio el galgo inglés color crema que la acompañaba.

—¿Le importa si me siento?

Sin esperar respuesta, se sentó. Aunque era de complexión robusta, se movía con una dignidad que dejaba traslucir una educación exquisita.

El perro se acercó a Sylvia y apoyó el morro en su regazo antes de sentarse a sus pies.

—Sylvia reconoce a su tocaya —observó la señora—. ¿Ya ha pedido?

—Sí.

—No como aquí a menudo pero los *scones* son buenos. Mucho mejores que en el salón de té. No me gusta el salón de té; es demasiado oscuro.

Una camarera con una cofia y un delantal con volante fue a tomar la comanda de la mujer. Sylvia esperó educadamente a que llegase lo que había pedido antes de beber su té. La mujer se sirvió una taza y le tendió una mano manchada de tierra.

—Flee Crake.

Sylvia se la estrechó con cierta reticencia.

—Yo soy Sylvia Blackwell.

—Sí, la nueva bibliotecaria. Ha llegado a mis oídos el —la mujer se interrumpió, al parecer buscando la palabra— embrollo de la biblioteca y confiaba en poder hablar con usted, de modo que esto es fortuito, aunque a decir verdad no creo en las casualidades.

—No soy tan nueva —precisó Sylvia—. Vine aquí el año pasado.

La mujer hizo un gesto con la mano para restar importancia a ese detalle.

—Tengo entendido que el robo se produjo en su área de competencia, la biblioteca infantil.

—Sí.

—Pero no se trata de un libro para niños. No he sido capaz de averiguar el título.

—Es *Trópico de Cáncer*, de Henry Miller.

La señorita —porque sin duda era señorita— Crake abrió el bolso y sacó un estuche de gafas y una libretita. A Sylvia, que no descartaba ver unos impertinentes, le divirtió ver que sus gafas eran del mismo modelo redondo del Servicio Nacional de Salud que el de Lizzie. Se colocó las patillas de metal con cuidado sobre las orejas y abrió el cuaderno.

—El libro no está en mi lista actual. ¿Lo recomienda usted?

—No lo he leído —repuso Sylvia—. Se hallaba en el armario de Acceso Restringido, y para leer los libros que se guardan en él es preciso solicitarlo al bibliotecario jefe, el señor Booth.

La señorita Crake tenía un rostro que, aunque pálido y un tanto inexpresivo, transmitía autoridad.

—Menudo disparate. Todas las prohibiciones exacerban la resistencia. Cabría esperar que a estas alturas la gente ya lo hubiera entendido.

Demasiado exhausta debido al encuentro con Hugh para hacer más que indicar su conformidad, Sylvia asintió.

—A juzgar por los chismorreos, es una novela vanguardista. No me opongo a la vanguardia, siempre que el estilo sea bueno. Tengo entendido que el muchacho que lo cogió es un vecino suyo.

La mención de Sam inflamó de nuevo la ira de Sylvia.

—Sam Hedges. Y yo no creo que fuera él.

—Ya. —La señorita Crake enarcó una ceja—. Yo también me lo planteé. Conozco al abuelo del muchacho; es un buen hombre. Un verdadero autodidacta y muy diestro en su oficio. —Mordió un trocito de *scone* que masticó despacio—. ¿Hay algún libro que me recomiende usted?

—Lo cierto es que solo entiendo de libros para niños.

La señorita Crake la miró con expresión afligida.

—Solo los necios desprecian la literatura infantil. La claridad de juicio se pierde con la infancia, pero en ocasiones se puede recuperar un destello en los mejores libros para niños. Yo releo a Lewis Carroll una vez al año al menos.

—«El padre Guillermo» salió en un examen final —comentó Sylvia.

—Necios. Qué manera de desanimar a esos cerebros tiernos.

Sylvia, que intuía que su acompañante se mostraría comprensiva, se sintió complacida.

—Las preguntas que formularon a los niños..., era como si examinador no entendiese en modo alguno el poema.

La señorita Crake meneó la cabeza.

—El problema es que pocos adultos recuerdan de verdad su infancia. ¿Le suena a usted *Mi amigo el señor Leakey*?

—Me temo que no sé quién es.

—No me ha entendido. Es el título de un libro escrito por un colega mío —aclaró la señorita Crake—. Le enviaré un ejemplar para la biblioteca.

Sylvia se paró a pensar.

—Un libro que puedo recomendarle es *El jardín de medianoche*. Lo acabo de leer.

La señorita Crake abrió de nuevo el cuadernito.

—¿De qué trata?

Sylvia sopesó la pregunta.

—Es difícil de decir sin desvelar el sentido del libro. Trata de un jardín donde se conocen dos niños.

—¿Una suerte de *El jardín secreto*?

—No —negó Sylvia—. La verdad es que no. —Supuso que no descubriría mucho si le contaba—: Sucede (me refiero a que los niños se conocen) en un jardín que se encuentra dentro y fuera del tiempo, cuando un reloj da las trece.

La señorita Crake preguntó el nombre del escritor y lo anotó en su libreta con un portaminas de oro. Acto seguido pidió la cuenta a la camarera. Después de pagar, se levantó, se sacudió la falda y llamó al galgo, que se puso en pie con cierto esfuerzo, se estremeció y echó a andar obedientemente junto a su ama.

—*Sylvia* y yo sufrimos de artritis, pero tenemos la suerte de contar la una con la otra para compartir nuestras quejas. Pediré el libro que me ha recomendado usted mañana mismo. Adiós.

Sylvia volvió por el camino de sirga pensando en ese encuentro. La señorita Felicity Crake —que, mientras esperaba a que le devolvieran el cambio le había explicado a qué debía su nombre de pila: «Mis padres eran humanistas y creían que la felicidad universal era posible»— era la primera persona a la que conocía en East Mole que parecía compartir su pasión por los libros. Conversar con ella le había levantado los ánimos. Sin embargo, de camino a casa volvió a instalarse en ella la sombría tristeza.

Había oscurecido y hacía frío y, sin el faro de la bicicleta que le iluminase el camino, se alegró de ver las luces de la casita del esclusero.

Al acercarse la puerta se abrió y alguien barrió el agua con una linterna.

—¿Sylvia?

—¿Ned?

—¿Le apetece un ponche?

Aunque tenía intención de rehusar, contestó:

—Gracias, Ned, no me iría mal.

—Pues entonces venga. He encendido el fuego.

En la casa hacía calor y la angosta salita resultaba acogedora. Sylvia se sentó en el sofá y, desprovista de pronto de toda emoción, creyó que no podría volver a levantarse. Aceptó un vaso de *whisky* caliente con jengibre y se apoyó en el respaldo agradeciendo sus efectos.

—¿Sabe qué, Ned? Antes de venir aquí casi no probaba el alcohol y ahora bebo con regularidad.

—Lo dudo mucho. —La voz de Ned era amable y su rostro feo y aletargado, inocente y sin malicia, de pronto se le antojó bello. Resultaba increíble que estuviese emparentado con la señora Bird, con sus vivaces rasgos. Como si le hubiese leído el pensamiento, el joven dijo—: Es mejor que no le haga mucho caso a mi tía. Le encanta el jaleo pero se le acaba pasando.

—Entonces ¿se ha enterado usted?

—Me temo que lo sabe todo el mundo.

—Acudió a la policía y a Sam lo han amonestado oficialmente. Su familia está muy disgustada.

—Vaya, eso no lo sabía.

Permanecieron sentados en silencio, y Sylvia empezó a desear no haber aceptado su invitación. Ahora le parecía imposible reunir la energía necesaria para marcharse.

—El joven Sam, ¿cómo lo lleva?

—Finge que le da lo mismo.

Ned hizo una mueca.

—Chicos. Yo hacía lo mismo.

En ocasiones, la clase de agotamiento que sigue a una enfermedad grave tiene el efecto de acabar con las inhibiciones.

—Sam no lo hizo, Ned. Está protegiendo a alguien.

—No será a nuestra Lizzie, ¿no?

—No. A otra muchacha por la que ha perdido la cabeza.

—Será la hija del médico. —Dejó de mirarla para clavar la vista en el fuego—. Los he visto juntos bastantes veces. —En ese caso era posible que la hubiese visto a ella con Hugh. Sylvia notó que empezaba a ruborizarse—. Y se fueron juntos a Londres, ¿no?

—Sí.

—¿Y la chica no ha dicho nada del libro?

—Tal vez lo habría hecho si no se hubiera involucrado la policía.

—Eso es comprensible.

Ella se estremeció y él se levantó y fue hasta una ventana para cerrarla.

—La corriente hace que el fuego no se apague. ¿No ha tenido usted ocasión de hablar con el doctor?

—Sí —admitió Sylvia, y rompió a llorar.

Ned guardó silencio mientras ella se enjugaba los ojos. A continuación dijo:

—Yo acepté este trabajo por el afecto que le tenía a alguien. Pensaba que ese afecto era correspondido. Y quizá fuese así, o quizá no, la cuestión es que no lo llegué a saber.

Sylvia, segura de que su tragedia no podía compararse con la de nadie, se mostró educada de todas formas.

—¿Qué le sucedió a su...?

—Murió —contestó Ned.

Horrorizada, Sylvia dijo:

—Santo cielo. Cuánto lo siento, Ned. —Y al ver que este no decía nada, añadió—: ¿Llegó a..., lo ha..., en fin, lo ha superado?

—Las cosas no se superan —sentenció Ned—. Uno se acostumbra a ellas.

Permanecieron sentados bebiendo el *whisky* caliente hasta que Sylvia sintió que no podía más de puro cansancio.

Hizo ademán de levantarse y él le ofreció:

—Puede quedarse aquí, si quiere. Ese sofá es bastante cómodo y hay mantas de sobra.

—Será mejor que me vaya.

—Como usted quiera, no era mi intención...

—Oh, no, no he pensado que...

Se echaron a reír, violentos en un primer momento y después más relajados, y ella decidió:

—¿Sabe qué? Me quedaré, si de verdad no le importa. Gracias, Ned. Es muy amable por su parte.

Él le facilitó una almohada, un edredón y una manta hecha de cuadros tricotados de colores.

Era la manta de un cuento infantil sobre un niño que estaba enfermo y se quedaba a dormir en casa de su abuela. Uno que Sylvia leía antes incluso de que fuese a la escuela.

—Siempre he querido tener una manta como esta.

Ned asintió.

—La hizo mi madre. Cuando murió, dormí durante años con ella. Seguía oliendo a ella.

Salió y apagó la luz, y Sylvia se quedó tendida escuchando los pequeños sonidos de la naturaleza en la ribera del canal. Ratas, probablemente. Y musarañas y ratones. Más lejos oyó el ulular de lo que ahora sabía era una lechuza. «Ojalá se pudiera elegir y me hubiese enamorado de Ned», pensó.

Durante las vacaciones de Semana Santa en la biblioteca infantil reinaba un silencio casi siniestro. El señor Booth se paseaba por allí de un modo que daba a entender que abrigaba algún resentimiento. Las sospechas de Sylvia de que quizá la considerase responsable de la debacle de Henry Miller iban en aumento. Era irracional, pero ¿cuándo ha tenido algo que ver la razón con la necesidad humana de culpar al otro? Dee seguía mostrándose tan cordial como siempre, si bien su aventura con el señor Booth la convertía, a juicio de Sylvia, en una suerte de agente doble. Con los Hedges también se sentía incómoda. June estaba ojerosa y Sylvia se sentía demasiado culpable por el papel que había desempeñado en la ignominia de Sam para dejarse caer por el número 3 como solía hacer antes. Privada de la compañía de su amante, su compañera y sus sociables vecinos, comenzó a leer las publicaciones del ramo en busca de un nuevo empleo.

Por añadidura, cabía la posibilidad de que expulsaran a Sam.

Sylvia intentó hablar de ello con Gwen una tarde.

—Todo esto ha tenido unas consecuencias terribles para Sam y su familia. No me entra en la cabeza que haya suspendido los exámenes, Gwen.

Esta explicó que Sue Bunce le había dicho que Sam había efectuado unos cálculos de lo más extraños en el examen de aritmética y que había escrito disparates en la prueba de comprensión escrita y verbal.

—Se ha declarado en huelga —adujo, entristecida, Sylvia—. De todas formas, ¿comprobó alguien los cálculos? Por lo que sé de Sam, podría tratarse de matemáticas avanzadas.

—Aunque fuera *sir* Isaac Newton, de nada sirve si no contestó a lo que se le preguntaba. ¿No podrías hablar con él? Te adora.

—No hablará conmigo, Gwen. Créeme, lo he intentado.

Gwen le dijo que Chris y ella volverían a ir de acampada, esta vez a Dorset, por si le apetecía alejarse un poco de todo aquello.

Pero Sylvia no se atrevía a pedir más días libres.

—El señor Booth no para de lanzar indirectas sobre problemas con los fondos y el comité de la biblioteca. No puedo evitar preguntarme si tiene intención de despedirme.

—Desde luego que no, después de todo lo que has hecho por los niños con la biblioteca.

—Eso fue antes de que se armara este lío con *Trópico de Cáncer*.

—Es el sexo —aseguró Gwen—. La gente se pone nerviosa con el sexo.

—¿Qué fue lo que dijeron las gemelas Hedges que causó tanto escándalo en la escuela, Gwen?

—Es para desternillarse. Fue ese poemita bobo sobre Buffalo Bill.

Pero Sylvia no lo conocía.

—Debieron de criarte entre algodones.

Gwen se lo recitó:

De Buffalo Bill se decía
que tres metros de cola tenía.
A su vecina se la enseñó,
que en ella una culebra vio.
Le atizó con un rastrillo,
y ahora solo tiene metro y medio el pobrecillo.

—Caramba —dijo Sylvia, riendo a pesar de que no era su intención—. Entiendo que, en boca de unas niñas de cinco años, causara revuelo.

—Eso no es nada en comparación con otras cosas que se escuchan. Son dos diablillos, pero ni sabían lo que estaban diciendo.

Sylvia, que conocía mejor a las gemelas, no estaba tan segura.

Una tarde a Sylvia le sorprendió ver a Ivy Roberts, del IM, entrar en la biblioteca vestida muy formal, con sombrero y guantes. Parecía nerviosa.

—Señorita Blackwell, no he venido en busca de libros; no es que esté en contra de ellos, desde luego que no, pero con todo el... En fin, lo cierto es que, como ya le dije, he venido a invitarla a mi casa a tomar el té, si usted quiere.

Sylvia, que en su día había confiado en librarse de esta invitación, se sintió agradecida.

—Gracias, Ivy. Sería un placer. ¿Cuándo quiere que vaya?

Ivy repuso que el domingo siguiente sería perfecto y le anotó su dirección.

El domingo Sylvia se presentó a la hora acordada en la casa de los Roberts. Ivy estaba sola. Su esposo, explicó, había ido al fútbol.

Condujo a Sylvia hasta una estancia llena de alfombras y muebles. Junto a una ventana había dos periquitos en una jaula.

—El té está listo. Len es un poco..., ya sabe, con el alboroto que ha causado ese libro, que no es que yo... El caso es que pensé que sería mejor invitarla cuando él no estuviera.

—No me gustaría causarle ningún problema, Ivy.

—Puede ser algo suyo, pero... lo cierto es que yo quería verla por todo este asunto. ¿Lo toma con azúcar?

—No, gracias.

—Por eso está usted tan delgada. Después del racionamiento no tengo fuerza de voluntad para prescindir de él. —Ivy le ofreció una fuente con pastelitos envueltos individualmente. Como no quería hacerle un feo, Sylvia cogió uno—. Lo que quería decirle —continuó Ivy— es que he oído, me refiero a que la gente insinúa, que con los fondos que hacen falta para las reparaciones de la biblioteca y el jaleo que se ha organizado con ese libro y todo lo demás, en fin, lo que quería decirle a usted es que la gente es partidaria de que se cierre la biblioteca infantil.

Algo cruel y puntiagudo se le clavó a Sylvia en el tórax.

—¿Cerrarla? ¿Por qué?

—A causa de lo sucedido, ya sabe, con el pequeño Hedges.

—Pero eso no tiene nada que ver con la biblioteca infantil —contestó Sylvia, cuya indignación se impuso a las lágrimas—. Lo que se llevaron fue un libro de Acceso Restringido, que no tiene nada que ver con la sección infantil. Estaba allí por pura casualidad, debido a los daños que ocasionó la tormenta.

—Yo solo le digo lo que he oído. —Su anfitriona parpadeó y sonrió nerviosamente por encima de la tetera.

A Sylvia la asaltaron los remordimientos. Ivy se estaba arriesgando por ella mientras que Sylvia —ahora se avergonzaba de ello— había mirado un tanto por encima del hombro a Ivy.

—Ya, ya, lo entiendo.

Ivy pareció armarse de más valor.

—Corre el rumor, en fin, lo que he oído decir a la gente es que fue usted la que..., no es que alentara al muchacho a robar, naturalmente, no creo que nadie crea eso..., pero yo solo le digo lo que se dice: que lo dejaba usted campar a sus anchas por la biblioteca, que no es que..., quiero decir... —Se

interrumpió con aire vacilante y cogió su taza de té. Sylvia vio que la mano, hinchada y cubierta de manchas de edad, le temblaba ligeramente.

Sylvia, que había desenvuelto el pastelito, empezó a enroscarse el papel en el dedo.

—¿Quién dice estas cosas? ¿Me lo podría decir, Ivy?

La aludida dejó la taza en el plato con delicadeza.

—No sé si debería...

—No diré que me lo confió usted, se lo prometo.

Su anfitriona bebió otro sorbo de té, miró hacia la ventana que daba a la calle, como si allí pudiera haber posibles espías, y al parecer tomó una decisión.

—Son, sobre todo, la señora Wynston-Jones y Thelma Bird, aunque Dios sabe que antes de que pasara todo esto no se podían ver. Ellas han hecho circular los rumores. Gloria Wynston-Jones es muy amiga de la esposa del doctor y ella, la esposa del doctor, la señora Bell, está que trina con los Hedges después del incidente de su hija, cuando se escapó con el muchacho a Londres... Gloria Wynston-Jones ejerce mucha influencia en el IM, y cuando me enteré de que había estado importunando a la señora Brent, que como bien sabe usted es nuestra presidenta, el caso es que pensé: «Esto no es justo para la señorita Blackwell, que tuvo la amabilidad ir a hablar con nosotras», de manera que pensé que tenía usted que saberlo.

Sin darse cuenta, Sylvia había formado un pequeño cáliz con el envoltorio. Lo dejó con cuidado en el plato, en equilibrio junto al pastelito.

—Gracias, Ivy. Le agradezco mucho que me lo haya contado. Pero ¿qué opina usted? ¿Cree que habría que cerrar la biblioteca?

Tras efectuar su revelación, al parecer Ivy había encontrado su espíritu combativo.

—Son un puñado de viejas arpías, eso es lo que yo opino. Gloria Wynston-Jones apenas se digna a hablar conmigo y la esposa del doctor es muy engreída. Creo que esa mujer..., en fin, que no pierde el tiempo con personas como Len y yo. —Miró con picardía a Sylvia—. Usted tampoco es santo de su devoción.

El corazón le dio un vuelco a Sylvia.

—¿Por qué lo dice?

La mirada de complicidad de Ivy desapareció y fue sustituida por una expresión de vergüenza.

—Según lo que he oído, cree que tiene usted puestos los ojos en el doctor. Gloria Wynston-Jones asegura que su esposo la vio a usted en Londres con el

doctor. Le dije a Gloria Wynston-Jones: «La señorita Blackwell es una muchacha decente, en modo alguno se comportaría así, y su esposo necesita revisarse la vista». No le hizo gracia oír eso; seguro que ese hombre estaba achispado, si quiere que le diga mi opinión, y ella sabe que yo conozco su vicio. Claro que yo siempre digo que si una mujer no es capaz de mantener a raya a su marido, es que algo le pasa. —Los rasgos anodinos de Ivy se volvieron rotundos—. Si Len empezara a descarriarse, iría tras él calle abajo con un cuchillo de trinchar.

—Muy bien dicho, Ivy —aplaudió Sylvia, que se sentía débil.

—Y no debería decir esto —añadió—, pero su jefe también asegura que vio algo. ¡Mire quién fue a hablar! Todo el mundo sabe lo que hace a espaldas de su mujer.

Después de salir de casa de Ivy, mientras trataba de analizar toda esa nueva dosis de veneno, Sylvia se planteó ir a ver a Dee. Sin embargo, las últimas palabras de Ivy habían hecho resurgir el fantasma del señor Booth. Tras decidir tomar un camino distinto, al volver una esquina se tropezó con Marigold.

La muchacha clavó la vista en ella, el rostro tan blanco como el de una aparición de un relato victoriano. Sylvia vio las pecas marcadas en la pálida tez.

—¡Marigold!

Durante un instante pareció que la niña iba a hablar, pero de pronto dio media vuelta y salió corriendo.

—Marigold, ¡vuelve! —pidió Sylvia—. Por favor, vuelve.

Demasiado paralizada para ir tras ella, Sylvia se quedó allí plantada. Si hubiese logrado coger a la niña, ¿de qué habría servido? Le mentiría. Por lo visto todo el mundo mentía. O peor aún, tergiversaba la verdad. Y la verdad, ahora empezaba a entenderlo, no constituía una prueba contra el mal. Apesadumbrada, echó a andar hacia su casa.

Mientras bajaba por el sendero que salía del camino de sirga, algo caliente y suave le rozó las espinillas y, al mirar, vio al gato de pelaje rojizo.

—Hola, minino.

El animal se le enroscó en la pierna.

—¿Eres el gato que camina solo?

Dos ojos de un verde límpido la miraron fijamente.

—Ay, gatito —dijo Sylvia, sumida en su soledad—, mañana es mi cumpleaños, cumplo veinticinco años. —Se agachó y le acarició el pelo, y el

animal le ofreció el lomo ronroneando satisfecho—. Ojalá fueras el gato que camina solo, minino, y pudieras hablar.

Al llegar a Field Row vio a Lizzie. La niña estaba en el recodo de la calle y al ver acercarse a Sylvia se sobresaltó y después esbozó una sonrisa lánguida.

—Hola, señorita.

Sylvia había llegado a la conclusión de que era una crueldad corregirla. Estaba claro que se sentía mejor empleando la fórmula de cortesía.

—Hola, Lizzie. ¿Has venido a verme? —Esperaba que no. Apenas podía soportar la idea de tener que consumir más sus ya mermados recursos.

Lizzie titubeó.

—He venido a darle esto a Sam. —Le tendió un libro.

—Es el libro que le dio mi padre.

—Sam me lo prestó —repuso la niña a la defensiva.

—No te estaba acusando de nada, Lizzie. Me alegro mucho de que también estés aprendiendo a jugar al ajedrez.

—¿Le importaría dárselo, señorita?

—Se lo puedes dar tú, Lizzie.

—No creo que me quiera ver.

Sylvia miró a la niña. Tenía el cabello limpio y su rostro redondo y blando parecía haberse definido. Había pegado un estirón y el cuello corto y sucio, del que ya no colgaba el crucifijo de oro, era más largo y estilizado.

—¿Qué te parece si se lo llevamos juntas?

Sin embargo, Lizzie también se había vuelto más resuelta.

—No, déselo usted, señorita.

—¿No quieres que le transmita un mensaje?

—Solo déselo, por favor, señorita.

En el número 3 Sylvia se encontró la puerta entreabierta, como siempre, pero dentro nadie respondió a su llamada, de manera que dejó el libro de su padre a la entrada, en el suelo. En el felpudo del número 5 había un sobre del tamaño de una tarjeta con la letra de su padre y otro de papel Manila escrito a máquina. Abrió primero la tarjeta.

Era una fotografía de unos veleros con la palabra «Felicidades» estampada en un cielo de un naranja y un magenta intensos. En el interior su madre había escrito: «Un pequeño recuerdo de los días felices que hemos pasado juntos en Cromer». Su padre había puesto: «Que en tus velas atrapes vientos favorables». Incluían un giro postal de treinta chelines.

La otra carta era del ayuntamiento.

Estimada señorita Blackwell:

A la luz de los extensos trabajos de reparación que requiere la biblioteca, hemos decidido cerrar la sección infantil y, por consiguiente, reducir la plantilla.

Por la presente se comunica la decisión de prescindir de sus servicios como bibliotecaria de la sección infantil de East Mole a partir del 31 de julio de 1959.

Sylvia alisó cuidadosamente la carta en la mesa de la cocina y salió fuera.

Bueno, pues así acababa todo. Había llegado a East Mole pensando que podía ser su ostra y la perla que esperaba encontrar había resultado ser la más cortante de las arenillas. Le vino a la cabeza el rostro sudoroso de Clive Henderson, el que fuera su jefe en Swindon. Ahora casi sentía afecto por él. Quizá la readmitiera. Si no era en Swindon, estaba segura de poder encontrar otro trabajo antes de julio y de que el señor Booth le permitiría que se fuese.

—Estará más que encantado de librarse de mí —dijo, furibunda, a *Boris*, que se había acercado con la esperanza de recibir algo de comida.

Boris movió en redondo una oreja para apartar una mosca vespertina que le rondaba uno de sus líquidos ojos marrones.

—¿Sabes qué, *Boris*? Creo que me reconverteré en veterinaria. Prefiero a los animales.

El burro se la quedó mirando. La mosca había vuelto y él agitó la oreja de nuevo con suavidad.

—Pero tienes razón, *Boris*. Tendría que estudiar ciencias. ¿Tú qué opinas, *Doris*?

Al oír su nombre, el otro animal alzó un instante la cabeza antes de seguir paciendo tranquilamente.

La botella de jerez que le había regalado su padre estaba en la cocina y quedaba más de la mitad. Se sirvió casi todo en un vaso de pinta y volvió a salir.

Sylvia estaba tendida en la hierba mirando al inocente cielo. Un cielo azul que se extendía hasta el infinito. Sin ninguna nube con la que jugar, como Hamlet en su locura. Hamlet no estaba loco, naturalmente, salvo quizá al final, cuando todo se volvió demasiado abrumador. Ella tampoco lo estaba, lo cual era una lástima porque en cierto modo le habría gustado estar loca. Eso debía de ser lo que quería Hamlet: volverse loco para escapar. Qué alivio dejarse ir, soltar las amarras, alejarse del parloteo, despojarse de la ropa además de la cordura y danzar desnudo. ¿Quién era el que danzaba desnudo delante del

Arca? ¿El rey David? ¿O era su hijo Salomón? No, el hijo de David era Absalón, «Turbose entonces el rey; y subiendo a la estancia que había sobre la puerta, comenzó a llorar, diciendo: “¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que fuera yo el muerto en vez de ti! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!”». El lamento de David se estudiaba en la escuela. También «Salomón era la reina de Saba» y «Reanimadme con manzanas». Sam había robado una rama de manzano para su amada. La amada de mi amado. Reanimadme con manzanas, confortadme con muérdago, porque estoy enfermo de amor...

Un tren de vapor le echaba nubes de hollín en el rostro. Pasó tan cerca que vio al fogonero inclinado, paleando carbón con frenesí. A su lado, en la locomotora, un niño pequeño metía unas flores en un bote. Sin embargo, ahora el tren era una gabarra en el canal y el niño, que en realidad era una niña, se hallaba en la cubierta, haciendo sonar una campanita y saludándola con la mano...

Sylvia se incorporó y oyó un reloj. ¿Qué hora era? Todavía no era medianoche; no habían sonado bastantes campanadas. Estaba oscuro y hacía frío, y la cabeza le estallaba de dolor. A su lado, la hierba estaba húmeda, ella tenía el trasero mojado y la falda y las medias empapadas. Ahora lo recordaba. Debía de haberse quedado dormida en el jardín, borracha tras beberse el jerez. Se puso a gatas y lanzó un gruñido, tratando de levantarse.

Olía a humo y a quemado. Sin duda nadie estaba haciendo una hoguera a esas horas de la noche. Se irguió y se acercó tambaleándose a la cerca, dando tropezones con los pies descalzos.

No era una hoguera. El humo salía de la ventana abierta de la casa de al lado, la número 4. Sylvia corrió a la puerta principal y vio un bulto oscuro que salía corriendo y se dirigía hacia la parte de atrás de la casa.

Aporreó la puerta, gritando, y al no recibir respuesta corrió hasta la casa de los Hedges y se puso a llamar como una loca.

—¡Ray, June! ¡Despierten, despierten! ¡Fuego!

Los coches de bomberos se habían marchado y las gemelas y Sam habían vuelto a la cama. Sylvia, Ray y June se hallaba en la cocina de estos últimos, recuperándose.

—Gracias a Dios que lo han pillado a tiempo. —June echó una cucharada más de azúcar al té—. Aunque el susto ha sido de muerte, hemos sido muy afortunados, teniendo en cuenta que estamos al lado.

—La palabra clave es «muerte». El de al lado podría haberla diñado. — Ray meneó la cabeza.

Al señor Collins lo habían sacado en pijama por una escalera de mano. El fuego solo había causado daños superficiales. Aparte del hollín que había dejado el humo, el número 4 había salido bastante bien parado.

—Debo decir que podría haberse mostrado más agradecido con usted, Sylvia —observó June—. De no ser por su rapidez mental...

También Sylvia pensaba en el señor Collins. Antes de que la ambulancia se lo llevara de su ennegrecida vivienda, ella había ido a ver cómo se encontraba y él le había lanzado una mirada asesina con los enrojecidos ojos.

—No crea que no sé quién está detrás de esto.

Muy a su pesar, también ella sabía quién estaba detrás del incendio. El bulto agazapado que había visto en el jardín..., no tenía ninguna duda de que se trataba de Sam.

El lunes era el primer día del trimestre escolar de verano y June y Ray habían decretado que los niños debían asistir.

—Es mejor que no pierdas ningún día, Sam, con los exámenes a la vuelta de la esquina y sin que la escuela se haya pronunciado aún sobre lo que piensa hacer contigo. Además, yo tengo que ir a casa de los abuelos.

Sylvia, que había ido al número 3 para ver cómo estaban, reparó en la palidez de Sam y se ofreció a acompañar a los niños de camino al trabajo.

Esperó a que las gemelas se adelantaran para decir lo que le rondaba la cabeza.

—Sam, esto es difícil pero te lo tengo que preguntar: ¿eras tú a quien vi anoche en el jardín del señor Collins?

Sam no contestó, así que Sylvia renunció a sus reticencias e insistió:

—Es que si tuviste algo que ver con el fuego, se considera un delito de incendio y es sumamente grave.

Sam seguía sin decir nada y Sylvia, más desesperada, espetó:

—No seas un puñetero bobo y vayas a empeorar las cosas.

La cara que Sam le puso al volverse hacia ella era trágica.

—No fui yo. Yo no hice nada.

—Entonces ¿no eras tú a quien vi?

—Lo iba a llamarlo a la puerta para decírselo cuando apareció usted. —La angustia había hecho que descuidara la gramática.

—Pero ¿qué estabas haciendo allí? ¿Y por qué saliste corriendo?

Las lágrimas empezaron a correrle por las mejillas. Jem, que se había acercado para contarles que habían encontrado una cabeza de muñeca tirada en el camino de sirga, se quedó horrorizada.

—¿Qué le pasa a nuestro hermano?

—Ve delante, Jem. Es solo que Sam se ha hecho daño.

Jem salió corriendo, asustada, y Sylvia rodeó con el brazo los delgados hombros al niño.

—¿Qué está pasando, Sam?

Lo único que pudo entender del balbuceo fue:

—Quedado con alguien.

—¿Con quién?

—Con alguien.

—¿Marigold? ¿Era Marigold?

Silencio.

—Sam, ¿por qué habías quedado con Marigold?

—¡Métase en sus asuntos! —exclamó él de pronto, gritando tanto que Ned salió de su casa.

—¿Va todo bien?

Sylvia lo saludó a través del agua.

—Sí, gracias, Ned.

Sin embargo él ya estaba por la mitad de las esclusas.

—¿Te encuentras bien, Sam, muchacho?

Sylvia tomó una decisión:

—Ned, ¿te importa si Sam se queda aquí contigo? Voy a llevar a las gemelas a la escuela y les informaré de que Sam no se encuentra bien. La otra noche se produjo un incendio y Sam está conmocionado. Volveré lo antes posible.

Sam estaba aterrorizado, pero Ned le pasó un brazo por los hombros con aire fraternal y propuso:

—Vamos, tengo barritas de chocolate Penguin.

Sylvia dejó a las dos gemelas bastante apagadas en párvulos y después fue a primaria. Subió la escalera para dirigirse al despacho del señor Arnold. El director, que estaba sentado a su mesa, alzó la vista ceñudo pero su expresión se suavizó al ver a Sylvia.

—Creí que era usted la señorita Buckeridge que venía a mortificarme por lo del bache en el asfalto. Siéntese.

Sin embargo, Sylvia pensó que el mensaje que traía era mejor transmitirlo de pie.

—He venido a informarle de que Sam Hedges no vendrá hoy a la escuela. El señor Arnold le dirigió una mirada inquisitiva.

—La otra noche se declaró un incendio en nuestra calle. Venía hacia aquí con los niños Hedges y Sam, que está un poco alterado, empezó a sentirse mal por el camino. He traído a sus hermanas.

—Me he enterado de lo del fuego. Por suerte nadie resultó herido. Que sus padres le hagan un justificante. —Antes de que Sylvia se fuera, el señor Arnold comentó—: Siento que el muchacho se haya metido en semejante lío.

Durante un instante ella se planteó sacar el tema de la expulsión de Sam, pero el director estaba leyendo una carta, de manera que no quiso molestarlo y se fue sin decir nada.

Un olor a beicon la recibió al llegar a la casita del esclusero. Sam estaba sentado en el escurrido de la estrecha cocina de Ned.

Este movía una sartén.

—Hay pan frito, si le apetece.

—Gracias, Ned. La verdad es que no tengo mucha hambre.

—En tal caso me voy. El hervidor está puesto. Hágase una taza de té.

Sylvia, de espaldas a Sam mientras retiraba el hervidor del fuego, le informó:

—Le he dicho al señor Arnold que no te encontrabas bien.

—¿Y qué ha dicho él?

—Que lo sentía.

Sam soltó una risotada cínica.

—Sí, claro, no se lo cree ni usted.

—De hecho lo que dijo fue que sentía que te hubieras metido en este lío. Yo también lo siento.

—Yo no le pegué fuego a la casa.

—¿Tuvo Marigold algo que ver en eso? Sam, si fue así, debes decirlo.

El niño parecía desconsolado. Después se bajó del escurridero y salió corriendo de la cocina.

Sylvia sostenía la taza de té entre ambas manos cuando Ned volvió.

—Sam se ha ido.

—Será mejor dejarlo a su aire.

—Este incendio... —empezó, pero una vez más él la sorprendió.

—La hija del médico estuvo aquí anoche.

—¿Marigold? ¿Aquí, con usted?

—Conmigo, no. Ahí, en el camino de sirga, enfurruñada. El joven Sam vino a hablar con ella.

—¿A qué hora fue eso, Ned? ¿Se acuerda?

—Yo diría que poco antes de las diez, porque a esa hora escucho *jazz* en la radio y estaba en la cocina preparándome un té un poco antes cuando vi a esos dos pelando la pava.

—Podría ser importante, porque el incendio solo pudo declararse a las diez. Oí el reloj del ayuntamiento.

—Supongo que el muchacho pudo prenderle fuego a la casa antes pero...

—Pero usted no cree que lo hiciera, ¿no?

—No es esa clase de chaval, el joven Sam. A la chica, si quiere que le diga mi opinión, le falta un tornillo.

Sylvia sopesó la información.

—Es extraordinariamente inteligente.

—Eso no quita para que le falte un tornillo. La inteligencia no lo es todo.

—No tiene usted teléfono, ¿verdad?

Resultó que sí lo tenía. Era necesario, explicó, por si surgía un problema con la esclusa o las barcazas. Sylvia llamó a la biblioteca y respondió el señor Booth.

—Lo siento, señor Booth, pero hoy no podré ir. Ha sucedido algo de lo que tengo que ocuparme sin falta. —A eso no se podía decir nada.

El señor Booth profirió unos sonidos ininteligibles y colgó.

Sylvia retrocedió sobre sus pasos y fue a la fundición. Se sentó en la tapia en la que en su día se sentara con Hugh, se encendió un cigarrillo y contempló

las golondrinas que, criaturas constantes, habían empezado a reparar los nidos del año anterior en las ruinas altas.

A su alrededor la naturaleza trabajaba con ahínco renovando la vida. Las hojas de los sauces que crecían a orillas del canal eran de un tierno verde joven y las ramas de un cerezo silvestre, que gracias a alguna ave pasajera había echado raíces entre las ruinas de la fundición, exhibían un intrincado dibujo de un blanco translúcido. «Ahora el cerezo, el árbol más hermoso, / cuelga sus flores en las ramas...». En Ruislip no había cerezos silvestres.

Al levantar la mirada vio a Hugh.

Se hallaba en el otro extremo de la verja, como paralizado y... sí, no cabía duda, asustado.

Sylvia tenía buen corazón por naturaleza, pero el dolor endurece hasta el más bondadoso de los corazones. Su amante le había hecho daño, había hecho daño a sus amigos y al hijo de estos, y la influencia de su esposa había contribuido al cierre de su biblioteca, que también le era muy querida y por la que había trabajado con ahínco.

—Hola, doctor Bell.

Él se quedó donde estaba sin decir nada.

—Al menos no sale usted corriendo como su hija.

—¿Ha estado aquí?

—Vaya, así que no se le ha comido la lengua el gato.

El comentario lo silenció de nuevo.

—La última vez que vi a su hija salió corriendo, sin duda porque se siente culpable de haber implicado al hijo de mis amigos, los Hedges (que, dicho sea de paso, viven en East Mole desde hace generaciones y cuya reputación siempre ha sido intachable, a diferencia de su familia de recién llegados prepotentes), en un delito que no ha cometido. Dos delitos ya, muy probablemente. Supongo que se habrá enterado de lo del incendio.

Él asintió sin decir palabra.

—Su hija ha engatusado de tal modo a este pobre muchacho que él la está defendiendo valientemente y se niega a entregarla a las autoridades para que reciba su castigo, un castigo que tiene bien merecido. A diferencia de su cobarde hija, él ha actuado con nobleza, una nobleza con la que no estoy de acuerdo pero que desde luego es admirable, al asumir él solo la culpa de un robo del que no es responsable y como consecuencia del cual la policía le ha hecho una seria advertencia que podría afectar negativamente a su vida en el futuro. Y ahora, al parecer, podría cargar con un delito de incendio, el *summum*, vamos.

Más tarde no supo de dónde había salido ese «*summum*», pero en ese momento se sentía muy resuelta.

—Sin embargo, la cobardía de que hace gala su hija no me sorprende. A todas luces la ha aprendido de su padre, que también es un cobarde y un seductor y pronuncia palabras con la más pura, con la más pura...

Sin embargo, la rabia y la resolución cedieron en ese punto y dieron paso a un llanto impotente.

—¡Sylvia!

Carajo, Hugh había saltado la verja y la rodeaba con sus condenados brazos.

—¡Suéltame! ¡Que me sueltes!

—¡Sylvia!

—Suéltame o te muerdo.

—Por el amor de Dios, Sylvia.

—Te lo advertí. —Él se frotaba la mano—. Espero que te haya dolido.

—Y yo espero que te haga sentir mejor que me haya dolido.

—No me hace sentir mejor.

—Si pudieras calmarte un minuto...

—No te atrevas a decirme que me calme. Es otra forma de intimidarme.

—¿De dónde sale esta repentina soltura? —También ella estaba sorprendida—. ¿Por qué te ríes?

—Te aseguro que no me estaba riendo.

—Bueno, pues sonriendo.

Ahora sí se rio, aunque con aspereza.

—Pensaba en lo condenadamente tonta que he sido dándome aires, como diría Dee. Creyendo que podía transformar East Mole. Creyendo que era el amor de tu vida.

—Lo eres.

—Carajo, ni se te ocurra decir eso.

Él no respondió y ella dijo:

—¿Sabes que el día que fui a tu consulta fue la primera vez que dije «carajo»? Y desde entonces no he parado. Mi madre solía decir: «Cuando se cruza una línea, Sylvia, ya no hay vuelta atrás». —No explicó que su madre hablaba de relaciones sexuales.

—¿Podríamos sentarnos? No te tocaré. Solo quiero hablar.

Demasiado agotada para resistirse, se sentó a su lado en la tapia en la que se habían sentado hacía meses, cuando en East Mole las aguas aún estaban tranquilas.

—¿Y bien? —Sylvia seguía estremeciéndose de rabia.

Él se quitó las gafas y se pasó una mano por los ojos.

—Sylvia, eres más joven que yo y tienes lo que yo no tengo: pureza. No, no te rías, te lo ruego. Cuando uno es joven es fácil ser puro, puro de espíritu, me refiero, íntegro, honrado, sano. He estado pensando y creo que una parte importante de hacerse mayor consiste en fragmentarse, fracturarse, si uno tiene mala suerte, en distintas partes de uno mismo un tanto asincrónicas, de manera que lo que uno dice y lo que quiere decir, lo que quiere decir de verdad, luego no lo dice o no lo puede decir porque se ha impuesto una parte distinta. ¿Te resulta demasiado grandilocuente?

—Todavía no lo sé.

—Eres el amor de mi vida, créeme. Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti pero...

Aquello era insufrible.

—¿Te refieres a lo que sentiste en la consulta?

—Lo sé. A eso quiero llegar. Que te quiera a ti no significa que no sienta nada por Jeanette. Si la conociese hoy, no significaría nada para mí; nada en absoluto. Lo más probable es que no me cayera bien, que me cayera directamente mal, y te hago una suerte de espantoso cumplido al decírtelo porque admitirlo me hace sentir muy culpable. Sin embargo, llevo demasiado tiempo viviendo con ella para apartarla de mi lado sin más. No es una mala mujer; no es especialmente buena, pero mala tampoco. Es probable que con otro hombre fuese más bondadosa y mejor, y el hecho de que yo sea como soy (y tú no has visto ni la mitad) no ha sido lo que se dice fácil para ella. La guerra, o tal vez no fuese la guerra sino otra cosa, me cambió; algo cambió en mí, debería decir. Cargo con ese perro negro del que hablaba Churchill, y vivir con él puede ser un infierno. Es un tópico decir que tu esposa no te entiende, pero espero que me perdones si te digo que Jeanette no me entiende del todo. ¿Y por qué iba a hacerlo? En la ceremonia del matrimonio no se estipula que haya que entender al otro. Su carácter es muy distinto del mío, pero Jeanette no es tonta e intuyó que pasaba algo, y me conoce lo bastante para saber que tú serías la clase de chica a la que querría si volviera a nacer y la vida me diese otra oportunidad. Sin embargo, y esta es la parte complicada, ella confía en mí, o confiaba, y hasta hace poco la cosa no había pasado de un pequeño desasosiego. Aunque por lo visto, según ella, era evidente que tú y yo intentamos evitarnos en aquel cóctel horrendo.

—En eso no se equivoca: nos evitamos.

—Ya, bueno, Jeanette no es Sigmund Freud pero sí tiene la habitual intuición femenina y presentía que eras una rival. Lo de ese condenado libro añadió más leña al fuego. ¿Me darías un cigarrillo? Se me han terminado.

Le ofreció la cajetilla en silencio y él sacó uno y encendió el de ella, poniendo buen cuidado en no tocarle la mano.

—Me gustaría decirte algo, si me lo permites.

—¿Qué?

—Esto: hace más o menos una semana, a decir verdad la noche antes de que irrumpieras en mi consulta, Jeanette y yo estábamos en Salisbury y fuimos a cenar al George, donde comimos tú y yo antes de ir a *Geroncio*. ¿Te acuerdas?

Difícilmente podría olvidarlo.

—Lo he evitado desde entonces por motivos sentimentales, pero estábamos cerca, ella lo sugirió y no fui capaz de aducir una razón plausible para rehusar. Jeanette había ido al aseo cuando de pronto se acercó el encargado con un paquete, que resultó ser la ropa que te dejaste tú aquella noche, y ella volvió justo cuando el hombre estaba explicando que «mi esposa» había llamado y le había dejado un mensaje al otro encargado pero que no sabían dónde enviar el paquete y ahí tenía...

—¿Qué dijiste? —Se había olvidado (o no, olvidado no, había estado demasiado distraída para ocuparse de ese asunto) de la ropa.

—No pude negarlo, la verdad. Era evidente que ese hombre me había reconocido y además tu nombre está en la falda.

—Antes de que me marchara de casa, mi madre cogió mis cintas de la escuela y las cosió en todas las prendas que encontró.

—Ya, en fin, me figuro que Jeanette se lo habría olido igualmente. Le dije que coincidimos en Salisbury y... —Se interrumpió. La mirada afligida que siempre la conmovía ahora la irritó.

—¿Qué? —espetó enojada.

—Lo que no sabes es que en realidad yo iba a ir solo a aquel concierto. Jeanette nunca tuvo intención de asistir (no soporta la música clásica, no le interesa), así que le dije que fue pura coincidencia que nos viéramos y que tú ibas al concierto por tu cuenta, cosa que no se creyó.

—Claro —repuso Sylvia—. No me creería capaz de tener tanto gusto, como es natural.

Él parecía angustiado.

—Para ser justos...

Sin embargo, Sylvia no tenía ganas de ser justa.

—Muy bien, admito que no sabía nada del sueño del puñetero Geroncio antes de que tú me rescataras del abismo de mi ignorancia. —Su esposa y él habían echado a perder definitivamente esa experiencia.

—¿Quieres que me calle?

—Sí. No. Continúa. Dime lo peor.

El médico lanzó un suspiro.

—No estoy disfrutando con esto. Como es lógico, Jeanette quería saber por qué no le había dicho nada y cómo explicaba esa cena contigo y a santo de qué lo de recoger tu ropa. Creo que se figuraba que no habíamos ido al concierto, que nos habíamos acostado sin más esa misma noche. Más tarde le enseñé el programa, pero, como bien señaló, podía haberlo comprado fácilmente para utilizarlo de tapadera.

—¿Sabe que nos hemos..., lo que tú has dicho desde entonces? —No estaba segura de poder vivir si Jeanette Bell tenía detalles de la noche que pasaron en Londres.

—Me preguntó, naturalmente, y yo lo negué. No sé si me cree. Es una mujer orgullosa y es probable que se convenza de que es la verdad. A propósito, en lo que respecta a la seducción, si no es desquitarme demasiado, fue el hecho de que te pusieras tu plumaje de flamenco lo que me hizo concebir la ligera esperanza de que quizá estuvieses ligeramente interesada en mí.

Sylvia tuvo la gentileza de ruborizarse.

—¿Qué pasó después?

—Está claro que Jeanette le estuvo dando vueltas al asunto en el coche y al llegar a casa nos enzarzamos en una violenta discusión que, por desgracia, oyó Marigold. Jeanette amenazó con marcharse con ella e impedir que volviera a ver a mi hija y, por si sirve de algo (probablemente no mucho), me planteé dejar que lo hiciera. No nos dimos cuenta de que Marigold lo había oído todo hasta que unos días después se encaró con nosotros. La tranquilizamos, o eso creímos; hacía ya un tiempo que se comportaba de manera bastante rara y le aseguramos (lo siento, pero es mi hija y lo cierto es que no tenía alternativa) que no pensábamos separarnos. Luego, el sábado por la noche, descubrimos que había vuelto a desaparecer.

—¿Dónde estuvo?

—Se negó a decírnoslo, pero llegó a casa bastante alterada.

Sylvia intentó sentir lástima por Marigold pero no lo consiguió.

—Sylvia, escucha, dejaría a Jeanette hoy mismo, ahora mismo, por ti de no ser por Marigold. Recuerda que te lo dije aquel día —parecía casi

dolorosamente humilde—, aquella noche, en el coche, en Salisbury.

«No la puedo dejar. Está Marigold», había dicho.

Ella asintió.

—Pero ¿por qué te portaste así conmigo en la consulta?

—Lo siento, fui un miserable. Me entró el pánico. La señora Eames es una metomentodo. He tenido que pedirle a Monk que la llame a capítulo por violar el secreto profesional y estaba aterrorizado de que nos oyera y se fuese de la lengua, porque habría sido como meter al zorro (porque, créeme, la señora Eames es un zorro) en el gallinero.

—Pudiste hacérmelo ver de alguna manera.

—Lo sé, lo sé, y debería haberlo hecho. Lo siento. Después de la riña con Jeanette me causó mucha impresión que te presentaras así, sin avisar. Solo me percaté de que eras tú por la ficha y no estaba preparado para ello. Compréndelo, llevo demasiado tiempo cumpliendo con mi deber. —Al ver que Sylvia fruncía el ceño, añadió—: Conocerte, conocerte a ti, me apartó de todo eso. Pero uno siempre vuelve, ya sabes o quizá lo sepas algún día, a lo de siempre. Y luego yo... y tú, Sylvia, estabas tan distinta.

Ella ignoró mentalmente su mirada de súplica.

—Tú también.

—No sé si lo sabes, pero tu rostro se convierte en una especie de visera medieval cuando entornas los ojos. Lo has hecho mientras me reprendías ahora mismo.

—Y el tuyo adopta una sonrisa petulante de escuela privada.

—Supongo que hay facetas de cada uno de nosotros que el otro desconoce.

De pronto, la ira galvanizadora se desvaneció y dejó a Sylvia desprotegida y expuesta.

—Sí. Sí, o sea, no.

—No me importa que tengas un visor. A decir verdad me alegro, porque es probable que tengas que luchar por la biblioteca.

De manera que todavía no sabía que la habían despedido. Bien, pues no le daría la satisfacción de hacérselo saber.

—A mí sí me importa esa sonrisa petulante tuya.

—Y lo comprendo. Tienes razón, soy un cobarde. Un cobarde emocional, cuando menos. Es uno de los defectos de los que probablemente pudieses curarme.

—Yo no puedo hacer nada por nadie —aseguró Sylvia—. Le arruino la vida a todo el mundo.

—Eso suena muy melodramático.

—Míralo y dime: he arruinado tu matrimonio, que iba bien o más o menos bien hasta que llegué yo; es posible que haya arruinado la posibilidad de que Sam pase al bachillerato, cosa que antes era segura. E intenté seducirte. No era eso lo que me decía a mí misma pero es así. No me importaba un carajo Jeanette ni tampoco, si te soy sincera, me importaba un carajo Marigold.

—Para que no se diga que no utilizas esa nueva palabra tuya. ¿Me permites? —Le tendió la mano y ella se la cogió.

—Lo siento, Hugh.

—Por el amor de Dios, no digas eso. Eso hace que me sienta aún más canalla. Soy yo quien lo lamenta, en todos los sentidos. Escucha, he amado cada minuto que he estado contigo y cada pedazo de ti, incluso mientras me atacabas con tu perorata. Has estado magnífica.

—Eso suena condescendiente.

—Lo digo como lo siento. Es la pureza de la que te hablaba. Yo no la tengo. No sé si alguna vez la tuve, pero de ser así la perdí por el camino. Tengo una especie de personalidad evasiva, blanda y remilgada que yo llamo ser razonable y sensato y, cuando soy especialmente deshonesto, tolerante. No es así. Es pusilanimidad, debilidad e impotencia. Pero tu madre tiene razón: no hay vuelta atrás. ¿Cómo es tu madre, por cierto? Nunca me has hablado de ella.

—Convencional. A decir verdad un poco como Jeanette. Lo siento.

Ambos soltaron una risa un tanto incómoda. Muy probablemente su madre fuese como Jeanette: si se hubiese casado con otro hombre, tal vez habría sido distinta.

—Para alguien como tú eso ha debido de ser...

Temiendo su compasión, Sylvia lo interrumpió:

—Ella no tiene la culpa, me refiero a mi madre. Ha tenido pocas oportunidades, y, a su juicio, ha hecho lo que ha podido por mí. No me entiende mucho pero sí lo bastante para intuir que le oculto muchas cosas y que prefiero a mi padre. No lo había pensado nunca pero eso debe de haber sido difícil para ella.

—También para su hija, ¿no?

Como no lo quería admitir, Sylvia preguntó:

—¿Jeanette tiene celos de Marigold?

—Es posible, no me había parado a pensarlo. Es cierto que quiero a mi hija más que a mi mujer.

—Eso mismo le pasa a mi padre. Me refiero a que me quiere más a mí que a mi madre, o al menos eso creo.

—Me alegro de que tengamos algo en común.

—Dicho así parece incestuoso.

—En el incesto no hay nada malo, siempre y cuando quede fuera de la familia. Según Freud, todo amor es transferencia.

—No te quiero de padre.

—Ni yo a ti de hija. Me basta con la que tengo.

Permanecieron sentados fumando. A lo lejos se oyó un cuco.

—«En abril se escucha mi canto» —citó él, y al ver la cara de perplejidad de Sylvia añadió—: Es un viejo poema sobre el cuco.

—¿Qué vas a hacer con Marigold? —quiso saber Sylvia. Le vino a la memoria su sueño del tren de vapor y la niña en la locomotora—. Estuvo con Sam la noche que se produjo el incendio.

—¿Cómo lo sabes?

—Los vieron. Sam ya ha cargado con la culpa por lo del libro y si alguien sospecha que fue el responsable del incendio y también asume esa culpa, comparecerá ante el juez e irá a la cárcel o a un reformatorio o... —La idea era demasiado espantosa para continuar.

Una vez más, él se pasó una mano por los ojos.

—Lo único que puedo hacer es rezar fervientemente para que ninguno de los dos haya tenido nada que ver con eso. Escucha, no estoy evitando la pregunta, pero primero debo dar con ella. Se ha vuelto a marchar sin decirnos nada, no es la primera vez, y he venido para ver si estaba aquí.

—Cuando hayas hablado con ella, ¿me lo dirás?

—Cuando la encuentre te prometo que te lo diré. Pero para ello tendré que volver a verte. ¿Te parece bien, Sylvia?

No podía evitarlo.

—Sí, Hugh, me parece bien.

Sylvia volvió a Field Row y vio aparcado delante de su casa un coche grande y verde. Al llegar a la cancilla distinguió a la señorita Crake sentada en el jardín, junto al barril.

—He ido a la biblioteca pero me han dicho que no se encontraba usted bien. Iba a dejarle una nota. —Su visitante señaló un libro en rústica—. *Mi amigo el señor Leakey*, el libro que le comenté.

Sylvia lo miró: en la camisa había una imagen de un hombre con un sombrero de copa, un pequeño dragón rojo y un ángel con turbante.

—¿El señor Booth le ha dicho eso?

—Booth no, una mujer con un gusto lamentable en cuestión de perfumes.

—Dee. Pero en realidad no estoy enferma.

—Me alegro.

Sylvia leyó la breve biografía del autor, J. B. S. Haldane.

—¿Quién es?

—Un genetista de primera y uno de los hombres más agudos y con más talento del mundo. Trabajamos juntos.

—¿Es usted genetista?

—Lo era. Me jubilé después de que JB se fuera a la India.

Sin saber qué más decir, Sylvia preguntó:

—¿Por qué se fue allí?

—Es indio, aunque nació aquí, pero se marchó por motivos políticos. Es un marxista convencido y cree que la India está más avanzada desde el punto de vista político.

—¿Es así?

—Lo dudo, pero los ideólogos son inmunes a la razón. ¿Cómo está el muchacho de los Hedges?

Sylvia suspiró. Confiaba en que pareciese que suspiraba por Sam y el grave apuro en el que se encontraba, pero en realidad era porque deseaba que la señorita Crake se fuese. Después de todas las conversaciones que había mantenido ese día, primero con Sam, después con el señor Arnold y por

último con Hugh, se sentía terriblemente cansada y no le quedaban palabras. Respondió con amabilidad:

—Sam se ha cerrado en banda y se niega a hablar.

La señorita Crake miró hacia el coche verde.

—Mientras aparcaba apareció un niño y se marchó enseguida. Tenía una expresión honesta. Veo que ha habido un incendio en la casa de al lado.

—Sí. Por suerte no hubo ningún herido.

—Cuando nos conocimos comentó usted, con relación al asunto del libro, que en su opinión el muchacho Hedges no era el responsable del robo.

—Estoy segura de que no lo fue.

La señorita Crake pareció reflexionar.

—Sin embargo, él insiste en que sí, ¿verdad? Probablemente, por el motivo que sea, no quiere bajarse del burro. Cuando alguien hace eso, no hay nada que hacer salvo esperar a que se canse y se dé por vencido.

—Tal vez —convino Sylvia—. Pero la policía ha intervenido. Y ahora con esto... —Señaló con la cabeza el número 4.

—¿Teme usted que también puedan culpar al muchacho del incendio?

—Está enemistado con el hombre que vive ahí.

—Conozco al señor Collins —dijo la señorita Crake—. ¿A qué se debe esa enemistad?

Sylvia le contó lo sucedido con los zorros.

—Collins es un mandilón —sentenció la señorita Crake.

No parecía dispuesta a marcharse, de manera que Sylvia se sintió en la obligación de ofrecerle una taza de té. Mientras el agua hervía, se cepilló el cabello delante del espejo del cuarto de baño.

«Tengo pinta de loca», concluyó.

Cuando salió con la bandeja, la señorita Crake estaba mirando a *Boris*.

—¿De quién son estos animales?

—De un granjero que vive más allá. Solo lo he visto una o dos veces.

—Necesitan atención. Este tiene sarna. Y hablando de genética, el libro que me recomendó usted...

—¿*El jardín de medianoche*?

—Me interesó sobremanera el vínculo entre la anciana, que era la niña a la que Tom conoce en su día en el jardín, y el muchacho. Es un ejemplo muy notable del trabajo pionero en el que me embarqué en el UCL.

Sylvia sirvió a su invitada una taza de té. Estaba demasiado cansada para escuchar con atención, pero le parecía una grosería cerrar los ojos. Se dedicó a mirar al horizonte mientras fingía escuchar a la señorita Crake.

—No pudimos demostrarlo, pero yo tenía la corazonada de que entre determinadas personas existe una correspondencia, una afinidad, en el noventa y ocho por ciento del llamado elemento «irrelevante» de su ADN, lo que posibilita una clase de comunicación que se suele denominar telepática y que, en consecuencia, los materialistas rechazan. Está usted derramando el té, querida.

Sylvia dio un respingo.

—En el ingenioso libro de Philippa Pearce percibo esta clase de afinidad entre el ADN de la anciana señora Bartholomew y Tom, y esa es la razón de que, cuando la anciana sueña con su juventud, en la que es la niña Hatty, él puede entrar en su pasado y ser su compañero de juegos antes incluso de que haya nacido. La autora lo hace de manera excelente. Me gustaría escribirle una carta. ¿Tiene usted su dirección?

Esto último lo dijo en voz tan alta que Sylvia volvió a la realidad.

—Lo siento mucho, señorita Crake. Me temo que no estaba prestando atención.

—Parece usted distraída, querida.

—Supongo que lo estoy.

Su visitante la miró con fijeza y acto seguido sus ojos se volvieron hacia los burros, que pastaban en el campo.

—JB y yo éramos amantes. —Lo dijo como si se dirigiese a los animales—. Es un hombre con moral, lo que no quiere decir que la moralidad sea siempre la mejor guía de la conducta humana; sea como fuere no le gustaba el enfrentamiento, de manera que durante algún tiempo su futura esposa, es decir, su segunda esposa, y yo no supimos de la existencia de la otra. Al final fui yo la que tuvo que poner fin a la relación. Él no tenía el valor de hacerlo. Los hombres son débiles de carácter, solía decir mi madrina.

—¿Cómo sabe...? —preguntó Sylvia. Por algún motivo, el hecho de que la señorita Crake hubiese dado a entender que estaba al tanto de su aventura amorosa no le resultó inquietante.

—Yo no sé nada, pero East Mole es un sitio pequeño y de miras estrechas, y si bien me importan un bledo los chismorreos, tengo ojos y oídos.

—¿También sabe que van a cerrar la biblioteca infantil?

—Sí —repuso la anciana—. Me han informado de ello. El muchacho de los Hedges está echando de nuevo un vistazo al Wolseley. Gracias por él té. Adiós.

Se marchó y Sylvia oyó un portazo y un motor que arrancaba y vio que el coche verde se deslizaba marcha atrás ante la hilera de casas y tomaba la

pronunciada curva. El sonido del vehículo se desvaneció y se hizo el silencio que Sylvia ansiaba y que descubrió que ya no deseaba.

El reloj del ayuntamiento daba las tres cuando se acordó de las gemelas. June había ido a ver a su madre sin saber que Sam no estaba en la escuela para traerlas de vuelta. Los niños de párvulos salían a las tres y media, así que tenía tiempo de ir a por ellas.

Con las prisas, a punto estuvo de chocar con Dee junto a la fábrica de galletas.

—¿Se encuentra bien? Su señoría no ha parado de dar la tabarra porque no había venido, así que le he dicho que tenía problemas de mujeres. Eso siempre les cierra la boca. Claro que en cierto modo los tiene, ¿verdad?

La conjetura tácita de la señorita Crake era una cosa; el comentario de Dee, otra muy distinta.

—Me temo que debo darme prisa, Dee. Tengo que ir por las gemelas Hedges.

—Venga a verme esta tarde, si quiere. Estaré en casa arreglándome el pelo.

Sylvia llegó a la escuela poco después de las tres y media. Preguntó por el conserje y le indicaron un cobertizo no muy lejos del patio. Las gemelas estaban dentro, subidas a lo que parecía una vieja mesa de pimpón. Al ver a Sylvia, empezaron a cantar:

—«El anciano entonó una canción, marcando el ritmo en mi...».

Y saltaron con fuerza, muertas de risa.

El conserje, ataviado con una bata marrón, apareció por una puerta de una esquina con una fregona sucia y un cubo. Daba la impresión de estar sordo o cuando menos de no darse cuenta del ruido. Sylvia bajó una por una a las niñas de la mesa y dio las gracias al hombre por ocuparse de ellas.

Él farfulló algo que no oyó y cuando Sylvia le pidió que lo repitiera, Pam gritó:

—¡Dice que no le importa!

—Santo cielo, a mí sí me importaría que metierais tanto ruido.

—A él no le importa —insistió Pam, enfurruñada.

—No tiene hijas —dijo Jem—. Cree que somos una ricura.

Sylvia miró al hombre para hacerse una idea de cómo era. Le pareció poco probable que «ricura» formase parte de su vocabulario. Se preguntó si de verdad sería una persona adecuada para cuidar de las gemelas. Pero ¿qué

sabía ella? Ya había enredado bastante la madeja creyendo saber cómo era la vida de los demás.

Quizá fuera producto de su imaginación, pero a Sylvia le dio la sensación de que algunas de las personas con las que se cruzaron mientras se dirigían al camino de sirga la evitaban. Varias mujeres se cambiaron de acera al verlas y la señora Brent, del IM, apenas le devolvió el saludo.

Era un consuelo estar en compañía de las gemelas. Enfilaron el camino del jardín del número 3 chillando:

—¡Sylvia nos ha traído a casa!

Sylvia siguió a las niñas a la cocina, donde June untaba rebanadas de pan con mermelada.

—¿Dónde está Samuel?

—Sam no se encuentra bien —repuso Pam.

—Sam estaba llorando —añadió Jem—. No ha ido la escuela, nos ha traído Sylvia.

June puso cara de preocupación y Sylvia explicó:

—Estaba nervioso por lo del incendio. Espero que no le importe, June, pero la verdad es que me pareció lo mejor. Avisé al señor Arnold, eso sí. Se mostró muy comprensivo y usted estaba con su madre, así que no pudimos decírselo.

Por primera vez desde que se conocían, June pareció abiertamente disgustada con ella:

—No habría estado de más consultarnos primero. Sam tiene encima los exámenes finales y no queremos más problemas.

—Lo sé —replicó ella—. Lo siento, June. Pero la verdad, no estaba en condiciones.

—¿Dónde está ahora?

Fuera se oyó el ruido de un embrague e instantes después apareció Sam.

—Samuel, ¿dónde has estado?

—En el coche de la señorita Crake. —Se quedó quieto hurgándose la nariz con aire pensativo y añadió—: Me ha pedido que te diga que la disculpes si te ha causado alguna molestia.

—¿La señorita qué? A mí no me parece que estés enfermo.

—La señorita Crake —informó Sylvia—. Conoce a su padre, June.

—Conduce un Wolseley —apuntó Sam—. Un día pienso tener un Wolseley.

Aunque Sylvia estaba hecha unos zorros, pensó que debía aceptar la invitación de Dee. Quizá su compañera pudiese ponerla al corriente del inminente cierre de la biblioteca. Antes de salir, buscó en el diccionario la palabra «mandilón».

«Hombre de poco espíritu y cobarde, del Fr. *Poltron*, It., *poltrone*». La señorita Crake, al menos, sabía de lo que hablaba.

Dee abrió la puerta en bata y con los rulos puestos.

—Disculpe mi aspecto. Me estoy retocando la permanente.

Le ofreció algo de beber a Sylvia.

—No tiene alcohol, o muy poco.

Sylvia admiró el dibujo de la botella, pero dijo que prefería té o café.

—Vamos, dese un gusto. Se la ve hecha polvo.

Sylvia accedió a probar un vaso de la burbujeante bebida.

—Es muy dulce, Dee. ¿De qué es?

—De pera. Lo trae su señoría. Me figuro que piensa que me pondrá a tono.

—A decir verdad, Dee, quería preguntarle por el señor Booth.

Su compañera se puso seria.

—Sé lo que quiere saber y solo le puedo decir que no fue idea mía.

—Estoy segura de que no, pero ¿tuvo él algo que ver con la decisión? Tengo la sensación de que sí.

Dee parecía incómoda.

—Por lo visto ese vecino suyo tiene algo que ver. ¿Le apetecen unos cacahuetes?

—No, gracias. Si esto es por lo de Henry Miller, no entiendo por qué tiene que sufrir las consecuencias la biblioteca infantil. Después de todo fue el señor Booth quien adquirió el condenado libro.

Dee se acercó a un armario y sacó un paquetito de cacahuetes con sal.

—La gente tiene la impresión, aunque siento que tenga usted que enterarse por mí, de que Sam Hedges accedió a la sección de Acceso Restringido gracias a usted, y la madre de la niña Bell va por ahí diciendo que su hija ha sido víctima de su negligencia. Al parecer la han llevado al psiquiatra.

Eso encajaba de manera inquietante con lo que le había dicho Hugh.

—Pero espere un momento, Dee, usted misma dijo que probablemente la culpa fuera de Marigold, no de Sam.

Dee se sirvió un vaso de Babycham.

—Yo lo único que le puedo decir es que, al haber tan poco dinero para el mantenimiento, tuvieron que elegir. Su vecino le guarda rencor. Y con la polvareda que han levantado la señora marquesa y Thelma Bird y sus amistades, me temo que le ha tocado a usted la china.

—No solo a mí. También a los niños. ¿Qué será de todos esos libros?

—Tienen pensado enviarlos a Swindon. Si los críos de aquí quieren un libro lo podrán pedir en la biblioteca de adultos y lo recibirán a través del servicio del condado, o eso dicen.

—Pero no lo harán, ¿no cree usted? Lo que les despierta las ganas de leer es ver los libros. ¿Cómo sabrán cuáles pedir? Es demencial. No me importa por mí —eso no era del todo cierto—, pero sí por los niños.

—Sabría que se sentiría usted así. —Dee parecía arrepentida—. Créame, si pudiera hacer cambiar de opinión a ese hombre lo haría. Pero a su modo de ver se trata de usted o él: el último en entrar, el primero en salir. En el amor y la guerra todo vale.

—Eso me dijo usted el día que la conocí —repuso Sylvia, desconsolada.

Aunque creía haberse preparado para no esperar nada de su amante, al principio Sylvia se sintió inquieta, después furiosa y por último fatalista cuando, tras su encuentro en la fundición, una vez más no volvió a saber nada de Hugh. Ahora pasaba los días sumida en la rabia y la tristeza. Había llegado una carta con letra de su padre, pero, incapaz de hacer frente a otro monótono relato de la vida cotidiana de sus padres, la dejó a un lado para ocuparse de ella cuando se sintiera con más fuerza.

El señor Booth había perfeccionado su postura de victimismo. Apenas hablaba con ella, pero el ambiente en la biblioteca estaba enrarecido y pesaba en el aire una recriminación silente. Un día que él había salido a reunirse con la fideicomisaria, Dee sugirió:

—Debería escribirle una carta o ir a verla en persona.

—¿A la fideicomisaria? ¿Por qué?

—Ha de dar su aprobación a lo que sucede aquí. Así se indica en el contrato de fideicomiso; me lo dijo él. Por eso anda de acá para allá para verla.

—¿Cómo la puedo localizar?

—Constará en su agenda. Si quiere, puedo echar un vistazo en cualquier momento. Cuando se queda dormido tengo que zarandearlo para que se despierte y pueda levantarse y vestirse a tiempo de volver con su mujer.

Aunque Sylvia puso cara de sorpresa al oír la sugerencia de Dee, lo cierto es que también había contemplado esa maniobra. Cada vez estaba más convencida de que la misteriosa fideicomisaria no era otra que su extraña conocida, la señorita Crake. Ello explicaría su interés en su persona y en los chismes de la biblioteca. De modo que estaba preparada para felicitarla cuando, a la mañana siguiente, Dee le entregó un papel.

—Aquí tiene. La dirección y el número de teléfono, como le prometí.

Sylvia cogió el papel, lista para que sus propios poderes telepáticos se vieran confirmados, y se llevó una gran decepción al ver que el nombre y la dirección le resultaban desconocidos.

—Emily Thorneycroft. ¿Quién es?

Dee se encogió de hombros.

—Una pariente lejana de los Tillotson.

Sylvia padeció del orgullo herido de un falso profeta. Lo suyo hubiera sido que la señorita Crake fuese la fideicomisaria. «Si esto fuera un libro para niños lo sería», pensó enfadada.

—No veo de qué puede servir ir a verla.

—Vaya usted y cuénteles su versión de la historia. Él habrá tergiversado los hechos para salvar el pellejo, como que me llamo Diana Harris.

—Bendita sea, Dee. —Dio un beso en la empolvada mejilla a su compañera—. Y eso que yo creía que estaría usted de su parte.

—¿Qué demonios le hizo pensar eso? —Dee estaba pasmada.

—Bueno, usted y el señor Booth...

—Usted es mi amiga —repuso ella—. Y lo que está pasando aquí es una injusticia como la copa de un pino. No crea que no sé lo que está bien solo porque le dé un poco de marcha al cuerpo. —Abrió el bolso, sacó la polvera y se miró en el espejito—. Si le digo la verdad, estoy pensando en darle la patada. El otro día me sorprendí casi deseando que volviera Cyril. Lo que no quiere decir que lo fuese a aceptar. Alguien lo vio el otro día con una peluca. ¡Una peluca!, ¿se lo puede usted creer?

Aunque Sylvia se había equivocado sobre la relación que unía a la señorita Crake con la biblioteca, a todas luces su nueva amistad conocía a la gente del lugar. En la nota que iba a dejarle cuando la fue a visitar al número 5 estaba su dirección. Tal vez conociera a la tal Emily Thorneycroft.

Esa tarde salió de la localidad en su bicicleta. Si hubiera tenido que apostar habría dicho que la señorita Crake vivía en una morada suntuosa y vetusta, una versión del coche verde. Pero si la dirección que ponía en el papel era correcta, la señorita Crake residía en una casa de una planta moderna y bastante fea.

La dama abrió la puerta como si esperase a Sylvia.

—Estaba escuchando un programa sobre las políticas de defensa. Los yanquis han lanzado otro misil balístico. Resulta muy inquietante.

Hizo pasar a Sylvia a una habitación grande que contrastaba vivamente con el anodino exterior de la vivienda. Los libros cubrían gran parte de las paredes y sobre la chimenea colgaba un gran cuadro abstracto en tonos azules y ocres. Suspendida del techo se veía una jaula que ocupaba un loro gris y en un cojín revestido de seda amarilla descansaba el galgo, *Sylvia*, en una elegante postura.

El perro aguzó una delicada oreja cuando entraron ellas y comenzó a ponerse en pie trabajosamente.

—No te levantes, *Sylvia* —dijo la señorita Crake—. Seguro que la otra *Sylvia* te perdona. —Fue al otro lado de la enmoquetada estancia, rodeando una tortuga de gran tamaño, para apagar la radio y cogió a un esbelto gato negro—. No puedes estar aquí —lo riñó con severidad—. Lo tienes prohibido. —Lo llevó hasta las cristaleras y lo dejó fuera—. Está castigada. Esta mañana la pillé con otro polluelo de mirlo. El tercero en lo que va de semana. Es una asesina de primera.

Sylvia se sentó en un amplio sofá de terciopelo repleto de cojines.

—Qué sala más bonita.

—Siempre he preferido vivir en casas que no son lo que parecen a simple vista —aseveró su anfitriona.

—Es una buena idea —convino *Sylvia*, tomando nota para utilizarla en un futuro.

Otro gato, una hembra atigrada rolliza, se subió a su lado de un salto.

—Bájela si le molesta. ¿Qué le apetece tomar? ¿Té, Tizer, Tío Pepe?

—¿Ese Tío no sé qué es jerez?

—Muy seco.

—Estoy acostumbrada al dulce pero me gustaría probarlo, gracias.

Su anfitriona se dirigió a un armario lacado del que sacó una botella y dos copas verdes. La tortuga se acercó a *Sylvia*. Los ojillos negros brillaban benévolo mientras se dedicaba a mordisquearle con suavidad los dedos de los pies.

—Aparte a *Sibyl* de un puntapié si le hace daño. Me pregunto si no estará algo chocha. Insiste en entrar en la casa. Y si no son los dedos de los pies, son las alfombras.

Sylvia bajó la vista; la alfombra parecía muy antigua y los apagados colores cálidos dibujaban motivos vegetales.

—Igual se cree que esas formas son hojas.

—Es posible. Confío en que no sea demencia senil. Le tengo mucho afecto.

—¿Cómo se llaman los gatos?

—La asesina es *Minnaloushe*; la atigrada, que tiene menos pretensiones, *Geraldine*. Ya tenían nombre cuando me las quedé.

—Creía que *Minnaloushe* era macho.

Su anfitriona le pasó una copita de jerez.

—El primer dueño de *Minna* tenía aspiraciones poéticas pero sabía poco o nada del tema. Una combinación espantosa. Muy probablemente fuera eso lo que empujó a *Min* a la senda del crimen. ¿Ha venido usted por un motivo específico o es una visita de cortesía?

—Por un motivo específico —admitió ella, y temiendo parecer poco cortés añadió—: De lo contrario no la habría molestado.

—Querida, usted no me molesta nunca.

Era un comentario tranquilizador.

—Me comentó que se había enterado de lo de la biblioteca —empezó Sylvia, y agregó algunos detalles, en caso de que la señorita Crake los desconociera.

Esta escuchaba con la cabeza ladeada. Sus vivos ojos marrones se asemejaban a los de un animal sumamente alerta.

—Conozco a Emily Thorneycroft. Me ha hablado de Booth; debe de tenerla en el bolsillo.

—Es lo que me temía.

—Sin embargo, eso no quiere decir que ese bolsillo no pueda cambiar.

La gata negra dio unos golpecitos con la pata en la cristalera y, olvidando sus propios reparos, la señorita Crake se levantó para dejarla entrar.

—¡Niño malo! —gritó de repente el loro.

La anciana lo miró.

—*Víctor*, cállate o te tapo. —Acomodó a *Minnaloushe* en su regazo y el animal cruzó las negras patas aterciopeladas con elegancia, aguardando a que pasara por delante un artista—. Hablé con el hijo de los Hedges. Es un niño poco común con unas opiniones políticas extraordinariamente maduras, como su abuelo. Comparto su opinión de que, con independencia de lo que haya admitido, no fue él quien cometió ese absurdo robo. Pero que lo haya hecho o no difícilmente es responsabilidad de la bibliotecaria de la sección infantil o una razón para cerrar la biblioteca infantil.

—Yo creo que el señor Booth se quiere desembarazar de mí.

—Es muy posible, querida. Como la mayoría de los seductores, es misógino. Siempre lo son, ¿no le parece?

«Quizá Hugh lo sea —pensó Sylvia—. Quizá sea misógino». No era un pensamiento agradable.

—Carezco de la experiencia para saberlo.

—Confío en que no la llegue a tener nunca. Booth no soporta a las mujeres inteligentes. Todo ese alboroto con Henry Miller debería haber sido flor de un día, pero él lo ha hinchado porque le conviene. Me hice con un

ejemplar. A decir verdad no está mal. Un tanto pretencioso, si bien en absoluto es un mal libro. Dudo que esos niños lo leyeran, aunque si fue así, seguro que no les ha perjudicado.

—¡Vamos, sigue! —chilló el loro con coquetería. La señorita Crake hizo caso omiso.

—Hablaré con Emily. Se siente sola y Booth le da jabón. Pero también hablaré con Clem Austin: tiene una mente sagaz bajo esa apariencia de seguidor del Cordero de Dios, y ella y él son uña y carne.

Mientras acompañaba a su invitada por el sendero del jardín, la señorita Crake se detuvo para señalar una rosa.

—Un rosal de Francia. —Se inclinó para oler las flores color rosa claro—. Tiene un perfume celestial. JB me lo regaló antes de irse a la India.

Envalentonada por la referencia a la aventura amorosa que había mantenido su anfitriona, Sylvia preguntó:

—¿Le molesta que se casara con otra? —En el acto temió haber sido impertinente.

Sin embargo, la anciana no pareció inmutarse.

—A veces sí. Mucho. Otras me siento aliviada. Las personas no somos coherentes.

—Me gustó su libro, tendría que habérselo dicho.

—Pensé que le gustaría. —La señorita Crake retomó el hilo de su pensamiento anterior—. Nadie es coherente. Es una falsa ilusión de la modernidad. En el mundo antiguo nadie daba por sentado algo tan absurdo. Los persas debatían dos veces todos los asuntos de importancia: una vez borrachos y otra, serenos.

—¿Cómo lo hacían primero? —quiso saber Sylvia, que veía las ventajas de decantarse por cualquiera de las dos opciones.

—Eso no lo recuerdo. Lo relata Heródoto, que no es una fuente fiable, de manera que podría no ser verdad. Sin embargo, la idea en sí es buena. Ellos, o Heródoto, sostenían que poder mantener opiniones enfrentadas era señal de una sabiduría superior.

Sylvia decidió arriesgarse a ir a tomar algo al Troubadour. Gwen la había invitado, pero ella había decidido no ir. Sin embargo su visita a la señorita Crake le había levantado los ánimos. Esa habitación con sus colores luminosos y sus animales excéntricos, y los modales corteses y las observaciones serenas de la señorita Crake habían hecho revivir una parte de ella que se había marchitado.

Gwen no estaba en el *pub* cuando Sylvia llegó. Pidió una cerveza con limón y mientras la pagaba ese sentido capaz de percibir una presencia detrás de uno le dijo que allí había alguien.

Era el señor Bird, y al verlo se desinfló nuevamente.

—Ah, señor Bird. Buenas tardes.

Sin embargo, sus ojos viejos y apagados reflejaban el mismo miedo que sentía ella.

—Señorita Blackwell, me alegro de tener la oportunidad de hablar con usted. Hay algo que quería decirle.

Ella apenas podía soportar oírlo.

—¿Sí?

—Es acerca de todo lo sucedido con nuestra Lizzie.

—Ya, siento que Lizzie se viera involucrada.

El hombre no dio muestra alguna de aceptar su disculpa, que en realidad no era sincera del todo, y continuó como si no hubiese dicho nada.

—La niña está hecha un manojo de nervios. Y ahora, encima, van a cerrar la biblioteca. Y mi hija tres cuartos de lo mismo: está que echa chispas.

Sin saber muy bien de quién le hablaba, Sylvia preguntó:

—¿La señora Smith?

—Mi hija Dawn. Se puso loca de contento cuando Lizzie pasó al bachillerato y todos sabíamos que era gracias a usted.

—No, Lizzie...

Sin embargo, él prosiguió:

—Y a Dawn le importa un bledo ese libro. Solo son palabras, ¿no es así? Las palabras no pueden hacer daño. Es mi mujer, que se deja llevar. Le dije: «Mira la que has liado, solo a ti se te ocurre hacer que cierren la biblioteca, que fue lo que hizo que Liz pasara al bachillerato». A Liz le encanta su biblioteca, va todo el tiempo, como ya sabrá usted, que la ve allí. —Se alejó arrastrando los pies y farfullando—: Solo quería que lo supiera.

Gwen apareció y comentó:

—Creía que no vendrías, así que me lo he tomado con calma. Siento mucho lo de la biblioteca.

—Me gustaría estrangular a Henry Miller —afirmó Sylvia—. Con mis propias manos.

Gwen pidió media pinta.

—Es el sexo, como ya te dije. Exalta los ánimos de la gente. Por eso Chris y yo debemos ir con tanto cuidado.

Sylvia, que en alguna ocasión se había preguntado cuál era exactamente la relación que mantenían su amiga y Chris, fue consciente de que esa confesión era un halago. La combinación de todos esos factores hizo que volviese al número 5 sintiéndose más optimista.

Ese buen ánimo se prolongó a lo largo de la semana siguiente. Seguía sin saber nada de Hugh, pero por lo menos Sam parecía haberse recuperado lo bastante para preparar los exámenes finales.

Una tarde Ned interceptó a Sylvia junto a la esclusa.

—Liz me pidió que le diera esto para que se lo entregue a Sam. —Le tendió un sobre de gran tamaño dirigido al «señor Sam Hedges»—. La pobre muchacha está hecha un manojo de nervios.

—Lo sé, Ned. Quién iba a pensar que un libro pudiera ocasionar semejante jaleo.

—No sé —contestó el muchacho—. Los nazis quemaban libros, ¿no? —Dio la impresión de que iba a decir algo más y Sylvia esperó—. En cuanto a la tía Thelma —dijo él al cabo—, sé lo que ha hecho y no es que pretenda excusarla, si bien se puede decir que ha criado a la familia de Dawn. No me gusta hablar mal, pero Dawn no es que sea la madre más esmerada del mundo; crio a cinco hijos antes que a Lizzie y le ha pasado factura. Es la tía Thelma la que se encarga de que todos estén bien. Liz no habría llegado al bachillerato si la tía Thelma no hubiese intervenido. Para ser sincero, creo que lo del libro la asustó. Le preocupaba que pudiese llegar a oídos de la escuela y que ellos la tomaran con Liz, quizá incluso que la expulsaran, y la verdad es que le va bien allí.

A Sylvia la asaltó la imagen de la señora Bird con su sombrero de plumas yendo a comprarle a Lizzie ropa nueva para la escuela. Enérgica y resuelta, la señora Bird era una fuerza que había que tener en cuenta. Pero también era una mujer con espíritu. Y era generosa a su manera parcial pero admirable.

—La cosa es —continuó Ned— que la tía Thelma está orgullosa de Liz. Mi tía es lista pero no recibió educación. Y respeta la educación, por eso se encariñó con usted.

Era cierto, pensó Sylvia. La señora Bird había empujado a Lizzie hacia el bachillerato y la había forzado a ella a ayudar a su nieta, una ayuda que de otro modo no habría obtenido.

—Bien —dijo en voz alta—, si hay algo que yo pueda hacer, Ned, para arreglar la situación...

—El problema con mi tía —señaló él— es que no se bajará del burro. Por eso se pelearon mi madre y ella.

—¿A qué se debió, si me permite la pregunta?

Ned se echó a reír.

—Qué sé yo. Discutieron por cómo decía misa un cura.

Sylvia pudo entrever la tarjeta de Lizzie al entregársela a Sam: una herradura entre nomeolvides sobre un fondo satinado y un «Buena suerte» debajo, en letras doradas. Cara para los sin duda escasos recursos de Lizzie. De modo que le agradó ver que esta vez Sam no tiraba la tarjeta, sino que la dobló y se la metió en el bolsillo del pantalón.

El primero de los exámenes finales se realizaría un martes por la mañana. La tarde del lunes, Sylvia pasaba por delante del número 3 subida a su bicicleta y June salió a la puerta y la llamó.

—¿Qué sucede, June? ¿Qué ha pasado?

Pero June se había quedado sin habla. Llevó a Sylvia sin decir palabra a la cocina, donde Sam y Ray estaban sentados en silencio a la mesa. Era evidente que Sam había estado llorando.

—¿Ray? ¿Qué ha pasado?

—Ha venido la policía para hacerle unas preguntas a Sam sobre el incendio de la casa de al lado. Ha formulado una acusación.

—¿Quién, el señor Collins?

—Afirma que tiene un buen motivo para creer que fue Sam quien provocó el fuego.

—¿Qué motivo?

—Dice que Sam lo amenazó. —El miedo ensombrecía los ojos de June.

Sam, el rostro lleno de mocos, lloraba lastimeramente.

—Yo solo le entregué la mancha negra.

Ray se quedó desconcertado y Sylvia aclaró:

—La mancha negra aparece en *La isla del tesoro*, el libro que le presté a Sam. Pero ese hombre no puede tomar como una amenaza real algo sacado de un libro para niños. Es ridículo.

—Por lo visto sí que puede. Ha entregado a la policía lo que escribió Sam para acompañarla. Y tiene palabra por palabra, fecha, hora, todo, lo que le dijeron a usted las gemelas: que Sam tenía pensado vengarse. Creo que la policía le preguntará por ello.

—¡Por Dios! —exclamó Sylvia—. Menudo malnacido.

—June y yo tenemos que ir a comisaría mañana con él para que lo interroguen y nos preguntábamos si podría quedarse usted con las gemelas.

—Naturalmente que puedo —aseguró Sylvia—. Pero mañana Sam tiene el primer examen.

—Eso mismo les hemos explicado. Han dicho que podemos ir después.

—Ay, Sam —lo lamentó Sylvia, y le pasó un brazo por los caídos hombros al niño—. No sabes cuánto lo siento.

—Yo no lo hice —aseveró Sam con una expresión aterrorizada que le hacía parecer conmovedoramente pequeño—. No lo hice. De verdad que no, papá.

30

Sylvia dejó a Dee a cargo de la biblioteca e interceptó a las gemelas cuando se dirigían al cobertizo del conserje. Fueron con ella a la biblioteca dando saltitos y bajándose de cuando en cuando la braga y enseñando el trasero.

—No hagáis eso, niñas.

—Nos gusta.

—La gente no quiere veros el trasero.

—El señor Jones sí. —El señor Jones era el conserje.

—Estoy segura de que no.

Jem intervino en apoyo de su hermana.

—Claro que sí.

—Bueno, pues yo no —zanjó Sylvia—. En la biblioteca no está permitido enseñar el trasero.

Si las gemelas se habían impregnado del nerviosismo que embargaba a los Hedges, lo expresaban con una energía exacerbada. En la entrada de la biblioteca chocaron con el señor Booth. Sylvia casi esperó que le enseñaran el trasero, pero ellas prefirieron no hacerle el menor caso y solo parecieron un tanto desconcertadas cuando él les chilló:

—Mocosas desvergonzadas, ¡tened cuidado!

—Es un maleducado, ese hombre —opinó Pam cuando el señor Booth se hubo ido profiriendo imprecaciones que todas pudieron oír.

—Sí —confirmó Sylvia.

A las gemelas pareció sorprenderles que un adulto les diera la razón. Echaron a correr por el pasillo hacia la biblioteca infantil e intentaron abrir las puertas.

—Están atascadas.

—Esperad un momento —pidió Sylvia, yendo tras ellas.

Pero las puertas batientes tenían una barra de través cerrada con un candado.

—¿No podemos entrar? —preguntó Jem.

—Por lo visto no.

—¿Por qué?

—No lo sé. Iremos a casa a hacer algo divertido.

—Pero yo quiero leer —gritó Pam.

Su hermana se puso a gritar también, y Sylvia perdió la paciencia y les espetó:

—¡Callaos, niñas! Para mí esto tampoco es nada divertido.

Las pequeñas dejaron de chillar y le cogieron la mano.

—No te preocupes, Sylvia. Nosotras te cuidaremos.

—Gracias, gemelas. Eso sería bonito.

De vuelta en el número 5, les preparó sendos sándwiches de mermelada mientras la ira le aceleraba el corazón. Menudo insulto: atrancar las puertas de lo que había sido su pequeña y sin lugar a dudas inocente versión del paraíso.

Las gemelas se pusieron a corretear por el jardín, se balancearon con energía en la cancilla y les dieron a los burros la corteza del sándwich.

—Nosotras nunca nos la comemos —aclaró Pam.

Al final se hartaron y Sylvia, confiando en que la furia que sentía no fuese demasiado evidente, les enseñó a hacer animales con hortalizas. Pam talló un cocodrilo con una zanahoria cruda y Jem, un burro con una patata.

—¿Cómo se llaman vuestras mascotas, niñas?

—Mi cocodrilo se llama *Susan*.

—Muy bien. Y tu burro, ¿cómo se llama, Jem?

Esta se paró a pensar.

—Mi burro se llama *Curro*.

—Eso es muy original.

—¿Qué es «original»? —quiso saber Pam.

—Significa poco común, especial.

—¿*Susan* es especial?

—*Susan* no es especial —declaró Jem—. Hay montones de *Susan*.

Pam reflexionó.

—Pues mi cocodrilo se llama *Susan Violeta Rosa Sémola*.

El reloj del ayuntamiento dio las seis y poco después Sylvia oyó regresar al resto de la familia Hedges.

—Venid, niñas. Mamá y papá han llegado y casi es hora de irse a la cama.

—Queremos quedarnos a dormir contigo.

—No tengo sitio.

—Sí que lo tienes —repuso Jem—. Tú puedes dormir en el cuartito y nosotras en la cama grande.

—Lo siento, gemelas, pero no puede ser.

Sin embargo, al ver la cara de agotamiento de sus padres, se ofreció:

—Las niñas se pueden quedar conmigo a pasar la noche, si quieren. Creo que a ellas les apetece.

June empezó a decir:

—No, no podemos...

Pero Ray la interrumpió.

—Es muy amable por su parte, si de verdad no le importa.

Las gemelas decidieron que debían dormir con Sylvia en su cama, junto con *Curro* y *Susan Violeta Rosa Sémola*. No pararon de moverse y tirarse sonoros pedos, y sus piececillos, en apariencia suaves, le estuvieron dando patadas y golpes durante la mayor parte de la noche. Pese a todo se sentía agradecida. Los cuerpos de las niñas, como animalillos calientes, le proporcionaron el consuelo que solo una persona habría podido darle.

Por la mañana llevó a las pequeñas a la escuela. Sam no las acompañó; se negó a levantarse de la cama. Sylvia se planteó ir a hablar con el señor Arnold, pero no estaba muy segura de lo que podía decir. No sabía cómo había ido el interrogatorio en comisaría y sus padres habían rechazado amablemente su ofrecimiento de ir a hablar con Sam.

—No lo podemos obligar —se resignó June—. Dice que de todas formas ha suspendido, así que ¿qué sentido tiene?

No era uno de los días que iba Dee, de manera que Sylvia no tuvo ocasión de averiguar por su compañera qué había motivado el cierre de las puertas. No obstante, los recientes acontecimientos habían despertado en ella un nuevo espíritu combativo. Casi se sentía optimista cuando se dispuso a abordar al señor Booth.

Sylvia entró sin llamar y él apartó unos papeles.

—Señor Booth, ayer por la tarde vine a la biblioteca y las puertas de la sección infantil estaban atrancadas. ¿Por qué?

El interpelado bajó la vista y se dirigió a la mesa.

—Me dio la impresión de que había finalizado usted su jornada laboral.

—Estuve fuera a lo sumo quince minutos; fui a buscar a la escuela a las hijas de mis vecinos. Dee sabía que iba a volver.

—La señora Harris tuvo que marcharse. Me han pedido que implante varias medias de seguridad.

—Creo que podría haberme avisado.

—El comité es de la opinión de que, a la luz de los diversos actos delictivos, estamos obligados a incidir en la seguridad. Y señorita Blackwell, no tenía pensado mencionar nada de esto en vista de su inminente partida,

pero me obliga usted a hacerlo. —Los ojos le brillaron rebosantes de abierta agresividad—. Será mejor que le diga que su relación con esos delincuentes es lo que ha motivado la necesidad de adoptar estas medidas. Ayer por la tarde, sin ir más lejos, se produjo un nuevo ejemplo.

—No estará sugiriendo que dos de niñas de cinco años son delincuentes, ¿verdad, señor Booth?

Durante un instante se preguntó si él estaba a punto de pegarle. «Dios mío, me odia —pensó—. Me odia de verdad».

El señor Booth pareció sosegarse.

—Se ha decidido que hasta que cese usted en su puesto no podrá quedarse sola a cargo de la biblioteca. —Fue como si se lo dijera al calendario que colgaba en la pared detrás de ella. Sylvia lo había observado, estaba abierto por el mes de abril de 1956, con una fotografía de unos narcisos chillones.

—¿Quién lo ha decidido? ¿Quiénes? Y ¿por qué? ¿Por si me da por hacer pedazos los libros?

Los párpados del señor Booth cubrieron sus marmóreos ojos.

—El comité ha hecho dicha recomendación.

Demasiado enfadada para ir a visitar a Dee y demasiado preocupada para ir a casa y escuchar el relato de los Hedges, de pronto Sylvia supo que necesitaba desesperadamente a su padre. Metió la mano en el bolso y sacó el monedero pero no tenía bastantes monedas para llamarlo.

Echó a andar sin rumbo y llegó a la iglesia anglicana, un edificio feo rodeado de una tapia con incrustaciones de sílex que encerraba laureles manchados y amenazadores espinos rosas.

Nunca había estado en la iglesia ni se había sentido tentada de entrar, pero con cierta ironía se planteó que quizá Dios la pudiera ayudar. En ese momento no era probable que fuese a contar con ninguna otra ayuda.

Para disgusto suyo, el reverendo Austin estaba dentro, hablando con una mujer a la que Sylvia reconoció, era la señora Packard. Sylvia intentó escabullirse, pero el vicario la vio y le dijo:

—Estoy con usted en un segundo.

La señora Packard salió corriendo de la iglesia y Sylvia esperó de mala gana. No tenía ningún deseo de hablar con nadie.

—Cuánto me alegro de verla —dijo el vicario—. Confiaba en poder charlar con usted.

—¿Sí? —Lo último que necesitaba era una charla edificante.

—La otra noche estuve conversando con Flee Crake. Gracias a los pajaritos del IM estoy al corriente de todo lo sucedido, pero ella me aclaró un

poco más la situación. Es una mujer inteligente.

—Sí.

—Digamos que Emily Thorneycroft y yo somos uña y carne: a ambos nos gusta acostarnos con un Trollope. —Sylvia no dijo nada, y él añadió, en tono de reproche—: Es broma.

—Ah. Ah, ya, entiendo.

—Entre nosotros, y sin traicionar demasiado su confianza, da la sensación de que su jefe ha dado a Emily una versión un tanto distorsionada de los hechos.

—El señor Booth me odia —aseveró Sylvia, sintiendo una punzada de ira—. ¿Por qué me odia?

El vicario se sentó y dio unas palmaditas en el banco a su lado para indicarle que tomara también asiento.

—No estoy seguro de que haga falta un motivo para odiar, pero en su caso podría sugerir unos cuantos.

—¿Por qué? Al fin y al cabo no he hecho nada salvo tratar de mejorar la biblioteca.

—Ah, sí, pero en sí misma esa ya es una razón de peso. Es usted un reproche, querida mía. Un eterno reproche. Él ha hecho poco o nada por la biblioteca y entonces bajan los asirios como al redil el lobo; es decir, que llega usted y empieza a obrar su magia. Lo hizo quedar como lo que él teme ser: un inepto. Añada a ello que es usted joven, inteligente, vital y atractiva y cae bien a todo el mundo. La chiquillería de East Mole la adora, como sin duda sabrá usted.

—No caigo bien a nadie —objetó ella—. Soy una paria.

Si al vicario le hizo gracia el comentario, no lo dijo.

—Querida mía, nadie la odia —aseguró con amabilidad—. Si da la impresión de que Booth la odia es porque se odia a sí mismo. No es un hombre especialmente inteligente o atractivo y, admitámoslo, es un vanidoso, se las da de ser algo que no es y está casado con una mujer a la que desprecia (injustamente, pues Helen Booth vale diez veces más que él), y todo esto junto hace que se sienta un fracasado. Además no le cae bien a nadie. Ni siquiera a la señora Harris, sospecho. A mí tampoco me cae bien y me figuro que a usted tampoco, ni siquiera antes de que pasara todo esto.

Aunque era cierto, no era el momento de admitirlo.

—¿Qué me dice de mi casera, la señora Bird? También me odia.

—Si acaso, la señora Bird la adora por haberle dado la oportunidad de ser el centro de atención. Es una mujer enérgica, con unas aptitudes para las que

East Mole se queda corto. Debería haber sido ministra de Transporte o algo por el estilo, en lugar del condenado idiota que ocupa ese cargo en la actualidad.

Si bien era reacia a aceptar cualquier rebaja de su impopularidad, Sylvia veía la verdad que encerraban sus palabras.

—También está la señora Packard.

—¿Quién?

—La señora Wynston-Jones, quería decir, que estaba aquí hace un momento. Ella también me odia.

—Probablemente se sienta desairada. Me atrevería a decir que confiaba en que fuese usted su amiga. —Sylvia hizo una mueca de incredulidad—. Su aliada, entonces. Vio que a usted no le interesaba lo más mínimo y que, a decir verdad, prefería a la insignificante Ivy Roberts, que a juicio de Gloria es una pobre infeliz. Se siente ofendida, aunque eso tiene arreglo.

—No me apetece.

—Me parece muy bien, pero en ese caso tendrá que aceptar las consecuencias. Escuche, querida mía, tiene usted edad suficiente para saber que la mayor parte de la antipatía es en realidad envidia: ha despertado usted envidia. No podía ser de otra manera. Llámelo la cara oscura de sus dones. Es su destino.

—¿Cree usted en el destino? Pensaba que los cristianos no creían en eso.

El vicario hizo rotar un hombro agarrotado.

—En ocasiones me pregunto hasta qué punto soy cristiano.

—Pero cree usted en Dios, ¿no?

—A veces. La mayoría de las veces. Algunos días incluso un poco más que algunos de mis colegas. Y soy demasiado cobarde o indolente para abandonar mi fe. Pero no creo en un Dios malhumorado, dado a las rabietas y que castiga a la gente. Ni tampoco en uno que nos resuelve la papeleta. Me figuro que entró usted aquí para eso.

Sylvia se ruborizó.

—Supongo que sí.

—La gente lo hace. Y después se siente decepcionada al ver que la justicia divina no parece estar de su lado. En esto estoy con los humanistas. Son los seres humanos los que enmiendan los errores humanos. O no, que es lo más habitual, lamento decir.

—Gracias por la arenga —dijo Sylvia.

—Me lo merezco. Pero escuche, aguante. Los molinos del Señor muelen despacio, pero la levadura de la decencia colectiva también tarda su tiempo en

subir. —Sylvia se levantó para irse y él añadió—: Vale la pena recordar que uno no es el protagonista de todo cuanto sucede. Lo parece, cuando eres joven, pero la mayor parte de todo lo que pensamos que está dedicado a nosotros en realidad tiene que ver con otras personas y su ineptitud.

Los Hedges por fin hablaron con Sylvia y lo que le contaron fue desalentador. La policía había sometido a Sam a un largo interrogatorio. Le habían enseñado un papel en el que él había dibujado una gran mancha negra y lanzaba amenazas al señor Collins.

—¿Qué clase de amenazas? —quiso saber ella.

—Disparates sobre que lo pillaría y le daría su merecido. Lo peor era un dibujo que hizo debajo, de una horca con..., en fin, ya se imagina usted.

—¿Admitió Sam que era suyo?

June meneó la cabeza con aire de desesperación y Ray contestó:

—Estaba en el buzón del señor Collins y la letra y la firma son de Sam.

—Es la amenaza que sacó del libro ese. —Por primera vez June hablaba abiertamente con tono de reproche—. Por eso lo están importunando, porque tiene antecedentes. Yo ya dije que pasaría.

—No puede tener antecedentes, es imposible, ¿no? —aventuró Sylvia.

—Como si los tuviera, una vez que estás en el sistema. —June ya no estaba dispuesta a dejar que la tranquilizase alguien que sabía tan poco del mundo—. Querrán hacerle a usted unas preguntas.

—Sí. —La policía la había llamado a la biblioteca—. Dije que iría a comisaría mañana, al salir del trabajo.

El interrogatorio en la comisaría no fue tan duro como se había temido Sylvia. Un sargento le formuló educadamente preguntas sobre la hora del incendio y cómo se enteró de que había fuego.

—¿Estaba usted fuera?

Sylvia había ensayado mentalmente las respuestas. A nadie le interesaba saber que se había quedado dormida ebria en el jardín.

—Salí a respirar un poco de aire fresco. —Era lo que solían decir en los libros quienes se hallaban en esas situaciones.

—Y fue a las diez, ¿no es así?

—El reloj del ayuntamiento estaba dando las diez. Se oye desde Field Row. —Dios sabía que era la verdad, pero sonaba tanto a novela policiaca que incluso en su cabeza había adoptado la pátina de la ficción.

El sargento dejó la libreta sobre la mesa para contar que su tía había vivido en Field Row, en el número 2, y que él mismo había oído el reloj desde allí muchas veces.

—En ese caso comprenderá usted, sargento, por qué tenía una idea precisa de la hora.

—Y el incendio apenas se había declarado cuando usted lo vio, ¿es así?

—Creí que se trataba de una hoguera. —Se rieron los dos, compartiendo el regocijo ante tamaña tontería—. Entonces vi que era en casa del señor Collins. Intenté despertarlo, pero estaba profundamente dormido, así que fui en busca de mis otros vecinos, los Hedges.

El sargento adoptó un tono circunspecto.

—¿Vio usted a alguien cuando fue al número 4? Piénselo bien.

Pero no tenía necesidad de hacerlo. Ya tenía preparada la respuesta:

—Allí no había nadie más que yo.

—¿Está usted segura?

—Completamente, sargento.

—Porque si esto llegara a ir a juicio, podrían llamarla a usted en calidad de testigo.

Sylvia también había practicado una sonrisa complaciente.

—Deseo ayudar a la policía a llegar al fondo de esto en la medida en la que pueda.

—Bien, otra cosa. —El sargento consultó sus notas—. El señor Collins afirma que oyó a las hijas pequeñas de los Hedges decirle a usted que su hermano tenía intención de provocar un incendio.

—¡Santo cielo, no!

—¿No le dijeron tal cosa?

—Desde luego que no. Sin duda lo recordaría. —Que el señor Collins faltara así a la verdad le permitió enfatizar su respuesta.

Sin embargo, el sargento no había nacido ayer.

—¿Tal vez dijeran algo por el estilo?

—¿Como que Sam tenía intención de provocar un incendio?

—Como que tenía intención de vengarse de su vecino. Tengo entendido que se levantó cierto revuelo por unos zorros.

Ese era un buen momento para adoptar el aire pensativo que había ensayado. Sylvia fingió pararse a pensar detenidamente y después permitió que su rostro se iluminara.

—¿Sabe qué, sargento? Creo que lo que debió de oír el señor Collins fue que las gemelas me dijeron que Sam tenía pensado devolvérsela a su amigo

Michael O'Malley.

—¿Por qué querría hacer eso?

—Es una larga historia.

El agente, acostumbrado a escuchar largas historias de boca de culpables, se dispuso a prestar atención, si bien con desconfianza.

—Continúe usted si lo desea, se lo ruego, señorita Blackwell.

—Sam se hizo amigo de una niña que iba un curso por encima de él en la escuela, Lizzie Smith, la nieta de la señora Bird, ¿la conoce usted?

—Conozco a los Smith.

—Al parecer los muchachos tienen la infantil costumbre de meter a sus compañeros en el excusado de las niñas. La amistad que Sam mantenía con Lizzie generó muchas bromas, de modo que Sam sufrió esta indignidad y mencionó una de esas venganzas infantiles que suelen tramar los críos (estoy segura de que sabe a lo que me refiero), y a las pequeñas les hizo gracia.

Misteriosamente, la mención del excusado otorgó validez al relato de Sylvia. El sargento sonreía.

—Me temo que en mis tiempos se hacía lo mismo. Los críos no cambian.

—Yo le presté a Sam *La isla del tesoro*; seguro que conoce usted el libro de Robert Louis Stevenson.

Aunque era la primera vez que oía hablar de la famosa novela, el sargento asintió.

—Hay una escena en la que un pirata viejo, en fin, seguro que se acordará usted, sargento, entrega la mancha negra a... —vaciló— un compañero, supongo que se le podría llamar así. A Sam esto le impresionó mucho y durante un tiempo fue haciendo entrega de la mancha negra a todo el mundo sin excepción: sus amigos de la escuela, yo misma, el señor Collins... No significaba nada.

—Juegos de niños, ¿no?

—Siento que esto haya confundido al señor Collins, pero claro, sin duda se habrá llevado un susto tremendo con el fuego y me atrevería a decir que esto lo ha confundido. Me temo que yo tengo la culpa, o mejor dicho, Robert Louis Stevenson. Lo terrible, sargento —en este punto adoptó un tono de confianza—, es que al ser yo la bibliotecaria de la sección infantil me sentía bastante satisfecha conmigo misma por la repercusión que había tenido el libro. Es un clásico, como bien sabe usted.

—Bien, gracias por su tiempo, señorita Blackwell. En el futuro habré de tener cuidado, no me vayan a endosar la mancha negra.

Sylvia se arriesgó a añadir con un leve tono de coqueteo:

—De mí al menos no la recibiré, sargento.

Aunque Sylvia confiaba en que su actuación hubiese hecho mella en las alegaciones del señor Collins, estas no fueron desestimadas de inmediato. El cuerpo de bomberos estaba elaborando un informe y hasta que este concluyera no se podía determinar nada. Era muy posible que los miedos de June se vieran confirmados y que, tras el roce que Sam había tenido ya con la policía, una vez más la culpa recayera sobre él.

Los Hedges seguían aterrorizados por el futuro de su hijo. La plaza que se suponía que Sam iba a ocupar de manera incuestionable en la escuela de bachillerato era ya algo irrelevante: se había negado en redondo a realizar los dos últimos exámenes finales. El niño no se mostraba abiertamente maleducado con Sylvia pero sí la evitaba. Ella pasaba mucho tiempo con las gemelas, que se le pegaban como lapas a las piernas siempre que la veían y le pedían que les permitiera dormir con ella.

Y ella habría estado encantada de que así fuese, ya que sus noches eran insufribles, repletas de pensamientos angustiados relacionados con Hugh.

Una vez más él no se había puesto en contacto con ella, y tampoco sabía nada de Marigold. Lizzie, cuya madre, desafiando a su propia madre, había levantado el veto a la biblioteca, acudía con frecuencia a sacar libros. Sus gustos avanzaban a un ritmo acelerado.

—¿Te gustan sus libros, Lizzie? —Lizzie estaba devolviendo *El caballero malhecho*, de T. H. White.

—Me da pena el rey Arturo. Pero los quiere a los dos, ¿no, señorita? A Ginebra y a Lanzarote.

Una tarde Lizzie informó tímidamente de la inminente representación de *El sueño de una noche de verano* en su escuela.

—Dijo usted que iría, señorita.

—Y así lo haré, Lizzie.

—¿Cree que a Sam le gustaría ver la obra?

—Le preguntaré.

Cuando se lo sugirió, Sam repuso: «¿Quién quiere ver a un montón de hadas engreídas?».

—¿Se lo preguntó a Sam? —Lizzie la miraba impaciente mientras devolvía *La bruja del bosque*.

—Prometió que iría si podía —respondió Sylvia. A los supuestos dones enumerados por el reverendo Austin, al parecer había que añadir su talento para la mentira.

Los días pasaron, lastrados por un vago sentimiento de aprensión. Sylvia leyó más publicaciones del ramo en busca de empleo y solicitó un puesto en York, que tenía la ventaja de ser, entre los trabajos disponibles, el que se hallaba a mayor distancia de East Mole. Sorprendida de que quisieran entrevistarla, Sylvia decidió que, ya puestos, pasaría la noche con sus padres: tenía que cambiar de tren en Londres y sus padres, o por lo menos su padre, le pesaban un tanto en la conciencia.

Fue entonces cuando recordó la carta de su padre que, enfadada como estaba, había dejado de lado.

—Ray, siento venir a estas horas pero necesito utilizar el teléfono.

«Me temo que, a tenor de las pruebas, es cáncer —había leído tras abrir la carta—. Ha sido un duro golpe, pero tu madre está siendo muy valiente y aguanta el tipo. Estoy seguro de que le gustaría tener noticias tuyas cuando dispongas de un momento para escribir».

Sylvia llamó a Dee desde la casa de los Hedges para explicarle la situación y pedirle que informase al señor Booth.

—No se preocupe, yo amansaré a la fiera. Usted concéntrese en su madre, que Dios la bendiga.

La afirmación de su padre de que su madre estaba llevando su enfermedad mortal con valentía era, como ya sospechara Sylvia, una mentira piadosa. El oncólogo había sido sincero y el padre de Sylvia había decidido —y Sylvia se mostró de acuerdo con él cuando se lo consultó— que era mejor que su esposa no conociera el pronóstico al igual que tampoco conocía el diagnóstico. Lo único que sabía Hilda Blackwell era que sentía un dolor que le atravesaba la espalda y le obstruía las tripas, para el cual recibía tratamiento en casa gracias al Servicio Nacional de Salud.

—Está con morfina —informó su padre a Sylvia—. La enfermera Godling le ha puesto un enema. Viene por la mañana y por la tarde como si fuera un reloj. Es una joya.

Lo que casi resultaba más doloroso para Sylvia era hasta qué punto estaba afectado su padre por esa calamidad. Durante años había abrigado la idea de que, en el fondo, su padre se alegraría de librarse de su esposa, y le horrorizó ver cuán grande era su dolor.

—No sé qué voy a hacer sin ella —sollozó cuando se reunió con Sylvia en Paddington.

Había comprado un Austin de segunda mano poco antes de que diagnosticaran la enfermedad a su madre, con el que pensaban hacer excursiones a la campiña, según le contó mientras atravesaba Shepherd's Bush a paso de tortuga.

—Tenía ganas de conocer Box Hill, por ese libro que le regalaste que le gustó tanto.

Eso también era una revelación. Sylvia le había regalado a su madre un ejemplar de *Emma* por un cumpleaños y habría jurado que ni lo había abierto.

Se quedó diez días con ellos leyendo a su madre *El viento en los sauces*, otra sorprendente preferencia por parte de su madre, e intentando levantarle la moral a su padre. De vez en cuando se mortificaba imaginando lo mucho que le habría gustado a su madre tener a un médico por yerno.

—Cuando termine en East Mole, volveré para echarle una mano con madre —prometió.

El hecho de que su generoso padre aceptase de buena gana su ofrecimiento le reveló, más que ninguna otra cosa, la magnitud de su dolor. Un dolor al que también ella misma debía enfrentarse. Apenas conocía a su madre y ahora la posibilidad de hacerlo le sería negada cruelmente. Comprendió con crudeza, demasiado tarde, la soledad interior que probablemente sintiera su madre, con un hombre más inteligente que ella por marido y una hija de la que tal vez pensase que la despreciaba.

Se preguntó: ¿despreciaba a su madre? La respuesta sincera era sí. La idea se le antojó amarga, ya que, de pequeña, quería con locura a su madre y ansiaba su afecto. «Maldita sea —se dijo—. ¿Por qué todo llega tan condenadamente tarde?».

En el periodo de tiempo que estuvo fuera, East Mole y sus chismes se habían vuelto más lejanos. La preocupación por sus padres, más importante, había eclipsado si no borrado su inquietud por Sam y los Hedges. Solo el dolor que le producía Hugh parecía haberse fundido y agudizado con el de la inminente muerte de su madre.

La primera señal de que algo había cambiado en el sentir colectivo de la localidad la tuvo al bajarse del autobús de Swindon y encontrarse cara a cara con la señora Brent.

Esta parecía impaciente por expresarle sus condolencias.

—Me he enterado de lo de su madre. Yo perdí a la mía hace tan solo un año, así que sé cómo se siente. No pasa un solo día en que no la eche de menos. No es que la suya haya dejado este mundo ya, naturalmente, a menos que...

Sylvia contestó que, por suerte, su madre todavía seguía entre los vivos. En Field Row, al pasar por delante del número 3 June la recibió con un sonrisa.

—El informe ha llegado y creen que lo que provocó el incendio fue la instalación eléctrica. Sam no tuvo nada que ver.

—Es una noticia magnífica, June. Dios mío, ¡qué alivio!

—Y que lo diga. Ahora lo único que deseo es que el vecino no se deje ver por aquí o me costará Dios y ayuda no abofetearlo.

—Me figuro que Sam estará más tranquilo.

—Sigue enfurruñado, pero lo superará.

—Sin duda estará resentido por los exámenes. He pensado, June, que no me cabe la menor duda de que el señor Arnold podría escribir a los examinadores para explicar la situación...

Se interrumpió al notar que June se replegaba.

—Samuel está decidido a ser electricista, como su abuelo. Es un buen trabajo y mi padre le echará una mano durante el periodo de aprendizaje. Es posible pasar a la formación profesional desde el bachillerato técnico, así que pensamos que quizá sea el mejor lugar para él, después de todo, aquí paz y después gloria.

—Naturalmente. Necesitamos buenos electricistas.

June recordó sus modales.

—Lo siento, no le he preguntado por su madre.

Sylvia explicó cómo estaba la situación.

—Lo suyo es que se quedara usted al lado de su padre hasta el final. Ya volverá cuando... ¿Se ha enterado de lo de la biblioteca?

Pero no se había enterado. June la acompañó al número 5 y la puso al día mientras Sylvia deshacía la maleta.

Poco a poco en East Mole se había producido un cambio de opinión que había culminado con una visita imprevista de Emily Thorneycroft, la fideicomisaria, al comité de la biblioteca. Allí se leyeron en alto los deseos que las hermanas Tillotson habían expresado en una carta adjunta al testamento, si no con carácter legal, sí claramente moral. La carta incluía un listado de libros que legaban las hermanas, precedida de una frase que rezaba: «Las siguientes obras formarán parte de la sección de la biblioteca que se creará a perpetuidad para el bien común de todos los niños de East Mole, siendo este nuestro deseo especial y el motivo de nuestro legado».

—Entonces ¿la biblioteca infantil se salva?

«Dios mío —pensó Sylvia, recordando los libros que Dee y ella habían descartado alegremente—. Apuesto a que en esa lista estaba *La dicha de la obediencia*».

—Se puede decir que su jefe, el señor Booth, los intimidó para que ahorraran eliminando su sección de la biblioteca, y con el señor Collins fuera, convaleciente en casa de su hermana, mi padre logró interceder con algunos miembros del consejo de la biblioteca. Si le soy sincera, estaban hasta la coronilla de nuestro vecino. De manera que ahora se habla de vender el salón

de actos para pagar las reparaciones. Resulta un tanto superfluo y el vicario ha prometido al IM que se podrá reunir siempre que quiera en la sacristía.

—Me preguntó cómo se habrá tomado todo esto el señor Booth.

Si el señor Booth estaba incómodo ante el cambio de política, no dejó traslucir nada cuando Sylvia volvió al trabajo a la mañana siguiente. Antes bien, casi se mostró amable.

—Confío en que las noticias sobre su madre sean mejores, señorita Blackwell.

—Mucho mejores, gracias, señor Booth. —Ni en broma estaba dispuesta a aguantar falsas condolencias de él.

Las puertas batientes ya no estaban atrancadas y de Dee no había ni rastro. Todo se hallaba en perfecto orden. Sylvia inspeccionó esa sala llena de los libros que con tanto cariño había depositado ella en las estanterías.

—Pero ahora ya no tiene por qué marcharse, ¿no? —preguntó Dee cuando llegó, más tarde—. Los motivos que le dieron han desaparecido.

Sin embargo había otros motivos que no serían tan fáciles de revertir.

—Ya he avisado a la señora Bird de que me marcho.

Sylvia había ido a ver a la señora Bird en cuanto recibió la carta de despido del ayuntamiento y se había disculpado —hipócritamente, dadas las circunstancias— por poner fin a su contrato de alquiler.

—Lo siento, señora Bird. Confiaba en quedarme unos años en el número 5.

Aunque la expresión de la señora Bird le indicó que esa disculpa era bien merecida, la notó distraída, algo poco común. El pulcro atuendo con el que solía enfrentarse al mundo se veía un tanto descuidado: la blusa se le había salido de la falda y el pintalabios estaba corrido. Sin embargo, su espíritu beligerante seguía tan enérgico como siempre:

—Ya se han interesado varios posibles inquilinos —mintió—. Me pasaré a hacer inventario cuando fije usted la fecha de su partida.

La repentina introducción de un inventario de los efectos que se acumulaban en el número 5 estuvo inspirada. Sin duda la señora Bird no había sabido ver su vocación.

—Se pondrá como unas castañuelas si se queda usted —aseguró Dee—. Ese sitio es una mina de setas y el alquiler que le cobra, absurdo.

—¿Sabe qué, Dee? Creo que he quemado aquí mi último cartucho —repuso ella.

Unos días después fue sola a la escuela de bachillerato para ver *El sueño de una noche de verano* y se llevó una grata sorpresa: se notaba que las

muchachas comprendían lo que declamaban, hubo muy pocos traspies en los versos y el decorado, construido y pintado por las alumnas en clase de dibujo, ponía de manifiesto un conocimiento estético de los temas que trataba la obra. El único desastre digno de mención fue una salida demasiado ambiciosa por parte de Puck portando la florecilla de color púrpura —por la herida del amor—, que hizo que el personaje dirigiera su discurso a Oberón con las alas enredadas en un espino que habían incorporado en aras de la autenticidad.

Gracias a un accidente en el campo de *hockey*, como resultado del cual la chica que representaba el papel de Peter Quince se rompió una pierna, habían elevado más incluso la participación de Lizzie, que había asumido dicho papel, cuyos versos declamó con autoridad. Su rostro, brillante tras retirar el maquillaje y sonrosado debido al éxito, estaba radiante cuando Sylvia fue a verla al camerino, después de que el reparto entero saliera a saludar varias veces.

—Has estado increíble, Lizzie. Estoy deseando ver tu nombre iluminado en el West End.

—Solo tuve una semana para aprenderme los versos. —Lizzie parecía encantada consigo misma, cosa comprensible—. El año que viene interpretaremos *Noche de reyes*. Yo haré la prueba para Viola.

—Es uno de mis personajes preferidos. Siempre quise hacer de Viola.

—Tiene un hermano gemelo —explicó Lizzie.

—Ya.

—Un día tendré gemelos.

—Espero que así sea, Lizzie. Yo siempre quise tener un hermano gemelo. Los padres de Lizzie, que estaban allí, corrieron a saludar a Sylvia.

—No habría llegado hasta aquí sin su ayuda —afirmó Dawn Smith, que parecía incómoda—. Siento lo de mi madre.

—Dawn tuvo unas palabras con su madre por usted —aclaró su esposo.

Su suegro y él habían estado hablando de sus respectivas esposas en el Troubadour y coincidieron en que, dentro de lo razonable, les gustaba una mujer que supiera lo que quería.

Lizzie se las ingenió para quedarse a solas con Sylvia con el pretexto de enseñarle la biblioteca de la escuela.

—¿Ha venido Sam?

—Te pide disculpas. Me aseguraré de contarle lo bien que has estado, Lizzie.

«Como si fuera a servir de algo», pensó mientras volvía a casa bajo un cielo sembrado de estrellas indiferentes. Se detuvo al llegar a la fundición y

alzó la vista a la inmensidad insondable del firmamento nocturno.

—En realidad ni siquiera estáis ahí, ¿no es cierto? —preguntó, dirigiéndose a los vestigios de luz extinguidos hacía tiempo, emblemas de las falsas ilusiones de los seres humanos.

Al abrir la cancilla del número 5, un bulto negro salió de la oscuridad.

—¡Santo cielo!

—Sylvia.

—Por Dios, ¿Hugh?

—No pretendía asustarte.

—Maldita sea, pues lo has conseguido.

Jeanette estaba en Londres con Marigold, le contó. Había ido andando a Field Row en medio de la oscuridad para asegurarse de que nadie lo viera, confiando en encontrar a Sylvia en casa. Se había quedado esperando allí por si volvía.

—¿No cabe la posibilidad de que Jeanette vuelva de pronto a casa y vea que no estás?

—No hay nada seguro, aunque es poco probable.

—Puedes pasar pero no me acostaré contigo.

—No. No nos acostaremos. No he venido por eso.

—Entonces ¿por qué? ¿Por qué has venido, Hugh? —preguntó ella, haciéndolo pasar a la fría salita.

—Solo quiero hablar.

Sylvia le señaló el sofá en silencio pero él siguió de pie.

—Espero que tengas un sacacorchos. He traído una botella de Chianti.

—¿Para qué? ¿Para emborracharme?

—No lo sé, Sylvia. Yo solo...

—No quiero beber nada, Hugh.

—Creo que yo sí. ¿Te importa?

—¿Qué hora es?

—Espera un momento, que miro. —En la cama, Hugh se estiró por encima de Sylvia hasta donde había dejado el reloj, y ella percibió el leve e inconfundible olor a sudor de sus axilas—. Un momento, no encuentro las gafas.

—¿Sabes qué? He compartido esta cama con dos personas. No, con cuatro. Cuatro personas aparte de ti.

—No lo dirás en serio, ¿no?

—Sí.

—¿Para vengarte de mí?

—¡Te pillé! —Se echó a reír sin poder controlarse hasta que la risa dio paso a un llanto delirante—. Solo eran las gemelas y *Curro* y *Susan Sémola* —admitió, entre sollozos.

—¿Quiénes?

—Personajes de zanahoria y patata.

—Sylvia, Sylvia, querida, ven aquí.

Poco antes de amanecer, ella dijo para adelantarse a él:

—Deberías irte.

—Todavía no. Deja que te abrace un poco más.

Luego, demasiado pronto, fue él quien dijo:

—Creo que debería irme o alguien me verá.

—Lo sé.

—Y...

—Lo sé. Lo sé. No digas nada.

—Es...

—Lo sé, Hugh. Es Marigold. Y lo entiendo, de veras.

—No tenía idea de que se fuera a tomar tan a pecho la posibilidad de que nos separásemos.

—Es lo que al parecer dicen los expertos en niños.

—Por ese motivo están en Londres Jeanette y ella. Para ver a un presunto «experto».

—Lo siento. —¿Lo sentía? Una parte de ella, sí.

—Fue lo del incendio lo que me convenció. Se lo conté al experto, difícilmente podía callármelo, y a todas luces se lo tomó muy en serio.

Sylvia se incorporó.

—Un momento, el informe decía...

—Sé lo que decía. Escucha, solo tú puedes saber esto. Por favor te lo pido.

—Muy bien —contestó Sylvia, sin saber a qué estaba a punto de comprometerse.

Él se estiró de nuevo por encima de ella para buscar sus cigarrillos. Encendió dos y Sylvia vio su rostro a la luz de la cerilla, vulnerable sin las gafas.

—Cuando la presioné después de tu bronca en la fundición (no, escucha, sé que era merecida), dejó entrever indirectamente que lo había provocado ella. No le pude sacar por qué había hecho semejante locura y luego se cerró

en banda y ya no quiso contarme nada más. Conozco a un tipo en el cuerpo de bomberos; fue prisionero de guerra como yo y entre los prisioneros de guerra hay un código de honor. El informe era ambiguo. Podía haber sido la instalación eléctrica, que sin duda era un peligro, pero aun así cabía la posibilidad de que el incendio hubiera sido provocado. Y tienes que creerme si te digo que Marigold no era la única que me preocupaba. Era lo que me habías dicho de Sam. Estaba preocupado por él, por supuesto. No podía delatar a Marigold, pero no quería que el muchacho pasara a ser un posible sospechoso. Sabía cómo te había afectado el puñetero lío que se armó con ese dichoso libro, así que di a entender a mi amigo que, puesto que no se había producido ningún daño grave, si existía alguna ambigüedad bien podía apuntar a un fallo en la instalación eléctrica en el informe. Me temo que me serví de Sam como motivo, pero lo que sí le dije, confío en que me reconozcas el mérito, fue que el motivo por el que se lo pedía era que Sam había cargado noblemente con la culpa de una bromita ridícula de mi hija que había salido mal. Él también tiene hijos adolescentes, de manera que entiende...

—Por Dios, Hugh.

—Pero verás, se lo tuve que contar al terapeuta infantil que Jeanette buscó para Marigold. Eso es lo que había venido a decirte esta noche. Quería explicarte por qué es probable que haya dado la impresión de comportarme como un malnacido todo este tiempo. No ha sido porque no me importase... y con todas estas distracciones...

—Acepto mi parte de culpa en la distracción.

—¿Ha valido la pena, Sylvia? No solo esta noche, me refiero a todo. Para mí, sí. Incluso, Dios me asista, con lo que al parecer le ha provocado a mi hija.

¿Había valido la pena? En ese momento desde luego que sí, lo valía todo. Al día siguiente ya vería.

—Hugh.

—Sí, querida. Te llamo querida mientras aún puedo.

—Ya. ¿Leíste el libro que te recomendé?

—¿*La fortaleza soñada*?

—*El castillo soñado*.

—Eso, castillo. Ya te dije que me gustó mucho. La joven me hizo pensar en ti.

—¿Lo leíste entero? No me importa si no lo hiciste.

A la luz verdosa del alba, ella veía su rostro con claridad. Hugh había encontrado sus gafas pero se las quitó de nuevo y se frotó los ojos.

—Sí, lo leí entero.

—¿Enterito?

—Sí, ¿por qué?

—No sé, de repente me han entrado ganas de preguntártelo.

Sentada sola en la cama, Sylvia intentaba entender la pena que la embargaba. Hugh se había vestido y se había ido. Para siempre. Al cabo, se puso una bata, bajó y se quedó contemplando el jardín desde la gélida cocina. Acentores, pinzones, reyezuelos, herrerillos, carboneros, tal vez un pardillo revoloteaban y se abrían paso entre las zarzas que en su día domara el señor Bird, donde ahora contraatacaba una naturaleza cada vez más sigilosa. La guerrilla que libraba el universo contra todo el esfuerzo humano. Se alegraba de que por el momento el ser humano fuera perdiendo.

El pequeño jarrón de madera de ciruelo descansaba en la repisa de la ventana, con la pluma de arrendajo que había encontrado a orillas del canal cuando se encontraba ante las puertas del paraíso. Cogió la pluma, salió fuera y la depositó con delicadeza junto al tocón del ciruelo, sin saber lo que estaba haciendo o por qué.

No llevaba nada bajo la bata. Abrió la prenda y dejó que le resbalara por los hombros, y durante un instante contempló el cerco carmesí que se deslizaba por las colinas. Notaba la hierba húmeda y fría bajo los pies descalzos, de manera que pasó por encima de la bata y entró a encender el hervidor para preparar té.

Sylvia se marchó del número 5 sin que la señora Bird fuese a hacer inventario. No se llevó prácticamente nada que no hubiese traído consigo cuando se instaló. Tan solo el jarrón de madera de ciruelo que le había tallado Sam, el broche de plata con forma de hoja y un paquete que se encontró a la puerta al volver a casa el último día de trabajo en la biblioteca. Decidió dejar incluso sus libros.

—Mi legado a los niños —dijo a Dee, que prometió comprar exlibris y ponerles su nombre para que la recordasen.

—Es muy amable por su parte, Dee, pero no creo que nadie me vaya a recordar.

—Yo sí —repuso su leal compañera.

Mantuvieron esa conversación al final de una tarde durante la cual se bebieron numerosos *gin-tonics* y se hicieron la promesa de permanecer en contacto, ambas conscientes de que no lo harían. Sylvia no preguntó por el señor Booth, que le estrechó la mano con bastante cordialidad y le deseó «lo mejor» en su nuevo empleo.

No fueron muchos los amigos y amistades de East Mole de los que se despidió. Solo le pareció sincera su despedida con Ned, que le apretó el hombro y le dijo que se cuidara. La amistad que habían mantenido era demasiado genuina para que alguno de los dos fingiese que iban a seguir en contacto.

Ivy le envió una tarjeta en la que ponía: «Buena suerte en el nuevo trabajo», firmada con «los mejores deseos de Ivy y Len». El vicario la sorprendió dejándose caer por la biblioteca con un libro: *Flores silvestres en suelos calizos*. Dentro había una nota que rezaba: «Aprended de los lirios del campo...», y debajo añadía otra, en la que advertía que los estudiosos pensaban que los «lirios del campo» eran anémonas de bosque.

Resultó que Gwen también se iba de East Mole. Chris había decidido dejar su trabajo de profesora de deportes para ser azafata.

—Es un culo inquieto —explicó Gwen—. Y de ese modo tendremos más libertad. —Iba a solicitar empleo cerca de Heathrow para que Chris y ella pudieran vivir juntas—. Está a un paso de Ruislip en autobús. Chris me ha pedido que te diga que vengas cuando quieras.

La despedida más dolorosa fue la de los Hedges, con los que ya no mantenía la misma relación de franca vecindad que antes. Aunque Ray le estrechó la mano y June la besó en la mejilla, Sylvia fue consciente de que se alegraban de que se marchase. Sam se limitó a un «chao» por el que sus padres no lo corrigieron. Solo las gemelas parecieron sentirlo de verdad.

—¡Te echaremos de menos, Sylvia! —exclamaron mientras el taxi daba marcha atrás y ellas corrían a su lado intentando adelantarlo y dando en las ventanillas con las banderas de despedida que habían montado en varas del jardín.

—¡Yo también os echaré de menos, niñas! —gritó ella, y minutos después de que el taxi diera la vuelta a la esquina, seguía oyendo sus sanadoras risas alegres y jóvenes.

La señorita Crake prometió reunirse con ella en Londres para llevarla al teatro Old Vic, donde «una amiga», una tal señorita Robson, actuaba en una producción de los *Espectros*, de Ibsen, que había sido bien recibida por los críticos, de modo que ese vínculo se mantendría. Se ofreció a llevar a Sylvia a la estación en el Wolseley y asintió cuando ella declinó el ofrecimiento, como si comprendiese la necesidad que tenía de marcharse en soledad.

El taxi pasó por delante de la parada de autobús y Sylvia recordó el día que Hugh la recogió en su Hillman gris, su cena en el *pub* y *El sueño de Geroncio*, y la vez que redactó mentalmente la valiente carta en la que renunciaba a una aventura que ni siquiera había empezado aún.

El paquete que había a la puerta contenía una grabación de algunas composiciones de Schubert. Una sonata estaba marcada con un asterisco en la funda. Junto al título ponía: «El texto del *lied* es una traducción al alemán de la canción *¿Quién es Silvia?*, del acto IV, escena II de la obra *Los dos hidalgos de Verona*, de William Shakespeare». La escucharía en algún momento, estaba segura de ello, pero lo que la hizo derramar amargas lágrimas fue el recuerdo de la canción que él le había cantado en dos ocasiones junto al canal:

I found my love where the gaslight falls

Dreamed a dream by the old canal...

Un sueño, sin duda. No *El sueño de Geroncio*, sino más bien *El sueño de una noche de verano*, en el cual —y puesto que no tenía a nadie con quien compartir aquello, se deleitó un tanto en la mortificante capacidad de su propia inteligencia— había vuelto a representar a ese asno al que seres superiores de otro mundo elegían y después dejaban tirado.

Aunque su madre no hubiese estado enferma y su padre no la necesitara, y aunque no experimentara esa sensación de abandono por parte de los Hedges, habría tenido que marcharse. Hugh le había mentido. Si alguna vez había estado segura de algo era de eso. No se había molestado en leer, o no había acabado, *El castillo soñado*, con su final agrisado en el que el amor de una muchacha acaba en nada.

No era únicamente el destello de miedo que había visto en sus ojos al preguntárselo, era que la verdad le rezumaba por los poros; aunque había una verdad más dura: ella lo había sabido desde el principio. Si él le hubiese dicho: «Lo siento, querida, he mentido para impresionarte» o «para contentarte», o: «Lo siento, la verdad es que no es la clase de libro que me gusta pero no quería decírtelo» o casi cualquier otra cosa..., pero que mintiera, por algún motivo —con el tiempo lo averiguaría— a Sylvia se le antojaba intolerable. Posiblemente, algún día este hecho —ya que no cabía duda de que era un hecho, aunque no pudiera demostrarlo— hiciera que todo lo que había pasado entre ellos fuese lo mejor para Sylvia. Pero eso sería algún día y ahora tenía que hacer acopio de valor y volver a Ruislip para acompañar a su padre y ayudar a su madre, que la había traído al mundo, a abandonar ese mismo mundo, y después encontrar la determinación para encontrar un mundo nuevo —o uno distinto— para sí misma en el que intentar vivir.



—¿Qué tiene de especial el sitio al que vamos? —preguntó Alexander.

Era el comienzo de las vacaciones y su hermana Imogen y él estaban haciendo las maletas para irse de viaje.

—Es una antigua biblioteca —repuso su hermana—. La abuela iba allí cuando era niña.

A Alex la idea de una biblioteca le parecía aburrida.

—¿Nos vamos a quedar allí?

—Veremos a la abuela en un hotel. Te encantan los hoteles. Tiene piscina, *spa* y de todo.

—¿Hay tele? Juega el Barcelona.

—Pues claro que hay tele. Habrá una en tu habitación y también *wifi*, así que te puedes llevar el iPad.

De camino por la M4 la madre de los niños contó:

—Cuando la abuela era pequeña vivió durante un tiempo en East Mole...

—¿East Mole? Qué nombre más raro.

—No es raro, Alex. Intentaron cerrar la biblioteca infantil y la abuela se vio metida en el lío. Ahora amenazan otra vez con cerrarla, así que ha accedido a hablar en un evento que confían podría ayudar a que la biblioteca siga abierta.

—No entiendo por qué necesitamos bibliotecas —observó Alex—. En internet puedes encontrar todo lo que quieras.

Su hermana, que tenía una edad en la que disfrutaba yendo contra corriente, profirió un hondo suspiro, y su madre señaló:

—Sí, pero ¿cómo sabes qué buscar? Por eso las bibliotecas son tan importantes. Sin la biblioteca, quizá la abuela no hubiese llegado a ser escritora.

La abuela de los hermanos era escritora de libros para niños, famosos no solo por los textos sino también por las ilustraciones, que dibujaba ella misma.

—Mis amigos del instituto no me creen cuando les digo que es mi abuela. —Imogen había terminado su primer año en secundaria y estaba teniendo «roces» con algunos amigos.

—Seguro que la abuela te escribe algo especial en uno de sus libros para que lo puedas demostrar —apuntó su madre—. Y ahora callaos los dos, por favor. Quiero escuchar el concierto que dirige Barenboim.

El hotel, un edificio histórico acreditado como antigua casa de postas, había sido reformado y ahora presumía de un impecable estilo contemporáneo, además de ofrecer piscina, gimnasio, centro de belleza y sala de juegos. Alex se fue con su padre a jugar al billar inglés e Imogen y su madre se pusieron sendos albornoces esponjosos para ir a la piscina. Mientras volvían a sus habitaciones se cruzaron con la madre de Lucy Pattern en el vestíbulo del hotel.

—¡Abuela! —Imogen corrió hacia su abuela, que la abrazó.

—Mi niña, pareces una sirena pero con unas preciosas piernas largas en lugar de cola.

Imogen, que tenía trece años y se preocupaba mucho por su aspecto, pareció satisfecha.

—Hemos estado nadando. ¿Vendrás con nosotras mañana?

—No he traído bañador.

—Mamá te puede dejar uno.

—¿Una vieja como yo con un bañador de tu madre?

—No eres vieja, abuela.

—Cariño, tengo setenta años. A esta edad hay que comportarse con decoro.

—Si quieres te puedo prestar uno, mamá —se ofreció su hija Lucy—. Seguimos teniendo más o menos la misma talla.

La familia se reunió para cenar en el hotel del restaurante.

Alex le arrebató la carta a su padre.

—¿Qué hay aquí que podamos comer?

—Eh, no me la quites, socio. Hay muchas cosas para ti.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo *pizza* o pasta.

—Eso es aburrido. Lo comemos siempre.

—Cuando la abuela era pequeña —dijo su madre—, podía darse con un canto en los dientes si había fritos de carne en conserva, por no hablar de *pizza*.

—¿Qué es carne en conserva?

—Una especie de carne rosa asquerosa que venía en una lata.

—¡Puaj! —exclamó Alex.

Y su abuela observó:

—La verdad es que me gustaba bastante esa carne, y no me utilices para dar sermones, Luce. Teníamos otras ventajas.

—¿Por ejemplo? —Alex estaba dispuesto a mostrarse abierto de miras.

—Por ejemplo poder jugar en la calle sin que nadie nos controlara. Por ejemplo praderas verdes y arroyos de agua clara y muy poca contaminación.

—Eso no es del todo cierto —precisó el padre de los niños—. En los años cincuenta el esmog de Londres era tremendo. A juzgar por las estadísticas, murieron muchas personas de enfisema.

Su suegra era consciente de que al marido de su hija le irritaban sus fantasías, y hacía todo lo posible para no tenérselo en cuenta.

—No te falta razón, Jamie, lo estoy idealizando. Es lo que pasa por volver aquí.

—¿Ya has escrito tu charla de mañana, abuela? —quiso saber Imogen.

—No soy mucho de escribir las charlas, cariño. Haré lo que suelo hacer siempre, esperar a ver adónde me lleva el espíritu.

—La abuela es médium —aseguró Alex, e hizo como si sacudiera la mesa.

Imogen no le hizo el menor caso. Las abuelas no deberían tener favoritos, pero si la abuela de los niños tuviese un nieto favorito, sería Imogen.

—¿Tienes ganas de que llegue el momento, abuela? ¿Qué te vas a poner?

—Contaba con que me ayudaras a elegir, cariño. En cuanto a si tengo ganas, si quieres que te diga la verdad estoy un poco asustada.

—¿Por qué? Si te pasas la vida dando charlas.

—Es distinto cuando se trata del lugar en que naciste.

—Les vas a encantar, abuela. Eres una estrella.

—Tal vez. Por lo general nadie es profeta en su tierra.

Imogen decidió que su abuela debía llevar un vestido suelto de lino color crema, el collar de ámbar y zapatos de tacón.

—¿Me tengo que poner los tacones, cariño? Preferiría llevar las playeras, son más cómodas.

—No se llaman playeras, abuela. Son zapatillas de deporte o bambas, y no, no son apropiadas para esto. ¿Cuándo llegan Gil e Iz?

Gil era el tío de Imogen, el hermano pequeño de su madre. Su único hijo, Isaac, era muy amigo de Imogen, aunque no se veían mucho ya que Gil trabajaba en Bruselas.

—Su vuelo ya debe de haber aterrizado, así que me figuro que pronto.

En la biblioteca les habían preparado una recepción. A la abuela de los niños le dieron una bienvenida entusiasta y ella hizo entrega de un libro a la

directora de la biblioteca.

—Es muy amable por su parte. ¿Es suyo?

—No, a decir verdad es un ejemplar de un libro que no devolví a la biblioteca antes de que nos mudáramos. Tenía cargo de conciencia.

La directora se rio y dijo que estaba segura de que la biblioteca podía perdonar un libro a su famosa invitada; a continuación le enseñó un amplio despliegue de los libros que ella misma había escrito y que se venderían para contribuir a los fondos de la biblioteca.

Acompañaron a su familia al salón de actos, donde Gil e Isaac ya estaban sentados.

Al cabo de un rato apareció una señora de mediana edad con un traje azul que parecía nerviosa y empezó a hablar.

—¡No se oye! —gritó una voz desde atrás.

Un joven encargado de la tecnología subió de un salto a la plataforma y ajustó el micrófono. La señora se presentó: era la teniente de alcalde. Continuó afirmando lo afortunados que eran por contar con una famosa escritora que había nacido allí y que había acudido para hablar en apoyo de la biblioteca, y lo orgulloso que estaba East Mole de darle de nuevo la bienvenida.

—Es conservadora —susurró Lucy a su marido—. Estos putos recortes se los debemos únicamente a ellos.

La abuela de los niños recibió un educado aplauso. Habló, sin necesidad de notas, de su infancia, de los libros que sacaba de la biblioteca, de la huella que habían dejado en su imaginación y de cómo habían influido en su posterior carrera. Habló con soltura, sin asomo de esa timidez que Imogen, que era quien mejor la conocía, sabía era una manifestación más veraz de su naturaleza.

«Nunca pareces tímida, abuela», le había dicho en una ocasión, y su abuela contestó: «He adquirido una pátina de aplomo, cariño, pero por debajo hay un topo dispuesto a hacer que todo se venga abajo. Nunca deja de asombrarme el hecho de que nadie me descubra».

«Pero ¿qué es lo que hay que descubrir, abuela? Eres una superestrella».

«Siempre hay algo que descubrir, cariño».

Hacia el final del discurso, su abuela hizo una pausa y dio la impresión de reflexionar un momento.

—Como bien sabéis, soy una defensora acérrima de las bibliotecas, en particular para aquellos niños que de lo contrario quizá no pudieran acceder a los recursos de la literatura infantil. Los niños son los ciudadanos del futuro y

aquello con lo que se los alimente y nutra conformará el destino de nuestro mundo y el destino de nuestro asediado planeta. Tenemos el deber, el deber moral, de asegurarnos de que no alimentamos solo el estómago de nuestros niños, sino también su imaginación. No nos gustaría... —en este punto se interrumpió y miró a la audiencia—, sin duda no nos gustaría descubrir que hemos alcanzado tal estado de carestía en nuestra sociedad como para que sea preciso crear bancos de alimentos para la imaginación además de para el cuerpo, como por desgracia debemos hacer hoy en día. A lo largo y ancho de todo el país hay bibliotecas, graneros de ricas provisiones, banquetes de sustento en potencia a menudo donados, como lo fue esta biblioteca, por benefactores para favorecer a los niños, a los hijos de estos niños, a los futuros hijos de nuestros hijos y a los futuros hijos de los hijos de nuestros hijos, cuyo desaprovechamiento y destrucción es una pura crueldad.

Hizo una nueva pausa para escudriñar a su audiencia.

—Ha escogido el momento oportuno para ponerse dramática —musitó su hija.

—Pero también necesitamos a guardianes de esta riqueza para garantizar que llega a aquellos que quizá no sepan que están hambrientos. Mi propia vida la transformó una joven que trabajó en esta biblioteca, la señorita Sylvia Blackwell. Ella sola me ayudó a entrar en mundos y encontrar las palabras para describirlos que de otro modo no habría encontrado. Nuestros bibliotecarios son los héroes olvidados que han servido y protegido lo mejor de nuestra civilización, una civilización sobre la que ahora pesa una amenaza. —Permitió que su mirada descansara un instante en la teniente de alcalde, que estaba sentada en la primera fila. Después volvió a dirigirse al público en general—. Confío en que os unáis a mí en la defensa de nuestros bibliotecarios y sus dominios, igual que en su día ellos defendieron los preciados dominios de mi propia infancia en East Mole.

—Ha estado mejor que nunca —comentó Lucy a su hermano al salir.

En el vestíbulo ya se había formado una larga cola de adultos y niños que esperaban a comprar libros para que se los firmara la famosa escritora. Los retoños de la escritora salieron fuera con sus propios retoños.

—Es bastante fea —dijo Jamie, refiriéndose a la biblioteca.

—A mí hasta me gusta ese estilo gótico de pega —afirmó Gil—. Resulta pintoresco.

—Vosotros veníais aquí de pequeños, ¿no? —preguntó su cuñado.

—La verdad es que no. Los padres de mamá se trasladaron a Oxford. Los íbamos a ver allí.

—¿Cómo eran?

—No se parecían mucho a mamá —contestó Gil—. Pero ya la conoces, ella es muy leal.

—Menos mal que ha terminado —observó su madre cuando hubo acabado de firmar y le sacaron fotos que subieron a Instagram y Twitter.

—Tienes muchos admiradores.

—Sí, los niños siempre dan gusto.

—¿Notas esto muy distinto, mamá? —quiso saber su hijo.

—Lo más distinto es eso. —Señaló a una familia musulmana con ejemplares de sus últimos libros—. Cuando yo vivía aquí creo que había una familia india. Y ahora que lo pienso, no lo pasaron muy bien. El resto de nosotros éramos sin excepción, y me temo que sin querer, blancos. Imogen, dragoncilla, ¿me dejas que me quite estos zapatos que no pueden ser más incómodos?

Imogen accedió a la súplica de su abuela para que le permitieran ir al hotel a cambiarse.

—Quiero ir a explorar mi pasado —explicó.

Todos entendieron tácitamente que prefería que solo sus nietos la acompañaran en esa empresa. Alex quería jugar al billar, así que fueron Imogen e Isaac quienes enfilaron con su abuela el camino de sirga, a orillas del canal.

—Una esclusa —dijo Imogen, encantada—. Me encantan las esclusas, no sé por qué.

—Son los dos niveles de agua. —Isaac los había estado examinando—. Parece magia pero es completamente explicable.

Su abuela miraba la casita que había junto a la esclusa, rodeada de geranios y petunias.

—¿Estaba eso ahí en tus tiempos, abuela?

Sin embargo, ella parecía absorta en sus pensamientos y no respondió.

El camino de sirga empezó a discurrir en paralelo a un solar protegido por una alta valla en la que carteles amarillos advertían de la presencia de perros guardianes.

—Eso era una fundición —contó su abuela—. Estaba en ruinas ya en mis tiempos. Solíamos venir a jugar aquí, aunque se suponía que no debíamos hacerlo después de que se ahogara un muchacho.

Dieron la vuelta a la alambrada y llegaron a una carretera asfaltada.

—Esto era un camino embarrado cuando yo era pequeña. Entonces había muchas flores.

Por último llegaron a una hilera de casas adosadas de ladrillo.

—No os imagináis cómo han arreglado esto. —Su abuela parecía decepcionada.

Los tres dieron la vuelta hasta la carretera que pasaba por delante de las casas y su abuela se detuvo frente a una de ellas.

—¿Por qué estamos aquí, abuela?

Un comedero de pájaros colgaba junto a la cerca y una señora lo estaba rellenando de semillas. Era una mujer menuda, de unos sesenta años, con un rostro anguloso e inteligente.

—¿La puedo ayudar en algo?

—Pues... —empezó su abuela, y se trabó—. ¿Pam? —preguntó.

La mujer la miró sorprendida.

—No, Jem.

—¿Te acuerdas de mí?

—Sé quién es usted —respondió ella—. La he reconocido. Quería ir hoy a escucharla, pero mi marido está enfermo. Mis nietos sí han ido. Les encantan sus libros.

—No —negó la abuela de los niños—. No me conoces. O mejor dicho sí, pero no sabes quién soy.

—¿Y usted es...? —preguntó la mujer.

—A ver si lo adivinas.

La mujer la miró atentamente y al cabo de un minuto repuso:

—¡Caray! Ahora caigo. Caramba. Anda que no ha llovido. Pero te has cambiado el nombre.

—Pattern es mi apellido de casada. Adopté el de mi marido porque el mío era..., en fin... Pero el nombre de pila lo he mantenido.

—No me lo puedo creer —dijo la mujer—. Claro que éramos unas renacuajas cuando te marchaste. Si te soy sincera, no recuerdo tu apellido de entonces.

—Smith —dijo Elizabeth Pattern—. Era Lizzie Smith.

—Ha sido increíble —contó Imogen al resto de la familia. Su hermano, su primo y ella, junto con sus tres padres, estaban cenando en el hotel. Su abuela se había quedado a cenar con su amiga de la infancia, Jemima O'Malley—. Era una de las gemelas —continuó Imogen—. Y ella, la gemela con la que

nos encontramos, se casó con un amigo del colegio de su hermano, que fue el que la abuela dice que la ayudó a aprobar los exámenes finales de primaria. A la abuela se le daban fatal las matemáticas y el hermano de las gemelas le echó una mano. La bibliotecaria de la que ha hablado vivía dos casas más allá. Por eso quería ir allí.

—Parece que el hermano la ponía —apuntó Alex.

—No seas cerdo, Alex. Es imposible que te imagines que a la abuela le pusiera alguien.

—Pues se echó a llorar al hablar de él —dijo Iz.

—Lloraron las dos —puntualizó Imogen.

Su tío añadió:

—Mamá es muy reservada con ese periodo de su vida. ¿A ti te ha hablado alguna vez de eso, Luce?

—No mucho. De lo que he averiguado lo más importante es, aunque tú ya lo sabes, que nos puso nombres de los personajes de los libros para niños que la bibliotecaria le recomendó.

—¿Por quién se llama así papá? —quiso saber Iz.

Lucy se echó a reír.

—¿No lo sabes? No es un libro, o libros, de tu estilo, Iz. Es por Gilbert, de *Ana de las Tejas Verdes*. Yo soy Lucy por Narnia.

—¡Narnia! —exclamó Alex—. Los libros de Narnia son cristianos.

—Hasta que sepas más del cristianismo, socio, será mejor que te guardes tus opiniones —decidió aconsejar su padre.

Alex hizo una mueca de disgusto y su madre observó:

—*El león, la bruja y el armario* no está mal. Solo se vuelve proselitista más avanzada la serie.

—Está muy mal escrito —opinó Gil—. Tuve que dejar de leérselo a Iz cuando era pequeño.

—No sirvió de nada —intervino Iz—. La abuela nos lo leía a Im y a mí cuando nos quedábamos con ella. No sabía que por eso te llamas Lucy, tía.

Lucy y su sobrino intercambiaron una sonrisa. Lucy nunca había permitido que la llamase «tía».

—Eso demuestra hasta qué punto influyeron en ella esos libros de su infancia —reflexionó Gil.

—Se ha puesto a llorar —repitió Imogen—. Y la abuela no llora casi nunca.

—Lo que más recuerdo de ti, Michael —hacía memoria la que en su día fuera Lizzie Smith—, es que te daban con la palmeta.

—Yo no me acuerdo de eso. ¿Estás segura?

Estaban cenando en la cocina de lo que antaño era el número 3, ahora un espacio diáfano que aunaba la antigua sala de estar y una escalera nueva.

—Recuerdo ver contigo el programa *The Flower Pot Men* en un sofá, ahí. —Elizabeth señaló una alacena decorada con cerámica—. Bill y Ben. Te encantaban.

—En realidad era a Pam a quien le encantaban —corrigió Jem—. Le gustaba el otro personaje, Little Weed. Volvía locos a nuestros padres gritando «Weed, weed»^[2]. A mí me gustaban más Sooty y Sweep. —Alzó la voz para añadir—: Dios mío, éramos dos terremotos. No sé cómo sobrevivieron nuestros pobres padres.

—Os querían a rabiar —afirmó Elizabeth.

—Más bien los sacaban de quicio —terció Michael, dedicando una sonrisa radiante a su mujer.

Pam, contó Jem, vivía en Canadá, donde tenía cuatro hijos y ocho nietos.

—Se casó con un granjero que vino a estudiar aquí y se la llevó con él. Les va bien.

—Nosotros solo tenemos tres nietos, así que nos consideran criadores de segunda —bromeó Michael—. Ella está siempre encima de nuestros hijos para que nos den alguno más, pero yo no puedo hacer gran cosa de un tiempo a esta parte.

Le habían diagnosticado un problema cardiaco, contó, y un leve amago de angina les había impedido acudir a la charla en la biblioteca.

—Pero esto está mucho más bonito —halagó Elizabeth—. No me puedo creer que después de todo este tiempo sigáis aquí.

—Mi padre nunca se mudó —contó Jem—. Le dimos la lata para que se trasladara al centro después de la muerte mi madre, pero se negó a marcharse. Nosotros compramos la casa de al lado, el número 4, cuando se puso a la venta, en parte para estar cerca de él, y tras morir mi padre el hijo del que era nuestro casero nos vendió el número 3 y unimos las dos.

—Tuvimos suerte —apuntó Michael—. La compramos antes de que el precio de la vivienda se pusiera por las nubes. Me daría vergüenza decir lo que costaría ahora.

«En el número 4 fue donde se produjo el incendio», pensó Elizabeth.

Jem conservaba toda la vitalidad de su infancia. Comenzó a abrir cajones y a subirse a sillas para rebuscar en los armarios hasta que finalmente dio con

una colección de antiguos álbumes de fotos.

—Sabía que los tenía en alguna parte. Esta eres tú, ¿verdad? Que yo recuerde, la sacó Sam con su Brownie y tú le diste la foto.

Incluso después de tanto tiempo intuyó que sería una falta de tacto contar que su madre había tenido que rescatar la instantánea de la papelera.

—Madre mía, mira que era feúcha.

Elizabeth se avergonzaba de haber sido esa niña con el pelo mal cortado y unas gafas redondas que miraba tímidamente a la cámara entornando los ojos. En la pequeña fotografía movida en blanco y negro se veía a dos burros detrás de la cancilla a la que se ella había encaramado precariamente.

—Esa era la cancilla de la señorita Blackwell. Y los burros. Me daban miedo. —Lo cierto era que las gemelas también la asustaban un poco.

—Recuerdo que le gustaba que la llamáramos por su nombre de pila. A mi madre no le parecía bien, pero no sabía cómo decírselo.

—De todas formas yo era demasiado tímida para hacerlo —admitió Elizabeth—. Me sentía incómoda llamándola Sylvia.

—Aquí está Sam —continuó Jem—. Y esa chica por la que estaba tan colado.

Elizabeth Pattern, galardonada con el Children's Laureate y autora de numerosos libros aplaudidos por la crítica, sintió que todo su cuerpo se sacudía con algo parecido al dolor al mirar la imagen borrosa del muchacho al que no veía desde hacía casi sesenta años. Bajito y moreno, y de ascendencia judía como distinguía ahora con claridad, tenía la expresión desafiante que tan bien recordaba ella, con los ojos entornados hacia un sol invisible. A su lado, contra la cancilla en la que acababa de verse a ella misma de pequeña, había una chica de pelo largo y piernas largas que miraba a la cámara con lo que a Elizabeth Pattern le seguían pareciendo unos aires de superioridad desmedidos.

—Marigold —dijo—. ¿Qué habrá sido de ella?

—No se daba pisto ni nada, esa mocosa —observó Michael—. La culpa de que Sam no hiciera bachillerato fue suya. Pasó toda nuestra clase menos Sam, y él era con mucho el más inteligente de todos.

—Desde luego —corroboró su mujer—. En el test de inteligencia le salió un cociente por encima de ciento cincuenta.

Elizabeth volvía a experimentar la angustia que había sentido cuando Sam, tras suspender los exámenes finales, se negaba a hablar con ella y cruzaba la calle para evitar sus vacilantes intentos de acercamiento. Ya entonces era consciente de que la evitaba porque ella había salido airosa allí

donde él había fracasado. La había ayudado a aprobar los exámenes para entrar en la escuela en la que por derecho tendría que haber entrado él como uno de los señores de la creación. En lugar de eso, cursó ignominiosamente el bachillerato técnico con muchachos que, eximidos de cualquier obligación de respetarlo, se reían de él y le daban palizas. Sam se defendió con uñas y dientes. Antes incluso de que su familia y ella dejaran East Mole, ya tenía mala fama por delinquir. Y ella fue la primera que lo traicionó, por ese libro que desencadenó los espantosos acontecimientos que condujeron a su separación: ni siquiera ahora quería recordar toda esa dolorosa parte de su pasado. Ojalá Sam hubiera sabido que se habría cortado la lengua antes que delatarlo, pero su abuela, con la aguda intuición que la caracterizaba, le arrancó el secreto pese a los esfuerzos que hizo para guardar silencio.

«No intentes decirme que esto ha sido cosa tuya, jovencita. Sé perfectamente quién cogió ese libro. Si sigues así y la escuela se entera, te pondrán de patitas en la calle y acabarás en la fábrica de galletas o en un sitio peor».

Sin embargo, no era Sam el que había cogido el libro. Era Marigold. Ella siempre había estado segura de que fue Marigold.

—¿Y qué me dices de ti, Jem? ¿Adónde fuiste después de primaria?

—A Pam y a mí nos pilló la reforma educativa y fuimos de las primeras en ir al instituto. Nos vino bien y fue lo mejor después de lo que le pasó a Sam. Nos las apañamos, después de que cada una se fuera por su lado. Ojo, que armamos una buena cuando nos separaron. Dios mío, cómo podíamos liarla. Solíamos inventarnos cuentos sobre el pobre conserje, que nos daba Rolos. ¿Cómo se llamaba, Mick?

—Era el señor Jones. Pobre hombre. Ahora que lo pienso, yo diría que era autista.

—Podrían haberlo arrestado por nuestra culpa, con todas las bobadas que decíamos —admitió Jem—. Hoy lo habrían arrestado seguro. Dios mío, qué malas éramos.

—Todavía son capaces de liarla, estas dos. —Su marido esbozó una sonrisa cariñosa—. Menos mal que está el Atlántico de por medio. De no ser por eso, habría salido pitando.

—Le encanta decir eso —apuntó su mujer con serenidad.

—¿Qué hizo, o mejor dicho, qué hace, Pam?

—Es logopeda, trabajaba sobre todo con tartamudos. Sigue trabajando a media jornada, aunque ahora los críos no tartamudean como antes, ¿te has dado cuenta? Yo me formé como actriz, pero solo conseguí papelitos en series

de televisión malas, así que me reciclé y acabé siendo paisajista. Fue idea suya. —Señaló a su marido.

—¿Y tú, Micky? Perdona, Michael. ¿Qué hiciste?

—Sigo siendo Micky para mis amigos. Terminé siendo director de escuela.

—¿De primaria?

—Del instituto de aquí, al que fue Jem. Para entonces ya no se estilaba la palmeta, gracias a Dios. Aunque hay un montón de cosas más de las que habría podido prescindir. Hoy día la mayor parte del trabajo es administrativo. Me alegré de jubilarme.

—Es listo —lo halagó su mujer—. Estudió en Birmingham y se licenció en Química. Podría haberse quedado allí, pero tenía una vocación, qué le vamos a hacer.

Su marido aceptó debidamente el reproche.

—Era una buena escuela, la nuestra de primaria. A todos los del grupo A les fue bien, pero ninguno de nosotros era tan brillante como Sam.

—¿Y Sam? —Logró preguntar por fin Elizabeth.

—Le va bien. Está en Australia, en Melbourne.

Algo en algún lugar del pecho de Elizabeth Pattern se contrajo. Dijo con cautela:

—Las vueltas que da la vida: en octubre estaré en Melbourne, como parte de una gira por mi último libro. Quizá podamos ponernos al día. —En su confusión, recurrió a una frase que de lo contrario no habría utilizado nunca —: Es decir, si crees que no le importará.

En su cuarta gira literaria por Australia, a Elizabeth Pattern le seguía sorprendiendo que el país todavía tuviese fama de una zafiedad que de un tiempo a esa parte ella asociaba más bien al Reino Unido. El hotel de Melbourne era sumamente cómodo. El domingo volaría a Perth para cubrir la última etapa de la gira, pero en ese momento disponía de unos días libres. Había un concierto al que tal vez fuese y estaban las galerías de arte — Melbourne tenía una exquisita colección de pintura—, y también estaba Sam.

Le había escrito un correo electrónico después de hablar con Jem, que le había comunicado que Sam se alegraría de que pusiera en contacto con él, y se habían intercambiado algunos correos con una amabilidad que no dejaba traslucir ningún problema del pasado. Le había propuesto quedar en un tono

de educada naturalidad y con idéntica cautela, intuía ella, Sam había accedido.

«En realidad no estaré libre hasta el viernes —escribió Elizabeth—. El domingo por la tarde vuelo a Perth, pero estaría bien verte antes para ponernos al día».

Releyó el anodino mensaje y borró las cuatro últimas palabras.

Fue ella quien lo reconoció en el restaurante donde él había propuesto que quedaran. Sam habría pasado por delante sin verla.

—Sam.

—¿Lizzie? No te...

—Según me dicen, he cambiado.

—Todos hemos cambiado.

—Yo te he reconocido de inmediato.

Seguía siendo delgado, con el cabello cano pero con restos del negro original, el rostro bronceado con una línea blanca justo por debajo del cuello de la camisa, claro que él siempre había sido de piel morena. Reconoció hasta sus manos, sus diestras manos. El anillo de oro en el dedo anular era, naturalmente, nuevo.

La ayudó con la carta, aunque para entonces ella ya estaba familiarizada con el pescado de las antípodas. Sin embargo dejó que le hiciera recomendaciones sin interrumpirlo mientras buscaban un tema de conversación.

—No sabía que tú eras tú, no sé si me explico. —La voz de Sam tenía un leve acento australiano—. A mis nietos les chiflan tus libros. Incluso les he leído algunos.

—Si crees que les podría gustar, te daré encantada un ejemplar o dos firmados.

—Se pondrán como unas castañuelas. Sigo sin...

—Lo sé. A mí me pasa lo mismo.

—No, es que eres otra.

Quería decir, se figuró ella, que no contaba con verla con mucho mejor aspecto del que se esperaba, aunque para ahorrarle la vergüenza fingió no haberle entendido bien.

—Quise escribir desde el día que la señorita Blackwell me envió a Narnia.

—Yo no llegué a leer esos libros. Hasta hace poco prefería los ensayos. Ahora soy miembro de un club de lectura y leemos toda clase de cosas. Toma, este es un buen vino de aquí.

Le llenó la copa y ella dijo:

—En Estados Unidos si te bebes dos copas creen que eres alcohólico, y aquí si no consumes por lo menos una botella con la comida eres un pelele.

Sam se rio. Seguía teniendo una bonita dentadura.

—Es la única razón por la que me vine aquí.

—No es posible que sea la única.

—No.

Ella se echó hacia atrás y le habló de sus hijos y sus nietos.

—Me acuerdo de tu abuela —afirmó él cuando a ella se le agotaron los familiares relevantes.

—¡No me la recuerdes!

—Era especial.

—Fue por ella por lo que nos marchamos de East Mole.

—Creía que había sido porque tu padre encontró trabajo en Cowley.

—Solo después de que mi madre dijera que teníamos que irnos. Tuvo una pelea monumental con mi abuela que las distanció sin remedio, y no volví a ver a mi abuela hasta poco antes de que muriese. No se parecía en nada a como la recordaba. Tenía demencia y daba bastante lástima. Tengo la sensación de que nunca superó que nos fuésemos.

Y la causante había sido ella. Al llorar a lágrima viva porque iban a cerrar la biblioteca y lograr finalmente poner a su madre en contra de su abuela. «Si estoy en bachillerato es por la señorita Blackwell, mamá. No pueden cerrar la biblioteca, no es justo». Hasta su afable abuelo reprendió a su mujer. «Por Dios, la paciencia tiene un límite», dijo su madre.

—Tu abuela me echó el mayor rapapolvo de mi vida. Por aquel libro. ¿Te acuerdas?

—¿*Trópico de Cáncer*? Cómo no. Fue culpa mía que te metieras en problemas.

—Eso es agua pasada.

—Me he pasado la mayor parte de los últimos sesenta años sintiéndome culpable por ello. —Aunque ahora lo dijese a la ligera, era verdad.

Él frunció el ceño.

—No tenías por qué, Lizzie.

—¿No fue eso lo que..., es decir, no fue el detonante de que las cosas se pusieran difíciles para ti?

—¿En la senda florida de los placeres? —Ella se ruborizó, consciente de que quizá había sonado condescendiente, pero Sam se limitó a sonreír y añadió—: Fue así durante un tiempo pero luego volví al redil. Como ves, no tengo ninguna espina clavada.

—¿Y las que no se ven? —se atrevió a preguntar ella.

A modo de respuesta, Sam apartó las espinas del pescado que acababa de filetear con pericia.

—¿Qué te parece si vamos a mi casa? Tengo un vino excelente para el postre, mejor que cualquiera de los que hay aquí.

—Si a ti te parece bien, me encantaría.

—No te lo preguntaría si no me lo pareciese.

—Perdona. —Volvía a ser Lizzie Smith, la gafotas de pelo grasiento, y él el muchacho al que idolatraba y adoraba.

Al salir del restaurante, observó que Sam cojeaba ligeramente y aflojó el ritmo.

—La cadera —explicó él—. Por correr con demasiado entusiasmo de joven.

Resultaba extraño, como si intentara enfocar con unos prismáticos rígidos, conciliar la brillante chispa del muchacho cuya imagen la había acompañado con nitidez todos esos años con el anciano que paseaba a su lado, aunque conservara su aspecto juvenil.

De camino a su apartamento él le contó que había accedido a la universidad como estudiante de posgrado para investigar la formación de las células y de ahí había pasado a la genética.

—Entonces fuiste a la universidad...

—¿A pesar de hacer el bachillerato técnico? Pues sí, al final sí.

Ella volvió a ruborizarse al percibir cierta amargura.

Al llegar a su apartamento Sam la hizo pasar a una habitación despejada y luminosa.

—Te puedo ofrecer tarta de albaricoque. Que he hecho yo mismo. O queso.

—Tarta, por favor, si es casera. Estoy impresionada.

—Será mejor que la pruebes antes de hacer cumplidos.

Pasaron el rato charlando desenfadadamente, ambos demasiado cautelosos para zambullirse enseguida de nuevo en el pasado. Fue él quien retomó la conversación anterior.

—Si acabé yendo a la universidad fue, sobre todo, gracias a Sylvia, o por mediación de ella. ¿Te acuerdas de una anciana llamada Flee Crake, una gran dama?

—Yo no estaba a su altura.

—En realidad no era tan grandiosa. De hecho era muy práctica. Me acogió cuando Sylvia se fue. Era genetista, bastante importante en su día; hizo

que me interesara por el tema y ahora es en lo que trabajo, en lo que he trabajado desde que me vine aquí.

Confiaba en que no pareciese que lo preguntaba solo por educación, puesto que quería saberlo:

—¿En qué aspecto del ADN?

—La respuesta corta es que lo que se consideraba superfluo, el denominado ADN basura, resulta ser un tesoro que tal vez permita lo que se conoce como hipercomunicación de la información. Hay algunos ejemplos bien documentados de personas que intuyen cosas que no han aprendido conscientemente, pero también podría funcionar entre personas. ¿Te estoy aburriendo?

—No —dijo ella—. No, por favor, continúa.

—Lo curioso es que, por recomendación de Sylvia, Flee había leído un libro que parecía ilustrar esta teoría planteada por ella y que entonces todo el mundo consideró una tontería.

—¿Qué libro era?

—Un libro para niños. Probablemente lo conozcas.

Fue a otra habitación y al volver le tendió un libro de tapa dura, aún con la camisa.

—Este me lo dio Flee, pero tardé años en leerlo, porque pensé que no estaba a mi altura. De hecho, cuando le eché un vistazo me acordé de que Sylvia había intentado que me interesara en él, pero yo creía que era cosa de chicas.

Elizabeth reconoció la cubierta.

—*El jardín de medianoche*. Mi libro para niños preferido.

—Ahora también es el mío, quitando los tuyos, claro.

—¡Venga ya! A Philippa Pearce no le llego ni a la suela del zapato. La tarta es exquisita, por cierto.

—Mis nietos cocinan conmigo cuando vienen aquí. —Resultaba extraño oír que era abuelo, algo absurdo, puesto que también ella era abuela. Pero el tiempo y quienes lo habitan se detienen para siempre en la memoria. Ella le miró de soslayo la mano izquierda y él aclaró—: Su abuela y yo nos separamos hace tiempo.

—¿Era, o bueno, es australiana?

—Inglesa. Cathy y yo nos vinimos aquí cuando me dieron el trabajo en Melbourne. Al principio no le gustaba nada, hasta que se enamoró de un antropólogo que vino una temporada. Ahora vive en Brisbane. Mantenemos una relación bastante civilizada. —Le llenó la copa a Lizzie—. ¿Y tú?

—Dos hijos, primero una chica y luego un chico. Tres nietos. El padre de mis hijos y yo nos divorciamos.

—Es una señal de los tiempos que vivimos. Antes nadie se divorciaba, ¿no? No sé de ningún divorcio entre las personas que conocíamos. —Le dio la vuelta al libro, al parecer escrutando la imagen del niño de la cubierta—. Salvo los Bell.

—¿El médico y su mujer?

—Los padres de Marigold. ¿Te acuerdas de ella?

¿Cómo iba a olvidar a Marigold?

—¿Qué fue de ella? ¿Lo sabes?

—Se descarrió, mucho más que yo, incluso.

—Jamás lo habría pensado. —Temerosa de revelar una curiosidad que después de todo ese tiempo aún se le antojaba un tanto humillante, preguntó tímidamente—: ¿Qué le ocurrió?

—Sufrió una crisis nerviosa cuando sus padres se separaron, pero siempre fue un poco inestable, al menos eso diría yo ahora.

—Ah.

—Tendría que haberme dado cuenta de que había algo raro cuando me hizo robar esas llaves.

—¿Qué llaves?

—Bueno —contestó él—, es una larga historia. ¿Quieres más tarta?

—Sí, por favor —accedió ella. En realidad no le apetecía, pero quería complacerlo.

Sam frunció el ceño y se puso a retirar migas de la mesita, y después dijo:

—Una vez que estábamos en casa de Sylvia, me dijo que le cogiera las llaves del bolso. Luego insistió en que fuéramos al pueblo para hacer una copia. Le seguí la corriente por pura bravuconería, pero me sentí fatal, porque Sylvia había sido..., en fin, ya sabes cómo era.

«Un salvavidas, al menos para mí», pensó ella, si bien dijo:

—¿Cómo conseguisteis la copia?

—En Cato's, la ferretería de la calle Mayor, ¿te acuerdas? A nadie le preocupaba qué hacíamos con ellas, claro que entonces la gente se fiaba más de los niños, ¿no crees? Hacíamos un montón de cosas que hoy día nadie aprobaría.

—Yo hacía la mitad de la colada y la plancha de nuestra familia. —No añadió que, de no haberse ocupado ella, nadie lo habría hecho.

—El plan de Marigold era entrar una tarde en la biblioteca, solo como una especie de reto, creo yo. Cuando finalmente nos colamos, encontramos ese

armario, comoquiera que se llamara, lleno de libros supuestamente «indecentes». Y, bueno, el resto ya lo conoces.

«Así que tenía razón —se regocijó Lizzie Smith para sus adentros—. Lo sabía. Sabía que fue Marigold».

Elizabeth Pattern, la adulta, dijo:

—Se llamaba Acceso Restringido. Me pregunto cuándo acabaron con eso.

—En los años sesenta, supongo. ¿Llegaste a leer *Trópico de Cáncer*? Me refiero a leerlo de verdad, no solo las obscenidades, como hicimos aquella vez.

—No. ¿Y tú?

—No. Era demasiado...

«Demasiado doloroso», pensó ella.

—Demasiado denso. —Al cabo dio con la palabra que buscaba—. Puede que lo proponga en mi club de lectura. Eso los despertaría. —Esbozó una sonrisa triste—. Creía que Marigold era la pera, pero resultó que la pera estaba podrida y me quedó mal sabor de boca.

—Pero lo superaste, ¿no?

—Ah, sí, al final.

«No lo ha superado —pensó ella—. No del todo».

—Mi primo Ned, ¿te acuerdas de él?, solía decir que las cosas no se superan, que uno se acostumbra a ellas.

—¿Qué ha sido de Ned? Me caía bien.

—Sí, es encantador. Siempre pensé que Sylvia le gustaba. Yo tenía la esperanza de que se casaran para poder irme a vivir con ellos.

—Entiendo que no fue así.

—Era, o debería decir es, gay. ¿Te acuerdas del chico que se ahogó en el canal?

—¿Que si me acuerdo? Nuestros padres siempre nos estaban dando la lata con eso.

—Era el secreto de Ned, su gran amor. Se pelearon y el chico, que solo tenía diecinueve años, se largó y se ahogó. Ned se culpaba de ello. Nunca supo si su amigo se ahogó por él.

—Por Dios, la cantidad de cosas que pasaban sin que nos enteráramos.

—Pues sí —convino ella, demasiado avergonzada para contar que su madre era una marrana que rara vez se lavaba la ropa. Y Ned manteniendo en secreto su sexualidad, aterrorizado por cómo afectaría eso a la familia—. Ellos, nosotros, nuestra familia éramos católicos —le recordó.

—Había olvidado que eras católica. Pero dices «éramos»...

—Bueno, tú me curaste de eso. Eras tan cáustico al respecto que me deshice del crucifijo. Pensé que en el bachillerato me condenarían al ostracismo.

Sin embargo, había seguido yendo a la iglesia católica para rezar por él. Arrodillada junto a la estatua de escayola azul de Nuestra Señora, suplicaba que arreglara lo que ella, Lizzie, había estropeado.

—Lo siento, Lizzie, menudo mal bicho era.

—Bueno, eso pasó hace mucho tiempo.

Se hizo el silencio. «Ha pasado un ángel y no precisamente bueno», se dijo Elizabeth, y para cambiar de tema señaló un cuadro.

—Tienes unos cuadros muy buenos.

—La pintura es una de las muchas cosas a las que he tomado gusto aquí. Ese forma parte de una serie titulada «Vida soñada», de un joven artista aborigen.

—Es impresionante.

Se levantó para verlo más de cerca y él se levantó también, de modo que a Elizabeth le llegó el olor tibio, ligeramente avainillado de su piel.

—¿No fui a verte cuando hiciste de hada en *El sueño de una noche de verano*?

—Grano de Mostaza. También hice de Peter Quince. Peter Quince fue mi momento estelar. Pero no, no fuiste a verme.

—Sí que fui. Te juro que fui.

La miraba con tal intensidad que ella fue a sentarse de nuevo.

—No fuiste, te lo aseguro. Yo estaba desolada.

—Ay, Lizzie. ¿Cómo sabemos en realidad lo que pasó o qué demonios nos sucedió entonces?

Ella iba a decir: «Somos la materia de la que están hechos los sueños», pero se contuvo. Él, su encuentro, merecía algo mejor que una sobredosis de citas.

—No lo sé, Sam —respondió—. Es algo que cambia, ¿no? Lo que sucedió entonces, en el pasado, cambia todo el tiempo.

Al día siguiente por la mañana, a la hora establecida, un hombre joven con una pulcra coleta llevó una bandeja con café a la habitación del hotel donde se alojaba Elizabeth. Esta se tomó el café mientras leía correos electrónicos.

Tras sumergirse en la bañera, llamó a su publicista.

—Christine, buenos días. Quería preguntarte si es posible cambiar el vuelo a Perth.

Christine se puso manos a la obra.

—Déjeme ver el programa. Sí, no hay problema. La presentación en la librería Lane es el miércoles. Solo quería que tuviera tiempo para adaptarse a otro cambio horario.

—Me está gustando Melbourne. La verdad es que preferiría quedarme aquí un día o dos más.

La eficiente Christine le escribió un correo menos de diez minutos después para comunicarle que había cambiado los billetes y que volarían el martes por la tarde.

En respuesta a un *mail* de Sam, Elizabeth escribió: «Yo también me he alegrado mucho de verte. Me encantaría cenar hoy. Besos, E.».

Tras pensarlo un momento, borró los besos.

Él contestó en el acto: «¿Te parece bien a las siete en mi casa? S.».

Para su primer encuentro se había vestido con formalidad, con un vestido de lino y zapatos de tacón. En esa ocasión se puso unos pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte, y se alegró al ver que él le abría la puerta descalzo.

—Estoy preparando comida tailandesa. Hay vino en la nevera, hazme el favor de servir unas copas. Yo tengo las manos manchadas de ajo.

El poco tiempo que había transcurrido entre los dos encuentros había hecho que ambos se relajaran y adquirieran cierto grado de confianza. Mientras cenaban, Sam le habló más de su investigación y ella escuchó sin entenderlo todo aunque atraída por la evidente pasión que sentía él.

—Pero dejando a un lado mi interés en los arcanos de la ciencia —concluyó Sam—, cada vez soy más de la opinión de que la mayor parte del comportamiento viene determinado por el carácter, más que por la educación. Mi hijo es la viva imagen de mí, no solo físicamente sino también en su comportamiento: protestón, arrogante; en otras palabras, un grano en el culo.

—Pero también brillante como su padre, seguro.

—Bastante. Aunque las chicas también son brillantes y han salido a su madre. Dulces como la miel, y a todos los hemos educado más o menos igual. —Ella se dispuso a objetar, pero él levantó una mano para indicarle que esperase—: Y antes de que digas que no son más que estereotipos sexuales, tengo una nieta que, en cuanto al carácter, es clavadita a su abuelo. Yo la llamo Minnie la Descarada. Su madre estudió clásicas y se llama Minerva. —Meneó la cabeza—. Estos nombres modernos.

Ella se rio al ver esa mano imperiosa.

—Y me figuro que será tu preferida.

—Siempre fuiste perspicaz, Lizzie. —Sam se puso a retirar platos—. ¿Paramos un poco antes del postre? Lo que mi hijo llama un parón antes del clímax.

Satisfecha con la intimidad del momento, ella preguntó:

—¿Te importa que fume?

—En absoluto. Yo también fumo; te lo estaba ocultando. A mis nietos no se lo digo, me darían la tabarra de mala manera. Solo lo hago cuando me quiero dar el gusto.

—Es un honor que me consideres una ocasión para darse un gusto. ¿Salimos al balcón?

Fuera, el paisaje urbano de Melbourne se veía embellecido por la luz parsimoniosa del sol vespertino, que doraba delicadamente las copas de los árboles, ya frondosos, que festoneaban las largas calles. Elizabeth pensó que en casa las hojas ya estarían secas, amarilleando, listas para caer.

—¿Te acuerdas de cuando jugábamos a las castañas? Los niños ya no juegan a eso. Dudo incluso que se den cuenta de que caen, mientras que nosotros nos poníamos como locos con las primeras castañas. Yo todavía me llevo una alegría cuando veo ese marrón reluciente, como de madera de caoba.

—A mí también me encantan. Aquí las echo de menos.

—Y los peces espinosos. El otro día pensaba que ya nadie habla de ellos. ¿Te acuerdas de que tú tenías unos cuantos en un tarro e intentabas convencerme de que me los bebiera? Decías que como eran peces me irían bien para el cerebro.

—¿En serio? Se me había olvidado. Lo siento. Otro motivo para disculparme. Me acuerdo de que le metí uno por el cuello de la camisa a Micky O'Malley. Menudo pillo estaba hecho.

—Y él se casó con Jem.

—Pobre diablo. —Ella apagó el cigarrillo y él propuso—: ¿Entramos?

Una vez dentro a ella le pareció que, después de los obstáculos que habían salvado, pisaban ya terreno firme.

—Sam, ¿qué fue de Marigold? La otra noche no me lo dijiste.

—No lo sé muy bien. No volvimos a hablar después de... Espera, que voy por el postre.

Se lo contó mientras comían tarta y queso.

—Su madre y ella se marcharon. Sus padres debieron de divorciarse porque nos enteramos de que su madre se volvió a casar. Su padre no, que yo

sepa.

—¿Siguió ejerciendo la medicina?

—Se asoció con otro médico de cabecera tras la muerte del doctor Monk, pero tengo la impresión de que no veía mucho a Marigold después de que su madre se casara de nuevo. Ella fue tirando como pudo en esa escuela privada de Salisbury que tan poco le gustaba...

—Saint Catherine. Jugábamos a *hockey* contra ellas. Bueno, yo no, los deportes se me daban fatal, me refiero a nuestra escuela.

—Todo esto me lo contó mi madre, por cierto, que una vez logró superar sus prejuicios pasó a estar muy preocupada por Marigold, algo muy propio de ella; la única persona a la que no perdonó nunca fue al pobre viejo de al lado, el señor Collins, que visto en retrospectiva era un pobre desgraciado.

Quizá porque ese vecino quejumbroso no la había fastidiado tanto, Elizabeth no estaba tan dispuesta a renunciar a la antipatía que le inspiraba.

—No estoy yo muy segura de lo de «pobre». No olvides que mató a la madre de los zorritos.

—Es cierto. Para ser justo con Marigold, eso la afectó de verdad. —Esas palabras hicieron que Elizabeth empezara a sentirse ofendida: ¿acaso no habían sido Sam y ella quienes encontraron a la zorra muerta? Y él debió darse cuenta, porque añadió—: No tanto como a ti, desde luego.

—Ese hombre era cruel —insistió ella, dispuesta a perdonar a Sam, pero no al señor Collins.

Sin embargo, él había dejado atrás al señor Collins hacía tiempo.

—Según mi madre, Marigold fue a una universidad de provincias, se me ha olvidado cuál, no a Oxford o Cambridge, eso seguro, que es lo que parecía evidente. Pero se vino abajo al cabo de solo un año y pasó un tiempo en un hospital psiquiátrico. No hace mucho la busqué en internet. Dirige una especie de centro de retiro de yoga en Gales. Me figuro que fue el yoga lo que la ayudó a recuperarse.

«¡Cómo han caído los héroes!», pensó Elizabeth.

—Qué horror.

—¡Oye, que mi hija da clases de yoga!

—Perdona, no quería... Me refería a que era tan inteligente... —«Se pasa de lista», recordó que había dicho Ned una vez—. ¿Te dijo tu madre si se había casado?

—Mi madre nunca lo mencionó. Y yo no he querido ponerme en contacto con ella. Me parecía demasiado triste.

Lo era. Elizabeth sintió remordimientos.

—Le he tenido envidia todos estos años.

—¿Por qué? Precisamente tú, que eres la que ha triunfado, Elizabeth Pattern.

—A ti tampoco te ha ido mal, Sam Hedges.

Él la miró, sopesando su tono, y al cabo sonrió. «Sigue siendo quisquilloso —pensó ella—. Aún tiene una espinita clavada».

—Fue cosa de mi abuelo. Me cogió de aprendiz y estar con él me salvó el pellejo. A Flee Crake le caía en gracia. Lo cierto es que salí adelante gracias a ellos dos. Sylvia fue maravillosa, desde luego.

—¿Sabes si aún vive? Ojalá se me hubiera ocurrido ponerme en contacto con ella.

—Murió hace un par de años. Se habría sentido orgullosa de que seas escritora. Pero seguro que lo sabía.

—Es posible que no. Tengo un nombre distinto. —«Mi maldita inseguridad», pensó. «Se habría sentido orgullosa, pero a mí me daba demasiada vergüenza»—. ¿Tú la volviste a ver?

—Una vez, antes de venir aquí. Fue a ver a Flee. Ellas dos siguieron en contacto.

—¿Cómo estaba?

—No había cambiado mucho. Divertida, cariñosa, muy de izquierdas. Se había casado con un buen tipo, al parecer, un especialista en John Clare que daba clases en la Universidad de Manchester. Ella era directora de la biblioteca de allí antes de jubilarse.

—Así que al final también le fue bien, ¿no?

—Más o menos como a todo el mundo, supongo.

Sam la acompañó hasta el hotel, donde se dieron un casto beso en la mejilla.

—¿Volveremos a vernos? —preguntó—. Te vas mañana, ¿no?

—La verdad es que no leí bien el programa. Resulta que al final no me marchó hasta el martes.

—Ah, bueno, ¿te apetecería...? O quizá ya hayas tenido bastante...

—No, no, está siendo divertido. —Mejor que divertido—. Es interesante esto de ponernos al día.

—¿Mañana, entonces? O...

—Sí, vale, mañana, si tú quieres.

—Solo si tú quieres...

—Sí, sí, claro que quiero. De verdad. —Empezó a empujar las puertas del hotel, pero se detuvo y se volvió. Él seguía allí, mirándola con el rostro del

muchacho que ella recordaba aún visible bajo los cambios del tiempo—. No hay nadie más —dijo—. Me refiero a nadie con quien pueda hablar así del pasado.

Esta vez Sam la llamó al hotel.

—Te puedo llevar a comer a un sitio espectacular en la playa o puedo cocinar yo en casa, tú decides.

—Me da lo mismo.

—Aquí no se permite decir eso. Se niegan a aceptarlo. Tienes que elegir.

—Está bien, si insistes, preferiría comer en tu casa. Cuando estoy de gira me paso todo el tiempo comiendo en restaurantes.

—Has elegido bien. Prepararé algo especial.

Ella puso más cuidado en arreglarse y le hizo gracia ver que él había hecho lo mismo. Se comportaban con cierta timidez: la creciente intimidad había traído consigo una especie de cautela y, por lo visto, la necesidad de beber alcohol. Un acuerdo tácito hizo que ninguno de los dos sacara a relucir el pasado hasta la segunda botella de vino. Fue Elizabeth quien rompió ese pacto implícito.

—¿Qué pasó con ese incendio, Sam? ¿Encubrieron el asunto? ¿Fue Marigold?

—Yo también he pensado en ello desde que hablamos ayer. Nunca llegué a averiguarlo. Es cierto que en el informe del cuerpo de bomberos se mencionaba un fallo en la instalación eléctrica de Collins que fácilmente habría podido provocar un incendio, pero por la actitud de Marigold me dio la clara impresión de que había sido ella. Me envió una nota diciendo que me reuniera con ella en la esclusa. Quería oír que no la había «traicionado», esa fue la palabra que usó, con lo de aquel libro, y yo me puse más contento que unas pascuas —se rio, mostrándose cínico por un instante al recordar lo inocente que había sido— de poder asegurarle que ni lo había hecho ni lo haría. Me veía como una suerte de caballero andante que había salvado su intachable reputación cargando con la culpa.

—Estabas enamorado de ella —adujo Elizabeth con aspereza.

Él pareció un tanto sorprendido.

—¿Enamorado? No lo sé. Cautivado, quizá. ¿Se puede estar enamorado a los once años?

«Yo sí», pensó la mujer que había sido Lizzie Smith.

Y en voz alta replicó:

—Personalmente creo que los niños saben más del amor que los adultos, o al menos lo entienden mejor. Para ellos forma parte de la magia. Mira *El jardín de medianoche*.

Él pareció reflexionar.

—Pero Tom y la señora Bartholomew no están enamorados cuando se vuelven a ver en el supuesto tiempo real.

—Pero lo estaban de pequeños. —Al fin y al cabo ahora se encontraban en su terreno—. El amor cambia, igual que el tiempo, pero el libro deja más claro que el agua que sobrevive porque era real.

—Supongo que lo que me llamó la atención a mí —se disculpó él— es cómo su afinidad triunfa sobre el tiempo. Los ecos en su ADN, tal y como yo lo veo, que hacen que se reúnan en los sueños de ella.

Sin embargo ella se mantuvo en sus trece:

—Sí, pero ¿acaso esa afinidad no es el enamoramiento que trasciende el tiempo?

—En ese caso —ahora Sam sabía cuál era su postura—, yo no estaba enamorado de Marigold. No había afinidad. Yo creía que la había, o quizá quería que la hubiese, pero no era así. Lo cierto es que no.

—No —convino ella, tal vez casi dispuesta por fin a dejarlo estar—. Supongo que lo que pasaba... —se paró a reflexionar—, lo que pasaba era que estabas hechizado.

Sam se encogió de hombros y por un instante ella pensó que lo había perdido, pero él se limitó a decir:

—Sí, quizá fuera eso. La noche del incendio, cuando la vi estaba muy rara y, sinceramente, me asusté. Ella se rio y, no lo olvidaré nunca, dijo: «Bueno, se la he devuelto al viejo pelo zanahoria por ti, por lo que les hizo a los zorros». Me sentí culpable de haber sido el responsable involuntario del incendio, o de pensar que lo era. Sigo sin saber qué pasó de verdad.

—El problema —dijo Elizabeth— es que de pequeño te sientes culpable por todo, tanto si es culpa tuya como si no. Puede que incluso más cuando no.

—¿Sabes?, hacía años que no pensaba en estas cosas, pero la otra noche pensé: me pregunto si la propia Marigold sabía si ella provocó el incendio o no.

Elizabeth se puso a pensar en ello. Le vino a la memoria un recuerdo borroso: Marigold parándola cuando ella salía de su casa y abordándola con repentina afabilidad: «Sé buena, Liz, y devuélvele este libro a Sam. Es que todavía no me dejan verlo, por desgracia».

—Creo que quizá yo fuera el mensajero involuntario que te entregó la nota para que os vieseis esa noche. ¿Estaba dentro de un libro de ajedrez?

—Creo que sí. Se me había olvidado. —Sam soltó una risa incómoda—. Me moría de ganas de impresionar a Marigold con mi habilidad en el ajedrez. No creo que a ella le interesara. Nada de nada, intuyo.

—Y ahí estaba yo, deseando que me enseñases.

—Lo siento, Lizzie. Habrías sido una alumna mucho mejor que Marigold.

—Lo dudo. Nunca he tenido esa clase de inteligencia. ¿Todavía juegas?

—Ahora sí. Durante los largos años que me duró el berrinche ni lo toqué. Fue Cathy, mi mujer, la que consiguió que volviera a jugar. La Descarada es un hacha con el ajedrez.

Elizabeth, que no estaba prestando mucha atención pero a la que no le resultaba ajeno el orgullo de abuelo, repuso:

—Te voy a contar una cosa que nunca le he contado a nadie.

Al ver que Sam se asustaba, le quitó importancia:

—La verdad es que no es para tanto.

—Entonces, adelante.

—Robé un libro.

—¿De la biblioteca?

—Ajá.

Había tenido que buscar debajo de las piedras para encontrar el valor suficiente —sintiéndose como se sentía de culpable por todo lo que había sucedido—, pero aun así había ido a la biblioteca a despedirse de la señorita Blackwell. Al llegar se encontró allí a la otra mujer, la señora Harris. No le caía bien la señora Harris; se reía demasiado y en realidad no era buena. Desde luego no como la señorita Blackwell.

La señora Harris estaba revisando un montón de libros. Ella le preguntó cuándo se iba la señorita Blackwell, y la señora Harris le había respondido: «Lo siento, llegas tarde», en un tono que le hizo pensar que no lo sentía en absoluto.

Después, la señora Harris añadió: «La señorita Blackwell nos ha dejado sus libros. Precisamente ahora estoy intentando clasificarlos», con lo que quería decir que se fuera y dejara de molestarla. Aprovechando un momento en que la señora Harris no miraba, ella había cogido uno de los libros del montón y se lo había metido en la cartera de la escuela... ¿Fue en la cartera? Sí, para entonces su abuela ya le había comprado la cartera.

—¿Qué libro era? —quiso saber Sam.

—*A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*. El ejemplar de la señorita Blackwell, de Sylvia —se corrigió—. Legó sus libros a la biblioteca y yo lo birlé.

—¡Lizzie Smith! No sabía que fueras de esas.

—Todavía lo tengo.

—Así que, después de todo, eras una ladronzuela.

—Supongo que sí. —Casi se enorgullecía de ello—. ¿Te acuerdas de «El padre Guillermo», en aquel examen final que hicimos juntos?

Pero él negó con la cabeza.

—Creo que probablemente haya borrado de mi memoria todo lo relacionado con esos exámenes.

En el silencio que se instaló entre ellos ambos recorrieron los caminos entrecruzados y cubiertos de malas hierbas de su infancia. A Elizabeth le vinieron a la memoria unos versos del poema que había leído hacía tanto tiempo en el Rincón de Poesía de la biblioteca de East Mole: «Cerraron el camino que atravesaba el bosque / hace ya setenta años...».

—¿Sabes? —dijo al tiempo que miraba la habitación con sus limpios colores contemporáneos, los libros, las macetas, las esculturas y el batiburrillo de gratificantes objetos personales—. Si estoy donde estoy es gracias a que Sylvia y tú me ayudasteis, y a ti te ayudaron tu abuelo y Flee Crake.

—Y mi mujer —la interrumpió él—. Aguantó lo que no está escrito.

Sin embargo, por el momento a ella no le interesaba su exmujer.

—Lo que estaba pensando es que a Marigold no la ayudó nadie, no de verdad.

De mala gana, ya que cuesta Dios y ayuda despojarse de un resentimiento que viene de lejos, Elizabeth reconoció que la brillante Marigold, con su cabello cobrizo y sus largas piernas, en cierto modo se había visto privada del favor de la bondad humana, gracias a la cual Sam y ella habían salido airosos.

—Yo la habría ayudado —aseguró Sam—. Pensé que lo había hecho al encubrirla con lo del libro. Pero probablemente eso la hiciera ir a peor. ¿Quién sabe?

—Si hay que achacar la culpa a alguien es a sus padres —apuntó Elizabeth—. Aunque, según tú, los responsables son sus genes. En cualquier caso, seguro que la separación de sus padres, o el divorcio, aún no lo tengo claro, no ayudó mucho.

—Una vez me contó que su padre iba a dejar a su madre para casarse con Sylvia.

—Pero no era verdad, ¿no?

—Me imagino que es lo que a ella le habría gustado. Me dijo que odiaba a su madre y creía, ahora veo que era una fantasía infantil, que Sylvia iba a ocupar su lugar para convertirse en su madre. Estaba obsesionada con que los tres: su padre, Sylvia y ella, iban a vivir juntos. Estaba tan segura de ello que la creí. Incluso sentí un poco de envidia.

—Todos la creíamos. Era por esa seguridad aplastante que tenía. Es una pena, ¿sabes? Si sus padres se separaron, como dices, Sylvia y el doctor Bell podrían haberse casado.

—Sylvia me preguntó por él cuando la vi en Londres —recordó Sam.

—¿Y?

—Le conté que los Bell se habían separado y que Marigold..., en fin, que no le había ido precisamente bien. Pareció entristecerse.

—Ahí lo tienes.

—Pero es normal que se sintiera triste. Sylvia se preocupaba por todos nosotros.

—Sigo pensando que ella y el doctor Bell...

Elizabeth los vio mentalmente, la mujer delgada, de cabello rubio y ojos entre verdes y grises, con el hombre alto con gafas redondas de concha, casi como si fuera un recuerdo que hubiese olvidado o apartado. En uno de sus libros al final se habrían reencontrado, algún día, en alguna parte.

—Nunca lo sabremos, ¿no? —dijo Sam.

Al igual que las otras noches, cada uno de ellos se había sentado en uno de los dos sofás enfrentados idénticos que había en el luminoso salón. Ahora, liberados por la nueva amistad que habían retomado, él sucumbió a la tardía hora y a las botellas de vino y se tumbó cuan largo era en el sofá.

—¿Sabes lo que pienso, Lizzie Smith? Que al final no es mucho lo que sabemos.

—Yo sé que estoy un poco borracha, Sam Hedges. —Pese a ello permaneció sentada, la espalda recta, el abdomen apretado, como le mandaba su nieta.

Él le sonrió a través del espacio que los separaba.

—¿Sabías que, según Heródoto, los persas debatían todos los asuntos de importancia dos veces, una borrachos y otra serenos? Me lo contó Flee Crake una vez que yo tenía una resaca de mil demonios.

—¿Cómo lo hacían primero?

—Eso no me lo dijo.

—No bebía tanto desde... —Pero Elizabeth era incapaz de recordar cuándo se había sentido así por última vez: desinhibida pero dueña de sí

misma, no desquiciada ni alienada, sino..., se puso a buscar la palabra adecuada, sí, recolocada. Quizá fuera eso lo que buscaban los persas—. Dudo que se me pase la borrachera hasta mañana por la mañana.

Se produjo una pausa imperceptible mientras el ambiguo mundo del azar, que es una mezcla de genes, carácter, circunstancias y, en ocasiones, un extraño golpe de suerte, permanecía suspendido sobre ellos, ofreciendo y retirando y ofreciendo de nuevo posibilidades efímeras, seductoras, peligrosas, perturbadoras que esperaban a que llegara el momento adecuado para pasar a ser un elemento vivo en la enmarañada, larga e interrumpida historia de ambos.

Sam hizo un esfuerzo y se incorporó sin mirarla directamente.

—Podríamos dejar los debates para mañana, es decir si quieres..., si a lo mejor te apetece quedarte...

Nota de la autora

Los años que he pasado ejerciendo el oficio de novelista me han enseñado que no hay forma de saber cómo serán recibidos los libros que uno escribe. Y creo de verdad que, en último término, son los lectores quienes dan forma al libro. Un libro no deberían «tratar» de nada, pero si este refleja algún interés específico es el que adquiriré de pequeña por la lectura. *La bibliotecaria* nació de mi experiencia como una niña que disponía de una biblioteca local magnífica y una extraordinaria bibliotecaria de la sección infantil, la señorita Blackwell, cuyo apellido he robado (nunca llegué a saber cuál era su nombre de pila) para mi protagonista. Es a la señorita Blackwell a quien debo muchos de los libros y personajes que han conformado no solo mi vida como escritora, sino probablemente también mi forma de ver la vida, lo que a mi juicio es más importante, cómo he educado a mis hijos y cómo quiero comportarme ahora con mis nietos. Algunos de los libros que conocí gracias a la señorita Blackwell y que aparecen en esta novela se convirtieron en los preferidos de mis dos hijos, uno de los cuales, Rupert Kingfisher, ahora es escritor de libros para niños. Esos libros, a su vez, han pasado a ser los favoritos de sus hijos, lo que demuestra hasta qué punto puede influir un libro en distintas generaciones. Mi nieta mayor, Rowan, una de las personas a las que dedico esta novela, ya escribe sus propias historias, que beben de esta fuente.

En las páginas siguientes he hecho una lista de los libros que aparecen en *La bibliotecaria*, muchos de los cuales los conocí en la biblioteca que frecuentaba cuando era pequeña. Con todo, el que tiene un papel más destacado en esta novela es *El jardín de medianoche*, de Philippa Pearce, que después de leer su primer libro, *The Minnow on the Say* (una de las recomendaciones de la señorita Blackwell), adquirí cuando se publicó en 1958, con el vale de diez chelines para libros que recibí como regalo de cumpleaños. En mi opinión, sigue siendo uno de los mejores libros para niños de todos los tiempos. Al año siguiente compré *Aquila, el último romano* (también publicado en España como *Los guardianes de la luz*), el último de la

estupenda trilogía de Rosemary Sutcliff sobre la provincia romana de Britania, cuyos dos primeros volúmenes, *El águila de la novena legión* y *El usurpador del Imperio*, también fueron recomendaciones de la señorita Blackwell, así como *Warrior Scarlet*, que sigue siendo mi preferido de todos los de Sutcliff (aunque la competencia es dura).

El padre de mi tío de Cumbria era maestro de escuela y conoció a Beatrix Potter cuando la escritora se trasladó a Cumbria y pasó a ser más conocida como la señora Heelis, criadora de unas ovejas por las que llegó a ganar premios. Fue con sus ediciones de los libros de Potter con las que aprendí a leer antes de ir al colegio. Siempre estaré en deuda con Beatrix Potter por ampliar mi vocabulario a una edad muy temprana y por su beneficioso ejemplo en el empleo de la cadencia.

My Friend Mr Leakey lo escribió el brillante y excéntrico genetista marxista J. B. S. Haldane, a quien mis padres conocieron gracias a estar afiliados al partido comunista.

T. H. White, autor de la serie de novelas *Camelot* (también publicada en España como *La leyenda del rey Arturo*), impartió clases de inglés a mi padre en el colegio (entre periodos de ebriedad; de Tim White, no de mi padre). El propio White le dio a mi padre el ejemplar de *El caballero malhecho* que mi madre estaba leyendo la noche antes de que yo naciera y que, me gusta fantasear, de esa forma pasó a mí. Por desgracia, ese ejemplar lo devoró posteriormente un incendio que se declaró en Barlaston Hall, en Staffordshire, donde mi padre era rector de la WEA, la federación de asociaciones de educación de adultos, y donde pasamos los primeros años de mi vida.

A través de T. H. White conocí a otra autora que ha sido siempre una de mis preferidas, Sylvia Townsend Warner, cuyo nombre de pila he tomado prestado para mi protagonista. Mientras documentaba su inigualable biografía de Tim White, fue a entrevistar a mi padre en calidad de antiguo alumno suyo. Por aquel entonces yo había leído su primera novela, *Lolly Willowes* (también publicada en España como *Lolly Willowes o El amante cazador*), y le arranqué una sonrisa a su autora, que era tan afectuosa, ingeniosa y aguda como sus libros, al decirle que de pequeña —por entonces yo solo tenía catorce años— yo quería ser bruja. (Me hizo el cumplido de afirmar que, a su juicio, yo «tenía madera»).

También hay libros que saqué de la biblioteca que no he incluido en *La bibliotecaria* y que todavía recuerdo con cariño y nostalgia. Devoré los libros de *ballet* del teatro londinense Sadler's Wells, por ejemplo, que eran una bobería pero una bobería fascinante para una aspirante a bailarina, y hay dos

libros que saqué una y otra vez pero nunca llegué a comprar: *En el fondo del estanque* y *Mossy Green Theatre*. Este último, al igual que *Mr Leakey*, está descatalogado y algún editor emprendedor debería publicarlo de nuevo para encandilar a los jóvenes lectores.

Una última observación: la señorita Blackwell sentía verdadera aversión por Enid Blyton, prejuicio que he transmitido a nuestra bibliotecaria. Si menciono esto es porque a menudo la gente cree que las opiniones de un personaje reflejan las de su autor, igual que imagina que lo que un personaje hace es lo que el escritor ha hecho o podría hacer. Y supongo que es posible que en ocasiones sea así. A mi editora, por ejemplo, le preocupaba que los puntos de vista que expresa Dee en este libro sobre las preferencias sexuales de su marido se pudieran considerar erróneamente mis puntos de vista y levantaran ampollas. La tranquilicé asegurándole que mis lectores sabrían ya de mi interés en los puntos débiles del ser humano y de lo distinto que era el clima moral imperante en los años cincuenta como para no caer en ese error. Y del mismo modo, no comparto la opinión de la señorita Blackwell o la de Sylvia sobre Enid Blyton. Aunque sus libros no me han dejado una gran huella, de pequeña los disfrutaba y todavía pienso que en particular su serie de «Los Cinco» es buena a su manera. Mi entusiasmo se vio espoleado en gran medida por el hecho de que mis padres, socialistas ateos y por lo demás excepcionalmente tolerantes, se negaran a tener libros de Enid Blyton en casa y, en consecuencia, me viera obligada a leer Los Cinco en casa de mis amigos, donde también podía comer sándwiches de pan blanco con crema de cacao. Mis padres también vetaron *Beano* y *Dandy* basándose equivocadamente, según sospecho ahora, en que los impresores de esos cómics tenían prohibido sindicarse; por suerte los pude leer en los recreos del colegio. Todo ello tuvo el interesante efecto de hacer que, durante muchos años, las rebanadas de pan blanco, Enid Blyton, Daniel el Travieso y Dios formaran una pecaminosa alianza en mi subconsciente, una de la que, como es natural, yo quería formar parte. He perdido el gusto por el pan blanco y la crema de cacao, pero todavía aprecio a Enid Blyton, que consiguió atraer a la lectura a niños que de otro modo no habrían leído, y ya solo por eso merece ser elogiada. En cualquier caso, sobre gustos no hay nada escrito, por suerte, y ni siquiera la mejor bibliotecaria es perfecta ni nadie debería esperar que lo fuera.

Lecturas recomendadas de la biblioteca de East Mole

BERG, Leila: *Trust Chunky, Little Pete Stories.*

CARROLL, Lewis: *Alicia en el País de las Maravillas, A través del espejo y lo que Alicia encontró allí.*

COOLIDGE, Susan: *Lo que hizo Katy, What Katy Did at School, What Katy Did Next.*

DICKENS, Charles: *Historia de dos ciudades.*

HALDANE, J. B. S.: *My friend Mr Leakey.*

HUNTER, Norman: *The Incredible Adventures of Professor Branestawm.*

JANSSON, Tove: *La llegada del cometa y todos los libros del cometa.*

KÄSTNER, Erich: *Emilio y los detectives.*

KIPLING, Rudyard: *Los cuentos de así fue, Puck.*

LANG, Andrew: *los libros azul, marrón, verde y lila de los cuentos de hadas.*

LEAF, Munro: *Ferdinando el toro.*

LEWIS, C. S.: *Las crónicas de Narnia.*

LINKLATER, Eric: *El viento en la Luna.*

LINDSAY, Norman: *El pudding mágico.*

LONDON, Jack: *Colmillo Blanco.*

MACDONALD, George: *La princesa y Curdie, Más allá del viento del norte.*

MONTGOMERY, L. L.: *serie de Ana de las Tejas Verdes.*

NESBIT, E.: *Los buscadores de tesoros y colección de libros para niños.*

NORTON, Mary: *Los incursores, Los incursores vengados.*

PEARCE, Philippa: *The Minnow on the Say, El jardín de medianoche.*

POTTER, Beatrix: cuentos completos.

RAE, Gwynedd: libros de Mary Plain.

RANSOME, Arthur: *Vencejos y Amazonas* y el resto de la serie.

DR. SEUSS: *¡Cómo el Grinch robó la Navidad!*

SMITH, Dodie: *El castillo soñado*.

STEVENSON, Robert Louis: *La isla del tesoro*.

STREATFEILD, Noel: *Las zapatillas de ballet, White Boots*.

THOMPSON SETON, Ernest: *El rastro del ciervo*.

TRAVERS, P. L.: *Mary Poppins, Ha vuelto Mary Poppins, Mary Poppins abre la puerta*.

TREASE, Geoffrey: *Cue for Treason*.

TWAIN, Mark: *Las aventuras de Huckleberry Finn*.

WHITE, T. H.: *Camelot/La leyenda del rey Arturo*.



SALLEY VICKERS nació en Liverpool, Reino Unido, en 1948. Se dedicaba a la enseñanza a niños con necesidades especiales y a la enseñanza de literatura inglesa en Stanford, Oxford y la Open University especializada en Shakespeare, la novela del siglo XIX y la poesía del siglo XX.

Desde que en el año 2000 publicó su primera novela *El ángel de la señorita Garnet* se dedicó a escribir a tiempo completo.

Tiene dos hijos y vive en Notting Hill.

Notas

[1] Encontré a mi amor bajo la luz de gas / Tuve un sueño junto al viejo canal /
Besé a mi chica junto al muro de la fábrica / Vieja y sucia ciudad, vieja y
sucia ciudad. (*N. de la T.*) <<

[2] En inglés: mala hierba y también marihuana. (*N. de la T.*) <<